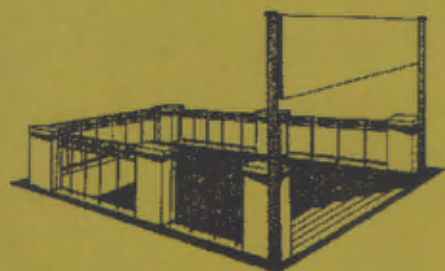


# Nuevo Topo

Revista de Historia y Pensamiento Crítico

N° 6



Dossier: Intelectuales  
e izquierda en América  
Latina

Encuesta: La dimensión  
étnica o racial en la  
investigación social

Artículo: Hegemonía,  
lucha de clases y estado

Perfiles: Nicos Poulantzas

Crítica de libros: Teorías  
e historias del movimiento  
obrero

prometeo  
libros

412-03-03

# Nuevo Topo

Revista de historia y  
pensamiento crítico



ISSN: 1669-8487

Nº 6 - Setiembre/Octubre de 2009

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA  
Y AMERICANA

# Nuevo Topo

REVISTA DE HISTORIA Y PENSAMIENTO CRÍTICO

## Consejo Editorial

**Omar Acha** - Universidad de Buenos Aires / **Ezequiel Adamovsky** - Universidad de Buenos Aires / **Hernán Apaza** - Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe / **Alejandro Belkin** - Universidad de Buenos Aires / **Lucía Brienza** - Universidad Nacional de Rosario / **Hernán Camarero** - Universidad de Buenos Aires / **Gustavo Nicolás Contreras** - Universidad Nacional de Mar del Plata / **Gabriel Di Meglio** - Universidad de Buenos Aires / **Silvana Ferreyra** - Universidad Nacional de Mar del Plata / **Juan Grigera** - Universidad Nacional de La Plata / **Pablo Ghigliani** - Universidad Nacional de La Plata / **Carlos Miguel Herrera** - Universidad Cergy-Pontoise, Francia / **Nicolás Kwiatkowski** - Universidad de Buenos Aires / **David Maycr** - Universidad de Viena, Austria / **Agustín Nicto** - Universidad Nacional de Mar del Plata / **Pablo Pérez Branda** - Universidad Nacional de Mar del Plata / **Ariel Petruccelli** - Universidad Nacional del Comahue, Neuquén / **Agustín Santella** - Universidad de Buenos Aires / **Gabriela Scodeller** - Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza / **Luciana Seminara** - Universidad Nacional de Rosario.

*Nuevo Topo* es una publicación independiente, de periodicidad anual, dedicada al estímulo y difusión de la producción intelectual en el campo de la historia, las ciencias sociales y el pensamiento crítico en general. Son bienvenidas todas las contribuciones tendientes a construir un puente entre el conocimiento de la sociedad y sus transformaciones.

La responsabilidad de los artículos publicados con firma es exclusiva de sus autores/as.

Para suscripciones, correspondencia y toda otra información, dirigirse a: Revista *Nuevo Topo* – Camarones 2025 - CP 1416 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

E-mail: [revistanuevotopo@yahoo.com.ar](mailto:revistanuevotopo@yahoo.com.ar) - Nuestro blog: <http://nuevotopo.wordpress.com/>  
ISSN 1669-8487

Distribución: Prometeo Libros, 2009.

Pringles 521 (C1183AEI), Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297

[info@prometeolibros.com](mailto:info@prometeolibros.com)

[www.prometeolibros.com](http://www.prometeolibros.com)

[www.prometeoeditorial.com](http://www.prometeoeditorial.com)

# Índice

## 7 **Presentación**

### **Dossier**

#### **Pensar la relación entre intelectuales e izquierda en América Latina hoy**

- 9 Intelectuales en el ocaso de la ciudad letrada: Los albores de una nueva generación crítica en América Latina, por Omar Acha
- 27 Sobre nuestra condición intelectual (y sus anti-condiciones), por Ariel Petruccelli
- 39 Notas para una caracterización de la nueva generación intelectual, por Miguel Mazzeo
- 57 Hacia la superación de una generación intelectual domesticada, por Christian Castillo y Matías Maiello
- 73 La lengua del 2001, por Eduardo Molinari
- 87 Entrevista a Elías Palti, por Bruno Fornillo
- 101 Intelectuales, movimiento obrero y lucha cultural: Entrevista a "Beto" Pianelli, por Alejandro Belkin y Rosa Morena

### **Artículos**

- 111 Hegemonía, lucha de clases y estado, por Adrián Piva

### **Encuesta**

- 133 ¿Existe una dimensión étnica o racial desatendida en la investigación social en la Argentina? (Segunda parte)  
Respuestas de Julio Vezub, Mirta Lobato y Claudia Briones

## Perfiles

- 157 Nicos Poulantzas (1936-1979),  
por Carlos M. Herrera

## Crítica de libros

### Teorías e historias de la clase obrera

- 167 Marcel van der Linden, *Workers of the World: Essays toward a Global Labor History*,  
por David Mayer
- 170 John Womack, *Posición estratégica y fuerza obrera. Hacia una nueva historia de los movimientos obreros*,  
por Hernán Camarero
- 174 Omar Acha, *Las huelgas bancarias, de Perón a Frondizi*;  
Roberto Izquierdo, *Tiempo de trabajadores. Los obreros del tabaco*; Marcos Schiavi, *La huelga metalúrgica y las luchas obreras de 1954*,  
por Gustavo Nicolás Contreras
- 180 James Brennan y Mónica Gordillo, *Córdoba rebelde. El cordobazo, el clasismo y la movilización social*,  
por Fernando Aiziczon
- 183 Fernando Aiziczon, *Zanón, una experiencia de lucha obrera*,  
por Esteban Vedia
- 187 **Normas de Publicación**

## Presentación

*Nuevo Topo* fue, es y será siempre una apuesta a las mixturas, a la pluralidad intelectual de las izquierdas, aunque conlleve tensión, aunque nuestra cultura de izquierda se haya llevado mal con los espacios abiertos. Tensión es vibración. Y a lo largo de sus cuatro años de historia, la revista ha dejado abiertas las puertas, y muchas ventanas, a todo aquello que pudiera remozar la urdimbre del proyecto, a tensar de nuevo las cuerdas, allí donde podían haberse aflojado.

La nueva ampliación de nuestro Consejo Editorial va sin duda en ese sentido. Una vez más, también, lo hacemos en clara y deseada doble dirección. Federalizar y feminizar fue la consigna. A los compañeros y compañeras de Mar del Plata, Neuquén y Santa Fe que se habían incorporado en el número pasado, se agregan ahora más voluntades, cabezas y manos de Rosario, Neuquén, Mendoza, La Plata y Mar del Plata. Geografía universitaria, cierto, pero también mapa de energías de ese territorio imaginario de lo que alguno de nosotros está mentando como generación. Como si esa entrada de subte que funge de logo nuestro sea cada vez menos la metáfora del metropolitano que algunos torpes quisieron ver, y se torne cada vez más una entrada ancha y una invitación a continuar horadando piedra y tierra en la búsqueda de nuevas direcciones, de galerías más profundas. Siempre volvemos sobre la cuestión acerca de si hay que forzar un poco las estabilidades sexistas que se nos instalan “naturalmente”. Hemos decidido que no nos quedaba otra que meter mano, cada vez más seguros que hay algo en el género que complejiza las miradas historiográficas y teóricas. Y que es necesario, esta vez políticamente, sostenerlas.

También, la fabricación y distribución comercial de *Nuevo Topo* cambia, e incluso se modifica bastante su arte de tapa. A partir de hoy, *Prometeo Libros* apoyará nuestros andares, conservando, claro está, nuestra total autonomía en cuanto a los contenidos y decisiones sobre la revista. No se nos ocurrió mejor contrafuerte para acompañarnos que esta editorial que viene siguiendo con vigor los nuevos desarrollos en historia y ciencias sociales.

En este número 6 proponemos un extenso *Dossier* dedicado a “Pensar la relación entre intelectuales e izquierda en América latina hoy”, con contribuciones diversas y heterogéneas que se complementan, dialogan y diferencian entre sí, constituyendo una mirada rica y plural sobre un tema de urgente actualidad para nuestra revista. Aquí también incluimos una apuesta a un viejo género que ya habíamos practicado alguna vez: el reportaje. Esta vez, por partida doble, con un intelectual universitario que habla del marxismo y un trabajador socialista que habla de los intelectuales. Y como ocurriese en el pasado —cómo ocurre, de hecho, con la *Encuesta* sobre la dimensión étnica o racial en la investigación social que libra su segunda horneada en este número—, lo pensamos como un primer gesto, amigo, al debate que es muy amplio dentro de este espacio de izquierdas que reivindicamos. Para la sección *Artículos* elegimos volver con una nueva

contribución sobre el concepto de hegemonía, esta vez en sus relaciones con la lucha de clases y el Estado. En *Perfiles*, en tanto, rescatamos a Nicos Poulantzas, un autor algo olvidado en los últimos tiempos en el pensamiento socialista. Y la *Crítica de Libros* la reservamos al examen de algunas de las más importantes publicaciones recientemente aparecidas acerca de la teoría y la historia de la clase obrera en la Argentina y el mundo.

Mientras, un fantasma recorre *Nuevo Topo* y quizá su público lector: ¿Sere-mos parte de una generación?

# Intelectuales en el ocaso de la ciudad letrada: Los albores de una generación crítica en América Latina

Omar Acha<sup>1</sup>

## Introducción

La historia sociocultural de Latinoamérica guareció en su seno diversas “ciudades letradas”, cuyas huellas rastrearon entre otros Ángel Rama y Jean Franco. En ese recorrido de fórmulas del quehacer en lo simbólico, la intelectualidad americana usualmente defendió su derecho al privilegio del pensar y el crear. Tales destrezas fundamentaron una reclamación de cierto poder; por eso el vínculo con los grupos dominantes siempre fue complejo. Aconteció así incluso si la práctica intelectual (y eso no fue universal) se imaginó al servicio de los condenados de la tierra o del pueblo.<sup>2</sup> Dicha deriva se ha agotado. Ha concluido porque se vaciaron las alforjas de la intelectualidad del siglo XX, pletóricas de las mismas prerrogativas. Aquí es imposible detallar las peculiaridades histórico-materiales de esta transformación. No es sorprendente que el declive de la funcionalidad de los intelectuales con el poder o el contrapoder esté acompañado por la crisis de sus programas de innovación cultural. Quienes sobreviven de ese siglo y aún pretenden tallar en la escena cultural americana, son máscaras insustanciales. Algo ha cesado; mas no sólo la defeción de las viejas generaciones ha producido una vacancia intelectual. Ha emergido una exigencia entre las brasas ardientes de las experiencias populares de Nuestra América: la de reinventar el modo de ser y practicar el obrar intelectual. Es insuficiente sustituir las antiguas facciones actuantes en la vida cultural. Es necesario repensar la fórmula y el carácter de la inscripcón del quehacer intelectual en la trama orgánica de las esperanzas rebeldes hoy en vilo de autoconstitución. Antes que “una generación

---

<sup>1</sup> Docente en la Universidad de Buenos Aires. E-mail: omaracha@gmail.com. Agradezco los comentarios de integrantes del consejo editor de *Nuevo Topo*.

<sup>2</sup> A. Rama, *La ciudad letrada*, Montevideo, Arca, 1998 (1ª ed., 1984); J. Franco, *The Decline and Fall of the Lettered City: Latin America in the Cold War*, Cambridge, Harvard University Press, 2002.

más”, sucesora de otras, se presenta el desafío de rediseñar el concepto y la realidad de una “generación intelectual”.

Justamente, el presente ensayo retrata la revelación de una nueva generación intelectual en América Latina. Presenta la escena que posibilita la pregunta por una intelectualidad crítica; razona su forma colectiva y su atrevimiento “socialista”, entendiéndolo por ello, un aliento plebeyo, colectivo y anticapitalista. Su colocación se sitúa decididamente en la izquierda, espectro plural consonante con las mejores experiencias democráticas de nuestros días.

Hoy es inútil plantear la clásica interrogación sobre la intelectualidad insumisa sin interesar una contextualización latinoamericana. En este sentido, la presente argumentación contiene una dimensión autocrítica y se distancia de las elaboraciones que reducen la problemática al espacio argentino, como sucedió en nuestro libro *La nueva generación intelectual*.<sup>3</sup> Sólo en la ecuación latinoamericana la cuestión intelectual asume sus desafíos genuinos. Lo que no hemos modificado es la convicción de que, desde la izquierda, el tema intelectual no puede ser pensado adecuadamente en términos individuales. Más que la averiguación sobre qué es o debe ser un o una intelectual, es preferible reflexionar sobre la producción colectiva de prácticas intelectuales novedosas.

Es sencillo oponer reparos al empleo de los tres conceptos conjugados en nuestro tema: “generación”, “intelectuales”, “América Latina”. ¿Qué duda cabe de que son discutibles? A contracorriente de las atendibles objeciones, y por qué no, justamente por su aparente evidencia, aquí se propondrá pensar la *inminencia* de una nueva generación intelectual de izquierda en América Latina. ¿Qué razones permiten defender tal idea? A ellas corresponden los siguientes apartados de este ensayo. La primera condición es la desigual desertificación de las viejas prácticas de la vida intelectual en América Latina durante las últimas décadas. Esa situación hace intolerable la pasividad ante el declive de la intelectualidad de antiguo régimen, sea por su mercantilización, por su academización o su resignación a la condición burguesa. Seguidamente se reflexiona sobre las circunstancias de un planteo generacional en materia cultural, identificando dos de ellas: la crisis que alrededor del año 2000 recorrió el subcontinente, y la emergencia de gobiernos democráticos al calor de las movilizaciones populares en los últimos tiempos. En ese momento se argumentará la necesidad de aquilatar la vocación intelectual de nuevo cuño en interlocución con la práctica insurgente de los sujetos sociales plebeyos; de otro modo, todo deseo intelectual se reduce a especulaciones o búsquedas individuales de reconocimiento, tretas que enmascaran nuevas versiones de la ciudad letrada.

<sup>3</sup> O. Acha, *La nueva generación intelectual. Incitaciones y ensayos*, Buenos Aires, Ediciones Herramienta, 2008.

## La esterilidad intelectual contemporánea

El alzamiento de una generación intelectual latinoamericana es inexplicable por la pertenencia a un rango de edad. Aunque los años vividos no son indiferentes en este tema, de ninguna manera labran una pertenencia generacional. Lo que define a una generación es la manera de vérselas con los desafíos culturales y políticos de su época. El franqueo del tema de una metamorfosis cultural de nuevo tipo es en parte el derivado de la crisis de una vieja camada intelectual cuyo tiempo ha pasado. Sobre el cuerpo agonizante de la vieja generación, los bisoños y arrogantes conquistadores de la nueva generación clavan sus picas para terminar con esa longevidad inútil. Pero sólo por error el reemplazo generacional sería caracterizado con el nombre tradicional de “parricidio”.

¿Qué hacer cuando las viejas generaciones son formaciones inertes? ¿Es posible que una sociedad compleja carezca de actividad intelectual crítica? ¿Es ésta una simplificación polémica? Hace pocos años, Jean-Claude Milner preguntó sobre la existencia de “vida intelectual” en Francia, es decir, inquirió si la intelectualidad se situaba críticamente frente al orden establecido y así cuestionaba su propia legitimidad. El lingüista concluía que no la había. La reacción contra el clima teórico del Mayo francés, contra el “sesentaiochismo”, se había coaligado con el conservadorismo de los años noventa y la mediatización *chic* del cambio de siglo para eliminar toda discusión auténticamente radical. Basta observar las performances mediáticas de oportunistas como Alain Finkielkraut o Bernard-Henri Lévy para admitir el razonamiento de Milner.<sup>4</sup>

Pues bien, la situación latinoamericana no es muy diferente, aunque su historia y características sean bien otras. ¿Qué revela hoy la actuación de intelectuales como el peruano Mario Vargas Llosa o el argentino Juan José Sebreli, sino el epitafio de toda una época intelectual? Si observamos el escenario residual, lo que persiste del pasado, en América Latina nos hallamos en un desierto intelectual. No discutiremos con minucia los méritos de quienes, anclados en otro mundo, desean tallar en la escena intelectual y cultural. Lo importante son las preguntas que se hacen en contacto con una realidad que jamás ha dejado de ser punzante. ¿Qué movilización de la inteligencia radical exudan los textos del mexicano Jorge G. Castañeda o de la argentina Beatriz Sarlo? ¿Es aconsejable observar otros cuadrantes ideológicos? ¿Acaso se puede hallar un programa de

---

<sup>4</sup> J.-C. Milner, *Existe-t-il une vie intellectuelle en France?*, París, Verdier, 2002. Ver también, Gérard Noiriel, *Les Fils maudits de la République. L'avenir des intellectuels en France*, París, Fayard, 2005.

renovación intelectual en las izquierdas que piensan igual que en los años setenta, o como si el siglo XX no hubiera ocurrido?

No y no. Veamos la situación argentina, sumida en un estado de coma irreversible. Es necesario evitar el error de dar crédito a la lozanía que provee la pompa de los libros publicados en editoriales prestigiosas, las cátedras ocupadas, los artículos en las revistas culturales, los premios recibidos y los reportajes dados. Basta echar una mirada al aguantadero mercantil que es la revista *Ñ*, del grupo Clarín, para notar la decadencia del mundo bifronte de la industria cultural y el aparato académico. Ese botox mediático e institucional jamás podría inyectar nueva vida a lo caduco, a las renunciadas, a la resignación a lo dado. Es suficiente presionar un poco sobre esa piel tersa para que salte la costra y emerja impúdico el tejido exangüe, cosido a las apuradas para disimular una muerte — esto es lo insoportable— ante la que una juventud estudiosa baja la cerviz. ¿Qué queda ante esa desnudez de las revistas y las conferencias, de las distinciones y los cargos?

Lo grave no es eso. Lo intolerable es que lo muerto pretenda colonizar lo vivo, que desee alimentarse a expensas de lo que nace. Porque lo ido de la intelectualidad caduca parasita la sangre joven, cuando ésta cree en sus palabras fofas, en sus prosas y estilos, en sus florilegios insustanciales o en sus parafernalias académicas. Es claro que esa intelectualidad inerte pero aún semoviente dispone de medios de explotación de los individuos de la potencial nueva generación, gracias al chantaje facilitado por un acervo de cátedras, editoriales, rentas, revistas, becas e institutos. ¡Qué sería de tantos liderazgos intelectuales si no regentearan las recompensas materiales y simbólicas con las que someter a las vocaciones “juveniles” en una injustificable subalternidad! Pero la contrariedad es otra, y descansa en la increíble resignación de la mocedad intelectual al vasallaje del becario, no como momento transitorio de una carrera académica, sino como horizonte experiencial de la praxis intelectual. El problema es *nuestro*. Quizás los zombis somos nosotrxs, quienes no nos atrevemos a pensar con cabeza propia, ni a refundarnos en la vida activa de nuestros contextos.

Es imposible emprender una explicación detallada de cómo se llegó a ese panorama lamentable. Esquematizaremos sus trazos esenciales en la Argentina, aunque veremos que el panorama del proceso no es radicalmente distinto en América Latina (aunque sí es variada su transformación contemporánea). El punto de ruptura lo estableció el golpe de estado de 1976. La fractura inducida por la dictadura militar ha sido analizada de manera insuficiente. La necesidad de una revisión de las actitudes intelectuales prevaletentes entre 1960 y 1976 tendió a ocultar el viraje obligado por la represión. En buena medida la confusión era inevitable porque, en efecto, la conservación y repetición intacta de lo hecho

en los setenta era insostenible. En el caso argentino una experiencia significativa de revisión y adaptación a “la democracia” se realizó en el exilio mexicano, donde socialistas y peronistas de izquierda debatieron en la revista *Controversia* la manera de construir un orden “democrático”. Sus diferentes grupos compartían el abandono de una política de cambio social revolucionario. Ya de regreso en la Argentina, se adoptó la idea de un fracaso esencial y perenne de las políticas revolucionarias, tanto por parte del reformismo socialdemócrata como del reformismo populista. Si bien la mutación se realizó al calor de desavenencias intelectuales más o menos sofisticadas, en el mediano plazo el desacople entre la noción de un saber de la realidad y la vocación de una transformación socialista de la misma condujo a una anemia de lo intelectual que reseco el pensamiento. Un acelerado proceso de academización aseguró un refugio cómodo entre los brazos del estado, en cuya trama colaboraron con la nada sencilla faena de edificación de la vida universitaria vaciada por la dictadura.

La embrollada relación de las antiguas generaciones con el pasado –y sobre todo el resentimiento contra sus anteriores apetencias revolucionarias– no se explica por la necesidad de su revisión crítica. La urgencia de hacerlo es obvia. El problema con la intelectualidad avejentada consiste en que no logra realizarlo de una manera radical, porque ese examen no incluye a sus nuevas convicciones liberal-democráticas entre los objetos del examen. Las aproximaciones ensayadas están dañadas por la renuncia a concretar esa revisión desde una perspectiva política que exceda los valores impuestos después de 1983. Sus posiciones interpretativas son pre-hermenéuticas. ¿De qué modo piensan los setenta? Utilizando nociones abstractas, sean liberales o populistas anémicas, que para adquirir utilidad deberían ser matrizadas en moldes históricos y políticos activos, vitalizados por nuevos sentidos de la praxis. La crisis del 2001-2002, con su compleja carga experiencial de novedades democráticas, fue desoída o fue metabolizada en las hormas institucionalistas que sólo podían amordazarla.

Uno de los pocos debates interesantes del reciente mundo intelectual argentino, el suscitado por la “carta” de Oscar del Barco en torno a la violencia en la cultura política de izquierda en las décadas de 1960 y 1970, reveló la imperiosa necesidad de encauzar una fractura generacional. De quebrantar de una vez por todas esas osamentas intelectuales henchidas de osteoporosis política y teórica. En la referida discusión, de un lado se hallaron quienes postularon fórmulas teológicas, abstractas, intemporales, ahistóricas, o pre-políticamente éticas, del “no matarás”; del otro lado, quienes justificaron el pasado de la lucha armada por la historia o los propios “ideales” setentistas, regulando su memoria por una ética maniatada historicistamente y convalidando la contraviolencia de los humillados y ofendidos. Pues bien, fue una discusión de arrepentidos y obstinados,

de iluminados *a posteriori* y defensores de identificaciones juveniles.<sup>5</sup> La única alternativa a ese debate malogrado e inviable es pensar sus términos desde la plataforma pujante de una nueva generación que replantee los conceptos residuales empleados hasta el momento.

Nos hallamos todavía en la estela del gran fracaso de la intelectualidad reformista, cuyo canto de cisne liberal llegó de la mano de la Alianza radical-frepasista (1999-2001), en que creyó la progresía socialdemócrata, y alcanzó su estertor fatal, ya en veta populista, en estos años kirchneristas con la renuncia de la progresía estatalista/populista a los últimos velos del plebeyismo tardoperonista. Es que el kirchnerismo precisó de un intelectual operativo como Horacio Verbitsky o, en el mejor de los casos, de un ironista magnífico como Diego Capusotto. El resto fue decoración. De allí el carácter instrumental, polémico y finalmente heteronómico del grupo "Carta Abierta", que fundamentó en 2008 su vigor intelectual en que concitara la adhesión de 500 ó 600 personas, y no en la invención de ideas significativas; éstas, por fuerza, debían postular un más allá del kirchnerismo, algo a lo que habían renunciado de antemano. Su cierre de filas alrededor de la ciudadela kirchnerista bajo el fuego graneado de la derecha social y mediática obligó a la yugulación de toda reflexión auténticamente intelectual. Así fue que su contribución a una cultura política kirchnerista fue exigua. Fueron "intelectuales tradicionales" de un sector político, y su estrella estaba destinada a apagarse con la suerte de esa fracción del sistema partidario argentino. Se sostuvo desde algunos órganos de "comunicación" que Carta Abierta representaba la opción de "los intelectuales", a tal punto que una runfla conservadora más ridícula que temible, llamada "Grupo Aurora", salió al cruce proclamando una postura antagónica.

Es importante enfatizar la razón fundamental del fracaso de la intelectualidad filokirchnerista, pues ello entraña enseñanzas para la reflexión sobre una futura generación intelectual de izquierda en el continente. El límite fundamental de Carta Abierta consistió en su absoluta separación de una praxis popular de masas. Fue una "puesta en escena" que careció de anclajes en el movimiento social real. Del mismo modo que el kirchnerismo no quiso ni supo emprender una proyección popular movilizadora, Carta Abierta se mantuvo como grupo de presión discursiva, aislado de la por otra parte inexistente fuerza popular que era su única clave para dar cuenta de la realidad. No es sorprendente, entonces, que su lenguaje fuera abstruso o con "estilo" para pocos, endogámico, sin vocación de comunicación colectiva. Su ensimismada

---

<sup>5</sup> Ver la recopilación de textos en *Sobre la responsabilidad: No matar*, Córdoba, El Cíclope Ediciones/La Intemperie/Editorial de la UNC, 2007.

caricia reveló el público al que se dirigía: las propias huestes culturales de sus integrantes, que podían ser relevantes en algunos espacios situados, pero que carecían de potencia hegemónica. Sólo una práctica de transformación concreta, popularmente activada, podía exigir a los intelectuales filokirchneristas una creatividad en sus habilidades específicas que proveyera de recursos para un combate real. Puesto que el sujeto político único era el gobierno, ¿qué otra cosa sino una salvaguardia del aparato kirchnerista podía ser el programa de los “intelectuales”?<sup>6</sup>

Por eso hoy no existe el debate intelectual en la Argentina. Es imposible sostener que lo hay presentando aquí y allá textos de expresión pública, porque los diarios y revistas tienen un espacio destinado a los académicos, a quienes consultan de vez en cuando o toleran como articulistas. Cuando en las filas intelectuales realmente existentes se presenta algún desacuerdo, la tensión se hace pronto riña. Las redes de amistades se alinean, las descalificaciones van y vienen, pero los fundamentos se pierden en la banalidad.

La historia reciente de la torsión conservadora de la intelectualidad latinoamericana es irreducible a la experiencia argentina, pero es posible trazar puentes reconocibles. Por ejemplo, la trayectoria del chileno Manuel Antonio Garretón hacia el liberalismo progresista no es diferente del que se reconoce en el argentino José Nun; el paso al neoliberalismo en Sebreli se puede emular, con sus peculiaridades, en las transformaciones ideológicas del brasileño Fernando Henrique Cardoso. Es cierto que el peronismo de izquierda introduce una especificidad argentina. Pero esta podría ser comparada, en una visión de mayor duración, con la deriva del aprismo peruano, anticipadora de las torsiones discursivas del peronismo.

También es latinoamericana la función que tuvieron las dictaduras militares en la destrucción de un pensamiento intelectual crítico. Por ejemplo, la camada de científicos sociales de las décadas de 1960 y 1970, creadora de importantes y originales perspectivas como la teoría de la dependencia o la pedagogía crítica, lo hizo muchas veces huyendo de países dominados por poderes de facto castrenses, y fue finalmente aislada por su extensión masiva desde los primeros años del decenio de 1970. Figuras como Enzo Faletto, Paulo Freire, Ruy Mauro Marini, Theotonio dos Santos, F. H. Cardoso, Celso Furtado, Pablo González Casanova, Pedro Vuscovic, entre otros, se encontraron en países todavía libres, en el caso de la mayoría de los nombrados, en Chile hasta 1973, donde pudieron desplegar sus apetencias crítico-cognitivas. También México supo recibir numerosos exiliados, como el boliviano René Zavaleta Mercado o una pléyade

<sup>6</sup> Ver sus textos en <http://www.cartaabierta.org.ar/>.

de chilenos y argentinos en el lapso de 1973 a 1976. La relación entre exilio e identificación del quehacer intelectual en América Latina es, ya desde el siglo XIX, una clave histórica que aquí no puede ser analizada, como tampoco puede ser revisada la conformación de extensas y densas redes de circulación, tanto de personas como de textos, que edificaron material y simbólicamente la figura de la intelectualidad latinoamericana. Pero el ciclo de las dictaduras tuvo una eficacia global que aplastó una era del pensamiento crítico, hostigado internamente, es cierto, por propias y profundas contrariedades que es preciso pensar. La crisis del socialismo y el marxismo entrañó un marasmo ideológico que surcó todas las experiencias intelectuales latinoamericanas.

Los efectos de la academización también fueron comunes al subcontinente. Algunos un poco antes, otros un poco después, todos los países atravesaron la "transición democrática" incluyendo en ese pasaje la reconstrucción de campos científicos y universitarios. En los recientes encuadres institucionales, los intelectuales sobrevivientes y retornados de los exilios revelaron rasgos parecidos a los vistos en la intelectualidad argentina. La inserción universitaria es fundamental para pensar las derivas culturales en toda América Latina. Ya no respecto de la vieja generación, sino en relación con el porvenir de las nuevas hornadas. La reflexión sobre una intelectualidad crítica no puede eludir un examen complejo y circunstanciado del vínculo entre mundo académico y mundo intelectual, del mismo modo que es impensable hacerlo escindiendo a este último de la industria cultural, de los medios de comunicación y de la política. En este breve ensayo sólo podemos puntualizar que la institución universitaria no es una máquina compacta ni mortíferamente eficaz en su rutina domesticadora. Además de su función burocrática, también es un abigarrado espacio de prácticas, en cuyos entresijos, y a veces en cuyas vidrieras, es posible desarrollar políticas intelectuales radicales. Pero esas posibilidades deciden su suerte en la habilidad para transformar las prácticas intelectuales institucionalizadas en el diálogo sincero con las dinámicas populares de creatividad social, cultural y política.

## Las implicancias intelectuales de la crisis y los procesos democráticos

Las generaciones intelectuales de América Latina se definieron por los problemas encarados y no por el tipo de práctica cultural, pues sólo con raras excepciones sus integrantes evadieron el anhelo de legitimarse como minorías

selectas; más bien pretendieron el reconocimiento de una presumida superioridad. Si algo justifica la profecía actual de una nueva generación en Latinoamérica, si algo excede el deseo subjetivo o la facundia, es la existencia efectiva de un dilema irresoluble para las viejas matrices de pensamiento. Una generación es posible si sabe identificar un problema singular que no puede ser analizado por los prismas de sus predecesoras. Solamente cuando estilice su incógnita es que le será dado sostener su existencia, porque más que una identidad, una generación es una obra acometida. Los esbozos generacionales fracasados permiten concluir que hallar el sexo de una generación es difícil y a veces imposible; porque su materia no está constituida por el voluntarismo, sino por una voluntad abrazada a una historia. Sin un obrar dirigido hacia una contrariedad definida es imposible sostener una plasmación colectiva. Un caso histórico diáfano es el de la camada de jóvenes de la Reforma Universitaria de 1918 en la Argentina. Probablemente no existió en el continente durante las primeras décadas del siglo XX un sector que haya martillado con mayor ahínco sobre su propia textura generacional. La revista *Inicial*, que quiso presentarlos, portó el subtítulo de “revista de la nueva generación”. Uno de sus colaboradores, Julio V. González, insistió en diversos lugares sobre esa generación autoproclamada. Sin embargo, sus integrantes permanecieron hebras separadas. No supieron hacer resonar la historia del presente en la crispación de su destino compartido. La disgregación los condenó al fracaso y la inexistencia como generación. En cambio, los peruanos universitarios/reformistas del mismo periodo, con José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre como adelantados, sí detectaron la cuestión indígena-campesina y el tema imperialista, que permitió una evaluación feroz de sus antecesores intelectuales. Dejaron una obra; por eso, varias décadas más tarde, otros peruanos inquietos, como los historiadores Alberto Flores Galindo y Ricardo Melgar Bao, todavía debían pulsar la herencia mariateguiana para reconocer su propia potencia.

¿Cuál es, hoy, el tema de la nueva generación? Pensándolo en la Argentina, es el de la crisis de 2001-2002 y sus consecuencias en la mediana duración. ¿Qué aconteció entonces y qué sucedió más tarde? El 2001 sancionó la clausura del mito liberal-democrático de una Argentina emancipada de encrucijadas raigales. Desde 1983 el clima intelectual estuvo dominado por el rechazo de los extremismos que postulaban transformaciones radicales. La democracia liberal estaba a la orden del día, y luego se añadió el ingreso del país al rango de la normalidad económica. Aunque pocos creyeron que se había arribado al Primer Mundo, lo cierto es que la primacía de la estabilidad cambiaria obtuvo un amplio consenso. En consonancia con la reconstrucción del campo universitario en esos mismos años que van de Alfonsín a De la Rúa,

la vida intelectual pareció acomodarse al diagnóstico de Zygmunt Bauman: del intelectual “legislador” asociado como consejero del estado se pasó al intelectual “intérprete” de sociabilidades culturales.<sup>7</sup> El verano 2001-2002 asestó un golpe devastador a la normalización política, económica y cultural de la Argentina postdictatorial. Que en los dos años siguientes se produjera una reafirmación del dominio social no desmiente la virulencia y, sobre todo, la significación del episodio. Recién entonces se hicieron visibles las grietas en la realidad, tan ostensibles en lo político como en lo intelectual. Se hizo necesario repensar todo. En ese todo se incluían también las tradiciones de la izquierda y las teorías críticas que habían surgido tras la caída de los ideales socialistas del siglo XX. Se produjo una vacancia intelectual y política, una soledad que hizo perceptible el páramo intelectual argentino. El período kirchnerista logró cerrar el ciclo de la crisis, pero su significación se disolvió con ese mismo cierre, a manos de una triunfante alianza social y cultural de centro-derecha. En la Argentina, el dilema intelectual, es decir, el enigma de toda posible nueva generación, consiste en cómo refigurar las prácticas intelectuales asumiendo que el “país normal” soñado por la socialdemocracia y recuperado por el reformismo peronista, carece de promesa emancipatoria.

Antes de transitar al plano continental es necesario abordar el tema de tal pasaje y de las escalas en la estructuración de las generaciones. El tema argentino al que hemos hecho referencia revela la insuficiencia de un enfoque espacialmente estático. En primer lugar porque la dimensión “nacional” oculta diversas situaciones. Mucho de lo que hemos indicado para la realidad argentina se aplica con dificultad fuera de la ciudad de Buenos Aires; a lo sumo puede extenderse a las urbes más populosas del país. Las dinámicas generacionales de la intelectualidad de otros sitios en la Argentina merecen una perspectiva más sofisticada y la atención a las diversidades. Ellas no impiden la edificación intelectual sino, por el contrario, le prestan su auténtica sustancia. Existió una dinámica *permanente* de interrelación entre planos del devenir generacional.<sup>8</sup> Hay que admitir la hegemonía de una fórmula que tiende a la modulación “nacional” (argentina, venezolana, mexicana, brasileña, etc.), mal comunicada con las especificidades locales y provinciales. Tales diferencias deben ser cuidadosamente meditadas. La forma de la generación intelectual mexicana comparte

<sup>7</sup> Z. Bauman, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

<sup>8</sup> El concepto de permanencia es aquí elaborado en préstamo y reformulación de la noción marxista de “revolución permanente”. Ver Fernando Claudín, *Marx, Engels y la revolución de 1848*, México, Siglo Veintiuno, 1985; Alain Brossat, *En los orígenes de la revolución permanente. El pensamiento político del joven Trotsky*, México, Siglo Veintiuno, 1976.

rasgos comunes, pero no es exactamente la misma en el Distrito Federal que en Oaxaca; algo similar sucede con la novel intelectualidad brasileña en Río de Janeiro y Porto Alegre. De la misma manera, la permanencia de la generación excede los marcos nacionales, porque los desafíos intelectuales son, hoy lo sabemos como nunca antes, continentales. Aunque no podemos avanzar sobre la cuestión, la gráfica permanentista de la afirmación generacional tampoco puede detenerse en el plano latinoamericano. Sin perder su singularidad, la interrelación con otras experiencias críticas del planeta se hace posible gracias a internet. Las eficacias de la comunicación electrónica tienen una vasta importancia en la crisis de las antiguas competencias de la *intelligentsia*. En un futuro cercano, la nueva intelectualidad latinoamericana se inscribirá en un abanico global de militancias culturales. La globalidad es el destino de la dinámica permanente del quehacer intelectual radical. Dentro de medio siglo, una futura generación quizá se piense como decididamente global. Detengamos aquí la reflexión, que a pesar de las numerosas anticipaciones observables es aún prematura, y volvamos al plano americano.

Si pensamos en las circunstancias latinoamericanas, el panorama es complejo. El momento crítico de la vacancia cultural y de la posibilidad de una nueva generación intelectual no es totalmente diferente al argentino, y también se vincula con la fractura de la fórmula del capitalismo neoliberal y de la democracia representativa. Desde luego, la desnaturalización de dichos esquemas de dominio no produce automáticamente una creación intelectual. Por el contrario, la torna ardua y vacilante. En el horizonte continental, la "época" de novedad crítica se inicia en 1994 y persiste hasta hoy, extendiéndose desde Chiapas hasta Bolivia. Los casos de Chile, Brasil y Uruguay, tienen realidades emparentables a la Argentina, aunque ninguna es plenamente asimilable. Cuba, desde luego, impone una singularidad. Perú, Colombia y México, también con sus especificidades, componen un conjunto ligado a begemonías conservadoras, hacia las que probablemente se acercará el próximo gobierno argentino. En cambio, las situaciones de Bolivia, Ecuador y Venezuela conforman un panorama distinto. Estos tres casos, con sus diferencias económicas, políticas e históricas, son inseparables de hechos de masas, tanto callejeros como de votación representativa, que hallaron una salida diferente al largo ciclo de dominio neoliberal. En toda la región, lo que se abre como horizonte de la interrogación intelectual es la rediscusión de la cuestión democrática, dos décadas atrás encerrada en la oposición con el autoritarismo, y ahora en el primer plano de la búsqueda de formas efectivas de poder popular. La trama de interconexiones entre política, economía y cultura tracciona esa búsqueda hacia el replanteo de la problemática de las estructuras económico-sociales

que sostienen las atribuladas existencias colectivas del subcontinente. De allí que la interrogación por el cambio radical reaparezca como una tarea, no sólo pensable en el plano político, sino que también sea constitutiva del obrar intelectual crítico. Desde una perspectiva político-intelectual, no se trata de una sumatoria; la proyección de una integración regional instala, desde la experiencia concreta, la posibilidad de una renovación de la convergencia continental, bolivariana, que demanda una reforma intelectual y moral, también en el corazón de las maneras del obrar intelectual.

Ante la emergencia de una Latinoamérica reverberante de innovaciones populares, la vieja intelectualidad reaccionó desigualmente. Un sector rejuveneció al esforzarse en pensar sus potencialidades y evaluar sus límites, no desde el modelo ideal, sino en la fluencia del antagonismo de la historia. Mencionemos aquí al brasileño Frei Betto, al mexicano Carlos Monsiváis y al argentino Atilio Borón; algunos más jóvenes, como el boliviano Álvaro García Linera, son partícipes directos de las nuevas realidades. Otro sector se tornó reactivo, y acunó sus ideales liberal-republicanos para condenar los “excesos” de Hugo Chávez y Evo Morales, cuando no de los más moderados Kirchner o incluso Lula. John Beverley explicó esa reacción “neoconservadora” por parte de la crítica cultural en razón de la pérdida de un sitio de autoridad debido a los efectos de la industria cultural y la marginalidad de la intelectualidad en las nuevas situaciones “populistas”. Preocupado por las disputas intestinas del latinoamericanismo universitario, Beverley subraya la dimensión antipopular y jerárquica de la crítica en autores como Mabel Moraña, Beatriz Sarlo y Mario Roberto Morales.<sup>9</sup> Su análisis deja irresuelta la cuestión principal, a saber, la de qué dice la apelación a la autoridad “crítica” en el contexto de un fin de ciclo, que es el de la intelectualidad liberal-democrática, pero también el de la intelectualidad populista-reformista con la que Beverley simpatiza. Nuestro debate no es ese, sino el de la construcción de prácticas nuevas y activas en careo transformador con las culturas del pueblo. No es ningún azar que las discusiones intelectuales más interesantes en Nuestra América tengan sede en sus contextos más radicales: la reflexión sobre la cuestión étnica y de clase en Ecuador y Bolivia, o sobre la autogestión de las empresas estatizadas o la autoorganización popular en Venezuela. El pensamiento y creatividad revolucionarios no brotan como Minerva de la cabeza de Júpiter: prosperan iluminados y exigidos por la realidad social borboteante de contradicciones. Por ejemplo, recién ahora se impone a la izquierda la tarea de pensar la

---

<sup>9</sup> J. Beverley, “The Neoconservative Turn in Latin American Literary and Cultural Criticism”, en *Journal of Latin American Cultural Studies*, vol. 17, n° 1, 2008 (versión castellana en *El Ojo Mocho*, n° 21, 2008).

democracia sin reducirla a un efecto superestructural; lo mismo sucede con la cuestión ecológica y con la del género.

La conmemoración del bicentenario en 2010 es la ocasión de un replanteo de la problemática intelectual en un envase generacional de amplitud continental. El tema es importante porque en su discusión se dirimen las orientaciones de la inscripción de la intelectualidad en una operación histórica y política de negociación de lo latinoamericano. El modo en que se decida el contenido y la forma del bicentenario será un campo de batalla intelectual. Artistas plásticos, narradoras, historiadores, arquitectas, músicos, filósofas, son y serán convocados para la determinación del sentido atribuible a los 200 años de vida de los estados nacionales latinoamericanos. El balance de ese evento político-cultural revelará si la primera década del siglo XXI, entre crisis y realidades democrático-populares, logró plasmarse en una proyección consistente, politizada, generacional.

Con todas sus contrariedades, América Latina está en movimiento. De una manera limitada aquí, con mayor entusiasmo allá, con estas modalidades de acción popular allí, con tales tradiciones sociales acá, los reveses cercanos y próximos no acallan las aspiraciones a otra realidad. El futuro de una nueva generación intelectual se decide tanto por su voluntad de crear una perspectiva crítico-emancipatoria, como por su capacidad de refundirse en una praxis de poder popular que, naturalmente, no puede crear ella misma. Sin vanguardismo ni actitudes pedagógicas, sin abandonar no obstante una singularidad intelectual, deberá escuchar y compartir las militancias en el seno del pueblo. Como decían Marx y Engels sobre el comunismo, una proyección generacional no es un ideal a realizar; es el forzamiento de un movimiento real. De una tendencia doble: de una población democrática y rebelde en autoconstitución como sujeto transformador, y de una pléyade intelectual politizada y creativa. Es insuficiente considerar qué es lo que la intelectualidad quiere expresar al escribir, cantar, pintar, esculpir, hacer periodismo, crear un blog o danzar. Es necesario advertir *qué hace* al realizar sus tareas intelectuales. De tal manera, podremos repensar la práctica intelectual, que dejará de ser el refugio de las ilusiones constitutivas de nuestros pobres narcisismos, de las necesidades de reconocimiento o la sed inconfesable de poder (fundadora de una nueva ciudad letrada), para devenir, sin ceder en la vocación singularmente intelectual, un agente más en la transformación colectiva del mundo. Para situarse a la altura de los tiempos y para colaborar en su despliegue, deberá ser radicalmente democrática, en la senda de un cuestionamiento de la división entre el trabajo intelectual y el manual, pues es esta una de las más aborrecibles consecuencias de la alienación capitalista.

## Diez tesis para concluir

Las siguientes tesis no se siguen necesariamente de las porfías precedentes. Inseparables de éstas, atenazan ideas de un trabajo en curso:

*Tesis uno.* Los contextos políticos y económicos contemporáneos en América Latina tienen correlatos en la crisis de las figuras de la intelectualidad definidas a lo largo de los siglos XIX y XX. Antes que la reconstrucción o reivindicación, frente al avance del mercado o la academización, la situación actual exige la invención de una trama diferente del quehacer intelectual. Ninguna historia de los intelectuales puede reemplazar la tarea constructiva de una obra intelectual de nuevo cuño. Sin embargo, las tareas están en proceso de definición provisoria, y sus certezas necesitan amplios balances de los antecedentes de las prácticas intelectuales.

*Tesis dos.* La forja de un proyecto intelectual de izquierda carece de sentido en los encierros locales, nacionales y aún regionales. Entre todos estos planos o escalas se plantea una relación de “permanencia” en los tránsitos e intercambios. Por vez primera se abre la posibilidad, y se incita la necesidad, de una reformulación de la intelectualidad en Nuestra América. Antes de nuestra era, salvo tres momentos comunes al espacio latinoamericano y caribeño (*grosso modo*: de manera parcial en 1830, nítidamente en 1890, decididamente en 1960), los horizontes intelectuales se definieron nacionalmente. Lo mismo aconteció en el período de retroceso crítico, academización y disgregación de la década de 1980. La dinámica de la globalización, la transformación de la situación política mundial, la reactivación de las luchas populares en nuestros países, reinstituye la vocación bolivariana de una imaginación política en América Latina y el Caribe. De allí que se revele el carácter virtual que hasta el momento detentó la noción de “intelectual latinoamericano”. Se inaugura, entonces, la posibilidad de una vertebración propiamente americana del obrar intelectual. Su condición actual es la de una inminencia.

*Tesis tres.* La historia cultural de Nuestra América experimenta, en los contornos del evento llamado “bicentenario”, la demanda de una nueva generación intelectual. La clausura de la etapa de las “transiciones a la democracia” en los años 1980, el cierre del ciclo del pleamar ideológico neoliberal de los años 1990 y las tribulaciones de las realidades nacionales en el amanecer del tercer milenio, incitan a la invención de una nueva radicalidad intelectual.

*Tesis cuatro.* Una nueva generación intelectual, para ser nueva y consonar —a su modo— con las prácticas de poder popular, deberá acaecer en la alianza reticular de una colectividad. De allí su aliento generacional, multitudinario. No será la reunión o articulación de individuos o sectas convencidas, la yuxtaposición de particularidades. Tampoco la coagulará el sometimiento a una doctrina monolítica. Se la observa en mil anticipaciones prácticas, aquí y ahora. Mas su

expansión consistirá en la fragua de una vocación emancipatoria compartida en la travesía de las situaciones en Nuestra América, atenta a las solidaridades de las luchas populares en el planeta. La definición político-cultural de una nueva generación enfatiza que sus confines no están balizados por rangos de edad, sino por la implicación existencial del ejercicio de la praxis intelectual ante los desafíos de nuestros pueblos.

*Tesis cinco.* La nueva generación corre el peligro de la disolución si no logra coagular un proyecto colectivo, en el que coexistan la diversidad y la comunidad de una problemática politizada. Las adscripciones a las tribus intelectuales de las viejas generaciones constituyen un obstáculo para la edificación una praxis intelectual original. Lo concluido parasita lo inédito. El fracaso y el agotamiento de las generaciones intelectuales precedentes amenazan con expandir los vacíos culturales detectables de varios contextos nacionales y con condenar a una era de mercantilización intelectual y academización inmoderada. El sistema universitario, por una parte, y las lógicas consumistas de los medios masivos de diversión, por otra, instalan algunos de los desafíos principales.

*Tesis seis.* Los vínculos de la nueva generación con el pasado son activos, interpretantes, y no meramente receptivos o negadores. La relación con el tiempo es de índole freudiana: elabora las imágenes del pasado a la luz del presente, analiza el presente investigando las huellas del pasado, avizora el futuro a través de la grilla de la experiencia y de los deseos emancipatorios. De acuerdo a los contextos locales, nacionales y regionales, los debates de la nueva generación intelectual se dirimen en el examen de las cohortes intelectuales revolucionarias de la segunda mitad del siglo XX o de las formulaciones reformistas que se plegaron a la era post-revolucionaria de la última década del mismo siglo y los inicios del siglo XXI.

*Tesis siete.* La nueva generación, para ser tal, deberá inclinarse por una praxis intelectual que anticipe los rasgos del quehacer intelectual futuro. Es decir, tendrá que ser democrática o no será. Las conexiones creativas de su emergencia se sumergirán en la carne militante y viviente de las insurgencias plebeyas, en las anticipaciones críticas de un poder popular. Su combustible principal es esencialmente político: las luchas de nuestro tiempo, los proyectos de nuevas formas políticas del estado ligado al poder de los condenados de la tierra y las refiguraciones de la praxis revolucionaria. Desde este punto de vista su destino es devenir una generación intelectual socialista.

*Tesis ocho.* La proliferación levantisca de la nueva generación abre las costuras del intelectualismo y el profesionalismo. Sus militancias específicas son aptas para comunicarse con las clases oprimidas y los sectores explotados o discriminados. Pero su actitud no es la condescendencia populista. Su vocación es crítica. Lejos del vanguardismo, su obrar entra en diálogo con las culturas del

pueblo, de las que constituye un aspecto. En la tendencia hacia una disolución de la brecha entre el trabajo manual y el intelectual, la nueva generación intelectual latinoamericana deberá hacer de la destrucción de la decadente ciudad letrada el fundamento de su vertebración democrática.

*Tesis nueve.* Los entusiasmos de la moldura generacional de la intelectualidad abaten las fronteras artificiales que protegieron los reclamos ilustrados de autonomía radical o de representatividad del pueblo. Las reestructuraciones de la tecnología y la comunicación habilitan una difusión del quehacer intelectual, que está animado por las particularidades de las especializaciones y las demandas de los sentidos prácticos (por definición, políticos y ligados a las totalidades contextuales). De tal manera la demografía de la generación intelectual se multiplica en los diversos planos de la milicia cultural, desafiando las hornas tradicionales, disolviendo las amargas derrotistas de las últimas décadas, propiciando innovadoras facturas del deseo de saber y de hacer.

*Tesis diez.* Una nueva generación en Nuestra América tiende lazos de colaboración crítica con las culturas radicales que recorren el planeta, en búsqueda de conspiraciones, de aspiraciones compartidas, en la forja de una vocación transformadora global. El horizonte filosófico de la nueva generación transita de la historia a la política, de la tradición a la comunicación ecuménica del pueblo mundial en ciernes.

---

### Resumen

Se argumenta sucintamente sobre las circunstancias de una nueva generación intelectual en América Latina. La imposibilidad de una lógica del mero reemplazo implica una comprensión diferente de la figura históricamente determinada del quehacer intelectual. Posteriormente se discuten las condiciones de América Latina para la formación de una nueva generación, que al calor de la problemática del "bicentenario" debe reconstruir su pasado y atizar las exigencias de una transformación de la figura del intelectual para entrar en diálogo real con las prácticas emancipatorias populares. Por último se formulan diez tesis sobre el futuro de la nueva generación, después del derrumbe de la ciudad letrada.

**Palabras clave:** intelectuales; Generaciones; América Latina; Política; Cambio social.

### Abstract

The circumstances of a new intellectual generation in Latin America are briefly discussed. The impossibility of its birth through a simple logic of replacement implies a different understanding of a historically determined practice of intellectual work. Later the paper enounces the conditions of a Latin American construction of this generation, in the context of the Bicentenary and taking the task of making sense of its past and the desire of changing the profile of the intellectuals within the real dialogue with the popular emancipatory practices. Finally, ten theses about the future of the new generation are proposed, after the fall of the lettered city.

**Keywords:** intellectuals; Generations; Latin America; Politics; Social Change.

---



### Sobre nuestra condición intelectual (y sus anti-condiciones)

Ariel Petruccelli<sup>1</sup>

Si vamos a reflexionar sobre nuestra condición intelectual es necesario precisar quiénes integran ese *nosotros*. Tengo en mente una o dos generaciones: las que incluyen a los nacidos entre principios de los sesenta y mediados de los ochenta. Geográficamente pienso especialmente en Argentina, aunque se podrían hacer extensiones hacia otros ámbitos de Latinoamérica e incluso del mundo occidental. Más difícil es precisar qué es ser intelectual. Propongo usar un doble *standard*. Uno, muy amplio, que defina como intelectual a cualquier persona que realice algún trabajo de esa índole (enseñanza, escritura, etc.) de manera más o menos sistemática. Otro, más restringido, que considere intelectual sólo a quienes intentan pensar públicamente los problemas de nuestro tiempo y de la existencia humana. La primera sería una definición *sociológica*, la segunda, digamos, *política*. Sin embargo es necesario introducir una precisión adicional. Aquí se indagará exclusivamente a los *intelectuales de izquierda*, definidos sucintamente como todos aquellos y aquellas que rechazan al capitalismo en general, la explotación de cualquier género, y la opresión en todas sus formas (étnica, racial, sexual, etc.).

Desde el punto de vista sociológico se registra una ampliación creciente del número de intelectuales. La extensión y masificación de los sistemas educativos (incluyendo el universitario) acrecentó sensiblemente el número de docentes. Paralelamente, el desarrollo de algunas nuevas tecnologías ha incorporado camadas de trabajadores con algún tipo de tarea intelectual (programadores, etc.). Pero desde el punto de vista de nuestra definición política del ser intelectual no se registra ningún avance significativo: incluso quizá se pueda hablar de cierto retroceso. En una obra reciente y saludablemente provocadora, Omar Acha ha señalado la existencia de un verdadero desierto intelectual en la Argentina de

---

<sup>1</sup> Universidad Nacional del Comahue. E-mail: arpetrus@gmail.com. Fernando Lizárraga, Julián Gindín, Ezequiel Adamovsky, Bruno Galli, Mauricio Suraci y Humberto Bas han beneficiado a este escrito con sus críticas y comentarios. También es posible que lo hayan perjudicado. Si los lectores y lectoras encuentran algún párrafo que no es de su agrado, ya saben a quiénes responsabilizar.

las últimas décadas;<sup>2</sup> y si bien quizá suene exagerado plantearlo en esos términos, parece indudable que la reflexión profunda sobre los dilemas de nuestro tiempo ha escaseado, en particular los realizados desde una perspectiva radical. Dos grandes actitudes han propulsado esta deriva: la *acomodación* y la *evasión*. La primera es más propia de los intelectuales de las generaciones veteranas: setentistas arrepentidos, frustrados o simplemente cansados, que fueron paulatinamente ganando un lugarcito en la sociedad y en el *establishment* intelectual, al tiempo que renunciaban a la reflexión intelectual profunda, o lo hacían desde una perspectiva que firmaba las paces con los poderes establecidos. Una tendencia sutilmente incentivada por las agencias estatales y privadas que financian la investigación. La evasión, en cambio, tiende a imperar entre nuestras generaciones. ¿En qué consiste? En lo sustancial en asumir una identidad radical (cuando se lo hace, que no es, ni con mucho, la tendencia mayoritaria), pero esquivando encarar grandes problemas desde una perspectiva totalizante y universalista; que apunte a la crítica integral del sistema capitalista global. El pensamiento crítico (a escala mundial, con las excepciones del caso) ha tendido a dejar de pensar el mundo como un todo, ha retirado su mirada de la economía, se ha inclinado a renaturalizar al capitalismo (al tiempo que se desnaturalizaban otras formas de opresión) y se ha mostrado por completo huérfano de cualquier forma de pensamiento estratégico que apunte al derrocamiento del capital. Así, se ha escrito y se ha hecho mucho a favor de los derechos de las mujeres o de las “minorías”, en ocasiones a costa de esfuerzos encomiables; pero el capitalismo —auténtico demiurgo del mundo contemporáneo— en principio podría convivir con la igualdad de género, de razas o de etnias, mientras que no podría validar la igualdad de las clases (que equivaldría a su abolición).<sup>3</sup> Se han generado grandes entusiasmos por los nuevos movimientos sociales; infravalorando el carácter muchas veces minoritario de los mismos y casi sin pensar en la profunda diferencia que media entre movimientos que meramente se proponen protestar, y aquellos que aspiran a conducir los destinos de la humanidad. Se tiende a ver con esperanza los aires nuevos que soplan en América Latina; pero se cierra los ojos ante las tendencias políticas, mucho menos promisorias, en EEUU, Europa, China o África. Hay mucha investigación prolija y minuciosa, pero pocos libros que rompan esquemas. Mucho conocimiento parcial, pocas reinterpretaciones globales. Se escribe en cantidad sobre las nuevas formas de lucha o las nuevas prácticas políticas, pero

<sup>2</sup> Omar Acha, *La nueva generación intelectual. Incitaciones y ensayos*. Buenos Aires, Herramienta, 2008.

<sup>3</sup> Hay que indicar, sin embargo, y muy fuertemente, que en los hechos la igualdad de género y racial dista de haberse realizado bajo el capitalismo. A pesar de sensibles avances en las últimas décadas, se puede dudar que alguna vez se realice plenamente bajo un orden capitalista.

escasean los balances críticos del desastre en que terminaron todos los intentos emancipadores del siglo XX. ¿Cuántos intelectuales de izquierda han asumido con todas las letras que sufrimos una verdadera derrota histórica?

Hay varias circunstancias que explican estas tendencias. En primer lugar el poderío del capitalismo es tan descomunadamente grande, y el retroceso y confusión de las fuerzas antisistémicas que en el pasado lo desafiaron tan notorio, que se comprende la búsqueda de formas de consuelo o evasión. Pero comprender no es justificar. Y resulta imperioso abandonar los consuelos bienpensantes. En segundo lugar continúa el divorcio entre los intelectuales y las masas, entre la teoría y la práctica. Aunque en algunos países latinoamericanos se comienza a vivir otra situación (Venezuela, Bolivia, Ecuador y también Brasil), lo dominante es la escasez de vínculos sólidos entre los intelectuales y los movimientos de masas; y cuando se dan por lo general es bajo la forma de la exterioridad. Esto es mucho lo que debe a nuestra tercera condición: un porcentaje sumamente grande de los intelectuales producen en contextos académicos. No se puede menospreciar las ventajas que la academia ofrece: becas, viajes, prestigio, dedicación *full time* a la actividad intelectual. Pero el precio que se cobra es elevado: tendencia a predeterminar la agenda de investigación; producción de *papers* como chorizos en desmedro de su calidad; acomodación a un lenguaje correcto pero anodino; poco hábito de crítica directa (la premisa es no ganar enemigos que puedan poner palos en la carrera); producción dentro de los rígidos marcos disciplinares o subdisciplinares; tendencia al enclaustramiento.

\* \* \*

Maristella Svampa ha indicado recientemente que, en derredor de los nuevos movimientos sociales y al calor de sus experiencias, estaría emergiendo un nuevo tipo de intelectual, que ya no respondería a los patrones tradicionales ni del “intelectual orgánico” ni del “académico puro”. Svampa denomina “intelectuales anfibios” a quienes desarrollan este tipo de práctica intelectual; queriendo con ello destacar, metafóricamente, su capacidad para moverse con cierta comodidad en dos mundos distintos —el académico y el de los movimientos sociales—, respetando las reglas propias de cada uno.<sup>4</sup>

Pensar la emergencia de esta nueva intelectualidad anfibia parece fundamental; en particular cuando, como es mi caso, se ve en ella una enorme y potencial —pero no necesariamente segura— productividad. Estamos instalados en este lugar. Llegamos a él en parte empujados por tendencias sociales que no

<sup>4</sup> Maristella Svampa, *Cambio de época. Movimientos sociales y poder político*, Buenos Aires, Siglo XXI / CLACSO, 2008, cap. 1.

controlamos, y en parte por elección deliberada. Somos, si se quiere, intelectuales anfibios. Pero no se trata de hallar un refugio seguro político-intelectual, de instalarse en la comodidad de una nueva certeza. De lo que se trata es de pensar en toda su complejidad nuestro lugar en esos mundos tan distantes y tan cercanos en los que nos movemos: los movimientos sociales y la academia.

Para comenzar, cabe señalar que la capacidad para desenvolverse en dos mundos tan diferentes fácilmente puede desembocar en esquizofrenia. Ciertamente no son pocos los que dicen y escriben ciertas cosas cuando lo hacen para el Partido o en las calles, y otras muy distintas las que presentan en los encuentros académicos. Y no se trata de temáticas diversas –ante lo cual nada tendríamos para reprochar– sino de discursos divergentes sobre los mismos temas o sobre temas semejantes. El viejo pero no por ello menos vigente interrogante por las formas que debe adoptar el compromiso intelectual cobra aquí toda su dimensión. Campo problemático, por cierto, y que eternamente coloca a los intelectuales de izquierda ante la disyuntiva de pensar con rigor, claridad y profundidad, aunque las conclusiones a las que arriban no sean las más entusiastas desde una perspectiva militante; o autoimponerse como tarea aportar ánimos a los combatientes, apuntalar la organización, cerrar filas, derrochar optimismo. En fin, lo que está en juego es si la tarea de los intelectuales de izquierda es denunciar los males del sistema mientras se ensalza a cualquier precio a quienes lo combaten; o si la tarea consiste no sólo en ser críticos de las clases dominantes y del capitalismo, sino también autocríticos.

Si es que existe, la “intelectualidad anfibia” parece haber concentrado sus esfuerzos en el estudio de los movimientos sociales contemporáneos (piqueteros, fábricas recuperadas, Foro Social Mundial, Feminismos, etc.).<sup>3</sup> Un campo en el que prevalecen los enfoques sociológicos. O mejor, de mala sociología: investigaciones más o menos detalladas, más o menos rigurosas, pero casi invariablemente carentes de perspectiva histórica. Y es ciertamente notorio que esta falta de perspectiva afecte recurrentemente a los propios historiadores. Parece haber dos determinantes político-ideológicos que explican al menos parcialmente esta deriva. Por un lado la lógica cultural del capitalismo tardío, con su permanente y obsesiva búsqueda

<sup>3</sup> En una comunicación personal Fernando Lizárraga me acercó los siguientes comentarios, que hoy hago míos, con la cautela que ameritan: “últimamente me vengo preguntando, con cierta paranoia conspirativa, ¿por qué será que las agencias gubernamentales, Universidades, ONG’s, etc., financian fácilmente estudios sobre las formas de lucha y resistencia, pero no suelen financiar con el mismo entusiasmo estudios sobre la anatomía contemporánea del capital, o sobre los vericuetos del poder. Digo: el poder financia estudios –de autores bien intencionados– sobre sus adversarios; pero no permite ser estudiado... ¿No estaremos facilitándole el trabajo –a precio módico– a los propios enemigos?”.

de la novedad; por el otro el entusiasmo militante, que busca en cualquier actor social lanzado a la lucha una muestra del renacer del combate anticapitalista. Y ambos se complementan. Si el primero impulsa a la búsqueda de lo nuevo; el segundo rehúye la indagación de las continuidades del pasado como un subterfugio para evitar afrontar las dificultades teóricas y prácticas de la lucha antisistémica, antaño insalvadas. De tal suerte, dos formas diferentes de a-historicidad señorean entre las actuales investigaciones sobre los movimientos y la protesta social: la de aquellos que son incapaces de reconocer continuidades entre lo nuevo y lo viejo, y la de aquellos que no pueden ver lo nuevo más que bajo el prisma de lo viejo. Las interpretaciones de las jornadas de diciembre de 2001 y el surgimiento de las asambleas populares son una muestra acabada de lo que venimos diciendo: hubo quien las vio como un levantamiento “clásico” con incipientes formas soviéticas; y hubo quien vio allí la emergencia de la “multitud”.

\* \* \*

Se puede pensar, y ciertamente anhelar, la reconciliación entre el campo académico y el de los movimientos sociales. ¿Pero hasta qué punto es posible? ¿Y a qué precio? Jugar dos juegos distintos siempre entraña la posibilidad de dar ventajas en ambos. Bien lo saben los equipos que disputan torneo local y copa Libertadores. Más que como equilibrio, habría que pensar los vínculos entre academia y movimientos sociales como una tensión. Una tensión que puede ser tan productiva como doblemente frustrante. Ahí está el riesgo, ahí está la apuesta.

No dispongo de ningún estudio estadístico; pero tengo toda la impresión que, de momento, el peso de lo académico es mucho mayor. En este campo de tensiones, la academia tira mucho más. Las dificultades –incluso para algo tan básico como reunirse– que vivencian todos los grupos intelectuales que procuran realizar actividades políticas son muestra de ello. *Nuevo Topo* no es una excepción. Más grave aún: son enormes las dificultades para salirse del tono, la forma y los estrechos marcos de la academia. Las publicaciones independientes sufren una peligrosa y alarmante tendencia a reproducir los rasgos de las publicaciones universitarias: unilateralidad disciplinar; más erudición que originalidad; tendencia a la hiperespecialización; innecesario tecnicismo; predominio de la “corrección”; eclipse de la “provocación”. *Nuevo Topo*, una vez más, tampoco ha escapado a estos tópicos.

No deja de ser sintomática la escasez de crítica y debate respecto a la estructura misma del mundo universitario. Incluso cuando existen fuerzas que propugnan modificaciones institucionales (“democratización”) las críticas se concentran exclusivamente en los mecanismos formales del gobierno universitario: la

estructura intelectual del mismo permanece indemne. La existencia de disciplinas —y su legitimidad intelectual— no se toca. A lo sumo se demanda multi, inter o transdisciplinariedad. Todo lo cual presupone la legitimidad de unas disciplinas que, desde una perspectiva auténticamente radical, carecen de ella. Y no se trata de negar la inevitable especialización del conocimiento contemporáneo. Se trata de negar que la única especialización posible sea disciplinar. El llamado de Immanuel Wallerstein a constituir una única ciencia histórico-social debería ser respondido; y la abolición de las estructuras disciplinares (y disciplinadoras) un objetivo rector de la intelectualidad crítica.<sup>6</sup>

En el contexto en que nos movemos, en agudo contraste con otros tiempos, ser intelectual o profesor izquierdista no entraña ni muchos costos ni muchos riesgos. No pretendo, desde luego, que añoremos las persecuciones de antaño. Pero no se puede ignorar que no vivir “vidas peligrosas” necesariamente debe afectar, para bien o para mal, nuestra producción intelectual. Parece claro que cierta sensibilidad romántica que tiñó a las izquierdas setentistas está en retroceso, como señalara Ezequiel Adamovsky,<sup>7</sup> y con ella la apología de la violencia. Pero no se puede dejar de ver que la violencia social y personal crece en nuestras sociedades, al tiempo que la violencia política tiende a reinstalarse (con otras formas, seguramente) en aquellas sociedades en las que alguna fuerza amenaza a los privilegiados (Venezuela, Bolivia). Por lo pronto, pues, mucho nos equivocaríamos si considerásemos que el de la violencia política ya no es un problema nuestro. Y en cuanto al retroceso de la sensibilidad romántica, cabe preguntarse si una revolución es pensable sin una dosis de ella. Las peculiaridades de la vida académica contemporánea no deben cegarnos: fuera de sus muros la vida transcurre por otros canales.

Si la producción intelectual dentro de los ámbitos académicos presenta serias contraindicaciones, ¿qué tan posible resulta su desarrollo en otros ámbitos? Muy dificultosa, por cierto. Los partidos de izquierda realmente existentes (al menos en la Argentina) imponen exigencias dogmáticas, de línea política, francamente inaceptables. Sigue habiendo, desde luego, compañeros que permanecen en su seno. Pero no parecen haber producido ninguna obra digna de renombre. Tampoco esta opción facilita una cercanía sensible con algún movimiento de masas medianamente revolucionario. La escasez de tales movimientos y la marginalidad de la

<sup>6</sup> Véase Immanuel Wallerstein, *Las incertidumbres del saber*, Barcelona, Gedisa, 2005 (2004), especialmente cap. 10 y 11; y Wallerstein et al., *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 1996.

<sup>7</sup> Ezequiel Adamovsky, “Sensatez y sentimientos en la cultura de izquierda”, en *El Rodaballo*, n° 13, invierno 2001; reproducido en *Más allá de la vieja izquierda. Seis ensayos para un nuevo anticapitalismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.

izquierda obturan esta posibilidad. Los sindicatos aglutinan grandes cantidades de trabajadores, pero poco espacio hay en ellos para la producción intelectual. La CTA ha hecho algunos avances al respecto, pero muy tímidos; y en muchas ocasiones poniendo condicionamientos, cierto "comisariado" político. La opción del "mercado", vivir de la venta de la propia producción intelectual, es por fuerza accesible sólo a una minoría; y altamente onerosa en términos políticos. Queda la posibilidad de la investigación independiente. El punto aquí es cómo financiarla, al tiempo que ganarse la vida. Salvo para los raros privilegiados que puedan vivir de una renta, la única alternativa es mantener algún empleo. La expansión cuantitativa de la intelectualidad social parecería abrir, en principio, una veta promisoría: maestras y profesores que se ganan la vida con la docencia no universitaria, al tiempo que producen intelectualmente. En los hechos, esta situación es una rareza. Hay una expresión que lo dice todo: "la escuela te chupa". Significa que quienes se apartan o son expulsados del sistema universitario terminan abandonando, o poco menos, la producción intelectual. La tendencia general es clara. Sin embargo, si se logra vivir de la docencia no universitaria y, al mismo tiempo, producir intelectualmente, los resultados pueden ser interesantes: no existen las presiones y los condicionamientos académicos; y en algunas circunstancias se hace posible la pertenencia a organizaciones de masas (como sindicatos de trabajadores de la educación) dentro de las cuales el intelectual es un par, rompiéndose la relación de fuerte exterioridad que se registra, por caso, en los movimientos de desocupados, donde los intelectuales no son desocupados ni se les parecen.

La desvinculación real de los intelectuales con la vida cotidiana de algún movimiento de masas —lamentable desde muchos puntos de vista pero impuesta fuertemente por el contexto social— presenta sin embargo algunas ventajas que no se puede dejar de señalar. En circunstancias de fuerte in-actualidad de las perspectivas revolucionarias, cuando el grueso de la población carece de vínculos con las tradiciones emancipatorias y sólo es capaz de visualizar sus demandas dentro de los marcos del sistema vigente, la lejanía de las organizaciones sociales bien puede servir para mantener en alto las más radicales banderas de la izquierda. Justamente las banderas que tienden a ser tapadas por las montañas de las exigencias cotidianas que apremian a quienes deben dar respuestas a movimientos reales con gente real. El costo, claro, puede ser cierta tendencia irrealista. Pero la familiaridad con movimientos de masas en contextos tan adversos también tiene sus costos: uno de ellos puede ser el abandono de las perspectivas más radicales, en beneficio de "lo posible". Descubrimos aquí otra fuerte tensión: entre el horizonte anhelado y lo inmediatamente accesible. Ha sido tan inviable, en los últimos lustros, una práctica revolucionaria de masas, que las opciones han tendido a escindirse entre la postulación de principios revolucionarios sin base social, y la práctica de masas

sin perspectiva revolucionaria. Uno de los secretos de la pervivencia de los partidos tradicionales de la izquierda (o nuevas versiones de "más de lo mismo", con un sectarismo aún más acentuado) reside en esta escisión: son las "sectas" las que reclaman la lealtad a los principios y objetivos finales. La nueva izquierda de la que formamos parte ha sido muy eficaz a la hora de criticar el sectarismo, el dogmatismo, el vanguardismo y el unilateralismo de la izquierda tradicional. Pero ha mostrado una acongojante incapacidad para constituir organizaciones políticas alternativas capaces de pervivir y crecer. Esta es una deuda pesada, de la que debemos hacernos cargo. Socialmente la izquierda radical sigue siendo una fuerza completamente minoritaria y marginal. Y a su interior, los partidos tradicionales (trotskystas, maoístas), pese a su esterilidad intelectual y su impotencia práctica, continúan poseyendo mayor capacidad organizativa que cualquier agrupación de la nueva izquierda, paralizada por la ingenuidad de cierto autonomismo, encerrada en el mundillo universitario y carente de un sostenido empuje militante. Unas pocas excepciones capaces de mostrar mayor solidez organizativa (como el Frente Popular Darío Santillán), no alcanzan para desmentir esta tendencia. Lo viejo se resiste a morir, y lo nuevo parece que no termina de nacer. Entre tanto el tiempo pasa. Inexorablemente. La nueva izquierda necesita con urgencia consolidación organizativa y vinculación con movimientos sociales. Pero en ambos rubros andamos escasos. Y las exigencias de la academia dificultan las dos cosas.

\* \* \*

Una característica del pensamiento crítico es reflexionar sobre sus propias condiciones de posibilidad. ¿Qué podemos decir sobre esto? La separación entre la teoría y la práctica no puede ser abolida con un gesto de voluntarismo. De momento parece constitutiva de nuestra realidad; será difícil superarla. Sus marcas son notorias: lo raquítico de nuestro pensamiento estratégico tiene mucho que ver con ello. Quienes salimos a la palestra política a finales de los ochenta y principios de los noventa seguramente tendremos marcas generacionales peculiares. Sería ingenuo pensar que nos convertimos en intelectuales de izquierda cuando todos los proyectos izquierdistas caían uno tras otro y el neoliberalismo señoreaba, sin pagar costo alguno. Difícilmente uno sea el mejor observador de sí mismo, pero me arriesgaría a decir que la formación en un contexto tan adverso pudo condicionarnos para ver las cosas en tonos excesivamente sombríos; generando quizás cierta insensibilidad para percibir un eventual cambio favorable. Otra marca es la tendencia a considerar, implícitamente, al capitalismo y a la democracia "burguesa" como algo dado, a lo que muchos pueden criticar, pero pocos se proponen seriamente desafiar. La posibilidad de una sociedad no capitalista ha sido

para los noventistas mucho más lejana que para cualquier generación izquierdista de los últimos cien años. Esto último también vale para quienes iniciaron su formación una década después, aunque en su caso parece que es la tendencia a un optimismo exagerado, más que una mirada sombría, lo que los caracteriza. Una y otra generación, como se dijo ya, permanecen atrapadas por los mecanismos de la evasión intelectual: esperanzas en fuerzas imaginarias, subestimación del poderío del sistema, tendencia a hipervalorar las pequeñas experiencias favorables a una perspectiva radical, y a infravalorar los tsunamis contrarios.

La expansión cuantitativa de lo que he denominado *intelectualidad social* ha posibilitado la aparición de segmentos de *intelectualidad política* de origen plebeyo: hijos de obreros, chacareros o empleados, antes que de profesionales o patrones. También se verifica un sensible aumento de la participación femenina. Todo esto quizás haga a nuestras generaciones más variadas que las anteriores; lo que plantea algunos dilemas y riesgos específicos, sobre los que aquí no puedo abundar.<sup>8</sup>

\* \* \*

Desde el punto de vista económico-social el mundo se ha tornado tan homogéneamente capitalista que ya no hay un exterior en el que refugiarse o en el cual encontrar un punto de apoyo capaz de moverlo. El sistema debe ser corroído desde sus mismas entrañas. La metáfora del topo, cara a Marx, nunca ha tenido tanta vigencia. El problema estriba en cómo realizar un paciente trabajo de zapa sin que en el proceso las fuerzas antisistémicas sean cooptadas por la dinámica del capital. Punto especialmente complejo porque no parece muy factible que algún tipo de economía socialista o colectivista pueda desarrollarse lenta pero robustamente en el interior del mercado capitalista, análogamente a como las relaciones capitalistas de producción surgieron y se desarrollaron dentro del sistema feudal. El cooperativismo, después de todo, no puede mostrar grandes éxitos ni claras credenciales anticapitalistas. Aún así, la apuesta por (y la defensa de) actividades económicas

---

<sup>8</sup> Por ejemplo, los intelectuales de origen social más elevado pueden tender a caer en ciertas actitudes anti-intelectualistas (como rechazo a valores "burgueses" o "pequeñoburgueses" con los que no se identifican), mostrar cierta incapacidad para la comunicación genuina con otros sectores sociales, y tender a idealizar a los trabajadores (a los que poco conocen). Por contra, pueden ser más sensibles a los impulsos más genuinamente antisistémicos, tener miradas menos provincianas (producto acaso de un conocimiento de primera mano de otros países y continentes), y un dominio mayor de las lenguas extranjeras. Los intelectuales de origen humilde pueden tener mayor capacidad para la comunicación con otros sectores, mostrar más respeto por el conjunto de las producciones intelectuales (de las que se apropiaron con un gran esfuerzo), y hacer gala de una comprensión más realista de las clases populares. Como contra-cara pueden mostrarse inseguros de sus facultades y verse atrapados por un realismo irónico que les dificulta mirar "más allá".

colectivas y no mercantilizadas no debe ser desdeñada; si se la concibe como una parte de la tarea y se aprecian sus limitaciones. Las organizaciones y demandas reivindicativas de los trabajadores también deben ser apoyadas, desde luego; aunque advertidos de que ellas no conducen de manera fácil al anticapitalismo.

En el campo cultural, una vez que se asume, como creo que debemos asumir, que el posmodernismo es la lógica cultural del capitalismo tardío, la conclusión que se desprende es que no hay manera de no ser posmodernos en alguna medida: para que esto fuera posible deberíamos estar fuera del sistema, y no lo estamos. La denuncia de los supuestos males del posmodernismo (fragmentación, incertidumbre, relativismo, caída de los grandes relatos, individualismo, escepticismo) debe ser complementada por una perspectiva más positiva. Hoy en día imperan dos actitudes que deberíamos combatir: la fascinación por lo posmoderno; y el rechazo apasionado a todo lo que parezca tener alguna relación con él. La opción es estar a la vez dentro y contra el posmodernismo. Asumir que hay allí un campo de batalla... y que no todas las ideas y las sensibilidades posmodernas son por igual de repudiables; como no todas las ideas y sensibilidades modernistas eran encomiables.

Finalmente, en lo más estrictamente político hay que aceptar que las democracias liberales o "burguesas" han llegado para quedarse,<sup>9</sup> y que son sus instituciones las que brindarán el marco de las luchas del siglo XXI, cuando menos en Europa y América. Es una tesis polémica y quisiera postularla con cuidado. Por un lado, a estas alturas parece indiscutible que la democracia se ha extendido geográficamente de una manera sin precedentes en el pasado. Si a principio del siglo XX apenas un puñado de naciones podían mostrar al mundo regímenes democráticos, hoy en día los mismos imperan en toda Europa, en América Latina (hasta los ochenta territorio privilegiado de las dictaduras militares), en Japón, en Australia, en India y en los países antaño comunistas. África y Asia se han mostrado menos receptivas; incluyendo a la gigantesca China. Pero yo arriesgaría la tesis de que en nuestros países y en los países capitalistas centrales la democracia será una realidad perdurable, y que las izquierdas deberán aprender a combatir dentro y contra ella. Dicho esto, matemos. Al tiempo que se extienden cuantitativamente, los regímenes democráticos tienden a devaluarse cualitativamente. En términos de Dahl, todos los regímenes democráticos actualmente existentes deberían ser más propiamente denominados poliarquías.

<sup>9</sup> Pero también habría que repensar y volver a discutir qué es "lo burgués" en la "democracia burguesa". Así como la monarquía fue compatible con distintos modos de producción (hubo monarquías esclavistas, feudales y capitalistas); bien puede ser que la democracia liberal - garantías individuales, libertad de prensa, representación popular, carácter electivo de las autoridades, multipartidismo, etc.- sea compatible también con el socialismo, y no meramente la encarnación superestructural del modo capitalista de producción.

La auténtica democracia sigue siendo una aspiración. Sin embargo, mal haríamos menospreciando las diferencias entre los regímenes “democrático burgueses” y los regímenes fascistas, absolutistas, coloniales o las dictaduras militares. Y este es un tema fundamental porque todas las revoluciones triunfantes del siglo XX se hicieron contra Estados absolutistas (Rusia), regímenes fascistas (Yugoslavia), dictaduras militares (Cuba, Nicaragua), regímenes coloniales (Angola, Mozambique) o contra otros tipos de estados fuertemente autoritarios (como China). Vale decir: las experiencias revolucionarias del siglo XX se desarrollaron luchando contra unos Estados que, si nuestra hipótesis es correcta, no tienen nada que ver con los que deberán enfrentar las izquierdas del siglo XXI. La cuestión, por consiguiente, es cómo se puede luchar dentro y contra la democracia burguesa. Situación sumamente complicada, porque hace inviable la acumulación de fuerzas fuera del “sistema”, como las zonas liberadas de las guerrillas latinoamericanas o el cerco maoísta de las ciudades por el campo. En el contexto de estados democráticos industrializados (aunque sean periféricos) no hay un “afuera” en el que instalarse a la espera de mayores fuerzas o mejores tiempos. La acumulación política debe producirse en las entrañas del monstruo. ¿Pero cómo hacerlo sin quedar empantanados en las meras reivindicaciones inmediatas, en el “reformismo” hacia el que tiende toda lucha dentro de un marco estructural dado? No hay respuestas fáciles. La vieja idea de una serie de reformas capaces de desembocar en una ruptura revolucionaria debe ser retomada; sin ignorar que es como buscar la cuadratura del círculo. Pero la invocación testimonial de una revolución total y repentina es mítica. El desafío es hallar una vía transitable entre el mero reformismo sin perspectivas antisistémicas, y el revolucionarismo testimonial sin influencia de masas.

Aunque a veces se sostiene que existe una crisis de representación, y que la misma podría inocular a nuestra generación contra los virus de la aceptación acrítica de la democracia representativa, lo cierto es que, paradójicamente, la supuesta crisis de representatividad ha venido acompañada, en América Latina, de la expansión y estabilización de los regímenes democráticos. La “crisis de representación” se reduce al típico desencanto con las expectativas desmesuradas desarrolladas durante la “primavera democrática” de los primeros ochenta. Una mirada serena debería hacernos ver que nuestras democracias no son lo que los teóricos suponían o quisieran, pero difieren poco de las democracias de los países centrales. Después de todo, ¿cuánta gente vota en EEUU?

De la estabilidad de los actuales regímenes democráticos da cuenta el hecho de que las crisis que han experimentado en los últimos años no han derivado, hasta el momento, ni hacia dictaduras militares reaccionarias,<sup>10</sup> ni hacia regímenes

<sup>10</sup> Los recientes acontecimientos en Honduras introducen un matiz en esta afirmación.

autoritarios monopartidistas “de izquierda”. Incluso los procesos político-sociales más radicalizados y polarizados (Venezuela y Bolivia) se desarrollan dentro de marcos institucionales que respetan los parámetros de las democracias liberales: asambleas representativas, división de poderes, derechos y garantías individuales, multipartidismo. Y no está mal que así sea. Al contrario, el socialismo del siglo XXI debería ser liberal en lo político; aunque desde luego que no en lo económico. Sean cuales sean los límites que se vislumbren en los procesos de cambio boliviano y venezolano, la pervivencia de elecciones populares, el respeto de las garantías individuales y la realidad del multipartidismo no se cuentan entre ellos. Los eventuales avances revolucionarios a futuro deberían partir de esta base, que en modo alguno puede ser vista como “terreno del enemigo”.

Por deslumbrantes que sean las experiencias de democracia directa como las de las Asambleas Populares, proclamar la crisis definitiva de la democracia representativa y el inminente advenimiento de otro tipo de democracia parece fuera de lugar. Máxime cuando el peso relativo de las corporaciones privadas ha crecido en relación al de los Estados. En un mundo globalizado la democracia debe ser pensada a escala mundial: justamente la más inapropiada para los mecanismos deliberativos y directos. ¿Cómo combinar, a todas las escalas, participación y deliberación popular con la inevitable pervivencia de la representación? He aquí un interrogante clave que carece de respuestas sencillas. Lo que necesitamos es una audaz pero serena imaginación política y sociológica. El entusiasmo vivencial no puede desplazar a la claridad intelectual.

---

### Resumen

En este artículo se discuten las características sociales y políticas de las recientes generaciones de intelectuales izquierdistas. Se analizan algunas de sus tensiones y desafíos, culminando con algunas sugerencias respecto a la orientación política hacia el futuro.

**Palabras clave:** intelectuales, izquierda, anti-capitalismo, posmodernismo.

### Abstract

This article discusses the social and political features of the recent left intellectual generations. Some tensions and challenges are analyzed. The text concludes suggesting some ideas towards the future political orientation.

**Keywords:** intellectuals; Left; Anticapitalism; Posmodernism.

---

# Notas para una caracterización de la nueva generación intelectual

Miguel Mazzeo<sup>1</sup>

*“No vale la idea perfecta, absoluta, abstracta, indiferente a los hechos, a la realidad cambiante y móvil; vale la idea germinal, concreta, dialéctica, operante, rica en potencia y capaz de movimiento.”*

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

*“Yo tengo fe en nuestro propio escepticismo, en nuestra propia desesperación.”*

WALTER BENJAMÍN

*“Conocer [...] no es una mera composición de conceptos: es un acto vital, un desgaste y, en consecuencia, un asunto peligroso, un acto organizativo.”*

RENÉ ZAVALETA MERCADO

## Sobre los orígenes de la nueva generación intelectual

En un trabajo publicado en 2007, identificamos y ensayamos unos pocos pasos en pos de la caracterización de una nueva izquierda (en sentido estricto una *nueva* nueva izquierda) o una izquierda por venir.<sup>2</sup> La primera designación, aunque se inspiraba en indicios concretos, sin dudas, puede parecer exagerada. La segunda, por la carga desiderativa que pone en juego, puede resultar más exacta que la primera, aunque indefectiblemente depende de ella. En efecto, sin el desarrollo de un conjunto de experiencias y prácticas significativas de las clases subalternas, que adquirieron visibilidad pública, que se convirtieron en

---

<sup>1</sup> Docente de la Universidad de Buenos Aires y la Universidad de Lanús. Militante del Frente Popular Darfo Santillán. E-mail: miguelmazzeo@hotmail.com.

<sup>2</sup> Se trata del libro, *El sueño de una cosa (introducción al poder popular)*, publicado en Buenos Aires por la Editorial El Colectivo y en Caracas por la Fundación Editorial El Perro y la Rana, en 2007 en ambos casos.

potentes atractores sociales por sus potencialidades contrahegemónicas y que se multiplicaron en los años 2001 y 2002, sería imposible pensar en una izquierda por venir, incluso sería difícil deseársela y ver, en términos de Ernst Bloch, las tendencias en las latencias. Cabe aclarar de todos modos que antes de la insurgencia hubo un proceso de maduración, una gestación silenciosa que había arrancado unos años atrás.

Como una nueva izquierda sólo tiene razón de ser si supera los saberes pétreos de la izquierda vieja y si contribuye a renovar las identidades plebeyas, la tarea de identificación y caracterización de lo nuevo obliga a una crítica del antiguo régimen emancipatorio sin descuidar la crítica en paralelo de los actuales mecanismos de sometimiento por efecto de la dominación ideológica y del acotamiento del ser crítico de los intelectuales, en particular los menos evidentes, los que se ven expresados por el progresismo realmente existente (en sus formatos reformistas y nacional - populistas).

Ahora bien, creemos que este proceso de gestación de una nueva izquierda o una izquierda por venir tiene correlatos en el campo intelectual. Se trata de planos inescindibles porque sus lógicas inherentes permiten la proliferación de vasos comunicantes. En concreto, si hablamos de una nueva izquierda o una izquierda por venir, corresponde hablar de una nueva generación intelectual (y de la emergencia de un nuevo intelectual crítico).

No queremos exagerar las posibilidades de esta nueva generación intelectual. Que las necesidades sean perentorias no garantiza la inminencia y la operatividad de las respuestas. Además, consideramos que sólo los intelectuales son capaces de autoasignarse funciones desmesuradas en los procesos históricos. Muchos intelectuales, incluso los que se asumen como marxistas, siguen considerando que las ideas revisten algún grado de extrañeza respecto de los procesos del mundo social. Nosotros no creemos que los intelectuales sean la levadura de la historia. Sí queremos señalar la posible contribución de una nueva generación intelectual a la conformación de una nueva subjetividad política de izquierda.

Los sucesos que van del 19 y 20 de diciembre de 2001 al 26 de junio de 2002 y los procesos que reflejaban, de algún modo ofician de partida de nacimiento de la nueva izquierda y de la nueva generación intelectual, son sus momentos constitutivos. Posiblemente se trate de los meses más intensos de los últimos años y, probablemente, de las últimas décadas. Fueron seis meses y 1621 cortes de rutas, calles y puentes. Seis meses y cientos de asambleas en los barrios de la Ciudad de Buenos Aires y del Gran Buenos Aires. Seis meses en los cuales se desarrolló un proceso de estructuración de un movimiento de protesta a nivel nacional, con organizaciones y activistas que, en líneas generales,

respondían a orientaciones políticas e ideológicas radicalizadas. Un tiempo tan dramático como plétórico de posibilidades a partir de la irrupción de las clases subalternas y los espontáneos y masivos cuestionamientos a los pilares de la dominación, sostenidos esta vez en el despliegue de auspiciosos experimentos de autoorganización que instalaron algunas coordenadas para pensar nuevos trayectos anticapitalistas.

Se trató, por cierto, de un tiempo excepcional y en muchos aspectos desmesurado. Precisamente en esa desmesura tal vez esté la clave del surgimiento de la nueva izquierda y de la nueva generación intelectual, es decir, ambas pueden ser concebidas como el resultado de algo que se salió de cauce y, aunque luego el proceso histórico retornó a la matriz anterior, los signos de una formidable productividad político - cultural ya habían quedado expuestos. Un acto intersubjetivo originario, uno nuevo y distinto, había tenido lugar. Los posicionamientos respecto de estos sucesos fueron significativos y delatores. Como suele ocurrir, una experiencia idéntica se vivió con conciencias diversas. Algunos se horrorizaron por el "desorden social" y se lamentaron por la inviabilidad de los fetiches de la democracia representativa y electoralista, en fin, por la imposibilidad de un capitalismo "blanco": racional, previsible, moderadamente redistributivo y soportable. Otros, envilecidos por haber asumido la condición de repetidores y por su manía clasificatoria, creyeron que se abriría la posibilidad de representar los viejos textos (o de reescribir los viejos manuales, en el mejor de los casos) y que había llegado la hora de desempolvar las antiguas y escasas herramientas para acaudillar una insurrección de masas en un sentido revolucionario que no lograban caracterizar más allá del slogan y el recetario clásico, mientras insistían en que el problema se reducía a un déficit de partido o de vanguardia. Se puso de manifiesto, una vez más, que uno de los problemas más graves de la izquierda vieja es que no logra ser crítica de sí misma y que no asume la tarea de revisar permanentemente sus propios fundamentos. El resultado está a la vista: después de fetichizar sus fracasos y justificar sus carencias sólo le queda elaborar recetarios y discursos ingenuos. La izquierda vieja habla una lengua muerta, sin posibilidad de desarrollar capacidades expresivas. La izquierda vieja no supera la teoría del reflejo y presenta al marxismo igual que los teóricos burgueses, como un determinismo mecanicista, a veces recubierto de vistosos encajes. Sus producciones aparecen siempre como el resultado de pensamientos previos y no como el proceso de pensar.

Pero también estuvieron aquellos y aquellas que vieron las instancias de autoorganización de base, los embriones de prácticas contrahegemónicas, radicalmente democráticas y con proyecciones anticapitalistas. Las vieron, no

sólo porque venían entrenados para verlas, sino porque muchos de ellos y ellas, además, venían desarrollando en subsuelos y periferias prácticas que, en parte, eran "intelectuales". Con más o menos desilusiones a cuestas venían congeniando con el suburbio. No llegaban a ser el grueso de lo que se denomina como el "activismo", es cierto, pero desde mediados de la década del 90, en forma rudimentaria, con formaciones político - intelectuales y reservorios de metáforas de los más diversos y hasta estrafalarios, con acervos que no se pusieron al servicio de la "línea correcta", sino que se dispusieron para una negociación de las diferencias y malos entendidos al interior de las clases subalternas, comenzaron a usar y recrear un lenguaje común donde resonaban palabras como: horizontalidad, autonomía, contrahegemonía, poder popular, entre otras.

Comenzaron a pensar y actuar en ruptura con los modos del reformismo, el nacional-populismo y la izquierda vieja, hastiados de la política de superestructuras, de la representación y la delegación, de las lógicas estrictas (que además son lógicas de lo mismo), de las respuestas definitivas, del dirigismo, del sectarismo y del estatismo. Se pusieron a trabajar para unir lo fragmentado, para contradecir la serialización y la electoralización de las clases subalternas y las prácticas estatales del subsistencialismo, los ejes mismos del proceso histórico que se inauguró en 1983, los fundamentos de la democracia como función de la hegemonía de las clases dominantes. En síntesis, escrutaron el signo de los tiempos y fundaron una discontinuidad.

El proceso de emergencia y de desarrollo inicial de una nueva generación intelectual es tormentoso y confuso, sus delimitaciones son por la negativa y el rechazo. La nueva generación intelectual argentina no inició su proceso de formación ordenadamente; los pensamientos que generaron el primer fermento estallaron y siguen esparcidos. No es raro entonces que en torno a la nueva generación intelectual se conforme un campo de encuentro de todas las posiciones ex-céntricas y se cobijen en él un conjunto de perspectivas desamparadas, desquiciadas, algunas con potencial disruptivo y otras no tanto. Desde el punk barrial al perspectivismo escéptico de prosapia posmoderna y a las combinaciones entre Federico Nietzsche y el budismo Zen, desde el neohippismo a la negación radical del mundo y la búsqueda del Nirvana con su sueño sin ensueño.

Con el tiempo, las perspectivas con mayor potencial se asimilaron a la medula de la nueva generación intelectual y, claro está, contribuyeron a perfilarla. Otras encontraron un sitio en el Estado, en el mercado (que incluso ha desarrollado *outlets* intelectuales para los productos más defectuosos) y también en la academia, instituciones que suelen funcionar como la Gruta de Trofonio,

es decir, le cambian el carácter a los que ingresan en ellas.<sup>3</sup> Instituciones que además pueden desempeñarse como asilos para revolucionarios inválidos (resignados), burócratas y buscavidas de toda laya.

La izquierda vieja sobrevaloró los elementos más negativos, y condenó todo lo que no encajaba en sus moldes y no era traducible a su lenguaje de museo, ultrajando el sentido de lo bello, lo justo y lo popular. En una pésima interpretación de los signos, consideró que lo nuevo emergente a nivel político e intelectual, no era más que el resultado de la exageración de las señales de fermentos pasajeros. Ajustó la compleja realidad a una categoría única a la que previamente empobreció y estereotipó: autonomismo.

Por cierto, a partir de 2003 y de la recomposición del sistema a nivel material y de su comando político, el reformismo, el nacional-populismo y la izquierda vieja, retornaron al útero estéril de las viejas certezas. Los contenidos en el primero y el segundo se sintieron aliviados por la rápida e impensada recomposición de unos fetiches que parecían más exhaustos. Del alivio pasaron a la euforia al delinearse una impensada vía progresista al país normal. Además se conformó un campo ecuménico del progresismo realmente existente, donde reformistas y nacional-populistas convergían por primera vez en nuestra historia. Incluso, se dieron el lujo de integrar a liberales. El campo ecuménico se conformó alrededor del horizonte del "país normal" o del "desarrollo" (que, por lo general ha servido y sirve para falsear realidades periféricas y para limar las aristas conflictivas). Lo modesto del horizonte, el grado de sumisión que le es inherente y el orden social inconsistente y el vaciamiento de la sociedad civil que promueve, puso en evidencia los límites intelectuales y políticos del progresismo realmente existente. En particular, las simplificaciones y la oquedad del nacional-populismo, su incapacidad, compartida con la izquierda vieja, de decir algo nuevo y su manía repetitiva, su negligencia a la hora de hacer ajustes en su política y en la posición doctrinaria que arrastran desde los 70.

Si la política es concebida como gestión del ciclo económico toda idea termina siendo aleatoria y, sobre todo, se abandona la construcción de momentos de autodeterminación, sólo queda la contraposición de retóricas, cada vez más vacías. La lucha de imaginarios caducos pretende reemplazar a la lucha de clases concreta. Como aún insisten en identificar al enemigo principal dejando de lado la conciencia clasista -o poniéndola "entre paréntesis"-, como subestiman la dominación al poner el eje en la competencia de las elites económicas y políticas o

<sup>3</sup> Según la mitología griega, Trofonio era un cíclope y mago, hijo de Apolo y Epicaste según algunas tradiciones, uno de los hijos de Ergino, según otras. Las grutas en las que habitaba, en Lebadea, Beocia, tenían la cualidad de modificar el carácter de los que en ellas ingresaban.

los "bloques de interés", caen en un maniqueísmo de sumisión y en un dualismo epistemológico que escinde al objeto real del formal. La contradicción entre el país agrario y semicolonial y la nación moderna, predominantemente industrial (y burguesa) dista de ser "principal".

Por otro lado, su recompuento electoralismo, los convierte en seguros auspiciantes del mal menor pero en marcos cada vez más degradados. En fin, en el fondo, todas las versiones del progresismo, incluyendo el nacional-populismo, parten de la conformidad de la época, buscan una síntesis burguesa feliz, cada vez más lejana, a medida que el abismo social se ensancha, a medida que en la sociedad argentina la infraestructura es cada vez más una superestructura.

El nacional-populismo no asume que la clave de lo nacional reside en una praxis articuladora de las clases subalternas, que la única "nacionalización" posible se hará por la vía de una refundación y una reinención "desde abajo" y que la autodeterminación nacional más consistente es la que se basa en fundamentos anticapitalistas y en lazos democráticos y horizontales. Pero el nacional-populismo tiene como fundamento la negación de la asimetría en poder y derechos de las clases interiores del nacionalismo popular. El nacional-populismo, no piensa a la nación a partir de sus posibilidades concretas de canalizar los deseos emancipatorios de las clases subalternas y sus anhelos de autonomía e igualdad, de autodeterminación y libertad. Esta dimensión de la nación es insoslayable para cualquier proyecto emancipador porque permite arraigarlo en una tradición cultural y política, en una "escuela política de las clases populares" que alude a los sentimientos profundos de las masas y a los hechos de conciencia, o, dicho al modo gramsciano, a sus "núcleos de buen sentido" que son los que pueden sostener efectivamente una política anticapitalista y socialista. El nacional-populismo, vástago de las políticas heterónomas, ni siquiera apuesta a una convocatoria carismática (estatal y vertical) como motor de la autodeterminación. Se conforma con los Kirchner.

En fin, a partir de 2003, el grueso de los intelectuales argentinos recompuieron su idea de democracia sin riesgo, de baja intensidad, porque, expresado con toda crudeza, su horizonte democrático no es algo cualitativamente diferente a la posibilidad de negociar las condiciones de explotación y a conciliar las contradicciones a través de reconciliaciones (y no, como propone la nueva generación intelectual, a través de los cambios profundos en las condiciones que las engendran).

Por su parte la izquierda vieja se aferró al manual leninista (en todos sus formatos) y a las políticas heterónomas y piramidales. Volvió así a sus plantillas clasificatorias y nominalistas y a la rigidez del dogma, que había sido sacudido allá por 2001 y 2002. Para ellos la paradoja es el abismo, sólo pueden manejarse

en la aparente seguridad que ofrecen los marcos de un pensamiento metafísico, hiperideológico. Siguieron intentando construir sobre los cimientos gastados.

La nueva generación intelectual y la nueva izquierda, si bien se vieron obligadas a ubicar correctamente los sucesos insurgentes de 2001-2002, restituyendo los acontecimientos a la historia y favoreciendo una mirada no extraviada por la desmesura del acontecimiento, asumieron que una nueva radicalidad y una nueva subjetividad política había surgido en los intersticios del sistema a partir de las luchas populares. Y que, más allá del reflujo, lo nuevo ya había sido gestado.

Vale aclarar que el nacimiento de la nueva generación intelectual estuvo signado por la acción y por la necesidad pura y descarnada de los que accionaban. No estuvo condicionado por la certeza de atesorar una verdad y de poseer un grado de consistencia (porque, en contra de lo establecido por la ilusión ideológica, las ideas no nacen de otras ideas); estuvo determinado por la necesidad de sobrevivir de algunas experiencias, por el deseo de conservar una potencialidad política que apenas se había vislumbrado (pero que por sí misma justificaba el esfuerzo) y de realizar un balance profundo de una experiencia histórica fugaz pero relevante por las tensiones profundas percibidas y las relaciones del mundo material y social puestas en juego. También, por el afán de alcanzar la estatura de una hipótesis humana. El punto de partida, por sí mismo, ya era original. Sin encorsetamientos, sin una bitácora perfectamente diagramada, se diferenció del tradicional punto de partida de la izquierda vieja.

Como la nueva generación intelectual, desde sus comienzos, no se jactó de portar una verdad en materia emancipatoria y crítica, porque no adoptó un objeto unificado y reglado en función de unas leyes de validez universal y una teoría del mismo signo, los procesos de síntesis teórico-política se hicieron más sencillos, reales y por lo tanto más verdaderos. La síntesis se configuró como horizonte y no como punto de partida programático. La síntesis ocurría o no en el terreno de la praxis, no en el de los meros acuerdos santificados por las cúpulas, los aparatos, las instituciones y las élites. Cuando ocurrió, surgieron retazos, elementos de un nuevo tipo de subjetividad política. Una subjetividad hija de la conformación alentada y espontánea de prácticas, hija, sobre todo, de la articulación de las mismas, es decir: del trabajo tendiente a conjurar a Babel. La nueva generación intelectual, con algunos titubeos, se negó a establecer un principio general de articulación. En efecto, rechazó las prácticas derivadas de las lógicas estatales y mercantiles como prácticas articuladoras dominantes y asumió (no impuso) el principio comunitario o societario.

El proceso continúa, pero son innegables los avances de una subjetividad política e intelectual nueva, radical y crítica, no reglada por el Estado, por las lógicas reformistas, nacional-populistas o de la izquierda vieja. Evidentemente,

la nueva generación intelectual es una generación al aire libre, desatada, dispuesta a partir con la seguridad que le da el hecho de saber que no naufragará en mares ajenos.

Retomamos aquí dos escrituras. Por un lado, como hicimos en *El sueño de una cosa. Introducción al poder popular* respecto de la nueva nueva izquierda o una izquierda por venir, en este trabajo proponemos una serie de elementos para una caracterización de la nueva generación intelectual, considerando que su nacimiento y desarrollo es paralelo a la primera. Por el otro, también pretendemos seguir por la ancha avenida (decir camino sería inexacto) que propuso Omar Acha en *La nueva generación intelectual, Incitaciones y ensayos*.<sup>1</sup>

Insistimos con lo señalado al comienzo. Como ocurre al hablar de nueva izquierda, con la nueva generación intelectual resulta imposible deslindar los indicios concretos de los deseos de cara al futuro. Por puro optimismo usamos el presente, y porque intentamos ver tendencias en las latencias. Se mezclan en nuestra caracterización datos de la realidad con especulaciones respecto de desarrollos óptimos o con el simple deseo, se entrecruzan la descripción con la propuesta. Vale aclarar que en muchos casos la asignación de características específicas a la nueva generación intelectual implica el riesgo de ocultar los conceptos específicos, al otorgarle a un elemento embrionario el carácter de categoría. Por cierto (y perdón por la metáfora), es más fácil estudiar el organismo desarrollado que la célula.

## Algunas características de la nueva generación intelectual

### Imitación de Anteo

La nueva generación intelectual reivindica una hermenéutica situada. Se diferencia de la hermenéutica de la izquierda vieja, que fue y es una hermenéutica con pretensiones de objetividad, cerrada y tozuda, reacia a dar cabida a otros textos, y también de la hermenéutica académica, cuyo eje suele ser la neutralidad valorativa. La hermenéutica situada remite a la ortopraxia, las otras a la ortodoxia.

La nueva generación intelectual reconoce como lugar hermenéutico privilegiado a las praxis contrahegemónicas desarrolladas por las clases subalternas. Praxis democráticas, autodeterminantes, autogestivas, opuestas al lazo social generado por el capital, refractarias a la "atmósfera" que el capital coloca entre

<sup>1</sup> Omar Acha, *La nueva generación intelectual, Incitaciones y ensayos*, Buenos Aires, Herramienta, 2008.

los seres humanos. De este modo, la crítica no se escinde de la vivencia directa de una dialécticidad.

La nueva generación intelectual, entonces, asume proposiciones y perspectivas “desde abajo” lo que funda su “interioridad” y su predisposición a seguir de cerca la dinámica de los procesos históricos. Ahora, esa interioridad si bien puede ser considerada como fuente de legitimidad de las intervenciones intelectuales frente a las intervenciones “científicas” y “exteriores”, no niega los ejercicios de mediación. La nueva generación intelectual reconoce que está ejerciendo una función mediadora entre unas prácticas y unos saberes teóricos. Aunque simplemente oriente sus esfuerzos a “deducir” los saberes teóricos de las mismas prácticas, la deducción no deja de ser una práctica mediadora. Si la hermenéutica es situada, la mediación y la “traducción” también lo son. El intelectual de la nueva generación es consciente que sus saberes se ponen en juego en una construcción teórico-práctica colectiva que le impone la redefinición de categorías e incluso de los objetivos. Pero nunca abjura de sus saberes. La hermenéutica situada implica siempre una mediación aunque se piense en situación, aunque se reconozca una parcialidad y una subjetividad.

De todos modos, la nueva generación intelectual aspira a interioridades más excitantes (aunque probablemente imposibles) mientras sospecha que la función mediadora, en este contexto, no está tan mal. Sobre todo cuando se impone el contraste con los riesgos de caer en el delirio narcisista absoluto de algunas organizaciones de la izquierda vieja, que siguiendo a György Lukács se asumen como la “expresión” del punto de vista de la clase obrera. La nueva generación intelectual se aleja de un emplazamiento tan soberbio. No exagera ni se autoengaña respecto de los alcances de su punto de vista, tampoco usurpa representaciones, simplemente asume y vive el lugar “desde” donde piensa (lo general).

Una hermenéutica situada, no se escuda ni en la idea de un “saber objetivo” ni en los “hechos”. Como enseña el feminismo radical, se trata de asumir y militar nuestras parcialidades subalternas. La nueva generación intelectual no niega, no encubre su perspectiva específica. Reconoce que los saberes objetivados, esencialistas, europeístas, androcéntricos, etc. suelen portar una carga opresiva. Su perspectiva, además, remite a criterios de parcialidad que son criterios de identidad. Por otra parte, la objetividad no deja de ser un perspectivismo limitado.

Así, la nueva generación intelectual asume que conocimiento y acción no se pueden pensar fuera de una acción práctica. La actividad práctico subjetiva se introduce en una relación y la construye. Lo material no es anterior a la acción, lo “objetivo” tampoco. Las condiciones para una teoría fecunda sólo pueden ser provistas por una praxis intensa y variada, por el diálogo de muchas praxis.

Para la nueva generación intelectual la reflexión teórica debe permanecer en estado de insatisfacción o, en todo caso, puede aspirar a las satisfacciones efímeras. La reflexión teórica debe hacerse al paso de la experiencia popular en Nuestra América. Más que ensayar teorías generales, la nueva generación intelectual construye instancias de pensamiento crítico, trabaja para que se multipliquen y favorece los procesos de articulación. Articulación entre instancias de pensamiento crítico, pero sobre todo articulación de éstas con las instancias de poder popular. Así, conectando prácticas contrahegemónicas a través de representaciones, la nueva generación intelectual rechaza toda forma de saber cosificado y ensancha los horizontes del pensamiento.

### Ser orgánicos

Existe una distancia estructural inherente a la propia condición del intelectual que inhibe los roles militantes más activos y la afectividad para con las clases subalternas. Los procesos históricos pueden contribuir a ensanchar o achicar esa distancia. Resulta evidente que desde el fin de la dictadura militar en la Argentina ocurrió lo primero.

La nueva generación intelectual impulsa las relaciones constitutivas con las resistencias y las luchas de los de abajo, apuesta al trabajo paciente y arduo de promover en el pueblo el sentido de su dignidad y su responsabilidad autónoma mientras —al decir de Paul Eluard— aprende sus cantos de rebeldía. Promueve así la politización del hambre, es decir, la antropofagia.

La nueva generación intelectual rechaza las más variadas formas del “sustitucionismo” que suelen ir acompañadas de una alta cuota de individualismo y el hedonismo que conspira contra el desarrollo de una perspectiva política en las clases subalternas. Trata de responder a la dialéctica planteada entre los requerimientos de un proyecto popular-revolucionario y el desarrollo teórico y creativo de sus competencias particulares.

Esta posición se traduce en un cuestionamiento a las jerarquías en las prácticas intelectuales. Por otro lado, sus aspiraciones comunitarias resultan poco afines con los liderazgos intelectuales típicos de la izquierda.<sup>5</sup> En esto también es marcado el contraste con la izquierda vieja y la academia que producen intelectuales que, entre otras limitaciones y patetismos, suelen poner gran énfasis en la palabra “yo”. El egocentrismo, el pedantismo, el autobiografismo patético,

<sup>5</sup> Siguiendo a Horacio Tarcus, esos liderazgos se han expresado (y aún se expresan) en las figuras del “fundador mítico” o el “depositario de la doctrina”. Véase Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1996, p. 113.

afectan la capacidad cooperativa o la limitan a un pequeño grupo que deviene secta extasiada en la adoración de su propia insignificancia.

Frente a las proyecciones narcisistas, la nueva generación intelectual propone una sentimentalidad igualitaria o de base. Del mismo modo, rechaza el dandysmo intelectual y todo criterio de excelencia derivado de especialidades limitadas y confinadas a torres de marfil. La nueva generación intelectual se perfila reacia al individualismo, más liviana, sin las presiones del mago mayéutico o de los refutadores de leyendas y los policías de mitos, ajena tanto a los compartimientos y escaques rígidos del saber institucionalizado como a las tramas irónicas. Y también reacia al sectarismo, porque defiende la convivencia de vías alternativas; a diferencia de las sectas intelectuales, no ideologiza las divergencias menores. En las antípodas de la academia, la nueva generación intelectual no concibe la amistad como la etapa superior del intercambio de favores. Se aleja de la frivolidad de los mecenazgos y de los procesos de burocratización.

La nueva generación intelectual no cede a las coartadas compensatorias; rechaza la prebenda, el camino de la consagración individual y no aspira al reconocimiento oficial que se expresa de diversos modos (entre otros en la cesión de espacios para su producción y su opinión) y en ámbitos diversos (Estado, mercado, academia y todos sus derivados). No cede a la tentación platónica del gobierno (o por lo menos el cogobierno) de los filósofos, a la impostura del talento individual, a la antología del lugar común y a otras formas de suicidio moral. No asume el rol del colaborador crítico —y siempre a la espera de la futura radicalización— de los procesos conducidos por la centro-izquierda o el nacional-populismo.

La nueva generación intelectual, si bien se asume como una generación militante, no busca reproducir la figura del intelectual “comprometido” de los años 60 y 70. Abjura de todo magisterio y de todo rol pedagógico. El nuevo intelectual radical no pretende ser un proveedor de racionalidad, de línea correcta, el redactor de programas, el elaborador de consignas. Tampoco cae en los ideologemas idealistas del tipo “cambiar al mundo con monografías radicalizadas” o disertando sobre la obra de Jean Paul Sartre o Michel Foucault por la TV estatal. Asimismo tiende a anular el papel mesiánico del intelectual. Quiere ser parte de un colectivo variopinto, un arco iris, no sentirse propietario de lo que escribe, dibuja, pinta, canta, etc. Asume un puesto en la construcción colectiva de un gran relato del proceso popular. No es casual que en los últimos años muchos grupos, emprendimientos y proyectos que contienen a intelectuales de la nueva generación, se hayan autodenominado “colectivos”. Rige la sentencia de Lautremont “La poesía debe ser hecha por todos, no por uno solo”. La nueva generación intelectual promueve el desarrollo de tejidos asociativos, construye comunidad

y trata de vivir los valores del futuro en el presente de sus construcciones. De este modo, ejerce la crítica más allá de las palabras y las ideas, su crítica incluye una praxis.

### ¿Anfibios?

Maristella Svampa, recurrió a la figura del intelectual anfibio<sup>6</sup> para hacer referencia a una posible y deseable circularidad entre la academia y la militancia (radical). Pero la figura nos parece, por lo menos, ambigua. Más allá de los alcances que le asigna Svampa, puede funcionar como fórmula para conjurar la posibilidad de no ser considerado un par cognitivo por la academia, para contrarrestar el temor del intelectual académico de perder crédito a partir de un prioritario compromiso político y social porque sabe que en la academia no impera precisamente el principio de solidaridad interpretativa.

Por otra parte, no es lo mismo una doble pertenencia que el tránsito o, más aún, la circularidad, entre la academia y la militancia radical. Por ahora constituyen universos antagónicos, dos lógicas contrapuestas, dos lenguajes, dos horizontes. La academia estandariza las opiniones, moldea la producción intelectual, obliga a la especialización, trata burocráticamente, busca adaptar al intelectual a sus normas. La academia es autoreferencial y alimenta relaciones verticales e inauténticas. Todo lo contrario de lo que promueve la nueva generación intelectual.

La autoconservación del intelectual en el universo de la academia exige su adaptación a las exigencias reproductivas de la misma. La institucionalización o "academización" de los intelectuales que les impone el desarrollo de una carrera individual exitosa y el compromiso militante en las actuales condiciones históricas, difícilmente pueden ser conciliadas. Porque el pensamiento crítico no es compatible con la apología del real empírico, con la "razón objetiva" y con la agobiante falta de sensibilidad política.

Ante la relativa marginalidad de las praxis intelectuales críticas y radicales significativas, la academia termina siendo para muchos intelectuales el único pragmatismo aceptable. Pero se trata de un pragmatismo que no se combina muy bien con las pasiones, con la fe y mucho menos con la cooperación y la obra colectiva, entre otras cosas porque el intelectual académico se tiene a sí mismo por finalidad y el saber, un saber determinado, no es más que un instrumento. El compromiso del intelectual con la praxis de las clases subalternas y con sus construcciones "de base", seductoras pero inciertas y riesgosas, tan sin

<sup>6</sup> Véase Maristella Svampa, *Cambio de época*, Buenos Aires, FLACSO – Siglo XXI, 2008 y la entrevista de Laura Vales publicada en el diario *Página/12*, el 1 de septiembre de 2008.

Estado (salvo el aliento de la policía y el puntero), tan sin prensa, tan sin beca, le presenta enormes riesgos, contiene la amenaza de cortarles los lazos con las instituciones que lo cobijan y la de tener que vivir la condición intelectual en el marco de categorías socio-culturales distintas a las dominantes. Una situación para lo que no fue entrenado.

Puede también que la figura del anfibio encubra la expresión del intelectual megalómano que se resiste a asumir su lugar modesto en la historia y que considera que tiene una función directora sobre la política de las clases subalternas y que cree que puede ejercer esa función (externa) al mismo tiempo que es parte de instituciones y circuitos de legitimación domesticados por el poder. Se trataría, en este caso, de una reedición del viejo vicio iluminista y de la figura del intelectual taumaturgo, el que aparece en la Alegoría de la Caverna de Platón.<sup>7</sup> En general, la experiencia histórica es lapidaria: todo intelectual que aspira a clase dirigente acaba servidor del orden establecido.

El intelectual académico-militante existe, pero su condición, la mayor de las veces, más que la del anfibio, es la de la doble membresía. Se trata de un sujeto desdoblado que reparte su tiempo entre dos funciones que sólo puede compatibilizar superficialmente y con la condición de haber construido previamente una legitimidad académica tan sólida que le permita darse el lujo de la militancia, que a pesar de todo, en este contexto, no deja de aparecer como una excentricidad.

No deja de resultar paradójico el hecho de que la figura del intelectual anfibio provenga de una intelectual cuya praxis está en exceso respecto de esa misma figura. Porque muchas de las intervenciones "militantes" de Svampa, más que armonizarse con la academia, la interpelan. Mientras la figura es generosa con la academia ya que trata de redimirla, de recuperarla y le busca un sentido un poco más trascendente, colectivo y extra-burocrático (una generosidad que también es sintomática ya que hace ostensible el hastío y los propósitos más inconfesables y rastrosos de la academia), las intervenciones de Svampa, las más afines a la nueva generación intelectual a la que pertenece con todo derecho, la conmocionan.

<sup>7</sup> Breve referencia a la Alegoría de la caverna de Platón: Unos hombres, desde niños yacen en el fondo de una caverna. Engrillados por las piernas y por el cuello, sin poder mirar hacia atrás, sólo pueden ver la pared del fondo. Detrás de ellos, a lo lejos, arde un fuego que se refleja en la pared del fondo de la caverna. Entre ellos y el fuego hay un camino por donde pasan personas transportando objetos y hablando, pero a los prisioneros sólo les llega un murmullo. Los prisioneros sólo ven sombras y oyen ecos. Como no conocen otra cosa creen que es la realidad. ¿Quién los libera? El filósofo les quita los grilletes, los obliga a salir a superficie, los guía hacia la realidad.



## La apuesta por la política y la política como apuesta

La nueva generación intelectual quiere reinventar la política como praxis revolucionaria. Para ella la política no se reduce a la "gestión" de lo que es y está; no se reduce a un paquete de concepciones y procedimientos "ordinarios", a un campo de acción muy acotado, a un conjunto de verdades prefabricadas y saberes técnico-prácticos. Por cierto, es esta una concepción de la que no pueden desprenderse a los intelectuales progresistas, e incluso algunos que se asumen como revolucionarios, y que se expresa en la pretensión de incidir en la realidad partiendo de una identidad profesional o de especialista.

Los intelectuales progresistas han eludido la discusión de fondo en torno a esta cuestión. Si la política es administración de lo dado o puede ser otra cosa, por ejemplo, transformación radical de lo dado. Si el pueblo seguirá siendo objeto de la historia o si las luchas fundamentales pueden hacer de él otra cosa. Sobreadaptados a lo que "es", no creen que las cosas puedan ser de modo radicalmente distinto. Por consiguiente, y en contra de lo que sostienen, han caído en un profundo desprecio (en los hechos) por las ideas, los proyectos, los principios. Los intelectuales progresistas son cada vez más fenomenólogos. La ausencia de un ser crítico se intenta disimular con metáforas o folklore y en muchos casos son evidentes los desacoples entre la osamenta conceptual (débil) y una musculatura expresiva bien desarrollada.

Por cierto, negarse a concebir la política como gestión, obliga a modificar el rol que los intelectuales progresistas asumieron desde 1983 y lleva a una auto-crítica respecto de su falta de compromiso con la tarea de reconstrucción de lo que la dictadura había destruido (identidades plebeyas, lenguajes de confluencia, mitos, utopías y la potencia de las clases subalternas), y también respecto de su absoluta desconfianza en las lógicas democráticas que no sean liberales, populistas o estatalistas, es decir, su alejamiento de toda praxis tendiente a construir una democracia que permitiera la acumulación en el seno del pueblo.

Del mismo modo, no concebir la política como la concreción de una verdad, o la repetición de los viejos recetarios revolucionarios, también obliga a modificar el rol que los intelectuales revolucionarios asumieron en la década del 20 y ratificaron en la del 60 y el 70. Ahora, tal vez, la nueva generación intelectual tiene horizontes más modestos y a la vez más radicales, considera que se trata de transmitir las sensaciones del contacto con experiencias que expresen algo radicalmente nuevo, o por disputarle al capitalismo sus imágenes de la felicidad, trabajar contra la mirada autoindulgente de las clases medias, denunciar ficciones de corto vuelo y reinventar la sociedad desde la soberanía, la autonomía, la solidaridad.

La nueva generación intelectual, asumiendo el gran desafío de la izquierda, se propone desarrollar un pensamiento que amplíe los horizontes de la acción política y se verifique en ella misma.

Aunque los intelectuales progresistas consideran que libran una batalla con la nueva derecha, en el fondo comparten con ella el mismo *ethos*, ambos adhieren a los valores instrumentales, las normativas liberales, las instituciones verticales elitistas, las tecnologías de manipulación y control. Discuten sobre ellas, debaten, pero no las cuestionan en sí mismas. Se oponen a la reinención del Estado desde lo penitenciario, a la policialización de la política, pero no cuestionan a fondo los procesos de heterogeneización de la democracia electoralista, los lazos que crea la representación. Sus planteos no suponen un desplazamiento de los valores sociales e intelectuales dominantes. No tienen nada que oponer a esos valores, a esas normas, a instituciones y a esas tecnologías. Una nueva generación intelectual debe aportar al desarrollo de antivalores, contranormas, disórdenes y nuevas tecnologías.<sup>8</sup>

Los intelectuales progresistas han satisfecho sus urgencias militantes a través del recurso (por cierto, no muy poderoso) de la solicitud o la carta. Una modalidad de intervención pública insuficiente para conjurar la idea deprimente del divorcio inseparable entre la acción y el sueño, al decir de André Bretón. Más allá de las buenas intenciones, las intervenciones que proponen no sirven para convertir a la solidaridad en figura objetiva de la existencia. Esas intervenciones sólo los perfilan como criaturas de su propia propaganda. Es penoso su papel tendiente a dificultar los procesos de auto-conciencia en las clases subalternas o su abandono estratégico de cualquier función similar. Y es el más cabal reflejo de décadas de deterioro de lo ideológico y político. Así, sin abandonar los mitos elitistas, creen incidir sobre la sociedad, recuperar magisterio social, cuando en realidad el poder incide a través de ellos. Les sirven al poder para anular las tendencias más contestatarias. Se ajustan a la descripción de Enrique Fogwill: siguen “la línea correcta en el trabajo de cada día”, exigen que se les de, a diario, “la negación nuestra de cada noche, la necesaria para pensar, la indispensable para necesitar, pero que nunca interfiera en la línea de producción de orden”.<sup>9</sup>

## Horizontes

La nueva generación intelectual aspira a nuevos formatos para concebir el mundo a la luz de la redención (auto-redención). A diferencia de la intelectualidad progresista que plantea una absoluta complacencia con las cosas tal como son

<sup>8</sup> Véase Orlando Fals Borda, *La subversión en Colombia. El cambio social en la historia*, Bogotá, Fica-Cepa, 2008.

<sup>9</sup> Enrique Fogwill, *En otro orden de cosas*, Buenos Aires, Interzona - Latinoamericana, 2008. Véase especialmente: pp. 47, 147, 148 y 149 y 173.

(en su fondo), aquella insiste en cambiar el mundo y la vida. A diferencia de la izquierda vieja, considera que hay que cambiar las formas de cambiar. Propone recuperar un sentido radical de la historicidad para que la existencia y el destino se pongan en juego en cada decisión. Desea atacar "concretamente" a las clases dominantes y recuperar el maravilloso desprecio por las consecuencias. Para ello opta por preservar categorías y expresiones, palabras e imágenes, sentimientos y deseos, que aún no han sido malogrados por el Estado, el mercado y la ideología.

La nueva generación intelectual asume un anticapitalismo militante y activo. Considera que la burguesía no tiene proyecto civilizatorio, que el sistema capitalista no es la única forma posible de sociedad civilizada. Reconocer que el capitalismo como fuerza social dominante que trabaja sólo para su autoexpansión sostenida exige defender la vida no en el sentido abstracto que invocan las clases dominantes, sino en el sentido real, como propiedad de sí misma, sin hacer abstracción de la lucha de clases y sus consecuencias.

La nueva generación intelectual admite la existencia de antagonismos fundamentales entre las clases sociales y que no puede haber cambios de la realidad sin conflictos. Se diferencia otra vez de los intelectuales progresistas cuya ingenuidad en este punto llega al paroxismo: las políticas redistributivas no dependen de decisiones técnicas o de voluntades políticas gubernamentales, sino de relaciones de fuerza en el plano de la sociedad. La nueva generación intelectual está aprendiendo el lenguaje de las relaciones de fuerza.

La nueva generación intelectual no coloca en el horizonte del pensar-hacer la política al Estado. Pero tampoco cultiva un antiestatalismo ingenuo, no considera a todo momento estatal como reaccionario. Pone el énfasis en las determinaciones societarias y los múltiples universos en tensión con el Estado, impenetrables a las convocatorias estatales no democráticas.

La nueva generación intelectual no se jacta de la ruptura con el mito de la neutralidad de la cultura, reconoce que es un mito que hace rato ha caído en desuso. La burguesía, que lo creó, lo ha abandonado. Hace mucho tiempo que las clases dominantes cuentan con modos más sutiles y complejos a la hora de integrar, tergiversar o anular mensajes y símbolos disruptivos. Así la nueva generación intelectual, mientras rechaza decididamente el empirismo y el pragmatismo, auspicia los elementos optimistas y utópicos.

Samir Amín, hace algunos años definió la cultura como el modo que tiene un grupo humano de organizar la distribución de los valores de uso (y no los de cambio). Partiendo de esa definición decimos que la nueva generación intelectual opta por el campo de la cultura y no por el de la ideología, retomando y reformulando la idea de Ernesto Che Guevara que planteaba que la gran propiedad privada destruye la cultura y la identidad nacional de un pueblo.

Digamos finalmente que es nueva la nueva generación intelectual porque lo que anuncia no es prolongación de lo que hubo y hay, porque promueve una ruptura con el pasado y el presente, porque recupera una imagen del mundo como posibilidad latente, un carácter prospectivo. Se trata de una generación que funda expectativas, que es impaciente porque confronta el presente con el futuro, porque recupera el sentido de la utopía que es denuncia y anuncio y que provee de estructura a la praxis y que, además, es el motor de la imaginación política.

---

### Resumen

El autor identifica una nueva generación intelectual (crítica) argentina. Analiza el contexto que hizo posible su emergencia, signado por la crisis y la rebelión popular de 2001-2002. Sostiene que el surgimiento de esta nueva generación no se puede desvincular del desarrollo de una nueva subjetividad política de izquierda. Destaca las diferencias entre la nueva generación y los intelectuales progresistas (reformistas y nacional-populistas) y la izquierda vieja. Luego propone una caracterización de esta generación, partiendo de algunos rasgos generales y distintivos.

**Palabras clave:** intelectuales, generación, nueva izquierda, praxis, subjetividad.

### Abstract

The author identifies a new intellectual (critical) generation in Argentina, and analyzes the context that made its emergence possible. This context was the crisis and popular rebellion of 2001-2002. The raising of this new generation can not be detached of the development of a new political subjectivity in the left. He underlines the differences between the new generation and the progressive intellectuals (reformists and national-popular) and the old left. Finally, he proposes a characterization of this generation taking into account some general and idiosyncratic features.

**Keywords:** intellectuals, generation, new left, praxis, subjectivity.

---



# Hacia la superación de una generación intelectual domesticada

Christian Castillo y Matías Maiello<sup>1</sup>

1. A nadie puede escapar el enorme proceso de domesticación de la intelectualidad que se ha producido en nuestro país de la dictadura en adelante. Si en el período abierto con el Cordobazo en 1969 gran parte de la intelectualidad acompañó la tendencia a la radicalización política del movimiento obrero y la juventud, tras el cierre de esta etapa revolucionaria se produjo un giro conservador que mostró distintos momentos y facetas, pero que tuvo como elemento común el ensalzamiento del posibilismo y la renuncia a toda apuesta revolucionaria de transformación del orden capitalista.
2. Un primer momento relevante de este giro lo constituye el balance sacado por el grupo de los llamados “gramscianos argentinos” durante su exilio mexicano. Este grupo, nucleado alrededor de la revista “Pasado y Presente”, luego de su frustrada experiencia guevarista inicial a poco de su ruptura con el Partido Comunista, se había identificado con la Tendencia Revolucionaria del peronismo. Tras el golpe, van a poner énfasis en la “revalorización de la democracia a secas”, adoptando como propia la lectura socialdemocratizada de Gramsci que el mismo Juan Carlos Portantiero había criticado poco antes de volverse él mismo uno de sus principales propagadores. Así, la caída de la dictadura encontró a este grupo alineado con el alfonsinismo, apoyo en el que confluyeron con un sector proveniente del maoísmo. De conjunto, van a formar parte de lo que hemos denominado la intelectualidad “social liberal”, que tuvo gran peso en el mundo universitario y la constitución de un “sentido común” del progresismo no peronista, teniendo como publicaciones emblema las revistas *La Ciudad Futura* y *Punto de Vista*.
3. Existió también toda una franja de intelectuales que se mantuvo en el terreno del peronismo y alimentó ideológicamente el “progresismo narc&pop”, coincidiendo con los “social liberales” en el abandono de toda perspectiva

---

<sup>1</sup> Sociólogos y docentes universitarios. Integrantes de la revista *Lucha de Clases*, del Instituto del Pensamiento Socialista “Karl Marx” y del Partido de los Trabajadores Socialistas.

revolucionaria. Parte importante de ellos había quedado en la Juventud Peronista “Lealtad” cuando Montoneros rompió con Perón y provenían de una raíz más tradicionalmente peronista que los que confluyeron en la Tendencia desde el marxismo. Este sector, con la revista *Unidos* como uno de sus principales referentes durante los ‘80, actuó inicialmente como usina ideológica de la renovación peronista y, posteriormente, se dividió en los caminos a tomar frente al giro neoliberal de Menem, a quien habían apoyado inicialmente. Algunos de ellos centraron su actividad en las universidades públicas, otros en el periodismo y otros participando más orgánicamente del núcleo del “grupo de los 8” que después daría origen al Frente Grande y en el terreno sindical a la CTA. En lo que hace a quienes centraron su actividad en el plano universitario, las publicaciones más relevantes fueron *El Ojo Mochó*, que actuó como una especie de contraparte de *Punto de Vista*, alentada por Horacio González y el núcleo intelectual conformado a su alrededor, y *Confines*, con Nicolás Casullo y Ricardo Forster como sus animadores principales. Durante el menemismo ambos sectores del progresismo –los “social liberales” y los “nac&pop”– confluyeron en el Frente Grande, después en el Frepaso y finalmente en la Alianza, de la que varios de sus referentes formaron parte de sus “equipos programáticos”. No deja de ser llamativo que mientras asumían una referencia política explícita en las distintas variantes de lo que comenzó a llamarse la “centroizquierda”, muchos de estos sectores tuvieron un discurso universitario centrado en la necesidad de la “profesionalización” de la actividad intelectual, planteando que la actividad intelectual en los ‘70 estaba caracterizada por la “sobre ideologización” y el exceso de compromiso y “toma de partido”. Es cierto que estuvieron también quienes criticaron el academicismo y la “profesionalización”, pero sólo lo hicieron desde una supuesta autonomía del intelectual para pensar los grandes temas políticos y sociales, nunca desde una apuesta colectiva en común con las clases explotadas.

4. Ideológicamente ambos sectores confluyeron en la generalización de ciertas ideas que, basadas en los postulados “posmarxistas”, se transformaron en un sentido común del ataque del “progresismo”, en sus dos vertientes, contra el marxismo. Un ataque que se manifestó tanto en el terreno teórico como en el político. En lo teórico el marxismo fue acusado de reduccionista y economicista, considerado incluso como una mera vertiente del positivismo. La monumental obra de los grandes marxistas de comienzos del siglo XX que conformaron el ala revolucionaria de la II Internacional y luego dieron vida a la Internacional Comunista fue equiparada a la visión stalinista del marxismo

o directamente fue ignorada, con la excepción de Gramsci, a quien se transformó en una suerte de posmarxista *avant la lettre*. Se llegó al absurdo de tildar de “economicista” a Lenin, uno de cuyos aportes centrales fue plantear la autonomía relativa de la organización política revolucionaria respecto de la estructura económica y social. Legiones de estudiantes universitarios fueron “formados” en las universidades bajo este canon de caricaturización del marxismo.

5. Otra de esas ideas fue la instauración del “fetichismo democrático”, mediante el cual la democracia burguesa pierde su carácter de forma de dominación de clase para transformarse en sinónimo de procesamiento “no violento” de los antagonismos sociales y expresión más acabada de soberanía popular. Y esto fue realizado cuando la ofensiva neoliberal, y sus profundas consecuencias de regresión social, fue llevada adelante predominantemente por regímenes democrático burgueses tanto a nivel internacional como en nuestro país. Víctor Choque, Teresa Rodríguez, Aníbal Verón, “Petete” Almirón y todos los muertos del 19 y 20 de diciembre, Maximiliano Kosteki, Darío Santillán, son sólo algunos de los nombres propios de los que cayeron a manos de las balas de la democracia capitalista argentina en manifestaciones y distintas luchas sociales, a quienes deberíamos agregar los centenares de pibes muertos por el “gatillo fácil” de las fuerzas represivas del estado, producto de la criminalización sistemática de la pobreza y de la persecución a los jóvenes de los sectores populares.
6. Así mismo todo análisis realizado en términos de clases fue considerado reduccionista y “anticuado”. A la moda con lo que ocurría internacionalmente, se planteó que estábamos viendo el fin o la decadencia estructural de la clase obrera y la “sociedad salarial” y el advenimiento de una “sociedad posindustrial”, caracterizada por la emergencia de los “nuevos movimientos sociales” y por formas de conflictividad social que sólo aspiraban a reclamos puntuales y no a una impugnación del sistema. Ligado a esto desapareció por completo la problemática de la explotación sufrida por la clase trabajadora para ser reemplazada por la de la “inclusión” de aquellos “excluidos” del sistema.
7. Políticamente, las distintas variantes intelectuales del “progresismo” instituyeron la moderación y el posibilismo como sinónimos de realismo político mientras se denostaba la perspectiva revolucionaria como infantil y anacrónica. Con esa lógica apoyaron a la Alianza contra Menem y contribuyeron

a transmutar la imagen de un radical conservador como De la Rúa en un progresista. Luego hubo parte de ellos que incluso no vieron con desagrado el llamado hecho por la Alianza al mismo Domingo Cavallo, apoyado por Chacho Álvarez –aunque éste ya estaba fuera del gobierno– para volver al ministerio de economía. Aunque en estos meses las movilizaciones populares se intensificaron, la mayoría de estos intelectuales siguieron hasta último momento apostando a alguna salida “por arriba”.

8. Si en los '70 la referencia a seguir era la figura del “intelectual orgánico” gramsciano, luego de la dictadura esta generación transmutó en la figura del “intelectual tradicional”. Gramsci desarrolló el concepto de intelectual tradicional en torno al surgimiento de la burguesía europea y en Italia lo asoció con el intelectual rural. Pero de su conceptualización se desprenden muchos elementos que trascienden este contexto histórico de surgimiento. Por su origen particular y función político-social, decía, los intelectuales tradicionales se distinguen por la pretensión de conformar un “grupo social autónomo e independiente” de las clases fundamentales. Respecto a su función social señalaba que “este tipo de intelectual pone en contacto a la masa campesina con la administración estatal o local (abogados, notarios, etc.) y por ello tiene una gran función político-social, porque la mediación profesional difícilmente puede ser separada de la mediación política”<sup>2</sup>.

9. Esta categoría, entendida en términos amplios, tiene muchos elementos útiles para el análisis socio-político del sector de la intelectualidad que venimos analizando. Como decíamos en un reciente artículo: “En términos generales, podríamos decir que en nuestro caso estamos hablando de un tipo de intelectual tradicional surgido de la universidad de masas y el desarrollo de la industria cultural que cumple un papel destacado en poner en contacto a un sector de las clases medias urbanas con las instituciones de la educación y de la cultura (profesores universitarios titulares de carreras ‘humanísticas’, profesionales que ocupan posiciones destacadas en los centros de investigación de estas disciplinas, o cargos directivos en las instituciones universitarias y culturales, artistas o literatos destacados en la industria cultural, etc.). Parafraseando a Gramsci, tienen por ello una gran función político-social, porque la mediación ideológico-cultural difícilmente puede

<sup>2</sup> Antonio Gramsci, “Distinta posición de los intelectuales de tipo urbano y rural”, en *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000, p. 18.

ser separada de la mediación política”.<sup>3</sup> Esto no quita que, como señalamos, estos intelectuales actúen políticamente, pero lo hacen en tanto que “especialistas” y “consejeros” de los políticos capitalistas, no como militantes o dirigentes (salvo excepciones).

10. La debacle de la Alianza y la rebelión popular de diciembre de 2001 puso en crisis la hegemonía intelectual de estos sectores, que fueron desbordados por la acción directa de masas. No sólo el proyecto político más inmediato al que habían apostado sino el régimen político que abrazaron era desbordado en su conjunto y puesto en cuestión por la movilización popular. Más en general, mientras los progresistas se alineaban con proyectos políticos que se adecuaban a los postulados del neoliberalismo, diversos países de América Latina se veían conmovidos por procesos de masas que produjeron la caída de gobiernos caracterizados por la aplicación de la política fondomonetarista. Baste recordar que el Frepaso jamás planteó una vuelta atrás de la política económica del menemismo sino que su crítica se centró en la “corrupción”. Ya en el gobierno, la Alianza fue una continuidad con la política de la “convertibilidad”, que se sostuvo a costa de bajar los salarios a los estatales y las jubilaciones, y de votar la flexibilidad laboral exigida por la Unión Industrial mediante la compra de los votos de los senadores peronistas.
11. Durante toda la década de los '90 se desarrollaron en nuestro país procesos de resistencia de los trabajadores y sectores populares a la ofensiva capitalista, primero contra Menem y luego con De la Rúa en el gobierno. Si analizamos cualitativamente lo que dieron estos procesos de lucha y organización del Santiagazo a la llegada al gobierno de Néstor Kirchner podemos señalar:  
a) La tendencia, a partir del Santiagazo, a la acción directa de masas para voltear gobiernos provinciales o nacionales electos por sufragio universal, con elementos semi-insurreccionales como durante las jornadas del 19 y 20 de diciembre; b) El reclamo por trabajo genuino, las tendencias a la auto-defensa, formas de poder territorial (con el método del piquete y el corte de ruta) en los levantamientos de los desocupados; c) El ejercicio de formas de democracia directa en las Asambleas Populares durante estas “puebladas” y luego durante las asambleas vecinales en el 2002; d) La capacidad de los trabajadores para paralizar la producción capitalista en los paros generales, en algunos de los cuales se coordinaron acciones comunes entre ocupados y

<sup>3</sup> Matías Maiello, “La intelectualidad argentina entre el conformismo y la restauración”, en *Revista Lucha de Clases*, n° 9, junio 2009, Buenos Aires, p. 40.

desocupados, como en el paro general de noviembre del 2000: e) La ocupación de fábricas y la experiencia de la gestión obrera frente a los cierres y despidos capitalistas, jugando el enorme papel educativo de deslegitimar la propiedad capitalista y de mostrar la capacidad de los trabajadores para organizar y dirigir la producción; f) Las tendencias a la coordinación de los distintos sectores en lucha (Coordinadora del Alto Valle, Encuentros de Fábricas Ocupadas, Asambleas Piqueteras, Interbarriales de las asambleas populares, etc.).

12. Frente a estos procesos la intelectualidad progresista se caracterizó o bien por tratar de subordinarlos a las variantes políticas del régimen o bien por denostarlos o ignorarlos. Jugaron así mismo el papel de leerlos en clave de lucha contra la “exclusión social”, contribuyendo a las visiones propagadas desde el Banco Mundial que frente al incremento de la resistencia popular a las políticas neoliberales recomendaba combinarlas con dosis de “asistencialismo”. A su vez, como señalamos, “compraron” la visión sobre el “fin de la clase obrera”, como si los trabajadores estatales que protagonizaron las revueltas y puebladas del interior del país, los desocupados o los que ocupaban fábricas no perteneciesen a ella. Los paros generales del período ni siquiera fueron registrados.
13. Los últimos meses de 2001 y los primeros del 2002, con las jornadas del 19 y 20 de diciembre como hito, mostraron un gran protagonismo de sectores de las masas, en particular de los movimientos de trabajadores desocupados, las asambleas populares y la multiplicación de las fábricas ocupadas y puestas a producir por sus trabajadores, con Zanon y Brukman como emblemas. La intelectualidad progresista, que creyó que la acción política se había reducido al marketing televisivo o a los enjuagues de palacio, quedó completamente desorientada ante este predominio de la “política en las calles”. Si bien hubo unos pocos que se entusiasmaron con la “productividad política” de aquellos días, en general dieron la espalda a estos movimientos surgidos desde abajo. Ninguno de los intelectuales de esta generación jugó ni siquiera un rol similar al que, por ejemplo, tuvo Pierre Bourdieu durante la huelga general de los estatales franceses de noviembre de 1995, cuando fue a plantear a los hangares ferroviarios la necesidad que la intelectualidad confluya con los movimientos de lucha contra las políticas neoliberales. Si bien la perspectiva de Bourdieu era reformista y no revolucionaria, el contraste entre esta actitud y el distanciamiento de la intelectualidad local respecto a los movimientos de lucha no deja de ser llamativo e indicador de sus niveles de domesticación.

14. Con el surgimiento del kirchnerismo, en particular durante sus primeros años y sus llamados a la "transversalidad", gran parte del progresismo se encolumnó con el presidente "pingüino". Un sector minoritario criticó a Kirchner pero por derecha, atacando el "populismo" y el estado de "crispación" que producía la vuelta de un cierto discurso "setentista" o lo "peligroso" de la relación con Venezuela. Por su parte, numerosos intelectuales de la vertiente nac&pop pasaron a ocupar cargos estatales o cuasi estatales y se transformaron en defensores públicos del kirchnerismo, convirtiéndose en constructores de lo que hemos llamado, retomando nuevamente a Gramsci, un "nuevo conformismo".
15. Quizás una de las muestras más patentes del profundo conservadurismo de la intelectualidad progresista fue su embelesamiento ante la reaccionaria vuelta a la teoría de los dos demonios que proclamaba Oscar Del Barco con su "No Matarás" —donde iguala a Trotsky y Lenin con Hitler y Mussolini y a Santucho con Videla. Esta posición fue planteada como "interesante" y "estimulante" aún por intelectuales que adhirieron al kirchnerismo, quien sin embargo para ganar base progresista y cooptar parte del movimiento de derechos humanos jugó la carta de apoyar la anulación de las leyes de obediencia debida y punto final y atacó discursivamente la teoría de los dos demonios proclamándose "hijo de las Madres de Plaza de Mayo". Esto dentro de su política de "pasivizar" el proceso abierto en el 2001. Los intelectuales de los que hablamos pasaron sin beneficio de inventario de luchar en los años '70 por el "socialismo nacional" —en el caso de los que venían de la izquierda peronista— o cantar loas a la revolución cultural y al mismo Stalin —los provenientes del maóismo— a condenar la perspectiva de toda revolución y proclamar que con "la democracia se come, se cura y se educa" o ilusionarse con "el salarizado y la revolución productiva", según sea el caso.
16. Por nuestra parte, hemos cuestionado no sólo los discursos contruidos por la clase dominante para dar cuenta de lo ocurrido durante el proceso revolucionario de los setenta —el de la dictadura y el de los "dos demonios"— sino también la visión que limita el proceso de insubordinación social del período a la acción de las organizaciones guerrilleras, minimizando las tendencias a la insurgencia obrera que se manifestaron durante todo el período, de los "azos" del '69-'72 a las jornadas de junio y julio del '75 y las coordinadoras interfabricales que enfrentaron el "Rodrigazo". Si el golpe tuvo una magnitud inédita fue justamente porque tenía que derrotar y disciplinar a una fuerza social que tenía claras tendencias anticapitalistas, que primero

intentó ser contenida con la estrategia del Gran Acuerdo Nacional y la vuelta de Perón. Luego, ante la impotencia del gobierno de Isabel, López Rega y la Triple A para frenar a los trabajadores y la dinámica de superación de la burocracia sindical y la experiencia con el peronismo, la clase dominante recurrió directamente al genocidio. En ese marco, hemos polemizado también con las estrategias sostenidas por las fuerzas de izquierda en el período, una cuestión central ya que “los ‘70” constituyeron un verdadero “ensayo general revolucionario”, en el sentido en que Lenin hablaba de la revolución de 1905. Sin sacar conclusiones de cuáles fueron las causas que impidieron una resolución revolucionaria de aquél proceso, no tiene seriedad plantear esta perspectiva hacia el futuro.

17. El conflicto entre el gobierno de los Kirchner y las patronales agrarias por la “125”, desató un protagonismo político de la intelectualidad como hacía mucho tiempo no se daba. Quienes apoyaron al gobierno se nuclearon en el Espacio Carta Abierta. Desde aquí justificaron su apoyo al gobierno con posiciones que iban desde su exégesis hasta el apoyo crítico (“lo menos peor”, “lo posible”). Jugaron el papel de embellecer por izquierda al kirchnerismo, retomando un lenguaje setentista que habían considerado pasado de moda apenas unos años atrás. Al igual que ocurrió con parte de la izquierda (MST, PCR) y la centroizquierda (Claudio Lozano, Pino Solanas), hubo también intelectuales progresistas que se sumaron a la argumentación de la derecha campestre. Por izquierda la posición independiente de ambos sectores patronales se expresó en la declaración “Ni con el gobierno ni con las entidades patronales ‘del campo’”.
18. Otra de las muestras del carácter conservador de los intelectuales progresistas han sido sus posiciones reaccionarias respecto a las demandas de democratización de las universidades. En el caso de la UBA se opusieron virulentamente a la demanda de elección directa en base al criterio “una persona, un voto” en la Carrera de Sociología en el 2002 y luego pactaron con lo peor de las camarillas universitarias la elección como rector del veterinario Rubén Hallú, compartiendo la gestión del rectorado con macristas, radicales y peronistas de derecha. Son tan retrógrados que se oponen aún a la unificación de la representación de los docentes en el gobierno universitario, manteniendo la actual diferenciación entre “profesores” y “auxiliares” o a la participación de los trabajadores “no docentes” en el cogobierno. Mucho más a una mayoría estudiantil en los consejos.

19. Durante los “tiempos extraordinarios” del 2001 y el 2002 ganó visibilidad un nuevo sector de intelectuales actuantes en los medios universitarios que tomaron como temática la emergencia de los “movimientos sociales”. Este sector hizo propios los planteos del “autonomismo”, que se pusieron de moda en el mundo académico de comienzos de siglo. Si bien, a diferencia de los sectores dominantes de la “intelectualidad tradicional” a los que hicimos referencia, fueron críticos del establishment político peronista, radical y centroizquierdista, hicieron propios los clichés de crítica al marxismo que los progresistas habían popularizado. En particular adhirieron acríticamente a las teorías sobre la decadencia estratégica de la clase obrera. A su vez, aunque críticos del apoliticismo de gran parte del mundo académico asumieron también la falsa idea acerca que el compromiso militante conspira contra una construcción teórica rigurosa. De ahí la idea del “intelectual anfibio”, sostenida por Maristella Svampa.
20. A decir de la docente e investigadora de la Universidad Nacional de General Sarmiento: “Es una idea pensada, sobre todo, en función de los nuevos investigadores que a partir de 2001 se plantearon la necesidad de construir una relación diferente con el mundo de los movimientos sociales, que no es instrumental, como suele serlo en la academia, y que no depende de una mirada estrictamente profesional y ajena a las necesidades sociales. Frente a la actual tensión y disociación entre el campo académico y el campo militante, propuse la hipótesis del carácter ‘anfibio’ del intelectual, para dar cuenta de que los que tenemos un pie en cada mundo, no queremos renunciar a ninguno de ellos y buscamos pensar sus articulaciones. La propuesta salió de la necesidad de clarificar una doble exigencia: la academia, con su demanda de distancia, y la militancia, con su demanda de compromiso absoluto”.<sup>4</sup> Una idea que según Svampa surge para superar “la excesiva profesionalización de las ciencias sociales registrada a partir de los ‘80” y al mismo tiempo “la sobre-ideologización imperante en el campo académico latinoamericano entre los años 60 y 70”.<sup>5</sup> Esta idea puede verse ante todo como un intento de conciliar la respuesta al clima de época del 2001 con evitar una crítica a fondo de la generación de “setentistas domesticados”. De ahí la insólita posición respecto de la supuesta “sobre ideologización” del campo académico latinoamericano en los 60 y los 70, como si la toma de partido y el compromiso militante hubieran sido un rasgo negativo y no positivo de esos años.

<sup>4</sup> Maristella Svampa, “Se invisibilizó el campo crítico”, en *Página/12*, 01-09-08.

<sup>5</sup> Maristella Svampa, “¿Hacia un nuevo modelo intelectual?”, en *Revista* N.º, 29-07-07.

Así, el concepto de “intelectual anfibio” se muestra en realidad tributario de la concepción del intelectual difundida en los 80 y los 90 por quienes se jactaron de haber “profesionalizado” las ciencias sociales.

21. Bajo el kirchnerismo los autonomistas tendieron a diferenciarse en dos sectores: los que se sumaron al proyecto de los K y los que se recluyeron en el mundo académico, abandonando todo proyecto de militancia colectiva. Así el estudio sobre los movimientos surgidos “desde abajo” encarado por este sector (fueron decenas, tal vez cientos, las tesis de maestría y doctorado que tuvieron como tema después del 2001 las fábricas recuperadas o los movimientos de desocupados) no implicó una ruptura con el distanciamiento entre la actividad intelectual y un compromiso político limitado al lugar de “consejero” o “especialista” que impuso como modelo la generación anterior.
22. Durante todo el período de “restauración conservadora” que significó el neoliberalismo los marxistas estuvimos sin duda a la defensiva en el plano ideológico. Se trató en gran parte de mantener posiciones conquistadas ante teorías que se presentaban como novedosas pero implicaban una profunda regresión teórica y política. El posmodernismo impuso un sentido común que denostaba cualquier cuestionamiento de tipo sistémico al orden dominante. A su vez el hecho que el derrumbe de los regímenes stalinistas fuera capitalizado por gobiernos que impulsaron la restauración capitalista en los países de Europa del Este y en la ex Unión Soviética, mientras en China el ingreso masivo del capital imperialista era alentado por la propia burocracia “comunista”, favorecieron la visión dominante de que no había alternativa posible al dominio del capital. En la teoría social predominaron ampliamente el individualismo metodológico y las visiones minimalistas y subjetivistas de los acontecimientos históricos. Las posturas de los teóricos autonomistas, que fueron la principal referencia del llamado “movimiento antiglobalización”, reprodujeron muchas de las visiones que habían propagado los ideólogos de la burguesía, en particular la tesis que el capitalismo había sufrido una mutación trascendente que volvía obsoleto el arsenal teórico del marxismo. En sus planteos, el análisis en términos de clases desapareció como por arte de magia. Los estados se disolvieron en el aire. El imperialismo se había transformado en algo del pasado. La estrategia política había perdido todo sentido mientras la acción de tipo corporativo de los “movimientos sociales” era ensalzada a la vez como lo deseable y lo posible. La perspectiva de luchar por el poder de los trabajadores era denostada como un objetivo “totalitario”.

23. Esta visión predominó en nuestro país en importantes sectores de vanguardia durante la crisis orgánica que tuvo su punto más alto en diciembre de 2001, a lo cual contribuyó, a diferencia de lo que ocurrió en mayo de 1969 en el Cordobazo y los Rosarios, la falta de intervención de las organizaciones de masas de la clase trabajadora durante los hechos del 19 y 20 de diciembre. La dirección de la CGT conducida por Moyano, que había enfrentado con varios paros generales al gobierno de De la Rúa apoyó la devaluación y al gobierno de Duhalde primero y al de Kirchner después. El temor a caer en la desocupación limitó la perspectiva de que existan desbordes, sobre todo cuando las direcciones sindicales anti-burocráticas habían sido prácticamente desarticuladas en los '90. Los desocupados y las fábricas ocupadas, si bien fueron una referencia de importancia, no contaban con la fuerza social y política suficiente para conformar una alternativa a la política de recomposición del régimen capitalista, que se vio favorecida por la rápida entrada en un ciclo de recuperación económica, favorecido por las nuevas tendencias que se daban en la economía capitalista mundial.
24. Durante el período "bushista" en el plano internacional, y durante el kirchnerismo en el local, las tesis autonomistas -y más en general, las de los que profetizaban una globalización armónica que iba avanzando paulatinamente hacia la superación de los estados- entraron en crisis. Por un lado, las guerras de Afganistán e Irak mostraron que los sueños sobre el fin del imperialismo eran infundados, mientras se aumentaba el control represivo del estado justificado en una suerte de "estado de guerra permanente" contra el "terrorismo", el nuevo enemigo de las mil caras de "occidente". Por otro lugar, en América Latina el ascenso de los gobiernos "pos neoliberales", trajo una vuelta en la presencia de los aparatos estatales y los teóricos del pos marxismo redescubrieron la "razón populista" en la que habían abrevado treinta años atrás. Por parte de la mayoría de los autonomistas olvidaron sus planteos sobre "el comunismo aquí y ahora" para postular el posibilismo y la adaptación política a los nuevos gobiernos, aún en aquellos casos que más continuidad mostraban respecto de los anteriores, como Lula en Brasil. A lo más que llegaron algunos fue al entusiasmo con el "capitalismo andino" de Evo Morales o al "socialismo con empresarios" de Hugo Chávez, experiencias que a lo sumo han conseguido mayores grados de autonomía política nacional y un mayor control de sus rentas energéticas pero que no han logrado terminar con el dominio de las oligarquías locales ni del capital imperialista en

sus países ni, por ende, han avanzado hacia una transformación radical de las relaciones de propiedad. Y que además, a contrapelo de lo que declamaban poco antes los autonomistas, se caracterizan por permanentes intentos de regimentación del accionar del movimiento obrero.

25. La crisis capitalista mundial ha sacudido nuevamente las ilusiones en ir humanizando gradualmente el capitalismo. Los tiempos que se vienen serán sin duda convulsivos, con fuertes enfrentamientos entre las clases. Los que acusaban al marxismo de “economicista” han tenido que ir a releer de urgencia *El Capital* y los debates marxistas acerca de las crisis capitalistas. Lo que viene tratando de imponerse como un nuevo sentido común progresista es una suerte de “neo keynesianismo”, justificatorio de los rescates estatales a la bancarota capitalista. Frente a la política de la burguesía y sus gobiernos de descargar la crisis sobre los trabajadores gana renovada actualidad levantar un programa para que sean los capitalistas los que paguen la crisis y no los trabajadores.
26. La crisis capitalista coincide en nuestro país con el agotamiento del ciclo kirchnerista. Estamos viviendo un “ya no más” de lo que prevaleció en estos años y “todavía no” de su reemplazo. Los sectores de la intelectualidad que apostaron fuerte por el kirchnerismo han salido duramente golpeados, luego de una nueva apuesta fallida por la “burguesía nacional”. El PJ está en pleno proceso de reorganización y es posible que su futuro candidato presidencial sea en 2011... Carlos Reutemann, un producto del menemismo al igual que el derrotado Scioli. ¿Qué nueva elucubración harán nuestros intelectuales de Carta Abierta para justificar seguir detrás del liderazgo pejotista? Mientras, vemos en el continente cómo el golpe en Honduras muestra al conjunto de la clase dominante de aquel país centroamericano desplegando nuevamente las tropas militares ante las medidas tibiamente reformistas tomadas por Zelaya que, sin embargo, consideraron una amenaza contra sus intereses. En nuestro país el surgimiento del Grupo Aurora, expresa a su vez el reagrupamiento de una derecha intelectual que, con harniz “republicano”, busca ser vocera del “agropower” y de toda causa retrógrada. Nada serio tiene para oponer la intelectualidad de centroizquierda, ya sea alineada con el gobierno o con Pino Solanas, a las acciones de estos sectores. Sin el recurso a la “lucha de clases” y la acción decidida de la clase trabajadora no podrá ponerse freno a esta “nueva derecha” nacional y continental, como da cuenta la permanencia en el poder de los golpistas hondureños, frente a quienes los gobiernos del “progresismo” latinoamericano no han hecho otra

cosa que depositar expectativas en la acción del gobierno norteamericano, como si el embajador yanky no hubiese sido uno de los principales conspiradores contra el gobierno de Zelaya.

27. En todos estos años, gran parte de la izquierda política renunció prácticamente al combate en el terreno teórico, facilitando de esta forma la tarea de quienes han construido una caricatura respecto de las concepciones marxistas revolucionarias. Desde estos sectores se le atribuye al marxismo una supuesta idolatría del pasado incapaz de crítica para, a renglón seguido, aceptar sin embargo el relato dominante de la historia como un tiempo homogéneo carente de luchas. Por ello evaden las luchas estratégicas bajo el subterfugio de que Marx no elaboró una teoría política propia y que Lenin cubrió esta laguna con una cocktail de autoritarismo y verticalismo. Si la primera tesis, muy repetida por cierto en los medios académicos, no resiste la lectura de los textos de Marx donde se analizan procesos históricos vivos, la segunda se reduce a una reproducción vulgar de las tesis de la literatura historiográfica de derecha del estilo de Robert Service o de los “soviólogos” de la guerra fría. Sin reparar en contradicciones se le endilga al marxismo revolucionario una visión sustitucionista y al mismo tiempo esencialista de la clase obrera, un pensamiento simultáneamente economicista y politicista. Esto sólo puede comprenderse si se toma en cuenta el *quid pro quo* de la discusión, donde el ataque al marxismo revolucionario pretende impugnar en realidad la perspectiva misma de la revolución social y la lucha por el poder de la clase trabajadora.
28. Por nuestra parte, hemos dado casi en soledad en lo que hace a los partidos de izquierda, la pelea por recrear la teoría marxista enfrentando los clichés impuestos por la intelectualidad domesticada, y por apuntar al desarrollo de una nueva generación intelectual comprometida con la militancia revolucionaria. Desde las revistas *Lucha de Clases* y *Estrategia Internacional*, dando vida al Instituto del Pensamiento Socialista “Karl Marx”, alimentando los debates en el seno del marxismo y la izquierda -como en las Jornadas Marxismo 2008-, venimos defendiendo un marxismo capaz de recuperar la historia de los vencidos frente al relato oficial de los vencedores. Un marxismo que lejos del evolucionismo armónico y de toda visión cíclica del desarrollo histórico, puede dar cuenta de las contradicciones que llevan al capitalismo a crisis catastróficas como la que se está desarrollando en la actualidad. Un marxismo que frente a las tesis del “fin de la clase obrera” fue capaz de reconocer la potencialidad

revolucionaria de su fuerza social, no desde la glorificación de la “clase obrera en sí”, sino desde la lucha por su constitución en sujeto político. Que cuestionando la visión de la hegemonía como un “significante vacío” señala que la clase trabajadora debe dejar de lado toda visión meramente corporativa o economicista (“trade unionista”, diría Lenin) e inscribir en sus demandas la lucha contra la opresión de género, racial, cultural, como parte de su programa para terminar con esta sociedad de explotación y opresión. Un marxismo que no sólo parte de la imposibilidad de constituir una “voluntad general” en la sociedad dividida en clases irreconciliables, sino que también es capaz de comprender la heterogeneidad al interior de la propia clase obrera para luchar por el poder de consejos frente a la dictadura de la burocracia y el pluripartidismo soviético frente al régimen de partido único. Un marxismo que lejos de caer en la visión espontaneísta y antipolítica del autonomismo sabe que en la lucha por la emancipación de todos los explotados no puede obviarse la lucha por el poder político, y que para conquistarlo es preciso construir un partido revolucionario que se proponga tal objetivo, que recoja las principales experiencias de estrategia y táctica revolucionaria acumuladas por el movimiento obrero y la tradición marxista revolucionaria en los siglos XIX y XX.

29. Lejos de quienes asumieron como propios muchos de los postulados del sentido común dominante a libro cerrado, nos hemos propuesto recuperar esta tradición para recrear la teoría marxista de cara a los desafíos de la lucha de clases del siglo XXI. Esto lo hemos hecho interviniendo en los debates teóricos y políticos que se han dado en la izquierda a nivel internacional, polemizando teóricamente con los posmarxistas y autonomistas y políticamente con corrientes reformistas y/o populistas de distinto tipo, que creen que sólo se puede luchar por la “miseria de lo posible” y descreen de la potencialidad revolucionaria de la clase obrera. A su vez hemos polemizado con los principales referentes del movimiento trotskista –la tradición en la que nos inscribimos– en la posguerra en diversos aspectos que hacen a la teoría y el programa revolucionarios.
30. En el plano de las tradiciones nacionales, hemos intentado retomar los principales intentos de pensar la historia nacional desarrollada por la tradición trotskista y desde un punto de vista independiente de los proyectos de las clases dominantes. Desde Liborio Justo y sus desarrollos sobre la importancia de la liberación nacional, pasando por la síntesis de Nahuel Moreno sobre el estudio de los períodos de la historia argentina, hasta los desarrollos de Milcíades Peña, que planteó una interpretación

alternativa frente a las tradiciones de liberalismo y revisionismo histórico. Es desde la apropiación y la crítica a los límites y errores de estos intentos que nos enfrentamos con las tradiciones que encarnadas con los diferentes sectores de la intelectualidad tradicional, ya sea en su versión social liberal o nac&pop. Es desde aquí que hemos intervenido teóricamente y políticamente en los debates que han cruzado a la intelectualidad en el período reciente, siendo impulsores activos de la declaración “Ni con el gobierno ni con las entidades patronales del campo”, donde nos reagrupamos gran parte de quienes mantuvimos una posición independiente del gobierno y las patronales agrarias. Damos esta disputa como parte de la lucha por poner en pie un partido revolucionario de la clase trabajadora, tarea que requiere de la fusión de la vanguardia obrera con la intelectualidad revolucionaria. Una vanguardia obrera que disputa en las fábricas y empresas tanto frente a las patronales como a la burocracia sindical, y que a su vez busca recrear las mejores experiencias que nos legó el sindicalismo clasista. La perspectiva de luchar codo a codo junto con este nuevo activismo obrero por poner en pie una verdadera izquierda de la clase trabajadora es la que tiene planteada la nueva generación intelectual para dejar atrás definitivamente la intelectualidad domesticada que ha dominado el panorama de la producción de ideas en nuestro país en las últimas tres décadas y para derrotar los vientos de reacción que quieren levantar vuelo en el continente.

---

## Resumen

El panorama intelectual argentino estuvo dominado por una generación de intelectuales domesticados, que dejaron de lado toda perspectiva de transformación revolucionaria, tanto en su vertiente “social liberal” como “nac&pop”. Variantes de tipo “autonomistas” surgidas luego del 2001 no han producido una ruptura fundamental con muchos de los planteos ni con el tipo de intelectuales propagados por los diversos sectores del “progresismo”, empezando por su caricaturización del marxismo. En medio de la crisis capitalista internacional, y cuando la reacción busca levantar cabeza en el continente, se trata de apostar por recrear una intelectualidad marxista revolucionaria íntimamente ligada a la clase trabajadora.

**Palabras clave:** Intelectuales; Democracia liberal; Marxismo; Clase obrera.

## Abstract

The Argentinean intellectual scene was dominated by a domesticated generation of intellectuals, which put aside the perspective of revolutionary transformation, in the “social liberal” version as well in the “national popular” one. Different kind of “autonomist” position emerged after 2001 did not produce a fundamental break with many assumptions and the type of intellectual disseminated by the “progressivism”, including the caricatural critique of Marxism. In the middle of international capitalist crisis, and when the reaction seeks to recover place in the continent, is needed a recreation of a revolutionary and Marxist intellectuality intimately related to the working class.

**Keywords:** Intellectuals; Liberal Democracy; Marxism; Working Class.

---

## La lengua del 2001

Eduardo Molinari<sup>1</sup>

*“En todos los casos eran jóvenes de entre veintipico y treintaipico con expresiones jactanciosas y actitudes cuidadosamente orquestadas que parecían indicar que se necesitaba algo más que toneladas de talento para triunfar en el mundo del arte. Es necesario también un muy buen look que acompañe a la obra”. “En un día cínico, podría pensarse que el libro es algo así como una presentación en sociedad del nuevo establishment del arte. Los retratos de los JBK (Jóvenes Beca Kuitca) podrían verse como la culminación de todo lo que instauraron los años 90...”. “Para Schoijett, que es de su época aunque no se lo proponga, eso significa que ya no hay dioses, ni ídolos, ni héroes: los JBK son fans de ellos mismos.”<sup>2</sup>*

*“Los sucesos del 19 y 20 de diciembre del 2001 pusieron un límite a determinadas pautas políticas, también a determinadas pautas culturales. La crisis de la representación que continuamos transitando —el actual gobierno es su más fidedigno exponente en tanto es consciente de que el contrato social que lo apuntala se derrumbará en segundos si no hay verdaderos actos de justicia social y de control de los hechos de impunidad política y económica— es una oportunidad única para los jóvenes/alternativos/emergentes.”<sup>3</sup>*

El siguiente es un texto conformado por fragmentos de escritos anteriores y reflexiones actuales. El hilo conductor que intenta hoy unir todos estos pensamientos pone en relación interrogaciones formuladas en distintos momentos acerca de los procesos estéticos y políticos que ocurren al interior de lo que se da en llamar el “sistema de arte contemporáneo” argentino durante la década del '90 y con posterioridad a la crisis del 2001, con específicas interpelaciones a la construcción de la categoría de artistas “jóvenes/alternativos/emergentes” y

<sup>1</sup> Eduardo Molinari vive y trabaja en Buenos Aires. Contactos: [archivocaminante@yahoo.com.ar](mailto:archivocaminante@yahoo.com.ar); [www.archivocaminante.blogspot.com](http://www.archivocaminante.blogspot.com).

<sup>2</sup> María Gainza, “Retrato del artista”, en *Radar*, en *Página/12*, 27 de noviembre de 2005.

<sup>3</sup> Archivo Caminante, Agrupación Don-Don, Bloque de Empleados Estatales Anarquistas (BloqueEEA), Federación Trabajo de Artista, “Jóvenes”. Bando que fue pegado en las paredes de distintas instituciones del campo del arte: MNBA, FNA, TGSM, Centro Cultural Recoleta, Centro Cultural Rojas, Ruth Benzacar, CECEBA, Academia Nacional de Bellas Artes, IUNA, etc.). Buenos Aires, 28 de abril de 2004.

la persistencia y hegemonía de determinados modos jerárquicos y elitistas en detrimento de otro tipo de prácticas y pensamientos artísticos.

Hoy, en las proximidades de la recordación del Bicentenario de la Revolución de Mayo de 1810, me parece valioso repensar el lugar que las artes visuales (las imágenes artísticas) ocupan en las sociedades ex-coloniales. ¿Cuál sería hoy el sentido de crear imágenes artísticas? ¿Hay suficientes imágenes de arte?

Contrariamente al tipo de articulaciones entre arte, historia y política, entre texto y contexto, que promovieron las dinámicas legitimantes que llevaron a determinadas prácticas e imágenes a ser hegemónicas durante la década del '90 (y a su actual intento de reposición luego de la breve interrupción de ese discurso que creo ocurrió entre 2001 y 2004), me interesó y me sigue interesando repensar dichas relaciones a partir de cuestionar por un lado el tipo de subjetividades que les dan fundamento, y por otro la noción misma de "campo artístico", al menos tal como lo propone el neoliberalismo cultural.

He organizado mi texto en tres capítulos a partir de una periodización construida en referencia a debates e intercambios que ocurrieran en cada período. Esto creo que nos permitirá compartir los pensamientos sin perder de vista su contexto histórico y cultural. Allá vamos.

## 1. El artista sin contexto (1989-2001)

*“¿Por qué esta insistencia en reducir lo artístico a una actividad sensata, inteligente y alerta? No lo estaremos confundiendo todo con una agencia de estudio y la comprensión del mundo contemporáneo?”<sup>4</sup>*

Existe en la historiografía del arte una tendencia (cuestionable por cierto) a la construcción de una periodización por décadas, la que en apariencia permite a los analistas, curadores, galeristas, coleccionistas, y aún a los mismos artistas que dan crédito a este formato, hablar de “la generación de los años...”. Esta concepción fue la que permitió de modo muy prematuro hablar de “los artistas de los '90”. La construcción de una subjetividad artística y política (cultural) estaba en juego y prontamente un artista pertenecía a ese grupo o estaba excluido del mismo. Esta operación cultural no pudo repetirse en la década siguiente (la que está por culminar). Los sucesos políticos, económicos y sociales que signaron el inicio de los '90 y su final son determinantes para que esto ocurra.

<sup>4</sup> Jorge Gumier Maier, “El Tao del Arte”, Buenos Aires, Centro Cultural Recoleta, 1997.

Uno de los ordenadores que permitió la existencia de esta subjetividad (un modo de hacer y un modo de pensar, también podría decir un tipo especial de encarnadura, de relación entre ideas y cuerpos) fue la relación con el contexto y con la historia.

*“A la institucionalización del arte de principios del siglo XX (afianzamiento del Museo, la Academia y sistemas de becas al exterior) también la ha caracterizado aquella mirada caprichosa, que admite nuestra condición periférica y la necesidad de legitimación de nuestras producciones en relación a cánones provenientes de otros contextos.*

*Paradójicamente, es desde instituciones oficiales, desde espacios estatales, desde donde se realiza la maniobra discursiva más fuerte de los 90. Dependiente de la Secretaría de Extensión Universitaria de la Universidad de Buenos Aires, el Centro Cultural Rojas (fundado en 1985) protagoniza desde 1989 y hasta el cierre de un ciclo en el 2001 un rol central en la difusión, legitimación y posterior acceso a instancias de comercialización de un cuerpo de producciones artísticas, en el campo de las artes visuales, articuladas por un ‘grado cero de la curación’.*

*No deja de ser interesante preguntarse por qué desde un lugar oficial se genera una estética, en un contexto de constante deterioro de la cultura del trabajo, cuyos fundamentos son -entre otros- ‘lo relativo es absoluto’, el modelo doméstico, el placer privado, los momentos perfumados, el capricho como motor, la ‘suspensión del tiempo’ (instancia de aparición de la “belleza”), el despojamiento (no referencias acerca del entorno)”.*<sup>5</sup>

El artista y curador del Rojas entre 1989 y el 2000, Jorge Gumier Maier con el aporte conceptual inicial de los artistas Pablo Suárez, Roberto Jacoby y Magdalena Jitrik, son protagonistas de esta construcción. También lo era Guillermo Kuitca, encarnando el “paradigma del artista errante”.

Creo que el arte es un lenguaje y como tal, construye un texto. Pueden existir infinitas retóricas y relaciones entre forma y contenido, el arte es un espacio centralmente de libertad. Sin embargo, no hay texto sin contexto y tampoco hay texto sin una subjetividad que lo proponga. Dicho de otro modo, toda práctica artística se desarrolla al calor de un mundo de ideas, y esas ideas tienen autores, nombres y apellidos.

La negación de la historia, la negación de la importancia del contexto, la reactualización de ideas que ya habían sido dejadas de lado como la autonomía del arte y el concepto de “lo nuevo” como algo valioso, fueron ideas centrales de

<sup>5</sup> Eduardo Molinari / Archivo Caminante, “Ladrillo x ladrillo”, en *El surmenaje de la muerta*, n° 6. Buenos Aires, 2002.

los artistas e intelectuales que en los '90 dieron forma a estas prácticas y pugnan por lograr su hegemonía en el arte contemporáneo.

*“El ideario de la civilización (el progreso, el libre comercio, los beneficios tecnológicos) posee antecedentes en nuestra historia: el debate se ha dado en términos intelectuales pero altamente impregnado de sinrazón.*

*Desde el encuadre antipódico ‘civilización o barbarie’ se hace de la eliminación del adversario una constante argentina. No sólo físicamente, es fundamental erradicarlo o erradicar su dignidad del relato, de su presencia en la historia de la comunidad, o su huella debe ser “monstruosa”. Para lograr su invisibilidad, surgen los mecanismos de des-representación.*

*Estos mecanismos legitiman que instituciones y poder, supuestamente democráticos, permanezcan en manos de una minoría oligárquica durante todo el proceso de llegada y afincamiento de enormes masas inmigrantes, al tiempo que se produce la conquista de un ‘horizonte’ molesto, indomable: se exterminan las comunidades indígenas existentes, se produce la apropiación y reparto de sus tierras. Luego se recurrirá al fraude electoral, los golpes militares y la proscripción para sostener dicho modelo. En esta línea se inscribe la última y más traumática experiencia autoritaria: la dictadura que gobierna entre 1976 y 1983. Es bajo ese régimen de extrema violencia y degradación que se cimentan las bases del actual diseño económico y social. Sólo de esa manera, a través de la represión y el terrorismo de estado fue posible orientar al país hacia el actual destino.*

*La cultura se ha desarrollado en estos contextos. En el campo de las artes visuales, también están presentes los mecanismos de des-representación.*

*Más que resistir se trata de hacerse visibles, de ocupar los espacios públicos no para vaciarlos, sino para cargarlos de contenido. La fundamental responsabilidad del artista se asienta en su capacidad de ser constructor de sentido, valiéndose para ello de una herramienta envidiable, la imaginación. A través de esa capacidad se dirige a su principal interlocutor, la comunidad. De este diálogo surgen nuevas construcciones, de esa unidad de acción transformaciones mayores.*

*La búsqueda de nuevos espacios de circulación de las producciones incluye todos los lugares donde el pueblo intente hacerse oír: asociaciones intermedias, espacios autogestionados, bibliotecas, clubes barriales, paseos públicos, fábricas, correo postal, internet. Impedir la monopolización del discurso, de la mirada y del mismo espacio, como sucedió en la década pasada. Reformular el discurso revolucionario. A partir de la comunicación y no la violencia del silencio o la indiferencia frente al otro, apostar a la organización. Ladrillo por ladrillo”.<sup>6</sup>*

<sup>6</sup> Ídem, pp. 1-2.

## 2. Arte “y” política (2002-2006)

*“Fue para mí inevitable la sensación de estar siendo parte del mobiliario exótico del lujoso museo, sin por ello poner en duda las mejores intenciones de los organizadores de la exposición”.<sup>7</sup>*

*“Ex Argentina fue el escenario en el que confluyeron distintas prácticas de arte y política argentinas y europeas. Entre la treintena de nombres que formaron parte de la muestra, la selección argentina incluyó a colectivos de arte -como el Grupo de Arte Callejero y Etcétera-, al colectivo Situaciones (sociólogos), al Museo del Puerto de Ingeniero White (una institución pública impulsada por una gestión alternativa), a artistas individuales de larga trayectoria (como León Ferrari) o más jóvenes. Los curadores no sólo seleccionaron entre lo que detectaron que efectivamente se estaba produciendo en el arte local, sino que además encomendaron obras e investigaciones y conformaron equipos ad hoc, como el que integré yo misma junto a Graciela Carnevale, Matthijs de Bruijne y Ana Claudia García para trabajar sobre el archivo de Tucumán Arde (uno de los ejes históricos sobre los que se asienta el proyecto) y de la vanguardia rosarina de los ‘60 que conservó Graciela a lo largo de estos años. De modo que terminé siendo parte del contingente de argentinos que viajamos para colaborar con el montaje de la muestra en Colonia. Allí pudimos sentir en carne propia las distancias insalvables entre las prácticas de intervención callejeras y su ingreso a la institución artística, mucho más tratándose de semejante museo en un entorno que nos dejaba ‘fuera de contexto’. No se trata, por cierto, de responsabilizar a nadie, sino de pensar -como me señaló Marcelo Expósito luego de leer una primera versión de este balance- en la ‘cuestión de nuestra incapacidad a veces para producir formatos eficaces de intervención política en el seno de la institución, o para ‘presentar’ procesos políticos ‘externos’ a la institución, en un formato exposición’. Jorge Ribalta fue más enfático: ‘no hay un afuera de la institucionalización. La cuestión es como nos instalamos dentro de ella. (...) Las instituciones no están al margen de las luchas políticas, son igualmente, un terreno de conflicto y no simplemente un terreno de neutralización del conflicto’. Yo creo que sí hay un afuera -y en el contexto argentino eso aparece como algo evidente- pero que ello no implica transpolar el afuera del adentro, ni abandonar necesariamente uno de los dos espacios, con sus reglas específicas, sus distintos públicos, sus potencialidades”.<sup>8</sup>*

<sup>7</sup> Ana Longoni, “Fuera de contexto”, en *ramona*, n° 55, 7 de abril de 2006.

<sup>8</sup> Ídem, pp. 72-73.

Luego de la crisis del 2001, varios e intensos acontecimientos al interior del campo cultural argentino sacudieron la burbuja que protegía a los artistas de los embates del “mundo contemporáneo”, para definir el contexto en palabras de Gumier Maier.

La movilización piquetera, de trabajadores desocupados y ocupados precariamente, el movimiento de las fábricas recuperadas por sus trabajadores, los golpes de martillos sobre los bancos de los ahorristas estafados, el reclamo perseverante de memoria y justicia de los organismos de derechos humanos, los escraches, las asambleas barriales, el trueque, los colectivos culturales y sociales, todos y cada uno de ellos interpelaron a la sociedad entera y también a los artistas e intelectuales del mundo de las artes visuales, a los que les costó mucho mirar hacia otro lado.

Uno de las experiencias de ese período fue el proyecto “ExArgentina”, del que formé parte, como dice Longoni, como uno de los “artistas individuales más jóvenes” (entre otros más jóvenes que León Ferrari, como Sonia Abian o Azul Blaseotto). En palabras de Longoni en su nota para la revista *ramona* (publicación que articula la continuidad del proyecto del Rojas-Jacoby-Fundación Start desde el punto de vista estético y de pensamiento) este proyecto fue “el escenario” en el que confluyeron distintas prácticas de “arte y política” argentinas y europeas.

El proyecto (ver [www.exargentina.org](http://www.exargentina.org)), es cierto, puso en contacto un conjunto de prácticas que hasta ese momento no tenían visibilidad en el medio local, que eran sistemáticamente negadas, inclusive en su condición de ser prácticas artísticas. ExArgentina sirvió para reflexionar acerca de las relaciones de los artistas y los colectivos de artistas con las instituciones. Lo simpático de la situación es que el proyecto fue atacado por aquéllos que hasta ahora negaban la importancia del contexto en el hacer artístico. De pronto, parecía central la negación a “ingresar” al espacio institucional. Los mismos que fortalecieron, legitimaron y volvieron hegemónicas las prácticas que en simultáneo negaban el contexto político, social y económico (en el sentido de fundamentar su estética en esa no importancia) e ingresaban a todas las instituciones habidas y por haber en los '90, privadas, extranjeras o ruinas de lo público, ahora promueven la idea de que las prácticas de “arte y política” (nombre que luego se convertirá en “artivismo”) no deben ingresar a los espacios institucionales del arte contemporáneo local ni internacional, a riesgo de perder sus dientes o convertirse en jarrones exóticos. De la negación del contexto al “fuera de contexto”.

La clave de esta operación estuvo en la letra “y” pues esa letra divide ambos haceres. En verdad, para los que veníamos trabajando de otro modo, no existe esa división.

“Arte y política” primero, “Artivismo” después, fueron las categorías con las que se analiza a muchas de las producciones que ya existían a mediados de los '90 y fueron centrales actores durante y luego de la crisis del 2001. Si algo podría señalar de rasgo en común sería la noción de ser artistas militantes, de ser actores de los sucesos, de tener la convicción de que nuestro hacer (visual pero no solamente) no representa a otros colectivos sociales, sino que se presenta junto a ellos cuando las circunstancias lo requieren. Los mecanismos de des-representación se quiebran cuando no se habla de representación sino de presencias.

Sin embargo, la maniobra discursiva más fuerte esta vez es justamente la inclusión de la letra “y”, que habilitaría la museificación.

La posición de la existencia de un “afuera” también fue un caballito de batalla, pretendiendo banalizar a toda aquella práctica que pretendiera ocupar un lugar en el “adentro”. Claro... sin que se trate de “responsabilizar a nadie” por ello. Desde el punto de vista meramente político, no creo que sea posible hablar de la ausencia de responsabilidades cuando se realizan proyectos de esta envergadura, aunque tampoco en los de una escala casera.

La responsabilidad es uno de los rasgos del compromiso político, ¿o no lo es? El infantilismo es su contracara. Los teóricos post-2001 intentan analizar las prácticas artísticas militantes como si ellos estuvieran por fuera de las mismas condiciones o exigencias. Y paradójicamente, lo que han logrado es la momificación de las prácticas que dicen defender. ¿Desde qué lugar social y/o político se puede juzgar la coherencia o deslealtad de los artistas a sus principios, o aún su falta de “eficiencia”? ¿De qué vive un curador o un teórico?

Uno de los esplendores del 2001 fue la interrupción de estas jerarquías, y desde entonces creo que la figura del curador, y también la del teórico, se han visto resquebrajadas. Esas fisuras ya no se cubren con nada. La lengua del 2001 habló.

El “sistema de arte contemporáneo” argentino parece haberse enviado con el silencio de los corderos de los '90 y con las mediaciones de las jerarquías a la hora de dar forma a su propia estructura.

El año 2004 marca un nuevo punto de inflexión en las prácticas artísticas. La ocupación del ex centro clandestino de detención ESMA abre fuertes interrogantes entre los actores de las luchas sociales y culturales. A partir de ese momento, muchos se vuelcan a la participación y construcción “oficial” mientras que otros la critican fuertemente, incluyendo en esa crítica a los que serían “cooptados” por la misma.

La última etapa del proyecto ExArgentina se llamó “Lanormalidad”. Realizada en el verano de 2006 en el Palais de Glace, muestra y etapa de la que fui coordinador junto a Federico Zukerfeld, Loreto Garín Guzmán, Alice Creischer y

Andreas Siekmann, la idea central del trabajo colectivo no era la crisis del 2001 y sus consecuencias sino el inicio del discurso de que esa crisis quedó atrás y de que estábamos entrando en una etapa de “normalización”. Como en la etapa anterior, el proyecto fue resistido por la “institucionalización” que implicaba. Desde mi perspectiva, la experiencia abrió para siempre una fisura en el hermetismo paranoide del circuito local.

Cito aquí palabras que escribí para la publicación “El tfo”, parte de la instalación “El Parque Problema”, mi aporte a la muestra:

*“La normalidad aparece en el discurso actual de los partidos como una meta o como un estado al que hay que “retornar”. Aceptar sin más el saqueo del Estado y de los recursos, tolerar la explotación de aquéllos que poseen la aparente privilegiada condición de ser trabajadores y convivir con la exclusión de un enorme porcentaje de la sociedad. En ese sentido anida en ella un anhelo mágico: hacer invisible la anormalidad que implica vivir en la precariedad.*

*Una construcción colectiva pone de manifiesto un gesto. En este sentido, lo que fabrica es espacio. Si la gestualidad es expresión de un deseo de alcanzar algo que aún no existe, la construcción colectiva fabrica un espacio de acción, un compromiso común. En este espacio hay una permanente interrogación acerca del hacer individual y grupal.*

*Estar allí implica ser parte de los acontecimientos, no un espectador de los mismos. Sí, en cambio, no hay gestualidad o la gestualidad da cuenta del miedo, la construcción colectiva se desarma. El silencio y el miedo empuñan el espacio, hasta disolverlo. Una construcción colectiva pone en acción una fábrica, una fábrica de tiempo. Las detenciones son igualmente determinantes que los movimientos. Como al atravesar un umbral, el tiempo fabricado tiene otra calidad. No es un tiempo que nos conduce al futuro, sino hacia la transformación. La fábrica de tiempo como posibilidad de que el mundo que todavía no existe, el deseado, exista ya”.*<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Eduardo Molinari / Archivo Caminante, “El tfo”, Edición Instituto Goethe, Buenos Aires, 2006.

### 3. “Justo llegaba...” (2007-2009)

*“Un amigo me prestó plata y especulé en la Bolsa. Justo llegaba Martínez de Hoz, cambiaron las expectativas y subieron todos los activos, bonos, acciones e inmuebles, junto con la caída del dólar”.*<sup>10</sup>

*“Hasta la Victoria Ocampo.”*<sup>11</sup>

Luego de la crisis y en un presente que hace evidente que no ha ocurrido ninguna “normalización”, en un contexto de conflicto social en aumento desde 2008, tanto por causas vinculadas a la redistribución de la riqueza como por un aumento del desempleo y la pobreza, pensar el arte contemporáneo, incluyendo aquí no sólo las prácticas artísticas y teóricas, sino también las estructuras institucionales, incluyendo la educación artística, implica para mí una nueva reflexión acerca de la relación entre un hacer, el pensar sobre ese hacer, y las condiciones en las que se despliega ese hacer. Al interior de la crisis del capitalismo financiero, las redefiniciones de lo privado y lo público en el neoliberalismo cultural, son un punto central en mi reflexión, como artista y como docente. Mejor dicho, cómo fugar de ellas hacia otros modos sociales, políticos, económicos y culturales.

Si la legitimación de las prácticas artísticas y la formación de los artistas están en el centro de esta redefinición en disputa –y sin dudas que lo está– me pregunto qué sucederá con las artes visuales si los responsables de ambas operaciones son los que son hoy. La lengua del 2001 ha hablado, pero... ¿continúa hablando hoy?

Las citas con las que inicio este capítulo dan cuenta del tipo de subjetividades que hoy continúan organizando las prácticas artísticas del arte contemporáneo argentino y latinoamericano. El Malba forma parte de un conjunto de emprendimientos, junto a Consultatio y Nordelta, entre otros que darían cuenta de un modo museográfico, económico y urbanista. Sin embargo no se escuchan demasiadas resistencias a la hora de ingresar a ese tipo de instituciones por parte de los artistas. Tampoco se escuchan demasiadas críticas desde el mundo teórico.

Los mismos que dieron sustento teórico desde la Fundación Start ([www.fundacionstart.org.ar](http://www.fundacionstart.org.ar)) a los proyectos –continuidades de la estética del Rojas

<sup>10</sup> Eduardo Costantini, Reportaje en Revista *Bank*, n° 10, pp .28-29, julio-agosto de 2008.

<sup>11</sup> Consigna impresa en las remeras producidas por Roberto Jacoby y el Grupo de Arte Suspendido, vendidas durante el conflicto por la resolución 125, el 15 de julio de 2008, “a 20 pesitos”.

vendían durante el conflicto del campo (en las dos manifestaciones simultáneamente) remeras con la consigna citada aquí arriba. El humor, la provocación y el arte siempre se unieron en la práctica de Roberto Jacoby, responsable del concepto de múltiples emprendimientos de la fundación. “1968, el culo te abrocho” es otro de sus slogan/obra.

Recientemente, esta fundación ha inaugurado un nuevo espacio: el/la CIA (!?):

*“El CENTRO de Investigaciones Artísticas es una organización sin fines de lucro fundada por Graciela Hasper, Roberto Jacoby y Judi Werthein con asiento legal en la Fundación Start (Sociedad Tecnología Arte). A comienzos del año 2006, durante la Residencia Internacional Artistas en Argentina (RIAA), los tres artistas discutieron exhaustivamente el problema de la formación artística. Desde ese momento investigaron una serie de modelos educativos y posibles ámbitos de formación”.*<sup>12</sup>

Luego de la negación del contexto, luego del “fuera de contexto”, llegó el momento de “la formación”: ¡Hasta la Victoria Ocampo!

*“El campo (del arte) se ha pretendido como un territorio que potencialmente posee la capacidad de reflejarnos, de devolvernos alguna imagen propia.*

*A pesar de no adherir a esta única potencialidad de la práctica artística (el arte como herramienta de cambio es más acorde a mi punto de vista) me interesa hacerla parte de esta reflexión.*

*El campo del arte funcionando literalmente como “el campo”: patrones de estancia propietarios de enormes superficies de poder legitimador de imágenes, inversores extranjeros proveyendo tecnologías necesarias para las nuevas condiciones de producción, estableciendo las condiciones de distribución de recursos materiales para los artistas, selección de la materia prima más acorde a la transformación necesaria (artistas sin voz, teóricos rufianizados, clonaciones).”*<sup>13</sup>

*“Aunque en mi caso es casi imposible pensar estos conceptos (prácticas artísticas contemporáneas y universidad) por separado, ya que soy artista y docente universitario, me parece interesante introducir mis reflexiones a partir de dos preguntas, que de algún modo desatan esta relación, sólo para pensarla mejor:*

*¿Es posible hablar de “industrias culturales” en un país sin industria nacional? ¿Es posible pensar un modelo cultural e industrial / económico que no reproduzca las injusticias sociales y la destrucción de la naturaleza?*

<sup>12</sup> [http://www.ciacentro.org/quienes\\_somos](http://www.ciacentro.org/quienes_somos) (consultado por última vez el 19 de agosto de 2009).

<sup>13</sup> Eduardo Molinari / Archivo Caminante, “El campo del arte, o el arte y el campo”, difundido por internet, 28/3/ 2008.

*Ustedes podrán decir: ¿qué tiene que ver esto con el mundo del arte y con la Universidad?*

*El arte, las prácticas artísticas contemporáneas, pueden y deben ser analizadas por un lado desde la especificidad de su hacer, preguntas acerca del lenguaje visual, preguntas estéticas y por qué no filosóficas. Pero por otro, es insoslayable preguntarnos acerca de las condiciones en las que estas prácticas se producen. Condiciones materiales e 'inmateriales'.*

*Creo en la multiplicidad de estéticas. El arte es, ante todo, un espacio de libertad.*

*¿Qué quiero decir en mi obra? Una pregunta incómoda, pero ineludible para todo artista, pero también para todo estudiante de arte. Sea cual fuere el modo de responder a este interrogante, un rasgo propio de nuestro tiempo se nos hace presente: ¿con qué tipo de mecanismos de producción, circulación, legitimación, comercialización, museificación deben 'dialogar' estos textos visuales? Y también, ¿con qué sistema educativo y de formación?*

*Las prácticas artísticas contemporáneas —insisto— manejan múltiples lenguajes, pero... hay dos operaciones lingüísticas que el capitalismo cultural global ha sumado al proceso vital de las obras de arte: la traducción y la edición. Si bien podríamos pensar que algo de esto siempre ha existido en la historia cultural, las condiciones actuales del sistema de arte (la legitimación a través de bienales internacionales pero también las residencias de artistas y las nuevas tecnologías que permiten la circulación global y ultraveloz de las imágenes) han intensificado su protagonismo. ¿Quién es socialmente responsable de estas operaciones?*

*Una característica central del concepto de 'industrias culturales' es la mediación que protagonizan distintos actores de este circuito: curadores, teóricos, intelectuales, gestores, galeristas pero también diseñadores gráficos, marketineros, publicistas y consultores económicos. Todos conforman el circuito en el que determinadas obras son 'legitimadas', lo que equivale también a decir casi siempre que son soportadas económicamente. ¿Adónde se sitúa el rol de una Universidad de Arte en esta situación?*

*La defensa de la educación artística pública y gratuita está en el centro de mi labor cotidiana, como artista y como docente.*

*Dejar librada a su suerte a la educación artística implica un acto destructivo muy grande, cuyas consecuencias no tardan en hacerse notar en la vida cotidiana de la comunidad, que no encontrará a su alrededor ni signos ni símbolos a través de los cuales pensarse y proyectarse hacia el futuro.*

*Precarizar / privatizar la enseñanza artística produce consumidores-espectadores-intérpretes de arte, pero no produce actores, creadores.*

*No se trata de arte 'y' política. Todo arte es político.*

*Aquel espíritu instituyente, creativo, de acción y compromiso renovado, nos mostró su lengua parlante en el 2001. Si lo deseamos, podemos escucharla hoy.”<sup>14</sup>*

#### 4. “Escuelismo” o los niños de la soja (rumbo al 2010)

*“Un imaginario vinculado al repertorio escolar, una tendencia a la manualidad; un armar perfecto, ajustado y pulcro; el gusto por pegar, recortar, plegar, hacer collages; una obsesión por la repetición y el uso de iconografías relacionadas con lo infantil, los juegos para chicos, los libros de cuentos, los manuales de lecturas escolares, los mapas, las figuritas; un misterio poético, cierta ternura y belleza, una tensión entre el individualismo y el apiñarse, estar solo y en muchedumbre, todos modos característicos de la escuela.”<sup>15</sup>*

A poco de recordar los 200 años de la Revolución de Mayo, creo que se vuelve muy necesario prestar atención a los discursos que actualmente circulan y que proponen diferentes ejercicios de memoria en torno a este evento, sin duda un punto de inflexión en cuanto a los modos organizativos políticos, económicos y culturales de nuestra comunidad.

Las distintas instituciones (de gobierno, académicas, culturales) comienzan poco a poco a desplegar diferentes retóricas y claves interpretativas de los sucesos revolucionarios de 1810 y del derrotero que allí se inicia.

¿Fue este movimiento una auténtica revolución? ¿Qué subjetividades fueron protagonistas del mismo? ¿Cuáles fueron excluidas? ¿Qué rasgos del pasado colonial persistieron en la organización política y social posterior a 1810? ¿Qué formas culturales nuevas surgen al calor de esos acontecimientos? ¿Existiría un hilo rojo entre ese momento histórico y los sucesos del 2001? ¿Tiene sentido hoy hablar de independencia?

El Bicentenario, desde el punto de vista de la creación de imágenes artísticas, nos pone frente a un enorme desafío: ¿vamos a repetir de modo obsesivo, como niños, las imágenes que machacaron “escolarmente” nuestra sensibilidad? ¿Podremos encontrar nuevas imágenes, las que no pretendan ilustrar o representar los sucesos, sino las que sean parte de la creación de nuevos sucesos emancipadores?

<sup>14</sup> Eduardo Molinari / Archivo Caminante, ponencia en la charla “Prácticas artísticas contemporáneas y Universidad”, en Expotrastienda, junto a Julio Flores y Héctor Marteau, Buenos Aires, septiembre de 2008.

<sup>15</sup> Comunicado de prensa, Malba-Fundación Costantini, 18 de junio de 2009. Texto sin firma curatorial de la muestra “Escuelismo. Arte argentino de los 90”, realizada entre el 19 de junio y el 3 de agosto de 2009.

La cita con la que inicio esta reflexión pertenece al curador anónimo de la muestra “Escuelismo”, que pudo verse hasta hace poco en las salas del Malba. Me parece un signo poderoso del presente cultural la falta de firma del texto. La generación de teóricos e historiadores que cumple con determinadas tareas curatoriales parece no necesitar hacerse visible, parece no necesitar dejar su huella en la construcción de pensamiento que producen. Tal sería el caso de Marcelo Pacheco, curador del Malba que piensa, tal vez escribe lo que piensa, pero no firma lo que piensa y escribe.

*“Malba – Fundación Costantini presenta una nueva exposición con obras pertenecientes al patrimonio del museo, junto a algunos préstamos, que muestra la influencia del modelo formativo de la escuela primaria argentina en el arte contemporáneo local. El texto “Escuelismo (Modelos semióticos escolares en la pintura argentina)” del investigador Ricardo Martín-Crosa –publicado en 1978 en la galería Artemúltiple– fue la hipótesis de trabajo para el armado del guión curatorial.”<sup>16</sup>*

Luego de la experiencia del 2001, los intelectuales, teóricos e historiadores del arte, los curadores, los directores de museos, los coleccionistas, los artistas repensaron sus prácticas (no todos, claro) ante la avasalladora fuerza de la presencia de organizaciones sociales y culturales que no respondían a la lógica imperante en los años 90. Un golpe de aire fresco parecía anunciar cambios mayores.

Hoy, en 2009, luego de la “primavera K” y en medio de una creciente tensión producto de la falta de justicia social y de un horizonte de auténtico cambio de rumbo respecto al modelo neoliberal ya ensayado, ¿cómo pensar la necesidad de citar modelos de análisis de 1978? ¿Se puede pensar hoy en “la influencia del modelo formativo de la escuela primaria argentina en el arte contemporáneo local”? ¿De qué escuela primaria argentina hablamos, de la de la dictadura o de la actual, completamente en ruinas?

El infantilismo, la infantilización cultural que esta idea del “escuelismo” encierra desde mi punto de vista, no es nuevo. Ya existía en proyectos anteriores, en los cuales los artistas jóvenes encarnan una subjetividad “tierna y bella”. Podemos rastrear esta línea de pensamiento en los textos de Belleza y Felicidad o en el blog de Leopoldo Estol, dos referentes generacionales, presentes en la muestra en cuestión. Pero también en Guillermo Kuitca, un “formador” de artistas como pudimos verificar antes.

Pareciera que rumbo al Bicentenario y para consolidar el modelo social y cultural que les permite continuar con sus negocios, algunos precisan de una

<sup>16</sup> *Ibidem.*

sociedad infantilizada, a la que se le pueda enseñar una (y sólo una) “idea del mundo”,<sup>17</sup> como se dice en “Escuelismo”.

Últimamente, una imagen ronda en mi mente, y ha comenzado a tomar forma en el papel, en mi obra visual. Al calor de una realidad casi de “experimento masivo” (utilizando la expresión de Andrés Carrasco, profesor de embriología e investigador del Conicet para referirse a la sojización de la Argentina, emblema del modelo económico rumbo al bicentenario para algunos) toda la sociedad –y no únicamente los infantes fumigados que agitan sus banderas para demarcar el accionar de los aviones que arrojan glifosato sobre la tierra– seremos “los niños de la soja”. Este es el nombre del próximo trabajo del Archivo Caminante.

---

### Resumen

Un puñado de reflexiones e interrogaciones al interior de lo que se da en llamar el “campo del arte contemporáneo” en Argentina, repensando sus relaciones jerárquicas y sus modelos generacionales de pensamiento luego de la experiencia social y cultural de 2001.

**Palabras clave:** arte; experiencia social y cultural; Argentina; 2001.

### Abstract

Some reflections and interrogations within the so called “field of contemporary art” in Argentina, rethinking its hierarchical relations and its generational models of thought in the afterwards of the social and cultural experience of 2001.

**Keywords:** Art; Social and Cultural Experience; Argentina; 2001.

---

<sup>17</sup> “Lo cierto es que su idea del mundo se halla modelada y condicionada por esquemas ordenadores asimilados en el aula”, escribía Martín-Crosa en 1978, en torno a la obra de un conjunto de artistas como Jorge de la Vega, Antonio Seguí y Liliana Porter, modelos ejemplares del “escuelismo” en los años 60”. *Ibidem*.

## Entrevista a Elías Palti

Bruno Fornillo<sup>1</sup>

Elías Palti presenta aquí su reflexión sobre ciertos interrogantes propios de una época que, nos dice, podría denominarse post-trágica: todo sentido se ha vuelto precario, y aun así persiste la exigencia de buscar un significado que articule la vida en común. Las formulaciones de la filosofía post-estructuralista, las derivas del marxismo y su "crisis", la pregunta por los modos actuales de abordar la política y la práctica intelectual se visitan en este diálogo.

**Bruno Fornillo (BF): - ¿Cuál sería la particularidad de la crisis del marxismo como problema intelectual?**

Elías Palti (EP): - En el libro *Verdades y saberes del marxismo* toda la introducción la dedico, justamente, a analizar el término "crisis", el cual no sería, en realidad, del todo adecuado para describir la situación actual del marxismo, pero aun así es el único disponible. El mismo tiene una determinada raíz conceptual, que es la que traza esa introducción. Y tiene también una larga tradición dentro del propio marxismo. El tópico de "la crisis del marxismo" es antiguo, aparece ya en el siglo XIX. Incluso hay quienes afirman que toda la historia del marxismo no ha sido más que la de sus sucesivas crisis. Pero la idea de crisis tiene también siempre implícita la de su resolución. Toda "crisis" se define por ser un momento de recomposición; es decir, de descomposición de algo y de surgimiento de otra cosa. En este sentido, obedece a un determinado patrón, de disolución y recomposición. El problema es que lo que hoy habría entrado en crisis es ese mismo patrón. La crisis actual del marxismo habría que pensarla, más bien, como la puesta en crisis del propio concepto de crisis.

En principio, sería posible distinguir dos tipos de crisis: las que son funcionales a un determinado horizonte conceptual, a un ordenamiento social, que sirven para producir ajustes dentro de su propio sistema y fortalecerlo; y existen las crisis sistémicas, que obligan a la destrucción de ese orden y al surgimiento de un orden nuevo. Pero siempre el esquema, el patrón de disolución

---

<sup>1</sup> UBA/CONICET, e-mail: bmfornillo@gmail.com.

y recomposición, se mantiene. La idea es situarnos en un horizonte donde justamente lo que se está poniendo en cuestión es este mismo esquema. Ahora estaríamos asistiendo ya no a un fenómeno de disolución y surgimiento de otra forma nueva de pensar la *política* (en el sentido “fuerte” del término), sino que la crisis actual referiría más bien al hecho de estar confrontándonos con una situación completamente inédita en que se produce la disolución de todo horizonte de sentido, donde lo que ha entrado fundamentalmente en crisis es esta idea de que haya un horizonte para la historia, para la política. Un dilema aún mucho más drástico y radical, ¿no?

En este punto, cabría distinguir dos etapas. En realidad, la idea de que la historia marcha por sí misma hacia la realización de su propio fin, a un destino que se encuentra adherido a su propio concepto (que era el marco en que había cobrado forma el pensamiento marxista original), ya había entrado en crisis a comienzos del siglo XX. Las primeras menciones a una “crisis del marxismo” tienen que ver con una recomposición que entonces se produjo, que se puede sintetizar como el paso del marxismo al leninismo. Cuando se quiebran las visiones evolucionistas propias del siglo XIX, lo que surge es una nueva perspectiva de la historia en la que lo que se coloca ahora en el centro es la acción subjetiva. Ya no se puede confiar en la propia marcha espontánea de la historia, sino que es al sujeto político al que le toca orientar su desenvolvimiento. Éste se ve obligado ahora a dar pruebas de la realidad de sus proyecciones de sentido. La militancia viene así a ocupar el lugar de la filosofía de la historia. El marxismo cobra de este modo un sentido trágico, algo que captó muy bien Lucien Goldmann y asoció a la idea pascaliana de apuesta. Ésta se convierte en, fundamentalmente, un acto de autoafirmación subjetiva, a la premisa de que es el hombre el que construye la historia, proyectándole mediante su propio accionar un sentido y una dirección a un mundo que, por sí mismo, no tiene ya ninguno.

Lo que ha entrado hoy en crisis, en cambio, no es sólo la idea de que la historia marcha por sí misma hacia la realización de un fin (algo que ya había ocurrido, en realidad, hace más de un siglo atrás: los que cuestionarían el teleologismo del marxismo, en verdad, erran ya su blanco), sino esta otra premisa (que sus críticos también comparten, porque forma parte de un concepto histórico que atraviesa todo el pensamiento del siglo XX) de que sean los sujetos los que construyen la historia (que éstos sean, de algún modo, sus demiurgos), una idea que se ha revelado tan mítica como la visión evolucionista-teleológica de la Historia. En definitiva, es la propia categoría de Sujeto (con mayúsculas) la que ha entrado ahora en crisis. ¿Qué es lo que nos queda entonces? Una situación en la que ya no sólo no hay ningún soporte objetivo, ninguna garantía objetiva al accionar subjetivo (que la marcha espontánea de la historia empuje hacia la realización

de nuestro proyecto político, que es lo que abre el campo a lo que Rinesi señala como el horizonte trágico de la política), sino tampoco ningún soporte subjetivo que pueda sostenerlo, ningún Sujeto capaz de construir la Historia (lo que nos sitúa ya más allá de ese horizonte trágico).

La pregunta que entonces surge es, ¿cómo se puede pensar la política, la historia, cuando se ha quebrado todo el universo categorial en que tales conceptos se fundaban? Lo que, sin embargo, le da todavía un sentido perturbador a este interrogante es que lo que descubrimos ahora es que aun así, luego de la quiebra del Sentido, no podemos, no obstante, prescindir de él, simplemente porque sin él no es posible sostener la vida comunal. Y es eso lo que a mí me interesa. Mi exploración del marxismo, en realidad, sirve como índice de una situación epocal mayor, que abarca de conjunto a la sociedad contemporánea y no sólo al marxismo. Es en este sentido que, para mí, los autores que analizo resultan históricamente relevantes. La problemática que ellos plantean escapa, de hecho, al horizonte estricto del marxismo.

**BF: -Vos en un momento mencionás, en el libro *Verdades y saberes del marxismo*, sobre todo con relación a Badiou, que la idea de Pascal acerca de la existencia de Dios sería la que marcaría una distancia fuerte con respecto a la tradición marxista...**

EP: -Cuando cito a Pascal es en el capítulo sobre Nahuel Moreno y, ligado a esto, lo que venía planteando recién. Allí retomo, justamente, a Goldmann, porque asocia el pensamiento marxista del siglo XX a lo que llama la visión trágica del mundo, que tiene su principal representante justamente en Pascal. Pascal dice que debemos apostar a Dios, porque si no existe no perdemos nada. Por eso no tiene sentido no apostar a Dios, porque es una apuesta en la que tenemos todo por ganar y nada por perder. Él se está haciendo cargo así del proceso de secularización de la mentalidad occidental; parte ya del supuesto de que no hay ninguna posibilidad de conocer, de tener certeza de la existencia de Dios, pero dice que es precisamente esa incertidumbre la que nos obliga a apostar (obviamente, no tendría sentido apostar si tuviéramos pruebas de la existencia de Dios; no se trataría, en realidad, de una apuesta sino de una verdad comprobada, algo que se nos impone objetivamente, que tendríamos simplemente que aceptar). Es sólo de esta incertidumbre radical respecto de la existencia o inexistencia de Dios que nace la idea de la apuesta. Pero para que tenga sentido la apuesta, el ocultamiento de Dios, el mutismo de Dios, debe ser absoluto; porque si Él se nos revelara en el mundo, entonces ya no tendría sentido buscarlo; podríamos

entonces reconciliarnos con el mundo y olvidarnos de Él. Si no podemos reconciliarnos con éste, si debemos persistir en su búsqueda, es precisamente porque no es posible hallar en el mundo el más mínimo vestigio de Su existencia, nada en él de validez incondicionada que de sentido a nuestra existencia. Es, paradójicamente, este ocultamiento absoluto de Dios, su mutismo radical, lo que nos obliga permanentemente a huscarlo.

Vemos aquí que Pascal le da un giro a este argumento escéptico. Ésta es también la operación que hace Goldmann respecto del marxismo, una vez quebrada la transparencia que le proveía su fundamento teleológico originario; y en ello expresa mejor que ninguno una condición epocal. En efecto, ya el marxismo del siglo XX no se basa en la certeza acerca de la posibilidad del socialismo sino justamente en la incertidumbre sobre la posibilidad de su realización. Pero es eso justamente, para Goldmann, lo que obliga a luchar por él. Si no fuera así, la militancia no tendría ningún sentido sustantivo; bastaría con confiarse a la marcha espontánea de la historia. La militancia política se funda en esa incertidumbre. Lo que le da un sentido trágico a la misma es la sospecha de que, quizás, si desperdiciamos esta oportunidad de hacer la revolución, puede ser que nunca más quizás pueda hacerse. Esto no era así para el marxismo del siglo XIX; para éste el socialismo tarde o temprano tenía que darse, simplemente por lo que podemos llamar la asimetría histórica fundamental que existía en la lucha entre el proletariado y la burguesía (esto es, que la burguesía necesita del proletariado, por lo que no puede nunca destruirlo, y, junto con él, la posibilidad del socialismo, mientras que el proletariado no; así, una vez que éste se hiciese del poder, su triunfo sería irreversible; en fin, en la lucha entre capitalismo y socialismo, sólo al socialismo le cabe la idea de un triunfo definitivo, sólo él representa una alternativa histórica última). Es esta asimetría la que se quiebra, dándole un sentido trágico a la historia y poniendo en un primer plano la acción subjetiva como su verdadero principio motor. Ahí es donde entramos en otro universo distinto.

Esto lo analiza bien Badiou en un libro que salió con posterioridad al mío, y que se llama *El siglo*. La filosofía de la historia del siglo XIX marca la culminación de un proceso: el de la secularización del mundo. Durante dos siglos Occidente se había debatido en torno de una pregunta: ¿Qué sentido tiene la vida comunal privada de la mano de Dios? Si no hay un Dios, alguien que nos esté observando, si nos vemos reducidos a una vida animal, ¿cómo es posible la vida social? El siglo XIX va finalmente a responder este interrogante llenando simbólicamente ese lugar vacío dejado por Dios y colocando en él otras tantas proyecciones de Sentido, es decir, desarrollando una serie de categorías, como la Historia, la Razón, la Libertad, la Democracia, que, en tanto que remedos seculares de Dios, van a proveer sustento a la vida comunal en un mundo desacralizado.

Lo que nos estaríamos planteando ahora, en cambio (esta situación nueva que estamos encarando, y que ya el término crisis no alcanza a expresar completamente), es la que se produce cuando se quiebran también estas proyecciones ilusorias de sentido, que ellas se revelan también como tales. La pregunta que entonces surge es: ¿qué pasa cuando estas versiones seculares de Dios han revelado también su trasfondo mítico? Entonces vuelve a plantearse nuevamente la misma pregunta: ¿Cómo es posible la vida comunal privados ya de todo Sentido?

Una anécdota de comienzos del siglo XIX ayuda a ilustrar esto. Un día Napoleón cita a su corte a Ferdinand Laplace, que era el astrónomo líder por esos años (fue quien completó el sistema astronómico newtoniano). Napoleón entonces lo increpa diciéndole: “Pero en su sistema no hay lugar para Dios”, le dice. A lo que Laplace responde: “Esa es una hipótesis de la que puedo prescindir”. Y eso era efectivamente así. En ese momento Dios era ya una hipótesis de la que se podía prescindir, no sólo en el mundo físico sino en el ámbito de la política. Nuestro mundo y nuestras sociedades no funcionan ya sobre la base del supuesto de la existencia de Dios.

El siglo XIX, como dije, desarrolla aquella serie de categorías que darán sentido a un mundo y a una historia ya privadas de todo sentido trascendente. Y esto señala un quiebre histórico irreversible (muerto Dios, ya no será posible la resacralización del mundo). La disolución contemporánea de estas categorías forjadas en el siglo XIX señala, a su vez, un quiebre no menos irreversible. Sin embargo, y esto es lo que señala una situación inédita, lo que descubrimos ahora es que, a diferencia de Dios, el Sentido no es una hipótesis de la que podamos prescindir. Quebrada toda ilusión de Sentido, aún nos vemos necesitados del sentido, sin poder ya, es cierto, creer en él. Es a esta situación inédita a la que estos pensadores que analizo en *Verdades y saberes*, de una forma u otra, se ven confrontados y tratan de pensar. En fin, es esta situación paradójica la que me propongo abordar en ese libro: ¿qué universo conceptual se abre en un mundo postsecular? ¿Qué tipo de pensamiento puede surgir desde el momento en el que ya no sólo Dios sino sus remedos seculares han revelado también su fondo mítico? ¿Cómo se puede pensar la política privada ya no sólo de toda garantía objetiva al accionar subjetivo sino también de todo soporte subjetivo? ¿Cómo es posible seguir pensando la política? ¿Cuál es el sentido que se abre después de la quiebra del Sentido? En suma, el interrogante que trato de rastrear a partir de la obra de estos pensadores es: ¿Qué es lo que viene más allá del sentido?, una pregunta al mismo tiempo absolutamente crítica e insoluble. Lo que me interesa de estos autores no es que hayan encontrado una respuesta a la misma, sino el hecho de que en ellos se ponga más claramente de manifiesto el tenor de la propia pregunta.

**BF:** -En un momento Badiou aparecía claramente como un recambio, cierta frescura para pensar. En un avistaje de mayor distancia me da la sensación de que algunos de los lugares que el marxismo tenía, algunos principios para mantener activa la política, Badiou de algún modo los intentó pensar y restituir...

EP: -Ese es el proyecto de él. Pero es ahí donde yo le doy un giro. Su sistema filosófico no está orientado a restituir la política. dar respuesta a esa necesidad de Sentido, sino, justamente, todo lo contrario; en él se radicaliza esa paradoja de la simultánea imposibilidad-necesidad de Sentido y es en función de esa tensión que se organiza todo su aparato erudito. Lo que termina descubriéndose a partir del análisis de su obra es lo que podemos llamar una “estructura trágica de segundo orden” (muy distinta ya al tipo de sentido trágico analizado por Goldmann y que, como vimos, acompañó al pensamiento marxista a lo largo del siglo XX). A diferencia de Pascal, el sistema de Badiou ya no es una apuesta a lo absoluto, una apuesta a la revolución (no es en función de su realización que se articula su horizonte práctico). Una vez que la propia idea de que es el sujeto el que construye la historia se ha revelado mítica (que es la que sostenía la práctica militante como una suerte de apuesta a lo absoluto), perdido su objeto, todo el pensamiento debe replegarse sobre sí. La suya ya no es una apuesta a que *hay absoluto*, sino a que *hay apuesta* a lo absoluto. Se trata, en fin, de un discurso autocentrado, que reproduce en su propia estructura ese trabajo permanente del sujeto sobre sí mismo, buscando construirse a sí mismo como un sujeto ilusorio de sus proyecciones de sentido, que debe creer en ellas una vez que se han revelado como tales y, por lo tanto, no puede ya hacerlo, pero que descubre, sin embargo, en ese mismo momento, que no puede tampoco, aun así, prescindir de ellas.

El pensamiento de Badiou me parece así muy significativo del tipo de estructura conceptual que se abre en una era postsecular: ¿Cuál es el tipo de pensamiento de la política a la que da lugar una era en la que se ha quebrado toda proyección de Sentido? Creo que resulta profundamente revelador en este aspecto, no porque aporte alguna respuesta a este interrogante, sino, precisamente, porque instala su reflexión en su espesor dilemático, sin rehuir sus consecuencias más agobiantes.

**BF:-** En Derrida hay como una suerte de reposición de Marx en el lugar de la herencia, delimitando un espacio de necesidad del marxismo, a diferencia de Badiou. Y en ese sentido la relación con el posestructuralismo

**no aparecía como completamente desligada del marxismo. Derrida ahí hace cierto parangón...**

EP:- En todos ellos el vínculo con el marxismo ha sido importante en su vida intelectual. Pero esta vuelta al marxismo, luego de la muerte del marxismo, revela algo más que eso. Lo que importa analizar en este caso es qué función tiene el apelativo "marxista", siendo que ésta, como toda invocación, conlleva una operación y, por lo tanto, una cierta violencia sobre el objeto que se realiza la misma. El Marx que toma Derrida es un Marx en el que éste, obviamente, no se hubiera reconocido nunca. Y eso es parte integral de su propio proyecto. En su caso, ya no es una apropiación subrepticia de Marx, sino simplemente revela el hecho de que Derrida no quiere, no le interesa, entrar en esa discusión sobre cuál es el "verdadero" Marx, porque es eso, justamente, dice, lo que ha dado lugar a todo tipo de atrocidades. Derrida no pretende erigirse en baluarte de una nueva ortodoxia, asume que la suya es, en efecto, una apropiación de Marx. Él dice que ese apelativo sirve, fundamentalmente, como índice de una categoría, que es la de *justicia* como aquello que se coloca más allá del derecho, que no deja reducirse a ningún ordenamiento institucional y siempre lo trasciende (ahriendo así el horizonte a la *política*). Para decirlo rápidamente, uno siempre puede decir que algo es legal pero que no es justo; lo justo ahí actúa como clave de que hay un más allá, sin que necesariamente ese más allá pueda definirse, porque definirlo sería reducirlo a un conjunto de normas que es aquello contra lo que la noción de justicia siempre se rebela.

En última instancia, la pregunta por la política hoy se resuelve en la posibilidad de pensar que haya un más allá de lo dado (que la historia no es simplemente la pura repetición automática de un mecanismo impersonal, que se le impone a los sujetos y que no conduce a nada más allá que a su propia reproductibilidad), sin que exista *algo* más allá (lo que Derrida llama un "mesianismo sin Mesías"). Es esa la pregunta por el sentido después del Sentido; ese más allá que no puede definirse porque pretender hacerlo sería justamente retrotraerlo al orden de lo dado, destruyéndolo como tal. ¿Cómo se puede, pues, pensar, aquello que no puede pensarse porque es por definición impensable? Esta pregunta, como decía, es hoy al mismo tiempo absolutamente apremiante e insoluble.

Hoy toda construcción de sentido se muestra inevitablemente precaria (y de eso no escapa el más ferviente creyente del marxismo). Pero tampoco aún el más escéptico de la política puede dejar de apelar a alguna ilusión de sentido. Es en esa brecha que se instala el núcleo tenso que define a esta nueva era: la simultánea posibilidad-imposibilidad de asirse a un sentido que haga inteligible nuestra vida comunal. Es eso lo que trabajo en torno de la idea de "la experiencia del

desastre”, que, según la define Blanchot, no es ya la tragedia misma, sino lo que viene después de la tragedia, la situación de un derrumbe, ya ocurrido, pero que nos deja la sensación de una amenaza infinita, precisamente porque nunca llega: la sospecha de que quizás ya no hay nada que esperar y aun así es necesario seguir viviendo. La pregunta que surge aquí es cómo puede pensarse esa suerte de ultravida espectral de la que habla Derrida. De eso, creo, es, en definitiva, de lo que nos hablan los autores que estudio en *Verdades y saberes*.

**BF:- Una pregunta que surge aquí es cuál es el lugar del intelectual. Planteos recientes abrevan en lo que podría denominarse un heideggerianismo de izquierda, como dice Oliver Marchart en *El pensamiento político posfundacional*. Un viejo artículo de Dardo Scavino en el *Rodaballo* proponía una nueva tarea sobre la base de una nueva paridad, ideología y pensamiento, que demarca entre lo activo y lo reactivo de la política sin fundar consistencia. En definitiva: ¿Cuál crees que sería un modelo activo de pensar la práctica intelectual?**

EP:- Supongo que Marchart y Scavino, cuando dicen esto, imaginan al intelectual como una especie de conciencia crítica de la sociedad, que es una de las formas en que se ha pensado él mismo. En todo caso, lo interesante sería explorar el origen de esta preocupación por el supuesto papel de los intelectuales en la sociedad, de dónde viene la idea de que los mismos, en tanto que tales, tendrían asignada cierta función. Si es interesante esta exploración, digo, es porque nos diría mucho de la propia sociedad que engendra esa idea y de cómo ella se piensa a sí misma. En lo personal, no podría darte una respuesta al respecto, sino sólo tentar algunas hipótesis.

En primer lugar, cuando hablamos del intelectual, se entiende que hablamos del mismo en tanto que portador de algún tipo de saber. La pregunta debería referir, pues, más que a su portador, a la naturaleza supuesta de ese saber que este grupo particular de la sociedad encarnaría. Sabemos por Le Goff y otros que, en su origen en Occidente, los primeros intelectuales, los *letrados*, aún después de constituidos como cuerpo claramente delimitado dentro de la sociedad de órdenes compartirían todavía su ámbito de intelección con sacerdotes y funcionarios reales. En la medida en que el mundo no era más que un universo de signos por los cuales Dios hablaba a los hombres, la función de unos y otros no diferiría en lo esencial: intentar penetrar en la mente divina, descubrir el secreto diseño del plan de la Creación. El supuesto aquí implícito es que ninguna sociedad es legítima a menos que obedezca principios eternos de justicia, los cuales

son independientes de la voluntad de los hombres (ninguna voluntad humana, ninguna decisión popular podría volver justo algo que por su propia naturaleza es injusto).

Esto cambia desde el momento en que, con la modernidad, serán los propios sujetos quienes deberán fijar las normas según las cuales habrán de gobernarse. El orden político y social ya no expresaría un orden natural, sino uno convencionalmente establecido; haría manifiesta no una racionalidad trascendente sino la voluntad de los propios sujetos de constituirse colectivamente como sociedad. Aún así, sin embargo, lo cierto es que la modernidad nunca podrá desentenderse completamente de la problemática de la *justicia*. “La voluntad de un pueblo”, decía Esteban Echeverría, “jamás podrá sancionar como justo lo que es esencialmente injusto”, y con ello hacía manifiesto algo más que sus propios prejuicios antidemocráticos, según suele interpretarse. De hecho, tampoco nosotros estamos dispuestos a asumir la voluntad soberana de los sujetos como el parámetro exclusivo que legitima una norma. Por ejemplo, ninguno de nosotros aceptaría como legítimas, medidas que considera claramente discriminatorias contra algún sector particular de la población, aún cuando la mayoría de ella las aprobara. En fin, pensamos que existen ciertos “derechos naturales” que son, por ende, al igual que la “justicia natural” de los antiguos, objetivos, se encuentran situados por encima de cualquier voluntad subjetiva. Es más, no podemos prescindir de ellos por el mismo hecho de que la idea de la voluntad de los ciudadanos cobra sentido sólo a partir de la invocación a los mismos: el derecho a la decisión soberana de los sujetos cabría considerarlo él mismo un “derecho natural”. sólo así se justificaría, con lo que se colocaría por encima de esta voluntad, señalando paradójicamente, al mismo tiempo, la presencia de un límite a su capacidad soberana que no puede traspasar.

La pregunta por el papel del intelectual en la sociedad moderna traduciría podemos ver ahora una problemática más vasta: la relación inescindible y conflictiva al mismo tiempo en la sociedad moderna entre voluntad y saber. Remite, en definitiva, a la cuestión de los fundamentos mismos de la vida comunal en condiciones postradicionales. La problemática que surge es: quién puede, en condiciones postradicionales (es decir, privados ya del tipo de transparencia que proveía la existencia de un garante trascendente), erigirse en portavoz de aquellos valores fundamentales en que descansa la vida comunal, quién, sin embargo, que no sea el propio pueblo puede determinar cuáles son esos “derechos humanos” que deben protegerse aún en contra de su voluntad (puesto que, en última instancia, sólo en éstos se funda su soberanía).

La idea de los intelectuales como portadores colectivos de un saber va a estar así acompañada desde siempre de la crítica de ese mismo supuesto; en definitiva,

de su misma condición. Su origen hunde también sus raíces en el período premoderno. Si durante el Antiguo Régimen el intelectual no pudo recortarse y surgir como figura social es, en definitiva, porque la trascendencia de las leyes eternas de justicia, su apriorismo, garantizaba también su perfecta transparencia, al menos para aquellos cuyas facultades de discernimiento no se encontraran oscurecidas por las tinieblas de las pasiones egostas. Con la modernidad, el carácter ahora supuestamente convencional de las normas replantearía completamente la cuestión. Ello hace que su penetración demande ciertas capacidades cognitivas que permitan a los sujetos comprometerse en una empresa colectiva de discernimiento. Nuevamente, la sola voluntad incondicionada de los sujetos no puede por sí fundar la vida social. De allí también la aparente paradoja de que la quiebra de la objetividad de las normas, que socavó las premisas en que se fundaba el antiguo letrado, diera también origen a la emergencia de un sector particular de la sociedad que encarne aquellas premisas fundamentales que hagan posible la convivencia colectiva, el cual no puede ya ser el poder estatal sin traicionar su alegada neutralidad ideológica, pero tampoco puede serlo la propia sociedad civil sin destruirse como espacio plural de disenso.

El lugar del intelectual se configurará así como un lugar de pliegue, que apunta desde el interior de un orden dado hacia aquello que lo trasciende y, en última instancia, lo funda. La paradoja a que esto da lugar es cómo los intelectuales, en tanto que un sector particular de la sociedad, pueden, no obstante, constituirse al mismo tiempo en aquel en que la totalidad social viene a condensarse. Lo cierto es que tampoco puede ésta renunciar a la existencia de un lugar tal, inmanente y trascendente a la vez, si quiere configurarse como dicha totalidad. En definitiva, por debajo de la problemática respecto del papel del intelectual en la sociedad moderna asoma aquella otra mucho más compleja respecto de la propia imposibilidad (o, más precisamente, la simultánea necesidad-imposibilidad) de ésta de constituirse plenamente como tal. Plantearse la primera cuestión, discutir sobre el supuesto papel del intelectual (orgánico, crítico, o lo que fuere) sin interrogarse acerca de esta segunda significa permanecer en el plano de sus mismas ilusiones constitutivas, reproduciéndolas, sin alcanzar, por lo tanto, a objetivarlas o pensarlas.

**BF:-** En las polémicas recientes me parece advertir un problema en torno del estatuto del conocimiento. Uno podría decir que postular qué "es" el capitalismo lleva necesariamente a una posición sobre lo que no "es", y esto trae aparejado toda una serie de complicaciones sobre quién detenta la verdad. Pero la postulación de marcos conceptuales

de época no deja de alimentarse de un proceso de objetivación concreto, más cercano a Bachelard que a la deriva infinita del sentido o a su imposibilidad. ¿Cómo pensás este problema clásico? A su vez, podría decirse, de tu trabajo surge una suerte de aporía: todo el sistema conceptual que enfoca al marxismo está construido en torno de las exigencias de pensar la política, es decir, basándose en la *praxis* por excelencia, pero el mismo se encuentra eclosionado al momento de habilitar un desplazamiento de posiciones problemático que permita practicarla. Uno podría decir, quizás, que el fundamento del sistema de ideas que elegís sería sólo uno más o tendría una recaída “esencialista”.... Como dice Kant, finalmente sería sólo cuestión de gustos elegir entre una aproximación y otra... En otras palabras: ¿Cómo se analizarían tus postulados con los mismos cánones que analizás los postulados de los autores que tratás?

EP: - Como señalás, pareciera que mi planteo no diera lugar a ninguna alternativa entre el esencialismo y el pirronismo, esto es, no podría proponerse nada determinado acerca de la política sin por ello recaer en alguna forma de ilusión metafísica, lo que no nos dejaría más que ante una pluralidad de opiniones particulares sin ningún estatuto epistemológico que las distinga de otras opiniones contrarias, pero sin poder, no obstante, nunca aceptarlo completamente, es decir, admitir que las propias opiniones no sean más que eso. Como diría Habermas, la misma voluntad de emitir las públicamente o plasmarlas por escrito denuncia ya otras pretensiones, a las que sólo se ha renunciado a poder justificarlas sin por ello resignarlas.

Hay algo de cierto en ambas afirmaciones. Si algo siempre me molestó, incluso antes de saber bien por qué, es la pusilanimidad con que suele abordarse la cuestión del estatuto del saber, la apelación a los lugares comunes, como la afirmación de que el hecho de que nuestros datos sean construidos no quiere decir que sean arbitrarios, y otros por el estilo. Ciertamente, nuestros datos no son arbitrarios por el hecho de ser construcciones intelectuales, uno no los inventa libremente. Pero esto no termina más que siendo una coartada para escabullir el problema de fondo: que no sean arbitrarios no quiere decir tampoco que sean “verdaderos”, que gocen de algún estatuto epistemológico privilegiado. Ellos pueden explicarse históricamente, pero no validarse sino únicamente desde el interior del marco categorial particular que le dio origen. En fin, si rechazamos la existencia de una vía de acceso inmediato a la realidad, que no se encuentre ya siempre mediada por nuestras propias categorías, no hay forma de evitar el relativismo epistemológico. Como señalara ya Leibniz, esta conclusión sólo

puede evitarse bajo el supuesto de la existencia de alguna suerte de armonía preestablecida entre el modo en que funciona nuestra mente y el modo en que efectivamente funciona el mundo, lo que tiene implícita, a su vez, la hipótesis de la existencia de una garante trascendente a nuestras operaciones intelectuales. Si descartamos ésta, no es posible ya justificar racionalmente cómo es que nuestras construcciones mentales puedan corresponderse con la realidad; esa es una cuestión que ninguna teoría epistemológica ha logrado responder. Ni nosotros tampoco habremos de hacerlo aquí. Esto no quiere decir que, una vez aceptada esta imposibilidad, podamos renunciar a hacerlo. Llegado a este punto se impone, pues, un replanteo fundamental de la cuestión. Caben aquí, entiendo, una serie de distinciones.

En primer lugar, si por “polémicas recientes” te referís a la discusión con Horacio Tarcus, la versión que saldrá publicada en *No Matarás II*, no es exactamente el caso del que aquí hablamos. Por un lado, Horacio me cuestiona mi “relativismo”, pero, por otro, afirma que pretendo ocultar bajo el velo de objetivismo mis simpatías políticas. Cuando señala que toda escritura histórica es política, por naturaleza, entiende que no podríamos evitar tomar partido. Sólo que yo no me haría cargo de los fundamentos ideológicos de mi propia admonición. Un planteo tal, en términos estrechamente ideológicos, es, en realidad, una banalización de la problemática epistemológica antes mencionada, la cual es, ciertamente, mucho más compleja.

Volviendo entonces a ella, entiendo que si aceptamos conducir la misma hasta sus últimas consecuencias, si evitamos la tentación de tomar por una solución lo que no es, en verdad, sino sólo un señalamiento a una problemática a la que aún falta desenvolver, podemos entonces al menos tratar de pensar posibles estrategias para lidiar con ella. Es aquí que se imponen ciertas distinciones de niveles de análisis. Por ejemplo, y retomando el caso del papel de los intelectuales, yo no podría dar una respuesta al tipo de aporías que su definición plantea, pero sí puedo decir algo respecto de los distintos modos en que ésta fue abordada (y también el tipo de dilemas a que tales intentos de respuesta eventualmente se enfrentarían). Es decir, de lo que se trata aquí es de reorientar el foco hacia un segundo nivel de análisis. Del mismo modo, si bien es cierto que yo no puedo evitar partir en mi investigación de ciertas premisas respecto de cómo abordar el pasado, esto no necesariamente determina sus contenidos, no preestablece ya de antemano que habré de encontrar en él. El problema de reducir la problemática epistemológica a una cuestión ideológica es, precisamente, que confunde estos dos planos (el de las estructuras formales y el de los contenidos históricos), y así convierte a la historiografía en un empresa tautológica, que no permite ya hallar al final de la investigación nada que no conozcamos en su punto de partida (cuál

era la “línea correcta”). En definitiva, tal distinción entre niveles de análisis resulta esencial, puesto que sólo ella abre el espacio al *trabajo* de la historia. Ahora, si me preguntás: ¿resuelve ésta el tipo de dilemas que el relativismo epistemológico hace surgir? La respuesta es: ciertamente no. Simplemente representa un modo posible de intentar lidiar con ellos, sabiendo de antemano que su resolución es imposible. Esto significa que tarde o temprano los mismos problemas resurgirán también a este segundo nivel de análisis, es verdad. No obstante, el desplazamiento producido, creo, no habrá sido por ello ocioso. En su transcurso habremos logrado ganar cierta distancia crítica respecto del tópico, establecer ciertas mediaciones respecto de nuestros objetos de estudio (es decir, si bien puedo eludir verme condicionado por ciertos presupuestos teóricos respecto de cómo abordar el pasado, esto no significa que deba necesariamente identificarme con ellos, tomar partido por uno u otro). Es, en fin, esta búsqueda por establecer mediaciones, esta posibilidad de ganar alguna distancia crítica respecto de nuestros objetos de estudio la que se abre con esta distinción de niveles de análisis y que en un planteo cerradamente ideológico se ve bloqueada.

**BF:-** Los modos en los cuales se da la articulación entre intelectuales y organizaciones sociales en Bolivia guardan un grado de originalidad. No se plantean como vanguardia, no se presenta un programa, se produce una relación par, donde los mismos movimientos reconocen el saber específico del intelectual pero no se subordinan a él. Son, en cierto sentido, un sector corporativo más y el Evo los menciona como tal. El segundo punto es que hay un pensamiento político de la política, una generalización de la implicación subjetiva en el proceso político que no responde a los antiguos nombres de convocarla. ¿Por qué, mencionadas estas mínimas características, no podríamos estar en presencia de un modo de pensar un “mesianismo sin Mesías” que justifique la labor intelectual?

EP: - Como señalo en *Verdades y saberes*, la idea de un “mesianismo sin Mesías” no me parece que venga a resolver nada, sino, más bien, a plantear un interrogante. Lamentablemente, no conozco la situación de los intelectuales en la Bolivia de Evo. Me gustaría conocerla mejor. Más precisamente, me intriga cómo perciben y enfrentan este doble aspecto que vos señalás. Que los intelectuales, por un lado, sean respetados por el tipo de saber que supuestamente expresan, sin que por ello sean sus consejos adoptados acríticamente (lo que recoge también una vieja tradición propia a los antiguos “consejeros del príncipe”:

tampoco los soberanos ni sus autoridades delegadas estuvieron dispuestos a resignar ante los sabios el supuesto de su preeminencia y de la consiguiente superioridad de sus capacidades de discernimiento). Pero que, por otro lado, sean considerados como sólo un sector corporativo más, cuyo saber respondería, por lo tanto, a sus intereses particulares como tales, expresaría simplemente la ideología propia que deriva de su posición en la sociedad. La forma tradicional de la izquierda de enfrentar este dilema, una vez en el poder, es viendo en ellos una especie de personal técnico especializado puesto al servicio de la clase trabajadora, una especie de "tecnocracia proletaria". Pero está claro que esto (la reducción de la figura del "intelectual" a la de "experto"), más que una solución a la "cuestión intelectual" significa su lisa eliminación como tal. Sabemos ya, además, por experiencia, los innumerables problemas que suscita.

En fin, no puedo opinar mucho más al respecto dado que no conozco el caso boliviano. Como te dije, me gustaría conocerlo, saber hasta qué punto representa o no una solución original a la "cuestión intelectual". No puedo asegurarte tampoco que me vaya a gustar o no, pero, en todo caso, no creo que eso sea demasiado relevante.

# Intelectuales, movimiento obrero y lucha cultural: Entrevista a “Beto” Pianelli

Alejandro Belkin y Rosa Morena<sup>1</sup>

Roberto “Beto” Pianelli integra el Cuerpo de Delegados del Subte –hoy devenido en Sindicato del Subte–, en la ciudad de Buenos Aires. Se desempeña como boleterero de la Línea E. Ingresó a trabajar en Metrovías en 1994. Cumplió un papel destacado en la organización sindical de los trabajadores en esa empresa y tuvo un rol central como dirigente en los principales conflictos que fueron protagonizados por sus trabajadores y trabajadoras. La experiencia gremial que el personal del subterráneo viene desarrollando desde hace quince años, y el mismo “Beto” Pianelli, se han convertido hoy en día en referentes del sindicalismo clasista.

## Intelectuales y movimiento obrero

**Alejandro Belkin-Rosa Morena (AB-RM):**- Esta conversación está pensada como parte de un “dossier” sobre intelectuales para la revista *Nuevo Topo*, donde se entrevistarán a algunas personas provenientes del ámbito académico. La idea de este encuentro es plantear algo diferente. Queríamos evadir el peligro de lo endogámico, de la preocupación de los intelectuales académicos por “lo intelectual”, discutiendo entre ellos sobre cómo ser más críticos, o cómo vincularse con los movimientos sociales, con la clase trabajadora, con los sujetos sociales. La perspectiva es romper ese diálogo interno. En este sentido, pensamos preguntas alrededor de dos grandes núcleos. El primero, respecto de la relación con los intelectuales desde el punto de vista de un activista de la clase trabajadora, desde tu lugar de militancia. El segundo, nos interesaría que nos hables de los emprendimientos culturales e intelectuales que promueven desde el cuerpo de delegados del subte. Para empezar: ¿cómo se acercaron los intelectuales al subte? ¿Aportaron algo?

---

<sup>1</sup> Alejandro Belkin es profesor de historia, docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; e-mail: ambelkin@gmail.com. Rosa Morena es escritora independiente; e-mail: rosamorenayescarlata@gmail.com.

**Beto Pianelli (BP):**- Me da la impresión de que no se acercaron muchos. Vivimos en una época donde la intelectualidad quedó impactada, a partir de los noventa, por la revolución o contrarrevolución neoliberal. Hubo una mirada hacia los movimientos globalifóbicos europeos, el autonomismo, y todos los que se dedicaron a matizar, bajo un eje impuesto por la caída del Muro de Berlín, si la clase obrera había perdido centralidad. Todo lo que pertenecía a la vieja lógica de la tradicional lucha de clases quedaba desactualizado. Por ejemplo, en el año 1996, en pleno neoliberalismo, nosotros teníamos una agrupación clandestina en el subte. Tengo un amigo que había sido un militante y estaba por entonces dedicado al trabajo intelectual, decía que había que dedicarse al trabajo intelectual. Había en aquella época una polémica. Yo le decía que había una discusión muy fuerte con otra fracción de activistas, que se había quedado en el MAS [Movimiento al Socialismo], partido del que nos habíamos ido. Era una discusión sobre el trabajo clandestino. Pero no importa tanto el tema. Este amigo me responde, sin escuchar lo que yo le estaba diciendo, “yo creo que más que hacer un boletín, ¿por qué no se juntan y hacen una buena revista planteando los problemas del toyotismo, de la tercerización?”. Yo me dije, “no entendió nada”. Es que yo me estaba quedando sin laburo por lo que estaban haciendo esos hijos de puta. ¡Qué revista, los voy a cagar a trompadas! No me puedo ni sentar en una mesa. El tipo tenía esa visión. Ni hablar del movimiento piquetero, que abonaba esa lógica de la que les hablaba. Ahora, esa postura era completamente ajena a la lucha real. Pero hacia el 2000, con la crisis, al menos un sector de los intelectuales comenzó a replantearse el tema de la lucha de clases tradicional. Escuchaba a compañeros que tenían aquella posición que iban girando de nuevo hacia otros sectores. Excepto la influencia intelectual en algunos movimientos piqueteros, porque salvo alguna franja menor de los piqueteros, Negri y Holloway no tuvieron una influencia importante en el accionar. En las empresas recuperadas no tuvo influencia Negri. Negri venía y se impactaba con las empresas recuperadas.

**AB-RM:**- Esas prácticas no fueron originadas por la lectura...

**BP:**- Fue al revés. Me generaba un desprecio muy grande. Les cuento esto: una vez habían traído a James Petras. Lo habían invitado a hablar en el colegio Joaquín V. González. Yo trabajaba ocho horas y estaba destruido. No podía ir. Entonces, un amigo me dice entusiasmado que lo habían ido a escuchar cuatrocientos estudiantes. “Fue impresionante”, me dijo. Pero esos estudiantes podían haber ido a escuchar a Petras, a Vargas Llosa, a cualquier intelectual. Hicieron un asado con Petras, y ni me invitaron. No les interesaba qué se podía hacer

con lo que hablaba Petras. No tenían siquiera ese reflejo. Estaba toda la intelectualidad muy alejada de la lucha de clases.

**AB-RM:-** ¿Vos leías esos nuevos discursos?

**BP:-** Sí, pero mi caso era particular. Vivíamos en la clandestinidad, “en plena democracia”, como dicen algunos. Eso me permitía aprovechar el tiempo leyendo algunas cosas. Y por ejemplo, haber perdido el tiempo leyendo *Imperio*, con todo el zamorismo enamorado de Negri.<sup>2</sup> Leí artículos de Holloway. Pero a mí lo que más me motivó en esa época fue leer de historia del movimiento obrero, sobre los orígenes, y fundamentalmente sobre los anarquistas. Sobre la década del setenta, sobre cómo la derrota golpeaba en la cabeza de la gente. Leí *Recuerdo de la muerte*, de Miguel Bonasso. Leí a Osvaldo Bayer. También sobre la represión. Hay un libro muy lindo, *Mujeres guerrilleras*, que entre otras cosas trata de cómo golpeaba la derrota en la gente.<sup>3</sup> Porque estábamos viviendo un proceso de derrota y estábamos pensando cómo salir de eso.

**AB-RM:-** Es decir que te servía más la historia que la teoría.

**BP:-** Mi impresión es que esa teoría no tuvo importancia en la lucha de clases. Eso viene desde la década del ochenta. Desde entonces la intelectualidad no aportó. Fue distinto de los setenta, donde tenés a Rodolfo Walsh en la CGT de los Argentinos, por dar un ejemplo, y hubo un intento de juntar intelectuales y movimiento real. En la década del ochenta no recuerdo grandes intelectuales. Lo planteo desde la autocrítica, de los que actuábamos en el movimiento real. Comencé recién entonces a leer a Perry Anderson, sobre el marxismo occidental, y era para contestar a alguien.<sup>4</sup> Quizá es mi caso particular, pero creo que era más general. El MAS era hegemónico en la vanguardia militante de los ochenta y nadie leía nada.

**AB-RM:-** Se podría decir que la dictadura implantó una fisura entre intelectualidad y movimiento obrero, que todavía no se ha podido recomponer. De todos modos hay contactos, como la gente del TEL [Taller de Estudios Laborales] y otros sectores, que podrían ser vías de reencuentro.

<sup>2</sup> Antonio Negri y Michael Hardt. *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002 (ed. original, 2000).

<sup>3</sup> Miguel Bonasso, *Recuerdo de la muerte*, Buenos Aires, Planeta, 1984; Marta Diana, *Mujeres guerrilleras. La militancia de los sesenta en el testimonio de sus protagonistas femeninas*, Buenos Aires, Planeta, 1996.

<sup>4</sup> Perry Anderson, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, México, Siglo XXI, 1979.

**BP:-** Nosotros nos planteamos una política para ello. Quizá porque estamos viejos y aburridos (risas). Intentamos generar una política, cuando planteamos la cuestión de las publicaciones. Tuvimos la suerte de tener compañeros que son académicos, o están interesados en lo académico. Y muchos de nosotros nos replanteamos un montón de dogmas, lo que nos hace abrir... Y ahí sí hemos encontrado algunos que quieren laburar con nosotros. Creemos que hay que generar ámbitos.

**AB-RM:-** Recuerdo que en una reunión se habló de algo que habían hecho unos psicólogos. Y también un video que se había hecho. Parece como si por el subte hubiera pasado mucha gente...

**BP:-** Fue sobre el tema de las seis horas. Sabíamos que había trabajo insalubre, pero no sabíamos bien por qué. Éramos unos analfabetos "supinos". Fuimos a buscar gente que supiera. Luego nos escuchabas y convencíamos a cualquiera. Inclusive no sé si hay cosas que eran verdad. Hay anécdotas. Por ejemplo, decíamos que el único subte que no trabaja seis horas era éste. "El único que trabaja siete horas es el de Malasia", decíamos. ¡Mentira! Y la verdad no sé siquiera si en Malasia hay subte.<sup>5</sup> Pero había mucho de lo que decíamos que tenía basamento. Por ejemplo sobre el oído, poníamos la lámina de una oreja, y decíamos "esto es un tímpano", les explicábamos qué era la hipoacusia, qué eran los ciclos circadianos, qué era el reloj biológico. Aprendimos un montón. Desde el punto de vista de la ciencia social también. Se nos planteaba, después de conseguir el trabajo de seis horas, cómo se avanzaba. Había gente que venía, pero que era como si fueran al zoológico. Aquí está el gorila, acá está la jirafa. Entonces estaban "los que consiguieron las seis horas". Venían de la CGT española y te miraban, venían los yanquis y te miraban, venían los mexicanos y te miraban. Como iban a mirar a los piqueteros y a las empresas recuperadas.

**AB-RM:-** Hacían un tour... Uno podría desconfiar del interés de los académicos, o de que sólo sea genuino. Es lo mismo que pasó con los piqueteros o las fábricas recuperadas. Gente de la universidad se acercaba, con buena onda y solidaridad, pero en realidad querían escribir una tesis, o producir sus propios textos.

**BP:-** Algo de eso hay. Lo mismo pasa con las empresas recuperadas. "Qué loco, voy a Buenos Aires y paro en el hotel recuperado". O pasar a ver a los obreros de Zanón. Hay cosas que hacen algunas organizaciones que te vienen al pelo. Como sucedió con una célula de la CGT española que juntó plata para comprar

<sup>5</sup> En efecto, Malasia no dispone de servicio ferroviario bajo tierra.

un micro para el traslado al trabajo de los obreros de Zanón. Vino bárbaro, pero para ellos habrá sido una colecta. Es como juntar plata para comprar alimentos para los hambrientos de Etiopía. Cosa que no está mal, yo no lo cuestiono. Pero sí sé que en el caso del subte no entrábamos en... no nos podían encasillar. La CGT española nos quería encasillar. Nos preguntaban si éramos anarquistas, pero no lo somos. Somos un fenómeno de vanguardia, grande. No somos todos. La mayoría es como todos, mira el programa de Tinelli. Pero sí se ha incorporado una práctica que en el contexto nacional es de recontravanguardia. Nada que ver con hacer la revolución. Lo que los trabajadores no aceptan es que venga un tipo y les diga “vos tenés que hacer tal o cual cosa porque lo dice el secretario general”. O, “tenés que resignarte a ganar tanto, y da gracias que ganas eso”. Te sacan a patadas en el orto. Tampoco son locos. Porque si va otro que les dice, “tenemos que pelear por un aumento de cuatrocientos por ciento...”, le dicen, “vos estás en pedo”. Me parece bastante real. Creo que ahí se liberaron fuerzas. Como dice la izquierda, cuando se va la burocracia “se liberan fuerzas”. Sí, se liberan fuerzas, pero no para hacer la revolución. De ahora en más, y es lo que me hizo entrar en crisis, es cómo avanzar desde el punto de vista cultural, de la conciencia. Ahí hay una pelea que dar, por ejemplo, sobre qué hacer con el tiempo libre, con las creencias, con los paradigmas. Hoy me preocupa más cómo hacemos para sacar las publicaciones que la pelea por los salarios o la gripe porcina. Ojo, son temas importantes. Tienen que estar resueltos, pero hay otros temas.

**AB-RM:-** Vos enfatizabas el divorcio entre la intelectualidad interesada en las nuevas teorías de los noventa y principios del siglo XXI. Pero, ¿qué pasaba con los intelectuales de un marxismo más clásico?

**BP:-** Pasaba algo similar. Me acuerdo de la revista *Reunión*.<sup>6</sup> Era imposible leerla. Sólo la leía un enfermo como yo. Ese sector no estaba en partidos. Pero si agarrás la intelectualidad que había estado en el MAS, se va a la revista *Herramienta*, que deja cada vez más de ser una revista marxista, con un gran impacto de Holloway. Después tenés al PTS [Partido de los Trabajadores Socialistas], que no tenía una corriente de intelectuales, que recién ahora comienza a tenerla. Fue una chatura... Lo bueno es que al hacerse mierda todo, hay tipos que comenzaban a pensar otras cosas. Después estaban los más dogmáticos. No te podías correr un milímetro. A algunas cosas yo adherí en su momento. Ahora me pongo

<sup>6</sup> La revista *Reunión* se publicó en la ciudad de Buenos Aires a mediados de la década del noventa. Intentó ser el espacio de confluencia de intelectuales de izquierda provenientes de distintas tendencias, pero dentro del campo del marxismo.

a leerlas y me da vergüenza. Creo que cuando hay retroceso, es un desastre, cada uno trata de buscarle una explicación. En esa búsqueda de explicación, cuando más desligado estás de los fenómenos reales, más volás, más delirás. Es más, podés escribir una cosa como *Imperio*, que ante el primer hecho importante en el mundo se derrumba. Hasta Negri lo termina diciendo: “hay algo que estaba mal”. ¡Sí, la esencia estaba mal!

**AB-RM:** Volvamos al tema de los académicos, que incluso si estaban con vos, te miraban como un “objeto” que debían describir como un taxonomista. Dejemos de lado que hacían una carrera. Después se iban.

**BP:** ¿Sabes la cantidad de tesis que se hicieron sobre el subte? Pero cantidades de pibes. Hay otros casos, como el PTS, que te hace la famosa “Encuesta Obrera”, para hacerte decir lo que ellos quieren decir. Para decir, “teníamos razón”.<sup>7</sup>

## Intelectualidad orgánica y proletarización

**AB-RM:-** Entendemos que hay pocos intelectuales que se acercan preguntando “qué problemas tienen” y que traten de contribuir a resolverlos como si fueran *sus* problemas, y que además estén dispuestos a aprender.

**BP:** De eso ni en pedo. Olvídate. En todo el período no nos hemos topado con nadie así. Los únicos casos diferentes fueron Jorge Sanmartino, que venía del PTS, y vos [Alejandro Belkin]. Dos casos más permeables a la realidad. Después hubo charlas y debates con gente como Eduardo Lucita, con docentes como Nicolás Inígo Carrera. Opino que no nos escuchaban. Había también prejuicios porque varios de nosotros veníamos de la militancia y habíamos roto con los partidos. Hay algunas discusiones que planteamos que nadie nos escuchó, ni las entienden, ni están preocupados por entenderlas. Por ejemplo, sobre la acción de los partidos de izquierda en lo sindical. Hoy los grupos de los partidos suelen ser un obstáculo. Algo dice Marx sobre los pequeños grupos. En momentos de reflujo y derrota pueden aportar, para preservar ideas, pueden ayudar a resguardar algo en peligro. Pero cuando empieza a haber un movimiento real, cuando la clase comienza nuevamente a moverse, son nocivos.

<sup>7</sup> Colectivo Encuesta Obrera, *Experiencias subterráneas. Trabajo, organización gremial e ideas políticas de los trabajadores del Subte*, Buenos Aires, Ediciones del Instituto del Pensamiento Socialista, 2007.

**AB-RM:-** Respecto de lo que decís de los intelectuales, parece que la sola escucha y aprendizaje serían problemáticas. ¿Cuál sería la dialéctica, si debe haberla, entre esta actitud y el mantener una cierta distancia crítica? Puede haber varias actitudes. Una es hacer seguidismo y que sean simples escribas. Otra sería bajar línea. Y muchas otras alternativas. Pero la fusión es una ilusión, que es poco productiva. Pasó con intelectuales que fueron a los movimientos piqueteros, que se identificaban, pero después escribían sus propias ideas. Finalmente no aportaron al movimiento, ni produjeron conocimiento.

**BP:-** A nadie le sirve que los intelectuales hagan seguidismo. Como escribas no, porque cuando los intelectuales escriben no los entiende nadie. Tampoco lo veo al intelectual tomando distancia del movimiento real. La cuestión es cómo se hacen parte del movimiento real. La realidad está llena de contradicciones. A partir de esas contradicciones uno puede desarrollar diversas maneras de encararlas. El rol del intelectual, por su apropiación de un conocimiento, es ayudar en eso, ayudar a ver las contradicciones y sus potencialidades. Me parece que eso se da en el marco de involucrarse. Eso significa poner el cuerpo. No poner distancia.

**AB-RM:-** Una forma de superarlo en otros tiempos fue proletarizarse...<sup>8</sup>

**BP:-** La proletarización no resolvía el problema. Proletarizarse significaba dejar de ser intelectual. Se comenzaba a cumplir otro rol. Y no se lo hacía bien. Por ejemplo, cuando estábamos en el MAS, a un compañero le hacíamos estudiar *El Gráfico* para que pudiera hablar de fútbol el lunes con sus compañeros. Era un desastre que un intelectual especializado en *El capital* se proletarizara. Era un marciano completo. Además hay otro problema. No tenés ninguna relación con el mundo real. Soy muy crítico con la proletarización. Hay un tema con la responsabilidad. Como son gente que está de paso, que no tienen necesidad de trabajar, no ven lo que les pasa a quienes están desesperados por mantener el trabajo. Te sorprendías de cómo reaccionaban los laburantes. Pero la existencia, de fondo, determina la conciencia. A mí me pasa que si pierdo el laburo, no consigo más trabajo. Lo que sirve es una intelectualidad orgánica. Marx era un intelectual orgánico. Si en el 48 estuvo totalmente comprometido, es que era un intelectual orgánico.

<sup>8</sup> En la cultura política de los partidos de izquierda la proletarización del intelectual consistía en insertarse en una fábrica como un trabajador corriente y militar sindicalmente, al margen de una actividad ligada a la práctica intelectual.

## Acción sindical, propaganda y cultura

**AB-RM:-** ¿Podés dar un ejemplo práctico de la lucha cultural que mencionás?

**BP:-** Nosotros le ganamos una batalla cultural a la empresa. La empresa decía “Metrovías” y nosotros decíamos “subte”, “somos del subte”. Porque Metrovías puede estar o no estar, pero nosotros somos del subte. Al final, la revista institucional de la empresa, *Notivías*, termina aceptando en los hechos la derrota, en un artículo termina diciendo: “al pan, pan y al subte, subte”. Desde ese momento, Metrovías cambió su forma de presentarse ante los usuarios. Ahora es todo “subte”. Por ejemplo, cambiaron todas las entradas. Esto contribuyó a que se afanzara una identidad propia de los trabajadores del subte. Esto me hace pensar cosas que van más allá de esta entrevista. Yo creo que para liquidarnos a nosotros tienen que barrer, pero barrer con todo. Mañana nos equivocamos, perdemos, nos echan a cincuenta, pero al año aparece todo de vuelta. Porque se ha generado una identidad muy fuerte. Hay una pelea que está ganada.

**AB-RM:-** ¿Cómo pensás el trabajo sindical, que excedería las reivindicaciones inmediatas?

**BP:-** Nosotros no somos sindicalistas tradicionales. Ninguno de nosotros viene del sindicalismo. Nuestras preocupaciones principales no giran en torno al sindicalismo, esa es la verdad. El terreno sindical es importante porque es uno de los ámbitos donde la gente piensa, se organiza, donde los trabajadores te escuchan. Pienso que hay que dar también la batalla cultural. Tenemos dos o tres lugares por donde estamos intentando laburar esta cuestión. Uno, lo que estamos haciendo con la edición de los libros, que va destinado a un sector reducido, no para el conjunto.<sup>9</sup> A los que se refieren a temas históricos no los veo por el lado de que “hay que recuperar la memoria”. Creo que hay que recuperar determinados aspectos, experiencias, no para repetir o decir qué loable, qué lindo, sino para que te puedan servir para la práctica. La idea es bucear por distintas experiencias de cómo se dieron organización el movimiento obrero, de qué manera

<sup>9</sup> Claudia Roxana Salud, *Las trabajadoras del subte protagonistas de cambios. Una aproximación sobre la situación laboral de las mujeres en el subterráneo de Buenos Aires (1981-2004)*, Buenos Aires, Desde el subte, 2007; Agustín Santella/Andreu Andujar, “El Perón de la fábrica éramos nosotros”. *Luchas metalúrgicas de Villa Constitución, 1975-1976*, Buenos Aires, Editorial Desde el subte, 2008; Virginia Bouvet, *Un fantasma recorre el subte. Crónica de las luchas de los trabajadores de Metrovías*, Buenos Aires, Editorial Desde el subte, 2009.

fueron surgiendo. Y si logramos rescatar experiencias exitosas, mejor (risas). Es decir, experiencias del pasado que puedan aportar algo a la construcción sindical en el presente. No de un punto de vista histórico académico, sino de un punto de vista práctico. Que alguien lo lea y pueda decir: “¡mirá qué bueno esto!” Por ejemplo, el artículo de Hernán Camarero sobre los clubes de fútbol me sirvió mucho. Lo hice circular entre los compañeros.<sup>10</sup>

**AB-RM:-** ¿Quiénes son los lectores de los libros que publican en la editorial Desde el subte?

**BP:-** Cada vez que sacamos uno vendemos cantidades. Por ejemplo, el libro sobre Villa Constitución se lo llevaron compañeros de la Unión Obrera Metalúrgica y vendieron cantidades. Te permite entrar a otros lugares. A nosotros nos sirve como experiencia. Hay todo un sector que está planteándose como organizar un sindicato, son herramientas que vos tenés que tener. Si no, replicás lo que conocés. Te abre la cabeza.

**AB-RM:-** Vos estabas pensando también en trabajar otros formatos además del papel impreso...

**BP:-** Sí, porque con el papel, lo que te permite es profundizar, avanzar. Pero el problema es cómo popularizás. Cómo haces atrayente las ideas que querés comunicar. La función que antes cumplía el periódico, hoy lo hace un DVD. Nadie te lee un periódico. Cuanto más jóvenes son, más rechazo les genera el formato antiguo. Un periódico es poco atractivo, con notas poco profundas, no dicen nada. Para eso hago un DVD. Con cuatro imágenes hago un desastre. Por ejemplo, sobre el golpe de estado en Honduras. Pongo tres imágenes de la gente pegándole a los milicos cuando están avanzando y es mucho más fuerte de lo que pueda salir en una nota. Ahora, es distinto si vos querés hacer un estudio de cuáles son las condiciones que llevaron al golpe de estado. Ahí sí necesitas algo mucho más profundo, pero eso es ya otro trabajo y otro formato. El problema siempre es cómo te metés en la gente. Entonces, queremos publicar folletos tipo comics, porque algo así es más atractivo y masivo. Y lo otro que creo es que hay que trabajar mucho lo audiovisual. Hay que hacer el *Manifiesto comunista* en dibujitos animados. Porque el problema es cómo le llegás. Si vivís en este mundo, tenés que actuar con los mecanismos de este mundo. Si no, no llegás, no lográs el

---

<sup>10</sup> Hernán Camarero, “Los clubes deportivos comunistas”, en *Todo es Historia*, n° 448, noviembre de 2004.

objetivo que querés, que te escuchen y dar ideas. Entonces, el problema es cómo comunicar las ideas. El envase en este mundo tiene un peso gigantesco. Tenés que hacer algo corto, que pegue. Eso es trabajo de masas.

# Hegemonía, lucha de clases y estado

Adrián Piva<sup>1</sup>

El objetivo principal de este artículo es proponer una interpretación del concepto de “hegemonía” como *forma histórica de la lucha de clases*. Entendemos que tal interpretación es más consistente con las tesis centrales de Antonio Gramsci que las propuestas por Nicos Poulantzas y Ernesto Laclau; que permite vincular la reelaboración gramsciana del problema de la emancipación social y la dominación burguesa con su tematización por Karl Marx y el último Friedrich Engels; y sobre todo, que es adecuada para comprender los actuales procesos de dominación y lucha.

En este sentido, la interpretación propuesta del concepto de hegemonía intenta, en primer lugar, recuperar su carácter histórico, es decir, como categoría producida para explicar el desenvolvimiento de la lucha de clases en determinados espacios y períodos. Esto la diferencia del concepto formal y ahistórico de Laclau y de la caracterización poulantziana de la hegemonía como categoría correspondiente al “tipo de estado capitalista” en todo tiempo y lugar.

En segundo lugar, busca señalar la estrecha relación del concepto de hegemonía con el de acumulación de capital y, por lo tanto, el nexo entre crisis orgánica y potencialidad hegemónica de las clases subalternas. La potencialidad hegemónica de la burguesía se basa en su capacidad de presentar la propia expansión como expansión del “conjunto de las energías nacionales”.<sup>2</sup> Esto es, de presentar las condiciones de su reproducción particular como condiciones de la reproducción del conjunto social. Existe, por lo tanto, un vínculo entre la capacidad hegemónica de la clase dominante y la reproducción ampliada del capital. En tanto la reproducción ampliada de la relación de capital es, al mismo tiempo, “reproducción ampliada” del conjunto de las relaciones entre las clases y fracciones de clase, es condición de posibilidad de la universalización de los intereses de la clase dominante.

En tercer lugar, se intentará mostrar el vínculo indisoluble entre hegemonía y estado. La potencialidad hegemónica de las diversas clases y fracciones de

<sup>1</sup> Doctor en Sociología; docente en la Universidad Nacional de Quilmes; e-mail: apiva72@hotmail.com.

<sup>2</sup> Véase A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1998, p. 58.

clase sólo se realiza en “formas de estado” determinadas. En este sentido, en el último apartado de este artículo propondremos a la “hegemonía” como categoría de mediación entre la “forma-estado”, como forma potencialmente inscrita en el concepto de capital, y su actualización en “formas de estado” histórico-concretas.

Sin embargo, dado que haremos permanentes referencias a lo largo del trabajo a las interpretaciones de Poulantzas y Laclau quisiéramos, antes de desarrollar nuestra posición, exponer brevemente sus enfoques sobre el concepto de hegemonía.

## Poulantzas

Para Poulantzas, el concepto de hegemonía corresponde al análisis de “lo político” como nivel específico, es decir, como instancia autónoma correlativa a un modo de producción —el capitalista— cuyas características determinan la separación entre estado y sociedad civil.<sup>3</sup> Como tal, corresponde al estudio del “tipo de estado capitalista”, con independencia de sus formas históricas.

El concepto de hegemonía comprende, en primer lugar, las estructuras del estado capitalista en tanto instancia de universalidad. El estado moderno es un factor específico, con autonomía relativa y eficacia propia, de estructuración de un interés real de la clase dominante y que, al mismo tiempo, “aparece como representativo del interés general formal y abstracto de la nación”.<sup>4</sup>

En segundo lugar, el concepto de hegemonía comprende aquellas prácticas institucionalizadas y no institucionalizadas de las clases dominantes que tienen por objeto el mantenimiento o la toma del poder.

En este sentido, para Poulantzas la constitución de una hegemonía tiene una doble dimensión: la de la relación hegemónica clases dominantes—clases dominadas y la de la hegemonía al interior de las clases dominantes.

Tres aspectos caracterizan a la dominación política de clase en el capitalismo como hegemonía. En primer término, dada la autonomía relativa y el carácter “universalizante” del tipo de estado capitalista, éste no puede meramente ratificar los intereses económico-corporativos de las clases dominantes y debe garantizar la “asimilación” de una franja extensa de intereses económico-corporativos de las clases dominadas a los intereses políticos de las clases dominantes. Por lo tanto, “el estado está al servicio de los intereses políticos de las clases hege-

<sup>3</sup> Véase N. Poulantzas, *Hegemonía y dominación en el Estado Moderno*, México, Siglo XXI, 1986, y del mismo autor, *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, México, Siglo XXI, 1986.

<sup>4</sup> N. Poulantzas, *Hegemonía y dominación*, ob. cit., p. 51.

mónicas contra, frecuentemente, sus propios intereses económico-corporativos, y también del interés general de las clases o fracciones dominantes, constituido políticamente en interés general de la sociedad”.<sup>5</sup>

En segundo término, el concepto de hegemonía permite precisar la función y el carácter políticos de la ideología en las sociedades capitalistas. En las sociedades precapitalistas, en las que los hombres tenían relaciones a todos los niveles en tanto que seres naturalmente desiguales, la ideología tendría una función de racionalización o justificación de la dominación. En las sociedades capitalistas los hombres se relacionan realmente —aunque de modo formal y abstracto— como individuos iguales a nivel político. Por lo tanto, la mistificación consiste en extender esa relación real de igualdad formal al nivel económico-social, “y en reconstituir en un plano ‘imaginario’ la unidad ideal de una escisión real entre dos planos de la realidad: el estado y la sociedad civil”.<sup>6</sup> Es en este contexto que adquieren importancia el papel de las ideologías y de los intelectuales (en el sentido ampliado gramsciano) en la constitución hegemónica de las clases dominantes.

En tercer término, el concepto de hegemonía especifica el carácter del poder político en las sociedades capitalistas: la articulación de consentimiento y coerción. La autonomía de lo político y la constitución del estado como instancia de universalidad, determinan que la violencia de clase se presente como monopolio de la violencia legítima ejercida en el marco de un estado de derecho, como consenso revestido de coerción.

Al mismo tiempo, para Poulantzas, las clases y fracciones de clase dominantes en una formación social determinada son estructuradas en el estado como *una clase dominante* por medio de la hegemonía de un grupo social sobre otros subordinados. La lógica de la competencia capitalista tiende a fracturar a la burguesía en fracciones y a nivel de la lucha de clases los enfrentamientos tienden a asumir la forma de una relación compleja entre varias clases y fracciones. Es en el estado donde esta serie de complejas relaciones tiende a simplificarse como polarización entre clase dominante y clase dominada a través de la estructuración de las clases y fracciones de clase dominantes como “bloque en el poder”. La conformación de un “bloque en el poder” supone que la fracción de clase que llega al poder se constituye como fracción hegemónica, es decir, que a pesar de las contradicciones que la separan de las demás fracciones logra polarizarlas políticamente “organizando sus intereses específicos en interés general común de esas fracciones”.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> Idem, p. 56.

<sup>6</sup> Idem, p. 59.

<sup>7</sup> Idem, p. 69.

## Laclau

Laclau produjo un giro en el modo de considerar la hegemonía con la publicación en 1985 de *Hegemonía y estrategia socialista*.<sup>8</sup> Su punto de partida es la afirmación de que el desarrollo capitalista ha conducido a una creciente complejidad social en lugar de la polarización simple entre burgueses y proletarios esperada por Marx. Este problema, según Laclau, habría sido percibido tempranamente por diversos intelectuales y dirigentes socialistas. En particular por Sorel y Trotsky. Para Gramsci, siempre según Laclau, la emancipación de la clase obrera exige articulación hegemónica –a diferencia de Sorel– y dicha articulación cambia no sólo la naturaleza de las tareas –como en Trotsky– sino también la identidad de los agentes. Esto supone la existencia en el pensamiento de Gramsci de una dimensión ético-política constitutiva de toda identidad social.

Este desplazamiento tiene su expresión en la ambigüedad con la que Gramsci trata en los cuadernos de la cárcel la oposición sociedad civil–estado: “Si el Estado, definido como el momento político de la sociedad, no constituye una instancia dentro de una topografía, entonces es simplemente imposible identificarlo con la esfera pública. Si la sociedad civil, concebida como un espacio de organizaciones privadas, es en si misma el *locus* de efectos ético-políticos, su relación con el Estado como instancia pública se desdibuja”.<sup>9</sup> De este modo para Laclau “Estado” sería el nombre de una función –la de universalización– que excede sus límites institucionales, y hegemonía referiría no a una topografía –como en Poulantzas– sino a una lógica. Pero en tiempos de Gramsci las identidades aun tendrían a ser más estables y la identidad de clase predominante. Los cambios en el capitalismo de los últimos 30 o 40 años habrían dado lugar a una mayor fluidez e inestabilidad de las identidades y a un mayor desdibujamiento de la diferencia entre lo público y lo privado que ha puesto de manifiesto la ausencia de sujetos preconstituídos. En este sentido, la radicalización del concepto de hegemonía exige “reemplazar el tratamiento puramente sociologista y descriptivo de los agentes *concretos* que participan en las operaciones hegemónicas por un análisis *formal* de las lógicas que implican estas últimas”.<sup>10</sup> La lógica hegemónica describe, entonces, el modo específico de lo político como momento de

<sup>8</sup> Véase E. Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2004.

<sup>9</sup> E. Laclau, “Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas” en J. Butler, E. Laclau y S. Zizek, *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 55.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 58.

constitución y disolución de identidades consideradas como puntos temporarios de estabilización de procesos fluidos e inestables.

Laclau propone cuatro determinaciones formales de la lógica hegemónica. En primer lugar, la hegemonía supone la identificación de los objetivos de un grupo particular con los objetivos emancipatorios de toda la comunidad. La condición de posibilidad de dicha identificación es que ese grupo particular sea el que se encuentre en condiciones de derrocar al grupo social en el poder. Por lo tanto, *la primera dimensión constitutiva de la relación hegemónica es la desigualdad en la distribución del poder.*

En segundo lugar, la identificación de los objetivos de un grupo particular con la emancipación general requiere que el predominio del grupo social en el poder sea visto no sólo como una dominación particular sino como un obstáculo al logro de la plenitud de la sociedad, a lo universal mismo. Este es el punto central de la teoría de la hegemonía de Laclau. Un objeto tal, lo universal, es imposible, no puede haber tal plenitud y, por lo tanto, tampoco un objeto universal que la bloquee. Sin embargo, sin universal no es posible la constitución de lo social ya que la sociedad no es más que una pluralidad de grupos y demandas particulares. Lo universal es, entonces, un objeto imposible pero necesario, una falla en la estructura, un vacío en lo simbólico que requiere ser "llenado". El hecho es, por lo tanto, que una dominación particular deberá representar algo más que a ella misma (el bloqueo a la plenitud de la sociedad) y los objetivos de un grupo particular tendrán que representar algo más que a sí mismos (la emancipación general), es decir, deberán estar sobredeterminados. Asimismo, la condición para presentar la emancipación particular de un grupo como "emancipación general" será la construcción de la equivalencia de una pluralidad de demandas, esto es, la constitución de un sujeto antagonista. La segunda dimensión constitutiva de la relación hegemónica será, entonces, que *"la dicotomía universalidad/particularidad sea superada; la universalidad sólo existe si se encarna —y subvierte— una particularidad, pero ninguna particularidad puede, por otro lado, tornarse política si no se ha convertido en el locus de efectos universalizantes"*.<sup>11</sup>

De esa segunda dimensión se sigue que la operación hegemónica fundamental es la representación de una imposibilidad y, por lo tanto, que la representación de lo universal por un particular va a resultar siempre constitutivamente inadecuada. En este sentido, cuanto mayor sea la cadena de equivalencia entre las demandas que un particular represente, mayor será la distancia entre el nombre que las encarna y los objetivos particulares que nominara originalmente, se transformará tendencialmente en un *significante vacío*. Al mismo tiempo, el hiato

---

<sup>11</sup> Idem, p. 61.

constitutivo entre la particularidad y la universalidad que representa impide que la operación sea completamente exitosa, siempre quedará un residuo de particularidad en el significante vacío. Por lo tanto, la tercera dimensión constitutiva de una hegemonía es su dependencia de la producción de significantes tendencialmente vacíos que representen la universalidad al mismo tiempo que mantienen la incommensurabilidad entre universales y particulares. Esto supone que el antagonismo es fundamento de toda hegemonía y que, por ende, está siempre abierta la posibilidad de su subversión.

De las anteriores determinaciones se sigue que la representación —que nunca puede ser total— es constitutiva de la relación hegemónica. Por lo tanto, la cuarta dimensión constitutiva de la hegemonía es que la condición para su extensión es la generalización de las relaciones de representación.

En lo que sigue partiremos del análisis que realiza Laclau de dos citas de la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* de Marx para discutir su interpretación de Gramsci y proponer una interpretación de la noción gramsciana de hegemonía como forma histórica de la lucha de clases. Luego volveremos sobre la relación hegemonía/estado donde se pondrán de manifiesto las profundas diferencias con el enfoque poulantziano.

## La “hegemonía” como forma histórica de la lucha de clases

Ernesto Laclau señala la existencia en la obra de Marx de dos concepciones opuestas de la emancipación. Para ello, reproduce dos citas extraídas de la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Partiremos también de ellas para comenzar a discutir la tesis de Laclau. Las citas son las que siguen:

- 1) “El proletariado en Alemania comienza apenas a nacer en el movimiento *industrial* que alborea, pues la pobreza de que se nutre el proletariado no es la pobreza que surge naturalmente, sino la que se produce artificialmente, no es la masa humana mecánicamente agobiada bajo el peso de la sociedad sino la que brota de la aguda disolución de ésta, y preferentemente de la disolución de la clase media. (...) Allí donde el proletariado proclama la disolución del orden universal anterior, no hace sino pregonar el secreto de su propia existencia, ya que él es la disolución de hecho de este orden universal. Cuando el proletariado reclama la negación de la propiedad

*privada*, no hace más que elevar a *principio de la sociedad* lo que la propia sociedad ha elevado a *principio del proletariado*, lo que ya aparece personificado en *él*, sin intervención suya, como resultado negativo de la sociedad. (...) Así como la filosofía encuentra en el proletariado sus armas *materiales*, el proletariado encuentra en la filosofía sus armas *espirituales*, y cuando el rayo del pensamiento prenda en lo profundo de este candoroso suelo popular, la emancipación de los *alemanes* como *hombres* será una realidad.”

- 2) “¿Sobre qué descansa una revolución parcial, la revolución meramente política? Sobre el hecho de que se emancipe solamente *una parte de la sociedad civil* e instaure su dominación *general*; sobre el hecho de que una determinada clase emprenda la emancipación general de la sociedad, partiendo de su *especial situación*. (...) Para que la *revolución de la nación* y la *emancipación de una clase especial* de la sociedad coincidan, para que un estrato sea *reconocido* como el Estado de toda la sociedad, se necesita, por el contrario, que todos los defectos de toda la sociedad se condensen en una clase, que esta determinada clase resuma en sí la repulsa general, sea la incorporación de los obstáculos generales; se necesita que una determinada esfera de lo social sea considerada como el *crimen manifiesto* de la sociedad toda, de tal modo que su liberación se considere como la autoliberación general. Para que una clase de la sociedad sea la clase de la liberación por excelencia, es necesario que otra sea manifiestamente el Estado de sujeción”.<sup>12</sup>

De acuerdo con Laclau la concepción de emancipación expresada en el primer pasaje, y a la que denomina emancipación total, prescinde de toda mediación política. Su condición es la existencia de una clase universal, el proletariado, que producto de la expropiación de las clases medias, tiende a convertirse en una “vasta mayoría homogénea”. La corporización de la universalidad en el proletariado hace perder al Estado su razón de existencia y vuelve superfluo al poder como condición de constitución del sujeto contrahegemónico. De este modo, la emancipación así concebida conduce a la reconciliación plena, no mediada, de la sociedad consigo misma.

El segundo pasaje, por el contrario, expresaría una lógica emancipatoria que Laclau denomina emancipación política. En este caso, la ausencia de una

<sup>12</sup> Idem, pp. 49-50.

clase universal, la irreductible particularidad de los diversos agentes, supone como condición de la emancipación de un sector social la identificación de sus propios objetivos particulares con los objetivos de emancipación universal de la comunidad. La mediación política y la instauración de una dominación general son así condiciones de la emancipación de un sector parcial de la sociedad civil.

Bajo esta interpretación, por lo tanto, existe una oposición entre dos modos de la emancipación. Una, la emancipación total, supone la existencia, tendencial, de una clase universal y, por lo tanto, la supresión de la política misma. La otra, la emancipación política, supone lo universal como “un lugar vacío”, un “objeto imposible pero necesario” que requiere siempre de su representación por un particular. Intentaremos demostrar que tal interpretación de las citas precedentes no permite entender los aspectos centrales del problema de la emancipación social y la dominación burguesa en Marx, como así tampoco las rupturas en su tratamiento por Marx y Engels y su posterior reelaboración en el concepto de hegemonía de Gramsci. Este será el punto de partida para una interpretación de la noción de hegemonía de Gramsci como forma histórica de la lucha de clases, que entendemos más consistente con sus tesis centrales y con capacidad para explicar los actuales procesos de lucha y dominación.

Empecemos planteando que en las citas reproducidas Marx no opone a la emancipación social la emancipación política, sino la emancipación *meramente* política, esto es *exclusivamente* política. Ello se debe a que la emancipación social no prescinde de la mediación política.

En primer término, hay un nexo entre la capacidad del proletariado de representar en su emancipación particular la emancipación universal y la “aguda disolución social” cuyo producto es el proletariado. Este es un tópico que se halla presente en toda la obra de Marx, desde sus obras de juventud como la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* hasta sus obras maduras como *El capital* o *La guerra civil en Francia*, aunque como veremos existe una diferencia en la comprensión de su dinámica entre las primeras y las últimas. Como lo expresaré más adelante en *El capital*, el desarrollo de la propiedad privada del capital se basa en la destrucción de la propiedad privada fundada en el propio trabajo. Esta tendencia a la expropiación de los pequeños productores –inherente al desarrollo capitalista– a la conversión paulatina de los productores directos en proletarios separados de sus medios de producción, es realizada primero de modo violento, por medio del saqueo directo, en la llamada acumulación originaria y luego, predominantemente, a través de la lógica de la competencia capitalista, por medio del endeudamiento y la quiebra de los pequeños productores y los pequeños capitalistas. Sin embargo, en tal tendencia se funda no la supresión de la mediación política sino, para decirlo en términos gramscianos, la capacidad

hegemónica del proletariado. Es decir, la capacidad de presentar "su liberación como autoliberación general".

La resistencia de la "pequeña burguesía" y del campesinado al proceso expropiatorio puede a lo sumo ofrecer un congelamiento temporario de la situación alcanzada, y sólo puede hacerlo a costa del estancamiento económico, de transformarse ellos mismos en obstáculo al pleno desarrollo de las capacidades productivas. Por otra parte, toda vuelta atrás es imposible, ya que es la crisis de la pequeña propiedad, su propia disolución, la condición del desarrollo capitalista. Por el contrario, el proletariado, en su desposesión plena expresa "el crimen manifiesto de la sociedad toda", la "aguda disolución social" consumada. Mientras que su expropiador, el capitalista, aparece como el expropiador del conjunto de los sectores sociales y el obstáculo al pleno desarrollo de las capacidades productivas de la sociedad civil, "el estado de sujeción mismo". Por lo tanto, las tendencias descritas en el primero de los pasajes citados son la condición de posibilidad de la universalización de los objetivos particulares del proletariado.

¿Cuál es la diferencia, entonces, entre la "emancipación meramente política" y la emancipación social? La relación entre el interés particular y el interés universal, o dicho en los términos que utiliza Engels en la "Introducción" de 1895 a *La lucha de clases en Francia*, la relación entre los intereses de la minoría que conduce la revolución y los intereses de la mayoría que la acompaña.<sup>13</sup>

Pero esta relación está definida históricamente. Como señala Marx en la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* —en una de las partes suprimidas por Laclau del segundo pasaje citado— la fracción de la sociedad burguesa que se emancipa "emancipa a toda la sociedad, pero sólo bajo el supuesto de que toda la sociedad se encuentre en la situación de esa clase, que posea o pueda procurarse oportunamente dinero y cultura, por ejemplo".<sup>14</sup> Si la libera de la opresión de una clase es para someterla a la suya propia. Y su dominación, como clase, se realiza a través de la subsunción progresiva de la sociedad toda bajo el capital, esto es, de la liberación progresiva de los productores directos de sus condiciones tradicionales de existencia mediante la expropiación/separación de sus medios de producción. Es decir, su liberación en tanto individuos propietarios de mercancías es, al mismo tiempo, su sujeción como clase proletaria.

Las sucesivas revoluciones burguesas que sacuden a Europa después de 1789 y hasta 1848, repiten este proceso, lo profundizan y lo perfeccionan. Así, la revolución de febrero de 1848 "tenía, antes que nada, que completar la

<sup>13</sup> Véase F. Engels, "Introducción de F. Engels a la edición de 1895", en K. Marx, *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, Madrid, Espasa Calpe, 1979.

<sup>14</sup> K. Marx, *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Buenos Aires, Ediciones Nuevas, 1968, p. 38.

*dominación de la burguesía*, incorporando a la esfera del poder político, junto a la aristocracia financiera, *a todas las clases poseedoras*".<sup>15</sup> Este proceso, que como en un juego de postas, lleva a una fracción de la burguesía tras otra a encarnar sólo momentáneamente las aspiraciones de emancipación universal de la sociedad toda, conduce tan sólo al perfeccionamiento de la dominación burguesa. El movimiento de las revoluciones burguesas se agota, entonces, en la sucesión cada vez más desarrollada de las formas políticas de la dominación burguesa.

Pero este "movimiento dramático",<sup>16</sup> al decir de Marx, que lleva el papel del emancipador de una clase a la otra, llega finalmente al proletariado: "El 25 de febrero de 1848 había concedido a Francia la *república*, el 25 de junio le impuso la *revolución*. Y desde junio revolución significaba: *subversión de la sociedad burguesa*, mientras que antes de febrero había significado: *subversión de la forma de gobierno*".<sup>17</sup> Esto es, la emancipación de la clase obrera, en tanto subversión de la sociedad burguesa, puede representar la emancipación universal sólo en su determinación histórica específica: *emancipación de toda dominación de clase aunque no de toda dominación*. Lo que opone la emancipación social a la emancipación meramente política no es entonces la supresión de la mediación política, ni de las relaciones de poder, sino que la emancipación de toda dominación de clase que es condición de la liberación del proletariado, negación en acto de la propiedad privada, particulariza la dominación de clase burguesa y sólo en ese sentido particular es universal.

Ahora bien, el movimiento histórico descrito por Marx en sus obras de 1840 a 1850/52 es entonces el del fracaso de la burguesía en sostener la presentación de su interés particular como interés general, es decir, el del fracaso en consolidar su dominación en una forma de Estado estable, en establecer una *dominación hegemónica*. "Ninguna clase de la sociedad burguesa —señala Marx— puede desempeñar ese papel (el de representar su emancipación particular como emancipación general), a menos de provocar en si misma y en la masa un momento de entusiasmo, en el cual fraternice y se confunda con la sociedad universal".<sup>18</sup> Pero pasado el momento de entusiasmo, el carácter particular del interés de la fracción vencedora se manifiesta con total evidencia. Primero se tratará de una u otra fracción de la burguesía, que tratará de establecer su dominación general. Está fracción, la aristocracia financiera en 1830,

<sup>15</sup> K. Marx, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, Madrid, Espasa Calpe, 1979, p. 112.

<sup>16</sup> K. Marx, *Crítica de la filosofía*, ob. cit., p. 38.

<sup>17</sup> K. Marx, *Las luchas de clases*, ob. cit., p. 134.

<sup>18</sup> K. Marx, *Crítica de la filosofía*, ob. cit., p. 38.

será confundida con la burguesía misma y su dominación con la causa del antagonismo de clase. De este modo, otra fracción burguesa, la burguesía industrial en 1848, podrá confundirse con la sociedad universal en tanto un sector, la aristocracia financiera, represente el “estado de sujeción mismo”. Pero una vez concluida la labor de completar la dominación burguesa, una vez que todas las clases poseedoras han sido incorporadas a la esfera del poder político, es la burguesía de conjunto la que se enfrenta a su carácter particular. Esto es lo que representa junio de 1848, cuando el proletariado impone la revolución como subversión de la sociedad burguesa.

Ya en los acontecimientos de 1848, Marx comprende en ese movimiento histórico la *forma de la lucha de clases* del período, y descubre detrás de la acción revolucionaria de las distintas capas de la burguesía, la acción, improcesable políticamente por la burguesía, del proletariado. “Lo mismo que en las jornadas de Julio (de 1830) habían conquistado luchando la *monarquía burguesa* —afirma Marx—, en las jornadas de Febrero los obreros conquistaron luchando la *república burguesa*”.<sup>19</sup> Este es el hecho que aparece claramente, para Marx, en las barricadas de París del 25 de junio. Esta *forma de la lucha de clases* del período va a encontrar su síntesis en la Circular de 1850 en la fórmula de la *revolución permanente*.<sup>20</sup> En ella la permanencia de la revolución se funda en la acción permanente del proletariado y sólo alcanza su fin en la revolución proletaria. La incapacidad burguesa de canalizar el antagonismo obrero en una forma de estado que presente a cada momento su interés particular como interés general, su incapacidad de articular una dominación hegemónica, es el rasgo central de la lucha de clases en la Europa de la primera mitad del siglo XIX. Para Gramsci, la *revolución permanente* es la mediación dialéctica entre los movimientos orgánicos y de coyuntura de todo un período histórico, para el caso de Francia hasta 1871 con la comuna de París.<sup>21</sup> Este lugar es ocupado posteriormente por el concepto de hegemonía. *Hegemonía* no se opone entonces para Gramsci a emancipación total, como quiere Laclau, sino a *revolución permanente*, como *formas históricas de la lucha de clases*. Desde este punto de vista el pensamiento de Laclau es pre-hegemónico. La sucesión ininterrumpida de rupturas hegemónicas es el resultado de la incapacidad de todo particular de sostener la representación de la universalidad mucho más allá del “momentáneo entusiasmo”. De allí la esterilidad del modelo de Laclau para el estudio de la estabilización

<sup>19</sup> K. Marx, *Las luchas de clases*, ob. cit., p. 112.

<sup>20</sup> Véase K. Marx y F. Engels, “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas”, en K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas. Tomo I*, Moscú, Progreso, 1974.

<sup>21</sup> Véase A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo*, ob. cit., pp. 52-56 y 100-101.

de mecanismos de dominación hegemónica. Pero mientras para el joven Marx el proletariado representa el límite a toda eternización de este movimiento, para Laclau la falta de lo universal se convierte en la causa de un *perpetum mobile*. Sólo que la radical historicidad contingente de su modelo es el producto de una radical deshistorización de lo universal mismo, como lugar vacío de una estructura indecidible sin historia. De este modo, la revolución permanente se convierte en el nexo dialéctico entre estructura y coyuntura para toda forma social, en la condición misma de lo social.

Ahora bien, retornando a los pasajes citados de la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, observábamos antes que la tendencia, inherente al desarrollo capitalista, a la expropiación de los productores directos, “la aguda disolución social”, aparece como condición general de la capacidad hegemónica del proletariado. Frente a ello, la burguesía se presenta incapaz de una dominación hegemónica. Por esta razón, en el análisis de *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, es justamente la imposibilidad del proletariado de realizar su potencialidad hegemónica la condición del sostenimiento de la dominación burguesa. El proletariado francés, nos dirá Marx, debido al escaso desarrollo de la burguesía industrial, era todavía demasiado débil para ser la clase dirigente de la revolución de la nación. Pero al mismo tiempo, los obreros franceses “no podían dar un paso adelante, no podían tocar ni un pelo del orden burgués, mientras la marcha de la revolución no sublevase contra este orden, contra la dominación del capital, a la masa de la nación —campesinos y pequeños burgueses— que se interponían entre el proletariado y la burguesía, mientras no la obligase a unirse a los proletarios como a su vanguardia”.<sup>22</sup> El acabamiento de la labor de dominación política de la burguesía, la incorporación del conjunto de los explotadores al Estado, era el prerrequisito de una situación tal. Por eso, “[s]ólo al precio de la tremenda derrota de junio podían los obreros comprar esta victoria”.<sup>23</sup> Una vez que el conjunto de la burguesía impusiera su dominación general, la bancarrota de campesinos y pequeño burgueses, la aguda disolución social, los arrojaría al lado de los obreros. Ahora “el crimen manifiesto de la sociedad toda” no podría ser imputado a una fracción de la burguesía, sino a la dominación del capital mismo.

¿Pero dónde se encuentra el otro reverso de esta moneda: la incapacidad hegemónica de la burguesía? En su imposibilidad de otorgar concesiones. Al proletariado francés “fue su derrota la que lo convenció de esta verdad: que hasta el más mínimo mejoramiento de su situación es, dentro de la república

<sup>22</sup> K. Marx, *La lucha de clases*, ob. cit., p. 116.

<sup>23</sup> *Ibidem*.

burguesa una *utopía*; y una utopía que se convierte en crimen tan pronto como quiere transformarse en realidad".<sup>24</sup> En la misma situación se encuentra todavía la burguesía, en junio de 1848, respecto de campesinos y pequeño burgueses. Aún bajo el desarrollo de la crisis, el capitalismo francés, no tolera concesiones a estos sectores. No pueden rebajarse impuestos a los campesinos, ni transferirse la carga impositiva a la burguesía industrial y financiera sin ahondar la crisis de inversión y el déficit del estado. No puede rescatarse a los pequeños propietarios endeudados, sin socavar el sistema de crédito mismo. Si la pequeña burguesía lucha al lado de la burguesía para "salvar la propiedad" de la amenaza socialista, se enfrenta a la pérdida de *su propiedad* a manos del banquero una vez que el proletariado ha sido derrotado.

Sin embargo, ya en el *18 Brumario de Luis Bonaparte*, se observa, por parte de Marx, un cambio de percepción de la dinámica política de la lucha de clases que se sintetiza en el acabamiento de la obra estatal: ahora el Estado podía expresar el interés particular de la burguesía como interés general en tanto aparecía como por encima de todas las clases, incluida la burguesía. Esta realización de la autonomización de la esfera de lo político tenía un aspecto real: la autonomía relativa de los aparatos de Estado respecto de los intereses inmediatos de las distintas fracciones de la burguesía permitió, en las nuevas condiciones de expansión económica, la incorporación de demandas de la pequeña burguesía y el campesinado. A pesar de ello, la dominación burguesa sólo podía asumir la forma de una dictadura, pero a la cual debía subordinarse ella misma. Como señala Marx: "La burguesía hizo la apoteosis del sable y ahora el sable manda sobre ella".<sup>25</sup> ¿La razón? La incapacidad de la burguesía francesa de canalizar el antagonismo obrero dada su dificultad para otorgar concesiones a los trabajadores.

La capacidad de la burguesía para otorgar concesiones a la clase obrera, o a fracciones de la clase obrera, aparece con fuerza en Gramsci en su insistencia a lo largo de los *Cuadernos de la cárcel* en la formación de una aristocracia obrera y en la discusión del papel de los altos salarios en "Americanismo y Fordismo".<sup>26</sup> Puede decirse que en esta capacidad de canalizar el antagonismo obrero mediante el otorgamiento de concesiones, más modernamente mediante el mecanismo de la lucha salarial, reside el núcleo duro de la dominación hegemónica de la burguesía y de la expansión de la democracia formal y el sistema parlamentario.

<sup>24</sup> Idem, p. 132.

<sup>25</sup> K. Marx, *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Espasa Calpe, 1979, p. 344.

<sup>26</sup> Véase A. Gramsci, *ob. cit.*, pp. 285-322.

De modo que, en los escritos de Marx de 1840 a 1850/52, aparecen expuestos los elementos —definidos por su ausencia, históricamente aun no desarrollados— que en su conexión interna, constituirán la estructura de la lucha hegemónica entre burguesía y proletariado como superación de la “revolución permanente”. Del lado del proletariado, el vínculo entre disolución social y capacidad hegemónica como condición de posibilidad de una hegemonía obrera sobre las diversas capas medias, la que requiere para su realización de la intervención organizada de una voluntad conciente. Del lado de la burguesía, la capacidad de hacer coincidir su propia expansión con la expansión de las clases subalternas, incluida la clase obrera, canalizando el antagonismo obrero a través de una lógica reformista de las concesiones que presente a cada momento el interés de la burguesía como interés general. En términos de Gramsci: “El Estado es concebido como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del mismo grupo; pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías ‘nacionales’. El grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es concebida como una formación y una superación continua de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en donde los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea, hasta el punto en que chocan con el mezquino interés económico-corporativo”.<sup>27</sup>

En aquella estructura de la lucha hegemónica se inscribe el nexo entre reproducción ampliada del capital y hegemonía burguesa, y entre crisis general u orgánica y hegemonía socialista. La reproducción ampliada del capital es, al mismo tiempo, la reproducción ampliada de todas las clases. En tanto no se desarrolle, de modo predominante, sobre la base de la extensión de la plusvalía absoluta y del deterioro del salario y de las condiciones de trabajo del conjunto de la clase obrera, podrá ser presentada como expansión de las capacidades productivas de toda la sociedad.

Las condiciones históricas de este desarrollo, señaladas por la literatura marxista, son básicamente dos. En primer término, el tránsito desde la plusvalía absoluta a la plusvalía relativa como medio predominante de incremento de la masa de plusvalor producida. Este pasaje se halla ligado al desarrollo de la “Gran Industria” y a la asociación entre acumulación de capital y mecanización, y compatibiliza la expansión del capital con la reducción de la jornada laboral y el incremento simultáneo del empleo y el salario real. Durante la

<sup>27</sup> Idem, p. 58.

fase expansiva, entonces, la concentración (acumulación) del capital permite no sólo la reproducción ampliada de la clase obrera sino la canalización del antagonismo obrero, su internalización como motor del desarrollo capitalista. Al mismo tiempo, vinculadas a la expansión del consumo y a la difusión del crédito se asiste a la creación de nuevos capitales y al desarrollo de la pequeña propiedad. La segunda condición histórica es el imperialismo. Gramsci tiende a asociar el tránsito histórico de la fórmula de *revolución permanente* a la de *hegemonía* con la emergencia del imperialismo.<sup>28</sup> Si esta tesis parece estar vinculada a la de Lenin del imperialismo como fase del capitalismo, y de hecho lo está, cierto desfase temporal, Lenin sitúa el pasaje alrededor de 1900 y Gramsci lo fecha en 1870, y su discusión en el contexto del paso de la guerra de movimientos a la guerra de posiciones, la ligan más inmediatamente a las reflexiones del último Engels. En general, tiende a destacarse la influencia en la obra de Gramsci de la "Introducción" de 1895 de Engels a *La lucha de clases en Francia*. Pero hay otra introducción de Engels, la escrita en 1892 a *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, que junto con la primera debe considerarse como parte de sus preocupaciones por comprender los cambios que experimentaba el capitalismo al final de su vida. Allí, Engels señala algunos cambios relevantes desde que escribiera su obra de juventud. Por un lado, la integración de los sindicatos ingleses de base artesanal, de quienes dice: "no sólo sus patrones están contentos de ellos, sino que ellos están contentos de sus patrones. Forman una aristocracia dentro de la clase obrera".<sup>29</sup> Por otro lado, la expansión colonial del capital como respuesta a la crisis. De este modo, imperialismo, formación de una aristocracia obrera y respuesta a la crisis, se hallan anudados de un modo que nos recuerda a su tratamiento por Gramsci.

Este conjunto de cambios operados en la segunda mitad, y sobre todo en el último cuarto del siglo XIX, son entonces condición de posibilidad de la universalización de los intereses de la burguesía sostenida en la reproducción ampliada del capital. Pero si la reproducción ampliada del capital es, al mismo tiempo, reproducción del conjunto de las clases y sus fracciones, la crisis es crisis de reproducción de las formas de vida desarrolladas en el período expansivo y, por lo tanto, socavamiento de las bases de la hegemonía burguesa. La crisis es el momento de "aguda disolución social". La interrupción de la acumulación da predominio a los mecanismos de centralización del capital y a los procesos de expropiación de los pequeños productores. La lucha de la clase obrera,

---

<sup>28</sup> Idem, p. 101.

<sup>29</sup> F. Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Buenos Aires, Ediciones Diáspora, 1974, p. 16.

enfrentada a la ofensiva del capital contra sus salarios y condiciones de trabajo, adquiere entonces potencialidad hegemónica. Sin embargo, la realización de la capacidad hegemónica del proletariado requiere de la articulación conciente de una alternativa anticapitalista. De lo contrario, la lucha dentro de los límites del capitalismo sólo podrá ofrecer como resultado el bloqueo a la recomposición de las condiciones para la acumulación de capital. Y, por lo tanto, la prolongación y profundización del proceso de disolución social que afecta al conjunto de las clases. La incapacidad de la clase obrera de realizar su potencialidad hegemónica genera las condiciones, entonces, para la recomposición de la hegemonía burguesa. Ante la ausencia de alternativas, la preparación de las condiciones para un nuevo ciclo de reproducción ampliada del capital –quiebra de capitales, caída salarial, etc.– se presenta como la única salida al proceso de disolución social. La reconstitución de la dominación burguesa aparece como la reconstitución de lo social mismo. Pero entonces, esto supone que la hegemonía burguesa, como respuesta a la crisis, tiene elementos históricamente determinados de universalidad real. Esto es así en tanto su reproducción como clase particular de la sociedad es, dada la incapacidad de la clase obrera de realizar su potencialidad hegemónica, condición de la reproducción de la *totalidad social*. Sin embargo, hasta aquí, la condición de la reproducción social, como aspecto de universalidad real, se presenta todavía como lo que es: la reproducción de una particular dominación de clase. La presentación del interés particular de la burguesía como interés general requerirá referirnos brevemente al problema del estado.

## Hegemonía y estado

La teoría marxista del estado ha sido y es objeto de múltiples debates y desarrollos. En las décadas del '60 y del '70, el marxismo estructuralista reaccionó frente a los enfoques instrumentalistas y economicistas hasta entonces dominantes.<sup>30</sup> El estructuralismo enfatiza el carácter de “lo político” como instancia estructural diferenciada y no reductible a lo “económico” –las relaciones de producción– y la “autonomía relativa” del estado respecto de los intereses inmediatos de las diversas fracciones del capital. Esta teoría del estado, sin embargo, presenta –al menos– dos aspectos controversiales.

En primer lugar, no resuelve la cuestión del economicismo. Este reaparece en la medida que la determinación económica en última instancia exige explicar las

<sup>30</sup> Véase Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984; N. Poulantzas, *Hegemonía y dominación*, ob. cit.; del mismo autor, *Poder político*, ob. cit.

tendencias y patrones de transformación de las estructuras política e ideológica como efectos de la estructura económica, las que se consideran exteriores unas de las otras. Los intentos de escapar al economicismo han conducido a Poulantzas al “politicismo”, reduccionismo igualmente cuestionable y que se basa, simétricamente al economicismo, en la “cosificación” y separación de lo económico y lo político.<sup>31</sup> En segundo lugar, los estructuralistas observan las relaciones entre lo económico y lo político como relaciones de funcionalidad y/o correspondencia. Esto condujo a los enfoques estructuralistas —o tributarios del estructuralismo como la escuela de la regulación— a centrarse en la comprensión de la reproducción y las crisis como mecanismos sujetos a leyes objetivas, a restar potencia explicativa a la lucha de clases —a la que consideran exterior y limitada por/limitando a la acumulación de capital sujeta a leyes objetivas— y, por lo tanto, a limitar la contingencia de la acumulación y dominación capitalistas. También los condujo a considerar los períodos de crisis como meras fases de transición entre totalidades estructuradas por relaciones de funcionalidad y correspondencia.<sup>32</sup>

Desde finales de los años '60, un conjunto de intelectuales marxistas —la mayoría de ellos alemanes discípulos de la escuela de Frankfurt— dieron origen a un nuevo enfoque del estado conocido como “derivación lógica del capital”. Su proyecto era derivar la “forma estado” de la crítica marxiana de las categorías de la economía política: mercancía, dinero, capital. No podemos aquí desarrollar extensamente las diversas posiciones desplegadas en el debate, pretendemos simplemente exponer las principales coordenadas de un enfoque marxista del estado —heredero de aquel proyecto— que consideramos adecuado para la comprensión de la naturaleza del estado capitalista y productivo para explicar los procesos de dominación y crisis.

Este enfoque recupera el problema del estado en los términos en que fuera formulado por Pashukanis: “¿Por qué la dominación de una clase no continúa siendo aquello que es, esto es, la subordinación de hecho de una parte de la población a otra parte? ¿Por qué adopta la forma de dominación oficial del estado? O, lo que es lo mismo, ¿por qué no es creado el mecanismo de la coerción estatal como el mecanismo privado de la clase dominante? ¿Por qué se encuentra disociado de la clase dominante tomando la forma de un mecanismo impersonal de autoridad pública aislado de la sociedad?”<sup>33</sup> La respuesta se encuentra en la propia constitución de las relaciones de

<sup>31</sup> Véase A. Bonnet, *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989–2001*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008.

<sup>32</sup> Véase W. Bonefeld, “La reformulación de la teoría del estado”, en J. Hirsch, et al., *Los estudios sobre el Estado y la reestructuración capitalista*, Buenos Aires, Tierra del Fuego, 1992.

<sup>33</sup> Citado en J. Holloway, *Marxismo, Estado y Capital*, Buenos Aires, Tierra del Fuego, 1994, p. 79.

producción como relaciones capitalistas de explotación. La expropiación del productor directo de los medios de producción lo libera en dos sentidos: lo libera en tanto propietario de esa mercancía particular que es la fuerza de trabajo y, por lo tanto, lo relaciona con los capitalistas en la esfera de la circulación como individuos formalmente libres e iguales y lo libera de los medios de producción obligándolo a vender esa fuerza de trabajo para procurarse lo necesario para vivir. Mientras esta segunda liberación hace posible la explotación capitalista de la fuerza de trabajo, la creación de valor y plusvalor, la segunda —la presentación de la desigualdad real como igualdad formal en los actos de compra/venta del mercado— vuelve posible y necesaria la abstracción de la coerción, inherente a toda sociedad basada en la explotación, en la forma particularizada del estado. De modo que lo económico y lo político son en realidad dos formas de la misma relación social: la relación de capital, dos modos de la misma realidad de subordinación del trabajo al capital.<sup>34</sup> Esta apariencia objetiva de separación entre lo económico y lo político, entre acumulación de capital y estado es, a su vez, condición necesaria para la reproducción ampliada de la relación de capital como totalidad orgánica, como proceso económico-político. La lucha de clases resulta ella misma escindida en este proceso como lucha económica y lucha política, el obrero es a nivel político un ciudadano.

Sin embargo, este enfoque se enfrentó pronto a un límite. La “forma estado”, si bien inscripta como forma posible y necesaria en la misma noción de capital (en sentido estricto), sólo existe bajo formas históricas específicas de estado. Esta distinción analítica entre “forma estado” y “forma de estado” resulta muy útil a fin de entender, por un lado, por qué la dominación de la clase explotadora asume la forma de expresión de la voluntad general en la forma particularizada del estado, por qué el aspecto coercitivo de la subordinación del trabajo aparece como monopolio de la violencia legítima del estado y, por otro lado, que los modos de esa dominación y, por ende la forma de estado, varían según condiciones históricas. Pero, al mismo tiempo, dicha distinción plantea el problema de las llamadas “categorías intermedias”, es decir, de aquellas que dan cuenta de procesos de menores niveles de abstracción y de su relación con las categorías más abstractas. Puede derivarse lógicamente la “forma estado” de la forma capital, pero cómo dar cuenta de las “formas de estado”: del estado de bienestar- Keynesiano, del estado liberal, etc. Esta cuestión dio lugar a renovados debates, el más conocido es el debate sobre la reformulación del estado que intentó dar cuenta, en los años '80, del vínculo

<sup>34</sup> Véase J. Holloway, *ob. cit.*; A. Bonnet, *ob. cit.*; W. Bonefeld, *ob. cit.*

entre los cambios en el modo de acumulación y en la reestructuración del estado desde la crisis de mediados de los años '70.<sup>35</sup> Nuevamente reaparecía el problema de la relación entre lo económico y lo político. Hirsch y Jessop recuperaban críticamente categorías procedentes de la escuela de la regulación que reintroducían la problemática estructuralista.<sup>36</sup> Holloway, Clarke y Bonfeld buscaban explicar las transformaciones en la acumulación y el estado como sendas formas de la lucha de clases, es decir, como resultado de la alteración de las relaciones de fuerza. Los primeros reintroducían las dificultades y aporías del estructuralismo marxista, los segundos no podían dar cuenta conceptualmente de los cambios de forma en la acumulación y en el estado; la alteración cuantitativa de las relaciones de fuerza no alcanza a explicar los cambios en las lógicas históricas de la acumulación y del estado.

El concepto de hegemonía expuesto en el anterior apartado se inscribe en este último problema. Está planteado como una categoría de mediación entre la posibilidad abstracta de separación de lo político y lo económico, es decir, de la particularización de la "forma estado" y su realización efectiva en una "forma de estado". Entendemos que Gramsci lo pensó también de ese modo aunque enfrentara otros debates. Como decíamos allí, Gramsci opone *hegemonía* a *revolución permanente* en tanto formulas que describen la forma histórica de la lucha de clases en dos grandes períodos históricos. Se trata de conceptos que permiten —en términos de Gramsci— comprender el nexo dialéctico entre movimientos orgánicos y de coyuntura y entre estructura y superestructura para períodos de larga duración. En este sentido, a partir de un conjunto de transformaciones ocurridas durante el último cuarto del siglo XIX en los países centrales, "hegemonía" describe la forma histórica de desenvolvimiento de la lucha de clases. La potencialidad hegemónica de la burguesía, o de determinadas fracciones de la burguesía, se enraíza en la capacidad de presentar su reproducción particular como condición para la reproducción del conjunto social. Sin embargo, realizar esa potencialidad, presentar la expansión del capital como "expansión de las energías nacionales", requiere abstraer ese carácter de reproducción de lo social *en general* de su forma histórica concreta, esto es, de su carácter de dominación particular. Es decir, el discurso y la práctica hegemónicos de la burguesía deben operar, produciéndola y reproduciéndola, sobre la potencial y necesaria separación entre lo económico y lo político inscrita en la noción misma de capital. Como señala Marx respecto de la lenta labor de

<sup>35</sup> Véase J. Hirsch et al, ob. cit.

<sup>36</sup> Véase J. Hirsch et al., ob. cit.: B. Jessop, "Osos polares y lucha de clases", en *Cuadernos del Sur*, n° 21, mayo de 1996.

perfeccionamiento del aparato estatal por las sucesivas revoluciones burguesas: "Cada interés *común* (*gemeinsame*) se desglosaba inmediatamente de la sociedad, se contraponía a ésta como interés superior, *general* (*allgemeines*), se sustrata a la propia iniciativa de los individuos de la sociedad y se convertía en objeto de la actividad del Gobierno".<sup>37</sup> La realización de la hegemonía burguesa sólo se alcanza, entonces, en la forma del estado. Es en el estado, en ese lento y dificultoso desarrollo de mecanismos institucionales e ideológicos de canalización de las contradicciones sociales donde, en una "sucesión de equilibrios inestables", se presenta a cada momento el interés particular de la burguesía como interés general. Allí "la administración de los negocios comunes de la burguesía" aparece como administración de los intereses generales de la sociedad. Este proceso, sin embargo, sólo puede sostenerse mientras la reproducción del capital sea capaz de asegurar la reproducción del conjunto social. La crisis es así el límite y, al mismo tiempo, la resolución del despliegue de las contradicciones sociales durante el período expansivo.

Si la hegemonía se realiza en una determinada "forma de estado", el análisis de una determinada "forma de estado" reenvía al análisis de una hegemonía específica. El problema de la relación entre "forma estado" y "forma de estado" no es de carácter lógico. Refiere al modo siempre histórico-concreto en que la burguesía, en su lucha por mantener su dominio, produce y reproduce de modo continuo la separación entre lo económico y lo político.

Es por ello que Marx podía afirmar que el estado es una ficción: "La 'sociedad actual' es la sociedad capitalista, que existe en todos los países civilizados, más o menos libre de aditamentos medievales, más o menos modificada por el específico desarrollo histórico de cada país, más o menos desarrollada. Por el contrario, el 'Estado actual' varía con las fronteras nacionales. En el imperio prusiano-alemán es otro que en Suiza, en Inglaterra, otro que en los Estados Unidos. 'El Estado actual' es, por tanto, una ficción".<sup>38</sup> Sin embargo, se trata de una "ficción objetiva", de una apariencia objetiva de las relaciones sociales capitalistas. Que es una apariencia se pone de manifiesto en las crisis, durante las cuales el proceso de disolución afecta a todas las formas de las relaciones sociales capitalistas, se manifiesta como crisis mercantil, crisis dineraria, crisis de acumulación, pero también como crisis de representación, crisis política, como crisis de la "nación". Que es objetiva se pone de manifiesto en la recomposición —simultánea—<sup>39</sup> de la acumulación y de la dominación, en la recomposición del poder político.

<sup>37</sup> K. Marx, *El 18 brumario*, ob. cit., p. 346.

<sup>38</sup> K. Marx, *Crítica al Programa de Gotha*, Pekfn, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1979, p. 29.

<sup>39</sup> Véase A. Bonnet, ob. cit.

Dicha recomposición, como ya señalara Poulantzas, supone dos procesos: la hegemonía de una fracción de la burguesía sobre otras (hegemonía al interior de las clases dominantes, constitución de un “bloque en el poder”) y la hegemonía sobre las clases dominadas. Ambos procesos son inescindibles. Como planteáramos en el anterior apartado, la potencialidad hegemónica de determinadas fracciones de la burguesía radica en su capacidad de confundir su reproducción particular con la reproducción del conjunto social, es decir, de asegurar la reproducción del capital en general. Esto supone que la capacidad de subordinar a su estrategia de acumulación al conjunto de las clases subalternas se confunde, en un mismo movimiento, con su capacidad de subordinar a las otras fracciones de la burguesía.

Sin embargo, las diferencias de este enfoque con el poulantziano son profundas. Para Poulantzas las transformaciones en la forma de estado son producto de los cambios en el “bloque en el poder”, específicamente de su fracción hegemónica. Pero “hegemonía” para Poulantzas describe el modo de dominación de clase característico del capitalismo y refiere a la estructura del “tipo de estado capitalista” en tanto instancia autónoma y separada de la sociedad civil y de la estructura de relaciones de producción –lo económico– para todo tiempo y lugar. En nuestro enfoque, en primer lugar, dicha separación es un proceso continuo de producción y reproducción que nunca está asegurado. Es ello lo que caracteriza a la hegemonía como categoría de mediación entre forma–estado y forma de estado. En segundo lugar, los cambios en la forma de estado no refieren meramente a cambios en el “bloque en el poder” sino a transformaciones en el modo de la lucha de clases, es decir, a la cristalización de hegemonías específicas y, por lo tanto, escapa a una de las principales consecuencias del enfoque poulantziano: darle prioridad al análisis de las disputas entre fracciones de la clase dominante. En tercer lugar, conceptualiza a la hegemonía como forma histórica de la lucha de clases y establece un vínculo entre dichas formas y los modos de acumulación de capital –las formas concretas de su reproducción ampliada– como sus condiciones de posibilidad. En este sentido, la oposición gramsciana entre *revolución permanente* y *hegemonía* como formas de la lucha de clases para dos grandes períodos de Europa Occidental puede dar lugar a un malentendido, inscribir a ambas en un sendero evolutivo desde la “infancia capitalista” hasta su “madurez”. Desmiente este hecho la distinción sincrónica entre “oriente” y “occidente” realizada por el propio Gramsci, pero, además, en distintos espacios y tiempos o bien las transformaciones en el modo de acumulación pueden imponer severas restricciones a la potencialidad hegemónica de la burguesía o bien las dinámicas políticas específicas pueden bloquear la realización de un proceso que, por no estar asegurado, es esencialmente contingente.

---

### Resumen

El objetivo de este artículo es proponer una interpretación del concepto de "hegemonía" como forma histórica de la lucha de clases, es decir, como categoría producida para explicar su desenvolvimiento en determinados espacios y períodos históricos. En este sentido, intentaremos, en primer lugar, señalar el nexo entre reproducción ampliada del capital y hegemonía burguesa y entre crisis orgánica y potencialidad hegemónica de las clases subalternas. En segundo lugar, propondremos a la "hegemonía" como categoría de mediación entre la "forma - estado", como forma potencialmente inscrita en el concepto de capital, y su actualización en "formas de estado" histórico - concretas.

**Palabras clave:** Hegemonía; Lucha de clases; Crisis; Estado.

### Abstract

This paper proposes an interpretation of concept of "hegemony" as a historical form of the class struggle, that is, as a category produced to explain its development within specific historical spaces and periods. In that sense, we will first point out the connection between expanded reproduction of capital and bourgeoisie hegemony and the connection between organic crisis and hegemonic potentiality of subaltern classes. Second, we will suggest "hegemony" as a category of mediation between "state-form", as a form potentially inscribed within the concept of capital, and its realization in historical "forms of state".

**Keywords:** Hegemony; Class Struggle; Crisis; State.

---

### ¿Existe una dimensión étnica o racial desatendida en la investigación social en la Argentina? (Segunda entrega)

Continuamos con esta encuesta que lanzamos en el número anterior de *Nuevo Topo*. Las respuestas de Daniel Lvovich y Alejandro Grimson, publicadas entonces, nos convencieron de la necesidad de profundizar en este tema. En efecto, la discordancia entre las intervenciones y la vehemencia de algunas de sus posiciones dejaron en evidencia que se trata de un asunto de enorme interés y actualidad para el desarrollo de la investigación social en Argentina. La polémica continúa y aumenta su complejidad con las tres nuevas respuestas que publicamos en esta segunda entrega. Esta vez invitamos a la historiadora Mirta Lobato y a la antropóloga Claudia Briones a considerar nuestra pregunta. Por su parte, respondiendo al carácter abierto del debate que propusimos, el historiador Julio Vezub nos envió una contribución espontánea. Como el lector podrá apreciar, las posiciones siguen siendo encontradas, incluso antagónicas, lo que sugiere que estamos apenas en el comienzo de un debate que seguramente continuará de múltiples maneras en los próximos años. Desde *Nuevo Topo* esperamos haber contribuido a dejarlo planteado.

#### Las preguntas

Algunos desarrollos de las últimas décadas a nivel internacional, tanto en el plano teórico como en el historiográfico, han llamado la atención sobre las complejas formas en que las diferencias "étnicas" y las identidades "raciales" se combinan con las divisiones sociales y con el modo en que se expresan los conflictos de clase. Algo similar puede decirse respecto de las distinciones y jerarquizaciones de género, siempre atravesadas por las clasificaciones étnicas o raciales.

Los sistemas categoriales utilizados en la historiografía, las ciencias sociales y el pensamiento crítico, al menos en la Argentina, no han integrado todavía una discusión sistemática sobre las mencionadas cuestiones (en contraste con las situaciones de otros países latinoamericanos). Así las cosas, no disponemos

de un debate en regla sobre las nociones de "raza" y "etnia" o "etnicidad". ¿Se trata de categorías analíticas o de rasgos de la realidad empírica? Generalmente se observa un deslizamiento entre ambos planos, reificando uno de ellos (generalmente el de raza) o hiperculturalizando el otro (la etnicidad parece un efecto de atribuciones y reconocimientos y no un aspecto material de la existencia histórica). No está claro si el rechazo al uso racista de "raza" niega la perduración y eficacia de las ubicaciones racializadas en la sociedad, o si su empleo es acríticamente mimético de los usos académicos instalados en la universidad norteamericana.

Este tipo de consideraciones ha tenido un lugar menor en la Argentina, quizás bajo la caución de que el país no posee un "problema de razas". Algunos pocos trabajos recientes, especialmente desde los campos de la sociología y la antropología, han llamado la atención sobre el carácter "racializado" de algunos aspectos de las relaciones de clase en nuestro país. Otros han preferido hablar de etnicidades. En el campo historiográfico la atención es exigua. Los principales estudios disponibles acerca del proceso histórico de formación de las clases sociales en Argentina ni siquiera refieren a un hecho que es hoy patente a simple vista: que las diferencias entre ricos y pobres se superponen en buena medida con diferencias en el color de la piel. Las investigaciones sobre la historia de las identidades socio-políticas raramente han aludido a ese fenómeno. El factor étnico ha recibido atención de los historiadores casi exclusivamente para el análisis de las dinámicas de integración de los diversos contingentes de inmigrantes. Es prácticamente inhallable, sin embargo, cualquier consideración de la cuestión de las posibles diferencias étnico-raciales entre los argentinos de piel más clara y de orígenes europeos, y los que tienen pieles morenas o son étnicamente "criollos". A pesar de que referencias étnicas, raciales y racistas han formado parte central de varios procesos fundamentales de la historia argentina, los relatos habituales de la historia nacional no parecen advertir ninguna dimensión étnico-racial de relevancia en la formación de las identidades políticas.

Teniendo en cuenta lo dicho:

1- ¿Cuál es su perspectiva sobre la relevancia, coexistencia o antagonismo entre las nociones de "raza" y "etnia"?

2- ¿Considera Ud. que exista algún componente étnico o racial de relevancia para entender el modo en que se estructuran las relaciones de clase en Argentina, o para comprender la manera en que lo hicieron en algún momento del pasado? En caso afirmativo ¿cuáles serían esos elementos y de qué forma pudieron haber influido en los procesos sociales recientes o pasados?

3- ¿Opina Ud. que diferencias étnicas o de atributos raciales como el color de piel desempeñan o pudieron haber desempeñado algún papel relevante en la conformación de las identidades sociales y/o políticas argentinas? ¿Existe algún elemento étnico-racial que haya sido o sea utilizado en alguna medida como parte de alguna política subalterna?

4- En caso afirmativo de alguna de las dos preguntas anteriores, ¿Cree Ud. que la investigación social Argentina ha prestado suficiente atención a tales fenómenos? En caso negativo ¿Por qué?

5- ¿Qué conceptos, matrices interpretativas y perspectivas de política de la investigación deberían emplearse para extender el campo de relevancia de las cuestiones "étnicas" o "raciales"?

## Respuesta de Mirta Zaida Lobato

*"Quedan zonas, temas y problemas sin explorar pero el punto de partida no es el vacío"*

### 1.

La cuestión étnica ha estado integrada en mis investigaciones sobre los trabajadores de la industria de la carne por lo que es obvio que considero esta dimensión como relevante. Sin embargo el punto más importante es lo que la noción incorpora como problema a la agenda de investigación. Como es ampliamente conocido, la literatura sobre etnicidad es vastísima, y ella contiene varios ejes centrales de discusión tales como a) identidad nacional y otredad, b) etnicidad y clase, c) etnicidad y género, d) núcleos étnicos y fronteras, e) asimilación y pluralismo y d) raza y etnicidad. Cada uno de estos tópicos ocupa varios estantes de una biblioteca. En su momento (1985) comencé a pensar en la relación entre etnicidad y clase a partir del ensayo de Fredrik Barth<sup>1</sup>, un estudioso de origen alemán, que me ayudó a pensar las *fronteras de la etnicidad* en una comunidad obrera donde coexistían trabajadores de orígenes diversos. Las dos terceras partes eran inmigrantes europeos y los restantes nativos, muchos de ellos provenientes de provincias como Santiago del Estero, Catamarca o La Rioja (los clásicos "cabecitas negras" que los trabajos sobre el peronismo potenciaron). También fue importante para mí pensar los momentos de construcción de fronteras de etnicidad asociadas, por ejemplo, a cuestiones políticas o

<sup>1</sup> Véase Fredrik Barth (comp.), *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

a la valorización (o revalorización) de elementos culturales que habían caído en desuso, así como los símbolos que se seleccionaban y convertían en marcas de una identidad cultural.

Por otra parte el término “raza” me parecía (me sigue pareciendo) demasiado biologicista y esencialista en más de un aspecto. Por cierto que el término constituye un territorio complejo y de disputas teóricas y hasta políticas. La “raza” de las personas dio lugar a una larga historia de *persecuciones y a diversas formas de discriminación* de negros, judíos, indios, gitanos y fue (es) un componente importante de los *discursos racistas* que de manera intermitente aparecen en nuestro país, aunque no sólo aquí.

## 2 y 3.

Como he mostrado en *La vida en las fábricas* (2001 y 2004) los vínculos entre los trabajadores inmigrantes y los nativos son importantes para el análisis de las relaciones de clase en Argentina. La dimensión ha sido tomada también por otros estudiosos, por ejemplo en el examen del trabajo y la producción en los ingenios azucareros de Jujuy. Otro núcleo importante de reflexión se articula alrededor de la construcción de la nación. Muchos estudiosos han demostrado que se hizo bajo un proceso en el que se seleccionaron ciertos elementos y símbolos que implicaron subsumir e incluso soslayar otros componentes e identidades que confrontaban, o se engarzaban mal con el ideal de nación que se fue conformando. La complejidad del proceso no puede resumirse en unas pocas líneas pero si los inmigrantes del período de la inmigración masiva fueron perdiendo sus lenguajes y sus costumbres para dar lugar a un “tipo criollo”, a “una cultura de mezcla”, a la Argentina del “crisol de razas”, lo mismo sucedió, pero de un modo más violento, con las poblaciones indígenas que en tanto lenguas, costumbres e identidades culturales cayeron bajo el peso de la dominación colonial primero y de las campañas militares de finales del siglo XIX más tarde. Al decir esto de ningún modo estoy postulando la desaparición de la población indígena ni de su cultura, pues algunos trabajos muestran las formas de resistencia y de organización. En general los estudios históricos han mostrado claramente cómo ellos fueron proletarizados e incorporados al trabajo rural y urbano.

Resulta más complejo pensar, sobre todo para el siglo XX, el rol de la raza negra. Sin olvidar las investigaciones de George Andrews, Marta Goldberg y Oscar Chamosa, puedo afirmar que en los periódicos editados por los negros de Buenos Aires hacia 1870 ellos reclamaron el reconocimiento de sus derechos y de su identidad, pero es un aspecto poco explorado de la historia nacional. De modo que la raza y la cuestión étnica constituyen

componentes importantes del discurso sobre la identidad nacional que de ninguna manera pueden verse como excluyentes sino más bien deberían ser considerados en los particulares momentos en los que ellos se activan para dar forma a intereses políticos, a las competencias de poder, a las prácticas de diferentes clases y grupos sociales.

En los últimos años la prensa informó sobre estudios de ADN de la población que mostrarían un alto porcentaje de descendientes de negros en la Argentina. Una parte del sentido común y algunos intelectuales han tomado esa información para mostrar que efectivamente en la Argentina hay indios y negros, que "no todos descienden de los barcos". Por cierto es una verdad. Hay en este gesto un acto de acción afirmativa para partes de la población que en el contexto político más reciente se reivindican a sí mismos como descendientes de la población negra o se encolumnan en algunas de las tradiciones de los pueblos indígenas (mapuches, tobas, maticos). No es poco. Sin embargo, el debate político y social sobre cuestiones cruciales relacionadas con la visión de otros que son objeto de discriminación (indios, cabecitas negras, chinos y coreanos, bolivianos y paraguayos) sigue abierto. También permanece como interrogante en qué medida las ideas que circulan se apoyan en la investigación social más reciente.

Pero, si el debate político es importante, otra pregunta puede formularse a partir de los modos en que es posible desarrollar investigaciones sobre el tema cuando esa marca "racial" y/o "étnica" aparece difuminada. Pienso por ejemplo en los santiagueños que migraron a Berisso y que estamos estudiando con Daniel James. Aparece entonces una variedad de cuestiones que requiere de cierta imaginación para examinar cómo los elementos seleccionados como marcas de identidad pueden hablar de la "capacidad de autoctonía" de las clases populares. Esta capacidad es muy importante porque, siguiendo a Bernardo Canal Feijoo, ellas, aunque sean arrinconadas en su medio o por falta de recursos materiales, encuentran en la tradición la fuerza de una afirmación moral. Además me parece interesante señalar que en algunos testimonios recogidos entre santiagueños de Berisso aparece una clara división entre las personas que es de carácter ético. Por un lado se encuentran los criollos, quienes representan los valores más altos de la escala humana. ¿Quiénes son los criollos? La respuesta a este interrogante es compleja pero pueden ser tanto los descendientes de los "incas" (como representación de la cultura indígena) o los campesinos o los trabajadores. Por el otro, están los que no son criollos y que pueden aparecer bajo diferentes máscaras: el extranjero, el porteño presuntuoso, el santiagueño de la ciudad que da la espalda a la tradición oral de su provincia, o el propio criollo emigrado hacia zonas urbanas que es

deformado por la sociedad de consumo y la frivolidad. Al hacer esta referencia quiero enfatizar que cualquier análisis del tema tiene que dar cuenta de las complicadas interrelaciones y confrontaciones existentes en la formación de una identidad étnica. Esa identidad es a veces más inclusiva y otras más restringida dependiendo de los posicionamientos de los sujetos y de los contextos históricos que las condicionan.

La nación entonces tiene sus otros en plural. La idea de pertenecer a un lugar diferente pero siendo parte de la nación Argentina era reconocida por los migrantes internos de las clases populares que se instalaron en Berisso desde fines de la década de 1930, aunque ello no estaba tan claro en la experiencia de la población del territorio en el siglo XIX, tal como lo han demostrado José Carlos Chiaramonte y Ariel de la Fuente. Además, para esta época, en oposición a los inmigrantes europeos, los elementos de distinción no eran tan notoriamente visibles, por ejemplo, una vez más, entre los santiagueños. En realidad ellos formaban parte de un conjunto más vasto que se designaba con el nombre de "cabecitas negras" y que aludía a las clases trabajadoras que habitaban las barriadas periféricas y las "villas miserias" de la ciudad de Buenos Aires en particular. Los "cabecitas negras" podían ser de cualquier provincia: correntinos, riojanos, salteños, tucumanos, santiagueños, sanjuaninos, más o menos de piel oscura, más o menos de piel blanca. Muchos se sentían discriminados frente a la valoración negativa de sus prácticas implícita en la expresión "es cosa de indios". Pero los santiagueños de Berisso se reconocían como parte de un grupo más amplio —la nación— y confrontaban con los inmigrantes y los "porteños". Es imposible analizar las formas que tomaban las confrontaciones, en todo caso lo que podemos afirmar es que es posible advertir la defensa de su cultura (provincial/local) frente a la "cultura forastera" de los porteños y que esto constituye un claro posicionamiento político y cultural. Es interesante ver cómo, al mismo tiempo que se acelera por razones diversas la emigración de personas hacia el litoral, comienza a tomar forma una representación del interior que iba a oponerse al "pampeano-centrismo". Bernardo Canal Feijoo y Oreste Di Lullo son autores que leen el país en una dimensión opuesta a las lecturas de las elites letradas de Buenos Aires y que rescatan al folklore como componente decisivo de la cultura popular.

Para dar cuenta de la diversidad de cuestiones presentes quisiera destacar que Alberto Tasso, un estudioso santiagueño, señala que entre 1920 y 1950 el criollismo toma la forma de un "folklorismo institucionalizado" y que los grupos musicales y de danza encontrarán un espacio de aceptación tanto entre los provincianos radicados en Buenos Aires como entre las clases medias, pero que esas adecuaciones de la forma y el contenido de los mensajes y raíces

criollas, al trasvasarlas al corpus criollista, se “desnaturalizarán” explícita o disimuladamente, de acuerdo con los patrones del gusto, las necesidades y las preferencias de los públicos de las grandes ciudades.<sup>2</sup> El papel que la música y la danza tienen en la construcción de un nosotros por parte de los santiagueños de Berisso muestra la complejidad del fenómeno y sus múltiples funciones. En esta dirección al folklore en tanto música, bailes, costumbres y artesanías se le atribuirán valores y significados distintos no sólo por las clases sociales (medias, altas y populares) de la ciudad sino también en cada una de las provincias cuyos grupos letrados se convierten en agentes constructores de sentidos.

#### 4.

La pregunta así formulada es muy amplia pues depende de los desarrollos alcanzados por distintas disciplinas. Por ejemplo cualquier análisis sobre historia de las ideas de fines del siglo XIX presta particular atención al discurso científico y biologicista de la época. Basta con revisar los textos de Oscar Terán. El análisis del mundo del trabajo en los ingenios azucareros nos remite una y otra vez a las particulares experiencias de la población indígena (Nicolás Iñigo Carrera, Marcelo Lagos, Ana Teruel, Adriana Kindgard). Los estudios sobre la ocupación de la Patagonia refieren al destino de la población indígena (Enrique Mases, Walter del Río, Julio Vezub). La dimensión regional y el debate sobre la idea de Argentina ha sido puesta en cuestión por los llamados estudios regionales que se desarrollaron en cada una de las universidades nacionales. La música popular y el folklore fueron investigados por Oscar Chamosa y el antisemitismo por Daniel Lvovich. Por cierto quedan zonas, temas y problemas sin explorar pero el punto de partida no es el vacío. Si a los trabajos históricos sumamos los estudios de sociología rural y antropología el panorama se encuentra más diversificado. Pienso por ejemplo en las investigaciones de Roberto Benencia sobre la inmigración boliviana y el desarrollo de la horticultura, los de Claudia Briones, Alejandro Grimson y Sergio Caggiano sobre nación, cultura y diversidad cultural. Estoy segura de que me quedan algunos estudios sin mencionar, pero no quiero dejar afuera a los que fueron realizados en los años '70 sobre “cabecitas negras” y marginalidad. Para mí uno de los problemas que tenía el trabajo de Ezequiel Adamovsky que dio origen a esta encuesta era pensar que poco y nada se había hecho, sobre todo porque la selección de su contendiente para el debate sólo podía llevarlo por el camino

<sup>2</sup> Alberto Tasso, “El surgimiento del criollismo en el siglo XX. Un fenómeno de integración cultural mediante articulaciones regionales y de clase”, en *Cifra. Revista de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Santiago del Estero*, n° 2, 1991, pp. s/d.

recorrido en las conclusiones que presentó en las Jornadas Interescuelas de Historia realizadas en Tucumán en 2007.<sup>3</sup>

Una evaluación sobre el desarrollo de la investigación social en Argentina implica prestar atención a los cambios que se produjeron en los abordajes y modos de pensar el pasado, en las instituciones y en los interrogantes que se formulan las nuevas generaciones. No es esta una mirada complaciente sobre este proceso pero sí quiere dar cuenta de que el problema no puede resolverse en un *no o sí absoluto*. Las nuevas investigaciones tienen diversos puntos de partida, algunos de los cuales requieren de una mayor profundización en futuras indagaciones.

## 5.

Me parece que la lectura atenta del pensamiento clásico es tan importante como los nuevos aportes de la historia social de la cultura. Habría que re-visitar autores como Georg Simmel, Max Weber, Fredrik Barth o Antonio Gramsci, releer a historiadores como Anderson y Hobsbawm e incorporar algunas de las reflexiones de Stuart Hall sobre hegemonía y cultura popular y los interrogantes sobre quién habla por quién formulados por los historiadores de India en los llamados estudios subalternos. La verdad es que no tengo recetas en ese plano, pero pienso que la respuesta a interrogantes sobre qué significa *raza* y *etnicidad* en diferentes campos del conocimiento es necesaria para diseñar un camino propio que permita entender y explicar las identidades en juego y a los sujetos. También me parece fundamental analizar las herramientas con las que trabajaron en cada momento históricos pensadores locales, que quedaron encerrados dentro de las fronteras nacionales, y con las voces, cuando es posible, de los múltiples "otros". Tal vez con conocimiento más imaginación podamos ver cómo funcionan emociones, memoria, pasiones, percepciones en las formaciones identitarias. Los contenidos de etnicidad son muchas veces elusivos, con significados variables que a veces confrontan y otras forman parte de intereses económicos y políticos comunes y que están en continua competencia por el poder con otros grupos. Ver esas dimensiones y más allá de ellas es el desafío.

---

<sup>3</sup> Ezequiel Adamovsky, "Historia y lucha de clase. Repensando el antagonismo social en la interpretación del pasado", en *Nuevo Topo / revista de historia y pensamiento crítico*, n° 4, septiembre-octubre 2007, pp. 35-60.

## Respuesta de Claudia Briones

*“Marcaciones racializadas y etnicizadas en Argentina:  
Cegueras y sorderas persistentes”*

*Como prosigo un diálogo ya iniciado (celebrando que haya empezado y continúe), retomo, a veces explícita y otras implícitamente, a veces en acuerdo y otras en desacuerdo, expresiones de quienes lo comenzaron.*

### 1.

No podría contestar esto sin señalar primero que siempre hay dos registros desde los cuales se puede discutir la relevancia, coexistencia o antagonismo entre las nociones de “raza” y “etnia” (si no, resulta muy confuso saber de qué estamos hablando). Por un lado esas nociones son fruto de construcciones socio-históricas que hablan de diferencias sociológicas en tanto biológicas o culturales, respectivamente. Hablamos de teorías sociales sobre las diferencias sociológicas. Hablamos de formas de marcar y hacer sentido de –y hacer sentir, porque son prácticas– la heterogeneidad humana.

Por otro lado, ambas nociones han funcionado tiempo atrás como conceptos académicos (heurísticos o explicativos, según los casos) para analizar tal heterogeneidad y, en las últimas décadas, funcionan –constructivismo mediante– como metalenguaje para dar cuenta de esos procesos sociales de marcación. En verdad, hoy ya es más frecuente (y apropiado) hablar de prácticas de racialización o etnicización de diferencias, que de razas y etnias, lo que por sustantivizar pareciera implicar que estamos predicando sobre formas objetivas de agrupamiento humano y no sobre formas sociales de pensar y practicar lo social. En esto, el registro desde el cual, las Ciencias Sociales al menos, analizan racializaciones y etnicizaciones apunta justamente a dar cuenta de cómo, por qué y con qué efectos operan diferencias significadas socialmente como “naturales” o “culturales”.

Respecto del primer registro, lo primero a subrayar es que las formas sociales de marcar diferencias dependen o cambian según tiempo y lugar. Las construcciones hegemónicas de negritud o las de aboriginalidad no eran iguales en siglo XIX que ahora. Esas construcciones sobre qué implica ser o quién es negro o indígena no son iguales en EEUU que en (distintas partes de) Argentina. No hay por tanto respuesta única a la pregunta sobre la relevancia, coexistencia o antagonismo entre las nociones de “raza” y “etnia”. Eso depende de cada contexto.

Desde el segundo registro, podrían sintetizarse tres posturas. Aunque ya Weber reconocía que los grupos de estatus entramados étnicamente podían en

una de sus variantes dar cabida al fenotipo,<sup>4</sup> para ciertos autores todos estos procesos están antes o después anclados en lo racial.<sup>5</sup> Para otros, en cambio, etnicidad debería seguir siendo el concepto englobante.<sup>6</sup> Finalmente, para otro conjunto de científicos (entre los que me incluyo) raza y etnicidad son dos formas distintas de pensar y practicar diferencias entre conjuntos humanos: la primera anclada en factores biológicos difícil o muy lentamente transformables; la segunda en cuestiones culturales aprensibles y modificables en un mismo individuo.<sup>7</sup> Como aparejan distintos efectos, corresponde distinguir esas formas conceptual y analíticamente.

Lo propio de la época que nos toca vivir es que hoy los mismos sentidos hegemónicos declaman que está mal ser racista. Son comparativamente pocos ya los discursos sociales y científicos que usan la palabra raza-racial, pero eso no ha hecho desaparecer las prácticas racializadoras. Como dice Lvovich en su respuesta a esta encuesta, "la consideración de la noción de *raza* como un fenómeno biológico no ha desaparecido". Pero lo importante en esto es enfatizar que en todo caso los vocabularios sociales usados local e internacionalmente para hablar de manera racializada de las diferencias sociológicas se están sofisticando, complejizando; se están por un lado culturizando (en una época donde la cultura/lo cultural está explicativamente de moda) y por el otro incluso molecularizando. Más sobre esto después. En este marco, una de las cuestiones que me parece importante enfatizar es que estamos ante clivajes encarnados en relaciones sociales, instituciones y dispositivos de diversa índole, clivajes que, como dice Grimson en su respuesta, tienen alta capacidad performativa. Sostener entonces, como hace Lvovich, que "los modos de estructuración de las identidades colectivas (de clase, etnia, género, regionales, nacionales, etc.) dependerán en última instancia del relato que las fundamente" quita de nuestros campos de visión que nunca es una cuestión de relatos solamente. Hablamos de formas de construir y practicar diferencias que se materializan en accesos diferenciados a bienes, servicios y oportunidades. En tal sentido, los sectores sociales que padecen marcaciones racializadas y/o etnicizadas (además de otras) van haciendo sentido de diversas maneras de los factores

<sup>4</sup> Max Weber, "Ethnic Groups", en *Economy and Society*, New York, Bedminster Press, 1968, I, pp. 385-98.

<sup>5</sup> Brackette Williams, "A Class Act: Anthropology and the Race to Nation Across Ethnic Terrain", en *Annual Review of Anthropology*, vol. 18, 1989, pp. 401-444.

<sup>6</sup> Es la postura de Stuart Hall, "Old and New Identities, Old and New Ethnicities", en A. King, Binghamton, ed., *Culture, Globalization, and the World-System: Contemporary Conditions for the Representation of Identity*, New York, State University of New York, 1991, pp. 41-68.

<sup>7</sup> Entre otros véase M. Omi & H. Winant, *Racial Formation in the United States. From the 1960s to the 1980s*, New York, Routledge and Kegan Paul, 1986.

que afectan sus condiciones de existencia; van construyendo, en y a través de esa materialidad de efectos, lugares de apego e instalaciones estratégicas que luego simplificamos denominándolos "identidades sociales". La otra cuestión a enfatizar es que esas identificaciones nunca son ni compactas ni unívocas. Cambian según contextos y trayectorias y según qué luchas (y cómo) se puedan o se busquen luchar. Las identificaciones no son sólo estrategias voluntaristas, pues no se controlan todos los factores intervinientes en los procesos de marcación.

Tampoco puedo acordar con Lvovich en que la noción de etnia se caracteriza contrastivamente con la de raza porque "lo relevante en esta mirada son menos los rasgos diferenciales externos —como el color de piel, de ojos, de cabello— que los distintos sentidos que se puedan adjudicar —o no— a los mismos." Es un ejemplo de los frecuentes desplazamientos, tránsitos o confusiones entre raza/etnia desde los dos registros antes diferenciados, esto es, como cosas en sí de la realidad y como miradas teóricas sobre procesos sociales de significación.

## 2.

Cuando el gobierno manda a Biale Massé a diagnosticar las condiciones de trabajo de las masas rurales del norte del país, este observador no puede sino describir detalladamente las condiciones de explotación e injusticia a la que son sometidos los trabajadores indígenas y no indígenas del país y registrar simultáneamente el reclamo de los primeros en tanto integrantes de pueblos originarios. Así resume Biale Massé sus aprendizajes entre los trabajadores cañeros indígenas:

He hablado con más de diez caciques sobre la manera de reducirlos y las condiciones en que se someterían. Todos unánimemente me han manifestado lo mismo: que les den tierras en que fijarse, en lo suyo, que sea su propiedad reconocida, en la que no les molesten; ésa es la base; después que les pongan escuelas y personas prácticas que les enseñen a labrar la tierra. No quieren nada más; ellos vendrán al trabajo en la época oportuna y vivirán bien sin hacer daño a nadie.<sup>8</sup>

Varios son a su vez los trabajos que dan cuenta de cómo en los ingenios azucareros saltojujeños existía una pirámide étnica entre los trabajadores no calificados, mayoritariamente indígenas.<sup>9</sup> Saltemos unas décadas y en pleno

<sup>8</sup> Citado en Guillermo Gutiérrez, "El informe de Biale Massé y el nacimiento de la antropología nacional", *Revista Crisis*, vol. 37, Mayo 1976, pp. 28-33, cita en p. 31.

<sup>9</sup> Gastón Gordillo y Silvia Hirsch, "Indigenous Struggles and Contested Identities in Argentina. Histories

primer gobierno peronista encontramos al “malón de la paz”, que pedía que se reconocieran derechos de acceso a la tierra con base en la autoctonía y aboriginalidad de los demandantes. Podría dar ejemplos más contemporáneos y cotidianos (lo que no quiere decir que los efectos de los anteriores no se sigan padeciendo al día de la fecha de diversas maneras). Conversaba hoy a la mañana con un “vecino de otro barrio” sobre uno de los temas actualmente urticantes de espacio público en mi ciudad de residencia, Bariloche: el apoyo o rechazo a la instalación de un Wall-Mart en el pueblo. Su argumento simplemente era que, como siempre, este iba a tener precios beneficiosos al principio, para fundir a los pequeños comercios, pero que cuando deviniera en la única alternativa de abastecimiento, se iba a negar a emplear a esos mismos beneficiarios potenciales, “la gente del alto” que, como todos aquí sabemos, constituyen barrios mayoritariamente habitados por Mapuches y migrantes de origen chileno. Posiblemente, la certeza de mi vecino no salga en televisión o no tome estado lo suficientemente público. Forma sin embargo parte de certezas compartidas por varios conciudadanos de distintas partes del país. Por ende, cuando Lvovich sostiene que, en Argentina, “desde la perspectiva de la constitución de la estructura de clases, las diferencias étnicas no fueron en general un factor invocado por los actores involucrados,” creo que no diagnostica hechos, sino lo que han sido y son regueras y sorderas persistentes de lo que Lvovich llama “los discursos significativos —estatales, partidarios, sindicales, académicos—” ante los múltiples y continuos reclamos de quienes se han sentido y sienten discriminados y ninguneados por ser portadores de marcas selectivamente racializadas y etnicizadas.

En líneas generales, entonces, si partimos de la concepción de que distintos clivajes (raciales, étnicos, de clase, edad, género, región, etc.) se imbrican de manera históricamente específica en diversos contextos, más que preguntarse si existe “algún componente étnico o racial de relevancia para entender el modo en que se estructuran las relaciones de clase en Argentina”, hay que analizar el enclasmiento de contingentes racializados/eticizados, así como la racialización/eticización de ciertos segmentos de clase, procesos que han tenido diversa relevancia por regiones y épocas en el país.

### 3.

Para apoyar su argumento, Grimson introduce con razón esa peculiarísima creación de la formación argentina de alteridad, el “cabecita negra”, categoría

que he definido como fruto de procesos de interiorización de las líneas de color en el doble sentido de ligarlos al Interior del país y a los estratos socialmente más bajos de la argentinidad. En esto, entiendo que nuestro país ha apuntado desde mediados de siglo XIX a ir inscribiendo de diversos modos y por distintos canales dos movibilidades estructuradas fundacionales, apoyándose para ello ideológicamente en la operatoria de dos *melting pot* simultáneos y diferentes. Si de un crisol salieron “cabecitas negras” (espacio de enclasmiento subalterno por fusión –y más allá de cómo cada cual se autoadscibiera– tanto de indígenas y de afro-descendientes, como de sectores populares del interior y eventualmente inmigrantes “indigeribles”), del otro fueron emergiendo los considerados “argentinos tipo”, pensados como mayormente blancos, de aspecto europeo y pertenecientes a una extendida “clase media”.<sup>10</sup> Mientras por momentos estos dos crisoles parecen coexistir en silenciosa yuxtaposición, en otras ocasiones ese forzado silencio estalla en imputaciones que hasta pueden parecer extemporáneas por la eficacia de las sorderas y cegueras históricamente administradas por las elites morales para forjar una imagen de Argentina como “país no latinoamericano”. Uno de esos momentos claves para la historia del país sin duda ha sido cuando lo que unos rotulaban de “aluvión zoológico” aparece confrontando con lo que las políticas subalternas o para los subalternos fueron tratando de transformar en identificación digna (“grasitas”, “descamisados”, etc.) para convertir categorías de opresión en categorías de disputa. Recientemente, quizás haya sido Luis D’Elia quien con más prensa a favor y en contra operó el retorno de lo reprimido, la silenciada historia de los dos crisoles, al radiografiar al país –literal y simplificadoramente– en “blancos” y “negros”.

En todo caso, dos son las cosas a destacar aquí. Primero, las prácticas de racialización comprometen diacríticos mucho más amplios que el color de la piel. Remiten a una serie de características que vienen con uno, por su descendencia, y que no son inmediatamente modificables. Hay entonces racializaciones en ideologías aparentemente contrapuestas, pues tiene un anclaje racializado tanto la idea de la “Argentina blanca” como la de la “Argentina mestiza”. Hay a su vez formas nuevas o remozadas de racialización, como por ejemplo cuando la información científica de un 56% de aplotipos indígenas en bancos de sangre capitalinos y bonaerenses se transforma en el aserto de que “el 56% de los argentinos tiene sangre indígena”, como si efectivamente

---

<sup>10</sup> Claudia Briones, “Formaciones de alteridad: Contextos globales, procesos nacionales y provinciales”, en Claudia Briones, ed., *Cartografías Argentinas. Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*, Buenos Aires, Antropofagia, 2005, pp. 11-43.

las pertenencias fuesen una cuestión de “sangre”. Segundo y a la luz de infinidad de ejemplos conocidos y desconocidos de reclamo de reconocimiento de ciudadanías con particularidades culturales, no por recurrente es menos irrespetuoso sostener que, recién ahora y por conveniencia, cierta gente inventa o descubre sus pertenencias indígenas, por ejemplo. Lo que tal vez pase ahora es que se dan contextos donde anclajes de pertenencia históricamente silenciados o estigmatizados encuentran, por un lado, vías menos censoras de expresión y por el otro, buscan activamente promover campos de interlocución más amplios y heterogéneos. Era hora que esto tomase estado público. Además estamos ante un mandato constitucional.

## 4.

Nicolás Iñigo Carrera por ejemplo define como de larga data al prejuicio de dar poca relevancia en Argentina a los obreros de origen indígena y a su contracara, los indígenas como obreros.<sup>11</sup> Así que, aun cuando no es sencillo ni prudente generalizar por todas y cada una de las Ciencias Sociales, arriesgaría que las producciones de este campo académico-intelectual tendieron a reinscribir/alimentar los discursos dominantes sobre la formación nacional de alteridad o, como la antropología, a enclavarse en sus discusiones.<sup>12</sup> Posiblemente esto sea así porque, antes que académicos, somos ciudadanos con sentido común inscripto desde alguna formación nacional de alteridad, lo cual nos facilita ver/hacer ciertas cosas y nos dificulta ver/hacer otras. Y, nos guste o no, podemos convertirnos en intelectuales orgánicos por acción o por omisión.

## 5.

Es imperioso profundizar líneas de investigación que se han iniciado y que buscan dar cuenta no sólo de la formación nacional sino también de las formaciones provinciales de alteridad. Necesitamos análisis interdisciplinarios, contextualizadores e historizantes, que permitan entender por qué se rearticulan identificaciones diferenciadas donde el sentido común y la geografía simbólica hegemónica de nación indicarían que no debieran darse (el apotegma de campesinos que por interés devienen indígenas como si en un momento no hubiese habido un proceso inverso y como si el mismo, por definición, no pudiera ser reversible), pero también por qué no se asumen ciertas identificaciones allí

<sup>11</sup> N. Iñigo Carrera, “El problema indígena en la Argentina”, *Razón y Revolución*, n° 4, 1998, disponible en <http://www.razonyrevolucion.org/textos/revryr/prodetrab/ryr4Carrera.pdf>.

<sup>12</sup> C. Briones y R. Guber, “Argentina: Contagious marginalities”, en Deborah Poole, ed., *A Companion to Latin American Anthropology*, Oxford, Blackwell, 2008, pp. 11-31.

donde las mismas no resultarían tan sorprendentes (originarios que se definen como campesinos/trabajadores/desocupados/piqueteros y no como indígenas, como si cada una de estas identificaciones tuviese además que ser excluyente y exclusiva). En esto, no basta entonces con sopesar los efectos de continuas e insidiosas racializaciones encubiertas, sino que resulta imperioso analizar también la positividad de los procesos comunalizadores que han alentado ciertas rearticulaciones de pertenencias y desalentado (por el momento, al menos) otras igualmente posibles.

Me parece en todo caso que preguntarnos por si tuvo/no tuvo relevancia “el componente étnico o racial” en la conformación de “las identidades sociales y/o políticas argentinas” (como interrogante a ser respondido de una única manera para todo el país y para todo momento) nos entrapa más de lo que nos ayuda. Por un lado, porque niega que identificaciones como miembros de algún pueblo originario o como afroargentinos sean identidades sociales y/o políticas argentinas. Por el otro, porque convierte en polaridad lo que en verdad siempre opera por compleja imbricación. Además, polarizaciones de ese tipo tienden a devenir performativas y a confinarnos a participar de las grandes discusiones nacionales como si estuviésemos jugando un River-Boca, mirando unos desde lugares demarcados de poder para enfatizar que todos los conciudadanos y habitantes han sido/debieran sentirse asimilados; mirando otros desde los lugares de la marca para insistir en que sólo hubo discriminación y ninguna positividad en procesos de incorporación de clase o cívica.

Pero hay antídotos frente a esta trampa. Simplemente debemos batallar contra las persistentes sorderas y cegueras nacionales, escuchando/observando lo que han venido/están diciendo y mostrando de sí conciudadanos y habitantes, menos para juzgarlos que para tratar de entender por qué.

## Respuesta de Julio Vezub

*“Para la historiografía argentina de las últimas décadas lo ‘étnico’ remite en lo fundamental al fenómeno migratorio trasatlántico.”*

### 1.

Como se ha planteado en la presentación de esta consulta en el número anterior de *Nuevo Topo*, pese a la proliferación de bibliografía todavía falta un debate en regla sobre las nociones de “raza”, “etnia” y “etnicidad”, una carencia que se ubica a la zaga de los desarrollos más potentes en torno a la categoría de “clase social”, como quedó demostrado en el apartado dedicado a la misma en

el número 4 de la revista. Al igual que “clase”, las categorías o los conceptos de “raza” y “etnia” necesitan ser historiadados, sin restringirse a la pregunta por su adecuación a la realidad, sino explorando principalmente cómo se construyeron, cómo circularon y qué efectos sociopolíticos produjeron en contextos de alimentación recíproca entre la ciencia y la ideología, dado que —retomando el trabajo de Ezequiel Adamovsky que originó esta encuesta— “la dominación supone un constante *proceso de clasificación*” también en este terreno.

“Raza” y “etnia” se utilizaron como sinónimos durante la segunda mitad del siglo XIX. El segundo concepto se desagregó paulatinamente del primero para configurarse como su expresión cultural, sobre la base del evolucionismo positivista conforme al cual el ambiente y la geografía determinan la raza, y ésta prefigura la etnia o la cultura. Dentro de las variantes teóricas que enfatizan la adaptación como clave explicativa del cambio social prevalece también la yuxtaposición de ambas categorías. (Aclaro que me refiero alternativamente a “raza” y “etnia” como “categorías” o “conceptos” según su grado de formalización como teoría).

No obstante la difusión extendida de la ruptura que produjeron Leach y Barth hacia 1960, y la inclusión obligatoria de *Los grupos étnicos y sus fronteras* en toda bibliografía, los científicos sociales que se ocupan de precisar cómo utilizan estos planteamientos relacionales e históricamente contingentes de los fenómenos de la etnicidad son pocos, aunque hay excepciones destacadas en el ámbito intelectual argentino y latinoamericano.<sup>13</sup> Esa tensión se resuelve formalmente, sin explicitar las dificultades de la teoría de Barth para pensar las continuidades ni las condiciones de posibilidad dentro de las cuales los sujetos individuales o colectivos definen sus identidades. Al incorporarla al sistema de citas, resta la contradicción entre el “marco teórico” declarado y el tratamiento empírico del problema que se propone resolver cada autor. Los antropólogos sociales se desenvuelven bastante mejor que los historiadores en este terreno.

Por su parte, los antropólogos biólogos prefieren hablar de “poblaciones” en lugar de “razas”, conforme a la gran diversidad de caracteres genéticos que reconocen dentro de cada grupo circunscrito de individuos. Ello contrasta con la abundancia de elementos comunes entre individuos pertenecientes a distintas “poblaciones”, las que contradicen las tipologías raciales. Esta constatación explica, junto con la renovación metodológica, que la “antropología biológica” haya reemplazado a la “antropología física” como disciplina durante las últimas décadas. En su fuerte impronta evolutiva, no queda del

<sup>13</sup> Edmund Leach, *Sistemas políticos de la Alta Birmania. Estudio sobre la estructura social Kachin*, Barcelona, Anagrama, 1976; Fredrik Barth, ob. cit.

todo claro si estos cambios responden exclusivamente a la evidencia empírica y las nuevas técnicas de observación, o a la demanda de adecuación política de sus categorías.

Referirse a “blancos” e “indios” ilumina poco el campo que conozco mejor, el de la problemática “historia indígena” del sur americano. Allí se visualizan las distorsiones y la confusión entre categorías raciales y culturales. Las fuentes del siglo XIX no registran “blancos”, mientras sí anotaban “cristianos” o “españoles”. La instalación de los fenotipos y el color en las narrativas fronterizas y en la historiografía subsiguiente muestran la fuerza del pensamiento racial en el tránsito del siglo XIX al XX. La sentencia de Grimson según la cual “la maquinaria de producción de clasificaciones y distinciones estadounidense racializa todo lo que toca” bien podría hacerse extensiva a la Argentina, pero en la clave de una fábrica de homogeneidad ilusoria. Análogicamente, los europeos clasificaban “naciones” en sus esfuerzos de cognición y control de la organización sociopolítica americana. En ese proceso de comprensión la “etnia” se concibió como la fase inferior de las naciones modernas, siempre sobre el sustrato de la “raza”. De este corolario se ha deducido una interpretación muy aceptada en los últimos diez años, la de las “identidades impuestas”. Me refiero en lo fundamental al trabajo de Nacuzzi que abrió la crítica del esencialismo etnológico en Pampa y Patagonia, pero redujo la comprensión de las disputas por la identidad a las ficciones de los colonizadores y sus continuadores los etnólogos, desatendiendo el poder performativo de los conceptos y las agencias de los actores.<sup>14</sup> Es decir, el énfasis en los procesos de “construcción”, “imaginación” e “invención” hizo perder de vista el peso de las continuidades, y que los sujetos históricos intervienen y a la vez alteran opciones acotadas. La cantidad de libros titulados *The Making of...* o *The Invention of...*, para cualquier región del planeta, introduce una sospecha sobre la originalidad y la eficiencia de ese paradigma que diluye qué tiene de específico la etnicidad en relación con otras formas de la identidad, básicamente la creencia de la descendencia de un ancestro en común, o un parentesco ampliado.

Últimamente se experimentan dificultades similares con la difusión generalizada de las categorías de recambio, “mestizaje” e “hibridación”. Yo también las he utilizado para eludir el esencialismo y las limitaciones de su crítica, pero las objeciones recientes con base en las escuelas de antropología chilenas, y en la intelectualidad mapuche, contribuyen a desmontarlas en tanto un “indio original” es frecuentemente reemplazado por un “mestizo original”. Dicha teoría

<sup>14</sup> Lidia Nacuzzi, *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, 1998.

social tienen una fuerte matriz biológica, solidaria con el borrado de los sujetos y los conflictos de la alteridad. En síntesis, la sola constatación de que “raza” y “etnia” son conceptos y categorías operados por discursos diversos muestra su relevancia, y que son dignos de atención para las ciencias sociales.

## 2.

Efectivamente. Un buen ejemplo lo proporcionan los litigios judiciales que se libran actualmente en la provincia del Chubut entre mapuche-tehuelches y descendientes de europeos por la propiedad de la tierra. En estos conflictos que polarizan a “crianceros” y “fiscaleros” por un lado, y a hacendados medianos y grandes por el otro, tanto las partes como los jueces recurren a peritos antropólogos y legitiman sus reclamaciones o fallos con argumentos etnológicos, relativos a la precedencia de tal o cual etnia en el territorio nacional que se ha configurado posteriormente. No hay instancia más propiamente clasista que el derecho de propiedad, en este caso una evidencia a favor de la advertencia de Adamovsky sobre las luchas que se expresan a través de identidades que trascienden el mundo de los burgueses y los obreros. Se trata simultáneamente de conflictos étnicos y de conflictos de clase que son codificados en un lenguaje étnico.

Para comprender la relevancia del componente étnico o racial en esta encuesta se ha interrogado por las “relaciones de clase” y las “políticas subalternas”, pero falta preguntarse por la “nación”. Este es el elemento restante para determinar su implicancia en los fenómenos del Estado y la dominación. Si se remonta el análisis al siglo XIX se reconocerá la incidencia de las jefaturas mapuches y tehuelches en la configuración de los límites nacionales. Las relaciones de los estados nacionales emergentes de Argentina y Chile con diferentes redes de *lonkos*, *gamákias* o “caciques” fueron decisivas para que las regiones en disputa hayan sido anexadas por uno u otro país. En pleno siglo XX, la crisis del liberalismo y la frustración de las expectativas sobre los efectos armonizadores de la inmigración de masas devolvieron la atención sobre “gauchos” y “patagones” como baluartes de recambio de la identidad nacional. Por entonces Bialek-Massé comparaba la fuerza muscular de los trabajadores tobas y maticos de los obreros con los colonos chaqueños de origen europeo. Ya con el peronismo, las investigaciones del Instituto Étnico Nacional dependiente del ministerio del Interior, cuyo eslogan era “conócete a ti mismo”, medían la talla de los conscriptos de todo el país y sus publicaciones incluían artículos que retomaban los intentos de Bialek-Massé, comparando la resistencia de los colonos galeses y los tehuelches del Chubut. Todo este rodeo tiene por objetivo ilustrar el peso de los elementos étnicos y raciales en la estructuración de las

relaciones de clases, tanto en lo relativo a la explotación como a su integración hegemónica y a la construcción de las identidades políticas. Como otros fenómenos de larga duración de la historia argentina, estas disputas adquieren alta visibilidad con el peronismo, cuyo “Estatuto del Peón” introdujo cambios en las condiciones de vida rurales que en el caso de los territorios nacionales pueden ser leídas como políticas indigenistas. El caso de la Liga Patriótica Argentina y sus “brigadas indígenas” para controlar las amenazas proletarias y extranjerizantes en Patagonia muestra la dualidad de estos fenómenos de producción de hegemonía.

Desde la década de 1870 los campos de concentración en Patagonia septentrional, las políticas de exterminio, la reducción de mano de obra esclava y la “producción de un desierto biológico” que allanase la explotación lanar en Santa Cruz y Tierra del Fuego<sup>15</sup>, la desarticulación de familias, los traslados forzados de tobas al Río Negro y de mapuches y tehuelches a Cuyo y Tucumán, delinearon una ingeniería demográfica y clasista de gran escala, cuya eficacia supuesta en términos de homogeneidad solamente dilató la eclosión de los conflictos. Como lo muestran algunos trabajos recientes, la perduración de las memorias de esas diásporas aporta un primer elemento para responder a la pregunta siguiente desde el registro histórico, en tanto que narraciones étnicas que son también políticas subalternas.

En relación con Buenos Aires, corazón del reduccionismo historiográfico sobre la “cuestión obrera”, Milcíades Alejo Vignati, uno de los “etnohistoriadores” más notorios de mediados del siglo XX, dictaminó en 1960 que “el indio ya no existe” en esa provincia y que el mantenimiento de una colonia mapuche en la localidad de Los Toldos era “un error social” cuya enmienda permitiría a Buenos Aires “mostrar con orgullo su censo racial limpio de toda tara indígena”. Vignati comparó favorablemente la integración de los patagónicos con el peligro de “un aluvión del área chaqueña [que] ha invadido el gran Buenos Aires”. Las metáforas hidrológicas y botánicas, empleadas en plena proscripción y apogeo del lenguaje del bestiario para referirse al peronismo, alentaban a recomendar que ese aluvión fuese devuelto “[...] a sus lares si no se quiere que en el próximo censo, el guarismo de gentes de color ocupe un lugar destacado que constituiría una vergüenza para la provincia, hasta hace poco redimida de esa maleza”<sup>16</sup>.

<sup>15</sup> Para un trabajo que supera los límites del análisis estrictamente étnico o de clase, véase Joaquín Bascopé Julio, “Pasajeros del poder propietario. La sociedad explotadora de Tierra del Fuego y la biopolítica estanciera (1890-1920)”, en *Magallania*, vol. 36 (2), 2008, pp. 19-44.

<sup>16</sup> Milcíades Alejo Vignati, “El indigenado en la provincia de Buenos Aires”, en *Anales de la Comisión de Investigación Científica*, vol. I, La Plata, Gobernación de la Provincia de Buenos Aires, 1960, p. 132.

Los colegas consultados anteriormente por *Nuevo Topo* ofrecieron varios ejemplos (la negrada, la gringada, los cabecitas, etc.), sin que haga falta ser redundante para entender el peso racial y étnico en relación con las clases.

### 3.

En la que quizá sea la mayor discrepancia con los encuestados precedentes, Lvovich concluye "la inexistencia de un relato *nativo* sobre su propia identidad", afirmación que libera a la historiografía de responsabilidad. He referido la vigencia de narrativas como los *ngutram* sobre las trayectorias y las pertenencias mapuches, que dan cuenta de la guerra de la segunda mitad del siglo XIX con el Estado, guerra que fue en sí misma una prolongación por otros medios de la política subalterna. Para entonces los *lonkos* principales disponían de aparatos letrados, y produjeron corpus de escritura que además de resituar el problema de la historicidad deben ser reconocidos como políticas y poéticas subalternas. Las prácticas y los discursos de adscripción externos, como el coleccionismo museográfico, multiplicaron y a la vez cristalizaron los relatos de la "extinción" y las "razas agonizantes", a la vez que instituyeron regímenes de captura de corpus y cuerpos, sin que se justifique caracterizar las narraciones historiográficas y antropológicas como paradojas posmodernas.

Recuerdo una clase teórica de una reconocida profesora durante los primeros años de la década de 1990, quien respondió a la pregunta de un estudiante sobre la "Conquista del Desierto" afirmando que lo único que podía decir era "que los indios habían sido todos asesinados". Las investigaciones posteriores le permiten a la colega decir otras cosas, pero la anécdota ilumina los problemas de concluir el éxito del etnocidio. La ingeniería racial y étnica (civilizatoria), y las resistencias y la ambivalencia de las integraciones tuvieron la potencia suficiente para dejar un vasto registro. Si todavía no se lo ha explorado en detalle, o el agenciamiento subalterno no lo ha explotado más sistemáticamente, es porque en este punto la izquierda es heredera del evolucionismo de fines del siglo XIX. Intelectuales militantes irreprochables racializan las diferencias, e incluso lo hace un indigenista como Bayer al identificar a los rompehuelgas patagónicos de 1920 como "chilotes" en su libro *Los vengadores de la Patagonia trágica*. La excepción temprana la produjo Viñas desde la crítica literaria, quien revisitó en clave política a Barros, Namuncura y Mansilla para plantear en plena dictadura que los indígenas eran los primeros desaparecidos de la historia argentina, lo que no significa lo mismo que decretar su extinción política.<sup>17</sup>

<sup>17</sup> David Viñas, *Indios, ejército y frontera*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1982.

En el ámbito suburbano, la presencia inquietante de lo étnico y los orígenes inciertos reaparece con las metáforas de lo oscuro y la masa amorfa que desborda la normalización en la narrativa de José Luis Romero. Trímboli lo llamó adecuadamente “el historiador de la grieta”, allí donde se instalan con su ambigüedad las políticas subalternas. Nuevamente, el peronismo estuvo más atento a estos fenómenos, aún en la clave de la homogeneización y la nacionalización. Resituar la dimensión étnica, y el “proceso desgarrador de clasificación” que señalaba Adamovsky habilita la comprensión de los antagonismos sociales, a la vez que desmonta los “paraísos de ciudadanía”.

Se reconocen políticas subalternas en Ñancuche Nahuelquir liderando centenares de “parientes” hacia la Colonia Agrícola Pastoril de Cushamen en 1890, o *camarucos* milenaristas reprimidos por las autoridades en el territorio nacional del Chubut. También se escucha el lenguaje de las castas en los “chetos y pardos” de la década de 1980, o en el “chinita carnavalera” espetado a la mucama por el personaje de Graciela Borges en *La ciénaga* de Lucrecia Martel. Pero a los fines de esta discusión, y retomando el problema de la nación, me parece eficaz identificar planteamientos políticos como los mapuches, en algunos casos más cercanos a los nacionalistas vascos o los irlandeses del norte que a los indígenas canadienses o estadounidenses.

#### 4.

Lo ha hecho insuficientemente, de manera fragmentaria y discontinua. Han primado la división de tareas y los conflictos entre las escuelas de historia y antropología más notorias, las de la Universidad de Buenos Aires. Entre los historiadores se ha prestado más atención a estos fenómenos en el interior, principalmente para los siglos XVIII y XIX, en las universidades del Noroeste. Lo étnico se mantuvo como un tema de antropólogos y de arqueólogos hasta muy recientemente. Ahora se suman los sociólogos con otro bagaje conceptual. Ha primado la convicción de que las historias de la raza y la etnicidad no jugaron un papel en los procesos que son considerados relevantes para la construcción de las clases, los sectores populares, la ciudadanía, el pensamiento, y las identidades políticas. Se puede constatar el éxito del programa de homogeneidad verificando cómo los científicos sociales aceptaron la pasividad de los actores étnicos. Quizá me equivoque, pero algún resto de esa perspectiva se lee en la intervención de Lvovich, quien afirma que el empleo del concepto de raza “en la actualidad no es irrelevante”, y que puede abrirse la posibilidad de usos estratégicos para las identidades étnicas (dependientes en última instancia del relato político que las fundamente), pero concluye que “[...] al no haber alcanzado la apelación a la etnicidad un lugar visible en las estrategias y

los discursos significativos —estatales, partidarios, sindicales, académicos— en la conformación de la clase obrera, aquella dimensión no resultó activada, o podríamos decir *inventada*”.

Coincido con Lvovich en que las apelaciones a “la negrada” no alcanzan a convertirse en diferencias *étnicas o etnificadas*, pero el modo de articulación en que se plantean esas *estrategias de distinción social y cultural* remite al problema de la eficacia de los discursos de integración nacional, y cómo los mismos se expresan a través de la hegemonía de clase. La valoración de los discursos y las experiencias sociales “significativas” y “predominantes” se sigue juzgando por sus resultados, pasando por alto que *clase, pueblo*, y sobre todo *ciudadanía* fueron a menudo categorías operativas en el proceso de nacionalización. Sigue primando una visión metropolitana, circunscripta a la conformación de la clase obrera de las grandes ciudades del centro del país donde “[...] la dimensión étnica no parece haber desempeñado un papel particularmente relevante”. El análisis del campesinado de las provincias periféricas queda por fuera, mientras se piensa en una escala “nacional” con escasas articulaciones con los países vecinos, fuente de migraciones étnicas.

Para la historiografía argentina de las últimas décadas lo “étnico” remite en lo fundamental al fenómeno migratorio trasatlántico. Se ha aplicado de manera inexacta para referirse a las identidades de aquellos que provenían de regiones donde no había cristalizado el estado-nación moderno: sirio-libaneses, gallegos, napolitanos, judíos de Europa oriental, etc. Probablemente, ese uso haya estado habilitado por las fuentes oficiales que los caracterizaban como “inmigración exótica”, el auge del antisemitismo y el hispanismo que percibieron esos fenómenos en los términos de una alteridad radical. La marginalidad de la “historia indígena” en términos de intervenciones fuertes y plumas de peso, limitada a las fronteras de la historiografía nacional, con dificultades para circunscribirse regionalmente (¿historia indígena de dónde?), echa luz sobre la crisis de un campo recientemente constituido. Más aún ante la impugnación de aquellos que no aceptan ser interpelados como “indígenas”, y que plantean el debate de la emergencia de historias mapuches o mapuche-tehuelches como nuevas historiografías nacionales, refractarias o permisivas a nuevos esencialismos.

## 5.

Superar la herencia de Germani, el análisis social homogéneo, y las historias vectoriales que suponen jerarquías arbitrarias de los procesos reclama dejar de pensar lo étnico en una secuencia evolutiva, o como un antecedente de la clase. Por el contrario, hay que ensayar un tratamiento de la “etnia” y la

“raza” a la luz de los conflictos de clase. Antes que la “etnia” será movilizador ocuparse de las “identidades étnicas”, o mejor aún de la “etnicidad”. Un pensamiento de la dinámica social en lugar de la estática. En un campo que se configura con incertidumbres epistemológicas, en vez de “historias indígenas” prefiero seguir las variables de las “historias de la alteridad”. La atención a los procesos regionales que desbordan las fronteras nacionales me parece fundamental, y junto con ello el trabajo con los científicos sociales de los países vecinos. Si los objetos de estudio son móviles debemos copiar su movilidad tanto sobre el terreno como en la puesta en acto de un nomadismo disciplinar que considere que los objetos de investigación son fenómenos integrales, que no pertenecen ni reclaman una u otra disciplina en particular. Es muy difícil, sobre todo por la existencia de paradigmas hegemónicos y cristalizaciones institucionales que complican la simetría, pero hace falta mayor diálogo con las ciencias naturales. Los desarrollos de la biopolítica y las historias o las filosofías que no se restringen a lo étnico han abierto esa exploración. La propuesta de Adamovsky de pensar la heterogeneidad de “sectores o clases subalternas” habilita el problema de la construcción de identidades y culturas complejas hacia “análisis de clase que retomen el antagonismo racializado”, y análisis de la “etnia” que retomen la dimensión de clase.



## Nicos Poulantzas (1936-1979)

Carlos M. Herrera<sup>1</sup>

A treinta años de su muerte, Nicos Poulantzas resurge como una de las figuras más originales de lo que Perry Anderson llamara –con talante más polémico que descriptivo–, el “marxismo occidental”. Dentro de esa tradición, Poulantzas se detuvo en más de una estación, desde un lejano contacto con el primer Jürgen Habermas, pasando a la adopción de las ideas hegeliano-marxistas de Jean-Paul Sartre, hasta llegar al marxismo estructuralista que renueva profundamente los debates en torno a los ensayos de Louis Althusser, un autor con el que marca rápidamente algunas distancias, de la mano de Antonio Gramsci en particular, y que terminan consolidándose al final de su obra. Una obra que se interrumpe precoz y brutalmente un 3 de octubre de 1979, cuando, preso de una profunda crisis psicológica, Poulantzas se arroja al vacío desde una de las horribles torres de la Place d'Italie. Poco faltó para que este gesto desesperado, al que se le sumará, un año después, el asesinato de su esposa por parte de Althusser, apareciera como la sórdida metáfora de esa “crisis del marxismo” que ya comenzaba a instalarse en Francia por entonces.

La originalidad de Poulantzas brota ya de los objetos que concentrarán su atención: la política y el Estado, donde busca afirmar la especificidad del punto de vista marxista. En su último libro, en particular, rechaza la postura de Norberto Bobbio, que acababa de iniciar un vigoroso debate en la izquierda italiana sobre el tema de la inexistencia de una teoría marxista del Estado, sosteniendo que no podía haber, para el marxismo, “teoría general” sino una teoría del Estado capitalista, porque el poder del Estado no existe por fuera de la historia de su constitución y de su reproducción. La tesis de que el problema de lo político está siempre ligada a la historia, ya enunciada por Poulantzas en su primer libro de madurez, no será nunca abandonada. Se trataba en definitiva, de “construir una teoría del Estado capitalista que, partiendo de las relaciones de producción, explique, *por la estructura misma de su objeto*, su reproducción diferencial en función de la lucha de clases”.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Université de Cergy-Pontoise. E-mail: Carlos.Herrera@u-cergy.fr.

<sup>2</sup> N. Poulantzas, *L'Etat, le pouvoir, le socialisme*, Paris, PUF, 1978, p. 27, p. 136 (hay trad. castellana por ed. Siglo XXI).

## De la filosofía del derecho a la sociología política

Quizás convenga empezar historiando otra originalidad: la de su pasaje de la filosofía del derecho a la sociología política, que permite entender en cierta medida las preocupaciones centrales que jalonan su producción. Poulantzas había realizado brillantes estudios de derecho en la Universidad de Atenas, la ciudad donde había nacido en septiembre de 1936. De cultura francesa —había pasado un “bac” en su ciudad natal— se orienta rápidamente hacia París para realizar su posgrado, aunque hará un corto pasaje por Heidelberg y Múnich, a principios de los años sesenta. Su tesis doctoral *Nature des choses et droit* es dirigida por Michel Villey, un historiador del derecho que, pese a sus ideas reaccionarias —o quizás justamente por eso— era una figura iconoclasta en el medio universitario francés, con sus intentos por revitalizar la enseñanza de la filosofía del derecho en las facultades jurídicas. La radicalización que sufrirán con el tiempo las posiciones de Poulantzas no será óbice para que Villey lo considere, hasta el final de sus días, como su discípulo más brillante, y al que guardará todo su afecto. La excepcional calidad de su tesis, muy marcada, como él mismo lo precisara, por el marxismo de György Lukács y las prolongaciones de Lucien Goldmann, lo lleva naturalmente a iniciar una brillante carrera académica. Designado “Encargado de curso” en la Facultad de Derecho de París, ingresa en 1966 como investigador en el CNRS, al mismo tiempo en que se convierte en el secretario de redacción de los *Archives de philosophie du droit*, por entonces una de las principales publicaciones mundiales en la materia.

Pero otros elementos enriquecen su biografía más allá de los claustros. Por lo pronto, ya en 1964, pasa a integrar el equipo de *Les Temps modernes*, la revista orientada por Sartre y su grupo —es significativo el hecho que fuera cooptado por André Gorz, aquel que mostraba justamente una mayor sensibilidad a la reflexión socialista práctica—. Y sobre todo, se convierte en un miembro activo del Partido Comunista Griego (KKE). Desde mediados de los años cincuenta Poulantzas estaba en contacto estrecho con sus organizaciones estudiantiles “legales” —después de perdida la violenta guerra civil, el KKE se encontraba en la clandestinidad—, pero su militancia comunista se torna cada vez más importante en esos parisinos años sesenta.

Hacia fines de esa década, Poulantzas abandona definitivamente su trabajo teórico (y sus posiciones académicas) en el campo del derecho, cuando aparece su primer gran obra “no jurídica”, *Poder político y clases sociales*. Su reivindicado “leninismo” se enmarca en la empresa epistemológica althusseriana, cuya influencia aparece desde el primer párrafo del libro y empapa todas sus páginas de su particular estilo teórico, ya sea en la denuncia del “historicismo”, o en la

precisión con que distingue modo de producción y formación social, lo político de la política, etc. El libro conocerá una fortuna paradójica: por un lado, será muy criticado, aún en los propios círculos althusserianos, que no habían aceptado su publicación en la colección “oficial” de Maspero. Desde otras tradiciones marxistas se le reprocha su formalismo y su excesiva abstracción, e incluso cierto esquematismo, que llevará al sociólogo-cantor Emilio de Ipola a hablar de “ejecuciones sumarias”. Al mismo tiempo, era innegable su ambición teórica: Poulantzas se proponía una relectura de los grandes clásicos de las teorías sociales “burguesas” como Talcott Parsons o Max Weber, con quien conserva una relación compleja —recoge la idea que la característica del Estado moderno reside en que detenta el monopolio de la represión física organizada— y una discusión de las grandes nociones de la cada vez más presente “ciencia política”. Rápidamente traducido, el libro tiene un fuerte impacto, en particular en el mundo latino y en el mundo anglosajón, ayudado sin duda por la claridad con que enuncia y desarrolla sus diferentes tesis.

Para Poulantzas el marxismo, de Marx a Gramsci, no había producido un concepto de poder, que, luego de ubicar su constitución en el campo de las prácticas de clase, define como “la capacidad de una clase social para realizar sus intereses objetivos específicos”.<sup>3</sup> Este se distingue a su vez de la noción de hegemonía, que aplica a las prácticas de las clases dominantes y que aparece como la dominación particular que una de sus fracciones ejerce sobre el resto. La legitimidad de las instituciones políticas, en cambio, recubre el impacto “específicamente político de la ideología dominante”. Sobre todo, estos análisis lo conducirán al problema de la “autonomía relativa de lo político” con respecto a lo económico. El Estado capitalista no representa directamente los intereses económicos de las clases dominantes, sino sus intereses políticos. La autonomía relativa de lo político con respecto a lo económico hace referencia a un funcionamiento específico del Estado capitalista, que se despliega en el campo de la lucha de clases, y donde éste aparece teniendo cierta independencia de los intereses de las clases dominantes, sus fracciones y aliados. Sus instituciones presentan así una cohesión propia.

Pero Poulantzas hasta el final de sus días, subrayará ese carácter relativo, que para un marxista, según él lo entiende, marca los límites a la especificidad de lo político. En sus últimas entrevistas, sin embargo, parece aceptar como legítimo otro de los reproches que Bobbio dirigía a la teoría política marxista, a saber, haberse ocupado más de “quién gobierna” en lugar de atender la cuestión

<sup>3</sup> N. Poulantzas, *Pouvoir politique et classes sociales*, París, Maspero, 1968, p. 110 (hay trad. castellana por ed. Siglo XXI).

del “cómo”, una interrogación que debería tal vez haberlo llevado a recortar lo político como campo propio.

## De la dificultad de ser marxista en teoría política

Al mismo tiempo, tras el llamado “golpe de los coroneles”, el KKE entra en crisis y termina partiéndose profundamente en dos alas. Poulantzas se integra en el llamado “Partido Comunista del Interior” que evoluciona rápidamente hacia el eurocomunismo, mientras que el otro sector encarna la corriente estalinista más cerril. Poulantzas se convierte en bastante más que un militante: será un miembro influyente de su dirección y considerado como el “teórico” del partido.

Es la suya, a decir verdad, una visión política que conserva su carácter dinámico, quizás porque postula que todo trabajo teórico es un trabajo sobre los procesos reales. Ya en *Fascismo y dictadura*, de 1970, se detecta un mayor esfuerzo para dejar de lado la abstracción que le fuera reprochada en su libro precedente. Poulantzas emprende aquí una reflexión con bases más históricas –sin ser el libro de un historiador, ni siquiera de un historiador de las ideas– reconstruyendo el análisis de las posiciones de la Internacional comunista frente al fascismo. La preocupación que lo anima es siempre conceptual, y, en particular, busca fundar la distinción al interior de las formas del Estado de excepción. Las tesis serán aún menos abstractas cuando en *La crisis de las dictaduras*, de 1975, Poulantzas proponga una grilla para estudiar las transformaciones que se estaban produciendo en el sur de Europa, en su país natal pero también en Portugal y en España. En ese libro, escrito con la “urgencia de los hechos”, trata de mostrar que las luchas populares, aunque hubieran sido determinantes en el derrocamiento de estos regímenes, no habían sido frontales. El hecho ilustraba históricamente su tesis de que el Estado no es un bloque monolítico y sin fisuras, y que las contradicciones de clase se expresaban como contradicciones en el seno de los aparatos del Estado. Si las luchas populares habían sido determinantes era justamente porque intervenían en esas contradicciones internas. De este librito, Poulantzas data el comienzo del fin de su “leninismo”, sinónimo para él de la defensa de la dictadura del proletariado como “destrucción total” de las instituciones y las libertades públicas de la democracia representativa.

Entre tanto, Poulantzas había comenzado a enseñar la sociología política en la Universidad de París 8 “Vincennes”, donde, desde principios de la década del setenta, se reclutaban los intelectuales de izquierda más significativos y radicales, como Michel Foucault, Gilles Deleuze, Jean-François Lyotard, Jacques Rancière. Pero, una vez más, el *locus* poulantziano desborda lo académico: por

entonces, entra en contacto estrecho con la *CFDT*, la central obrera que por entonces buscaba promover una renovación del sindicalismo de izquierdas, ante la siempre comunista *CGT* y la siempre ambigua *FO*. De ese contacto con las problemáticas sindicales surge un libro de transición en su obra, *Les clases sociales en el capitalismo hoy*, aparecida en 1974. Estamos cada vez más lejos de esas clases sociales que constituyen el “efecto” de ciertos niveles de las estructuras. Aparece también aquí una tesis teórica fuerte que retendrá de aquí en más sus preocupaciones: la idea del Estado como condensación de una relación de fuerzas, que desarrollará de manera sistemática en sus investigaciones posteriores.

## Por las sendas del reformismo

La preocupación práctica de Poulantzas no se reduce, por cierto, al sindicalismo; con otros intelectuales franceses de izquierda, pero bajo su incontestable influjo, funda un grupo pluralista que intenta pensar (y pesar en) la conformación de la “*Union des gauches*” que desde 1972 llevan adelante el renovado Partido Socialista de François Mitterrand y un viejo *PCF* que se debate con las tesis del eurocomunismo. En el nombre de personaje de leyenda que se dan, “*Mélusine*”, hay quizás ya una marca de lúcido pesimismo sobre lo que se viene. En todo caso, un libro colectivo sobre *La crisis del Estado*, publicado en 1976, buscaba dar un marco teórico a los trabajos, y no es casual que en su introducción “metodológica”, Poulantzas insistiera sobre la cuestión de determinar las repercusiones de las contradicciones de clase en el seno del Estado.

Al mismo tiempo, Poulantzas multiplica las intervenciones en publicaciones socialistas y comunistas, e incluso de la trotskista *Ligue Communiste Révolutionnaire*, para justificar su apuesta al reformismo, válida según él al menos en el contexto francés (y el italiano y el español). En efecto, allí donde los socialdemócratas no estaban en el poder, Poulantzas consideraba que la clase obrera estaba menos integrada al sistema de bienestar promovido por el Estado social de la posguerra, existiendo una distancia mayor con la política de compromisos que la social-democracia promovía en su rol de agente de la modernización del capitalismo, y podía concebirse una consiguiente radicalización de su programa. La ruptura, por iniciativa del *PCF*, del “Programa común” —que Poulantzas había considerado como un “hecho político mayor para la izquierda europea”—, en 1977, le pesará fuertemente. Un año después, la *CFDT* aprueba un cambio de estrategia y pasa a sostener la autonomía sindical con respecto a lo político, abriendo el camino para una actitud de negociación y compromiso. Era demasiado para la visión poulantziana, aunque quizás la experiencia gubernamental de

Mitterrand a partir de 1981 (y sobre todo, de 1983), le hubiese hecho más daño aún a sus hipótesis de entonces...

Contra los intelectuales comunistas franceses, aun aquellos más cercanos a sus posiciones epistemológicas, como Etienne Balibar, Poulantzas defendía la idea de una transformación democrática radical del Estado. En ese paso, incluso la obra de Gramsci —cuyo influjo en Poulantzas, a través de los conceptos de “hegemonía” y “bloque histórico” en particular, había servido de limitación interna en el seno del althusserianismo— es considerada ahora como demasiado marcada por el leninismo y su lógica de “doble poder”.

Es por ese entonces, en 1978, que publica su último libro, sin duda también el más importante, *El Estado, el poder, el socialismo*. No abandona aquí lo que llama la “urgencia teórica” relacionada con las prácticas políticas, y que busca “captar la inscripción de la lucha de clases, y más particularmente de la lucha y la dominación políticas, en el armazón institucional del Estado (...) de manera que logre dar cuenta de las formas diferenciales y las transformaciones históricas de este Estado”.

En el marco de la denuncia del autoritarismo estatal, Poulantzas no desdeña debatir con los “nuevos filósofos” por entonces en boga en los medios masivos de comunicación. Pero el libro es de alguna manera atravesado por las tesis de M. Foucault sobre el problema del poder, y que eran leídas en el contexto francés de entonces (y posteriormente en el argentino de nuestros años ochenta que alentarán Oscar Terán y otro personaje de la picaresca porteña de cuyo nombre no quiero acordarme) como un abierto cuestionamiento al marxismo. Es por ello que Poulantzas insistirá en la aplicación del concepto de poder a las clases sociales, donde como vimos, remitía a la capacidad para realizar sus intereses específicos. Pero insiste ahora en el hecho que esta capacidad se encuentra en oposición con los intereses de las otras clases, lo que instaaura un campo relacional.

Concepto relacional contra concepto esencialista, o al menos inmanentista: es así que Poulantzas presenta la discusión. Pero se ve también la preocupación política que guía la crítica: para Poulantzas, la concepción del poder en Foucault impide que éste sea alguna vez subvertido por las luchas. El poder siempre estaría allí y las mentadas “resistencias” no tendrían un fundamento histórico sólido, al menos para un marxista. Claro que la marca positiva de Foucault se lee también en una visión que postula ahora que el Estado es un lugar y un centro del ejercicio del poder, sin poseer sustancia propia. Un lugar estratégico, en suma.

Pero la importancia de este libro va más allá de las discusiones con sus contemporáneos. También trabaja con inteligencia la cuestión esencial, y subestimada por el marxismo (francés...), de la relación del proletariado a la nación. Según Poulantzas, el Estado nacional como objeto y objetivo de las luchas obreras implica también, por parte de la clase obrera, una reapropiación de su historia.

En un texto reciente, Etienne Balibar, que había polemizado de manera constante con Poulantzas a lo largo de esos años en el marco del movimiento comunista, admitía la pertinencia del concepto relacional de Estado, en la medida que sólo esta concepción permite ponerle fin al mito de la exterioridad de las fuerzas revolucionarias con respecto al funcionamiento del Estado en el capitalismo avanzado.<sup>4</sup> Pero su aporte conceptual no se entiende sin referencia a lo que Poulantzas llama las incidencias políticas de sus análisis teóricos: el proyecto de un socialismo democrático, que sólo podrá transformar el Estado. Y aquí es donde las distancias que no son sólo con Lenin, sino también con Marx, se hacían cada vez más manifiestas, ya que para Poulantzas tampoco en el autor de *El capital* existe una teoría de la democracia. El desafío era entonces articular las formas representativas, con la democracia de base, pero sin suprimir aquellas. Por cierto, esto no quiere decir que la lucha por las libertades públicas no pase por una mayor igualdad material; todo lo contrario, como lo afirma en una célebre entrevista con la revista inglesa *Marxism Today* unos meses antes de su suicidio: la extensión de las libertades y las instituciones representativas requiere una transformación profunda de las condiciones económicas y sociales. Y contra quienes promoverán los discursos en torno al “Estado de derecho”, Poulantzas recuerda que el Estado moderno no comporta ningún límite de principio o de derecho al poder.

Si hay hoy consenso en señalar como su principal aporte a la teoría política marxista su visión del Estado como “condensación material de relaciones de fuerza entre clases”, no debe olvidarse que Poulantzas nos deja también un conjunto de reflexiones originales sobre el derecho, que tras un primer conjunto de artículos publicados en los años sesenta, retoma en su último libro a partir de una reflexión sobre la ley. Justamente, este es uno de los ejes del reproche que le dirige a Foucault: la poca atención puesta en la institucionalidad, que lo lleva a subestimar la violencia física que ejerce el poder a través del derecho. No sólo no existe para Poulantzas oposición entre ley y abuso del príncipe: la ley es el código de la violencia pública organizada. Pero la ley moderna, es decir capitalista, muestra una serie de trazos específicos, que tributan a su origen en el marco de las relaciones de producción y división capitalista del trabajo. Ante todo, se trata de un sistema de axiomas, compuesto por normas abstractas, generales, formales y reglamentarizadas. Y sobre todo, la ley aparece como el amortiguador y el catalizador de las crisis políticas.

---

<sup>4</sup> E. Balibar, “Communisme et citoyenneté. Réflexions sur la politique d’émancipation à partir de Nicos Poulantzas”, en *Actuel Marx*, n° 40, 2006.

## Legados

La obra de Poulantzas conoció un gran suceso en España y América Latina de manera contemporánea a su elaboración –todavía recuerdo los gritos, tan agudos como indignados, de Annie Kriegel, y su cara colorada, cuando leía en mi proyecto de tesis el número de las ediciones de sus libros–. En particular, en el ámbito de nuestra cultura: Ernesto Laclau, ya instalado en Inglaterra, discutió sus tesis de 1968 en una síntesis apretada en la que, luego de criticar el formalismo con que eran concebidas las distintas instancias, señalaba la dificultad del enfoque estructuralista para pensar el proceso de cambio histórico. Otros argentinos expatriados, como el ya recordado de Ipola o Isidoro Cheresky, estarán cercanos a sus ideas y su enseñanza. Pero su actualidad pervivió sobre todo en el mundo anglo-sajón, donde la presencia teórica de Poulantzas fue constante desde mediados de los años sesenta, en parte porque él mismo interviene directamente en el debate inglés, polemizando con Anderson-Nairn y luego con Ralph Miliband sobre el problema del Estado en la sociedad capitalista, un conjunto de textos publicados en la *New Left Review*.

No por casualidad, pues, la primera síntesis de su pensamiento salió a la luz en Inglaterra, cuando en 1985 Bob Jessop publica *Nicos Poulantzas: Marxist Theory and Political Strategy*. Jessop lo considera el teórico político marxista más influyente de la posguerra. Poco después, esta vez en alemán, Alex Demirovic proponía una presentación más condensada. Ambos autores continuaron discutiendo las tesis poulantzianas a lo largo de esos años, y Demirovic las retoma recientemente en su librito, acompañado esta vez de un segundo texto que busca mostrar la actualidad del pensamiento de Poulantzas para reflexionar sobre el problema estatal aún bajo la globalización.<sup>5</sup> También el 2006, en que Poulantzas hubiera cumplido 70 años, y también en Alemania, ve la luz un original proyecto: el *Poulantzas Lesen*. Pero quizás el signo más claro de esta nueva actualidad sea la aparición, en el 2008 y en la pura tradición del género, de un *Poulantzas Reader*, una vez más en Inglaterra.<sup>6</sup>

Tras un largo eclipse, las ideas de Poulantzas vuelven a ser discutidas en el mundo académico. Y en estas relecturas se subrayan nuevas perspectivas, como algunos de sus análisis sobre lo que se denominaba por entonces y candorosamente los “movimientos sociales”, que para Poulantzas dejaban al descubierto

<sup>5</sup> B. Jessop, *Nicos Poulantzas: Marxist Theory and Political Strategy*, Londres, Macmillan, 1985; A. Demirovic, *Nicos Poulantzas: Eine kritische Auseinandersetzung*, Berlin, Argument, 1986, retomado ahora en *Nicos Poulantzas. Aktualität und Probleme einer materialistischer Staatstheorie*, Münster, Westfälisches Dampfboot, 2006.

<sup>6</sup> J. Martin, ed., *The Poulantzas Reader. Marxism, Law and The State*, Londres, Verso, 2008.

la crisis de representatividad de la forma partido, y que hoy aparecen para algunos autores como pistas para estudiar los movimientos altermundialistas. Se considera incluso que algunas de sus proposiciones sobre el “estatismo autoritario” —una idea que hacía preguntarse al último Poulantzas si la estatalidad capitalista no entraba en una tercera fase, luego del Estado social—, podrían anunciar tal vez las tesis del estado de excepción permanente en el que vivimos. Un conjunto de problemáticas que tal vez signifiquen algo más que un regreso de la teoría poulantziana a los cánones académicos, y dejen entrever la inquietud político-teórica por pensar, una vez más, las vías hacia el socialismo. Democrático, es decir, en toda su complejidad.



### Teorías e historias de la clase obrera

Marcel van der Linden, *Workers of the World: Essays toward a Global Labor History*, Leiden, Brill, 2009.

David Mayer  
Universidad de Viena

A principios de los años '90 la historiografía del movimiento obrero y el mundo del trabajo, junto con otros campos relacionados con la izquierda y el paradigma marxista, entraron en profunda crisis. Lo que en los años '60 había empezado como *new labour history* se iba fracturando en las múltiples vertientes postestructuralistas. Sin embargo, como señala Marcel van der Linden en las primeras páginas de *Workers of the World*, esta imagen es precisa sólo en el caso de los países avanzados del Atlántico nórdico. Al mismo tiempo, en importantes países de lo que él elige llamar *Global South* (India, Sudáfrica, Corea del Sur, Brasil etc.) se dio el desarrollo contrario, un verdadero auge en la historia laboral.

En *Workers of the World* Marcel van der Linden intenta tomar este auge en las regiones periféricas como oportunidad para reconstituir la historiografía laboral, extendiendo su ámbito hacia una historia global del trabajo y los trabajadores. *Workers of the World* en este sentido es un libro programático y, dada la posición de su autor como director del departamento de investigación del conocido Instituto de Historia Social en Amsterdam (*Internationaal Instituut voor Sociale Geschiedenis* - IISG), de considerable peso. Aparte de constituir una fuerte propuesta hacia el futuro, es a la vez un resumen panorámico de lo que se ha alcanzado -tanto en el campo de la *labour history* en general como en el caso individual del autor, quien en el libro retoma algunos de los temas sobre los cuales ha trabajado en los últimos quince años. El libro, correspondientemente, consta en parte de textos ya publicados como contribuciones a libros y revistas, en parte de textos nuevos. Además de lo programático y lo panorámico, la obra ofrece una fuerte labor sistemática-analítica e importantes propuestas teóricas.

*Workers of the World* consta de cuatro partes, cada una dividida en capítulos. En la primera parte, "Conceptualizaciones", se encuentran los cuestionamientos teóricos de ideas establecidas sobre las categorías de "obreros", "trabajadores asalariados" y "esclavos". Las respuestas de van der Linden son tan esclarecedoras como, en parte, sorprendentes. La segunda parte examina las variedades

de prácticas mutualistas, sean cooperativas de consumo o de productores, rotaciones de trabajo o de dinero, seguros o modelos de ahorro. La tercera parte enfoca las prácticas de resistencia: huelgas, protestas de consumo (el clímax de las mismas, según van der Linden y al contrario de prejuicios actuales sobre la contemporaneidad de ellas, ocurrido a finales del siglo XIX), sindicatos y, a menudo menospreciado como un mero discurso ingenuo pero sin embargo de una extendida trayectoria, el internacionalismo.

La cuarta parte se acerca a disciplinas y vertientes de las cuales van der Linden espera importantes inspiraciones para la historia laboral: la teoría del sistema-mundo (el libro ofrece un compacto resumen, sin precedentes acerca de sus potencialidades y límites), la escuela de Bielefeld (Alemania) y sus contribuciones a la sociología del trabajo femenino de subsistencia (contribución que van der Linden considera inadecuadamente valorada), y la antropología, ejemplificado con el caso de las investigaciones sobre los Iatmul (Papúa-Nueva Guinea).

Partiendo de la génesis de la historiografía laboral hasta hoy en día, van der Linden identifica dos defectos principales: primero, el “nacionalismo metodológico”, es decir la rutina intelectual de fundir las formaciones sociales con el estado nación; segunda, el eurocentrismo, especialmente en su forma teleológica de un norte indicando el camino inevitable que emular. Para trascender estas limitaciones y reconstruir la historiografía laboral, no bastará con extender solamente el ámbito geográfico y temporal de los estudios, hacen falta extensiones conceptuales también. Es en lo último donde las propuestas de van der Linden atraerán la atención más viva. Desde su punto de partida, que es tanto política como intelectualmente, la tradición marxista, van der Linden presenta una serie de reconceptualizaciones, particularmente en cuanto a la noción de clase obrera: invita a cuestionar el papel singular del trabajo asalariado “libre” y reivindica terminar con la exclusión intelectual de las otras formas de trabajo en la historia del capitalismo.

Ahora bien, la aspiración de ensanchar los objetos de estudio de la historia laboral a otros grupos de explotados y a otros modos de apropiarse los frutos del trabajo de los productores, es en sí tan necesaria como urgente. Entre los otros actores que se vieron y se ven enfrentados con los mecanismos de apropiación, el autor nombra: auto-empleados, arrendatarios (*share-croppers*), trabajadoras de subsistencia, trabajos con diferentes grados de coerción como peonaje, servidumbre (*indentured labor*) hasta la esclavitud comercial (*chattel slavery*). Van der Linden, no obstante, da un paso más y funde todos estos grupos en una sola clase de “trabajadores subalternos” o de “*labouring poor*” que define de la siguiente forma: “Todo portador de fuerza de trabajo cuyo trabajo se vende (o alquila) a otra persona bajo coacción económica (o no-económica) pertenece a la clase de

trabajadores subalternos, sin importar si el/la portador/a de la fuerza de trabajo la vende/alquila el/ella y sin importar si el portador posee los medios de producción” (p. 33, traducción – DM).

Esta perspectiva tiene sin duda sus atractivos, por ejemplo cuando van der Linden expone de forma sistemática las variedades, enlazamientos y transiciones entre diferentes experiencias de trabajo. La lógica de la acumulación del capital se vinculaba y vinculará en diferentes contextos con los modos más diferentes de trabajo, una tipología de nivel mediano de abstracción puede contribuir a reconocer y relacionar estas formas diferentes (entre las más interesantes, para poner sólo un ejemplo, la de los esclavos asalariados, es decir esclavos obligados a encontrar trabajo asalariado y a entregar gran parte de su sueldo a su dueño). Se viene constituyendo así una sociología histórica del trabajo, una línea que el autor también sigue virtuosamente en sus análisis de las variedades del mutualismo y las resistencias colectivas: abundan en el libro tipologías sistemáticas y a la vez abiertas a captar los múltiples casos transitorios y combinados, estilo intelectual que contribuye mucho en su carácter de referencia y orientación.

Sin embargo, aparte de esta línea tipológica que navega las aguas difíciles entre el orden y la variedad, en un nivel de abstracción más extenso, es decir en el ámbito donde muchos de los análisis tanto de la economía política como de la macrosociología histórica operan, el avance de van der Linden deja muchos signos de interrogación y, a continuación, causa numerosas vibraciones en las deliberaciones más empíricas. Para llegar a su definición de una clase obrera multiforme (utiliza el término de “multitude” pero, aparentemente, sus argumentos no se alimentan del discurso a la Hardt y Negri), tiene que nivelar algunas diferencias categoriales claves, particularmente en cuanto al trabajo asalariado y, en el otro extremo, la esclavitud comercial. Siguiendo el argumento de van der Linden, todas estas relaciones son formas mercantilizadas (*commodified*) de trabajo con diferentes grados de autonomía y heteronomía. Cabe constar que en la crítica de la economía política tanto la idea de que el trabajo se ha vuelto una mercancía como el término “fuerza de trabajo”, apuntan al hecho de que en el trabajo “libre” bajo el capitalismo se da la *apariencia* de un intercambio equivalente en el sentido de un contrato civil, en el contexto de la igualdad jurídica, en lo que en realidad es un intercambio desigual, donde se paga (alquila) *fuerza* de trabajo y se recibe trabajo vivo, de cuya diferencia surge la plusvalía empresarial. Es más que una pedantería exegética insistir que ésta es la única forma de mercantilizar (*commodify*) el trabajo, hay que diferenciarla de modos donde se mercantiliza sólo el producto del trabajo (y se constituye el proceso de trabajo a través de otros mecanismos, como la coerción o el intercambio entre actores semi-independientes con sus propios medios). Al otro lado hay que distinguir

éstas de la esclavitud, donde no es la potencialidad del trabajo lo que es una mercancía, sino la persona entera -diferencia fundamental en términos jurídicos, económicos y culturales que no se debe subestimar.

Esta imprecisión categorial reverbera en deliberaciones más empíricas: no hay, sostiene van der Linden, “preferencia” intrínseca dentro del capitalismo hacia el trabajo asalariado “libre” frente a la esclavitud comercial (cuya compatibilidad fenomenológica nadie negaría, el punto es que van der Linden ve una compatibilidad ontológica) (p. 39). Al mismo tiempo, y no sin cierta sorpresa, se leen en otra parte (p. 56) los clásicos argumentos sobre los límites históricos de la esclavitud moderna (sin trabajadores libres, no hay mercado interno, no hay acumulación del capital en escala avanzada).

En síntesis, un libro fundamental que reivindica exitosamente un ensanchamiento general del ámbito de la historia laboral. Constituirá, sin duda, un punto de referencia para futuros estudios en este terreno. Más allá de esto ofrece nuevos horizontes, relativizaciones de fenómenos intelectualmente sobre-naturalizados, diferenciaciones que ilustran las variedades en los procesos de trabajos y las prácticas y estrategias de los subalternos. Para reclamar tales reformulaciones de la historia laboral no es, sin embargo, necesario fundir diferentes grupos sociales que enfrentan la apropiación de los frutos de su trabajo, en una sola clase y confundir de tal manera importantes diferencias en las realidades socio-económicas y culturales.

*John Womack Jr., Posición estratégica y fuerza obrera. Hacia una nueva historia de los movimientos obreros, México, FCE/Colmex/Fideicomiso Historia de las Américas, 2007, 443 páginas.*

**Hernán Camarero**

Universidad de Buenos Aires

No es frecuente, dentro de la historiografía obrera, a menudo tan afectada de empirismo, sometida por lo descriptivo y carcomida por la ritualidad de la evocación heroica, que aparezca un libro de carácter netamente teórico, dedicado a auscultar los instrumentos conceptuales. *Posición estratégica y fuerza obrera* es uno de ellos. Su autor, John Womack, es un historiador norteamericano, conocido por sus publicaciones referidas a Emiliano Zapata y la Revolución mexicana y, más recientemente, a la revuelta zapatista en Chiapas. En esta obra, capitaliza

las investigaciones realizadas desde hace casi cuarenta años sobre los combativos trabajadores de la ciudad de Veracruz, nudo estratégico industrial, entre 1880-1950. Ya desde las primeras páginas del libro, el autor expone sus diagnósticos acerca de la historiografía obrera y presenta sus incitaciones teóricas: en un relato casi intimista, narra su contacto con el tema y cómo se desplegaron sus incertidumbres y dificultades, y propone una perspectiva metodológica para superar los límites del campo disciplinario.

Desde Womack podemos reconstruir una visión crítica sobre ese campo. Hubo una etapa de esplendor de la historiografía obrera, entre las décadas de 1960 y 1980, en la que se erigió una "historia social" de los trabajadores, en particular, de sus conflictos, su organización y sus representaciones ideológico-políticas. Lo que sobrevino luego en el "mercado intelectual", tras la implosión del socialismo real y el vendaval de la contrarrevolución capitalista de los años ochenta-noventa (que incluyó el encogimiento de la vieja clase obrera fordista), fue una casi total pérdida de entusiasmo en la temática laboral. Ocurrió un descentramiento y declive del trabajo en los estudios de las clases populares, a expensas de cada vez más numerosos y, en ocasiones, intrascendentes y subjetivistas, análisis de género, raza, etnia, sexo, individuo, discurso o símbolos, dirigidos a describir a los trabajadores siempre fuera de su sitio de labor, en el hogar, el barrio o la comunidad. Todo ello, a menudo, se habría consumado en nombre de un exasperante y mal entendido thompsonianismo culturalista y anti-materialista, bien dosificado de eclécticos "estudios subalternos", prestos a batir cualquier discurso totalizante. Por momentos, esta severa y unilateral crítica de Womack no logra desbaratar la acusación implícita de la que él mismo quiere prevenirse: que su enfoque puede terminar resultando algo "reduccionista" y economicista. Lo cierto es que el autor quiere alertar sobre la falta de relevancia en la que, como deriva de este escenario, terminó quedando el trabajo mismo. Trabajo que aún debería ser, nos dice, un intrínseco e infinito objeto de interés, pues, mucho más que un signo, una práctica o un instinto, es la sistemática acción conciente encaminada a producir cosas útiles, aquella actividad necesaria para que ocurra cualquier otra historia humana y que, precisamente, volvió humana a nuestra especie. El objetivo central del autor, pues, es reencontrar el camino teórico para poder reconstruir empíricamente a esa fuerza especial que es la mano de obra en acción colectiva.

Womack no pretende regresar a la historiografía obrera clásica, sino ensayar un "giro conceptual" en la materia. Su camino es recuperar la centralidad del estudio de lo que hacían los obreros *en* el trabajo y ofrecer el concepto de *posición estratégica*. Sus fuentes de inspiración fueron diversas: los antiguos estudios de historiadores como Brody, Hobsbawm o Montgomery, y las obras de los académicos

norteamericanos J. Dunlop y B. Soffer acerca de las relaciones industriales, la red de reglas en el sitio laboral y el contexto tecnológico del trabajo. Todo ello le permitió comenzar a advertir el margen de control en el trabajo que poseen algunos obreros, a partir de su indispensabilidad en la producción y su posición estratégica, tanto en el proceso tecnológico como en el sistema de mercado. Así, para Womack, el objetivo central es el de escudriñar qué hace que una posición particular de un grupo de obreros los torne estratégicos y les confiera poder en las negociaciones colectivas, es decir, los provea de un poder disruptivo para interrumpir la producción en una empresa o en toda una economía. Resulta entonces oportuno el análisis del exitoso proceso de lucha y organización de los trabajadores norteamericanos, nucleados en la United Auto Workers, contra General Motors en 1936-1937. De allí que, concluye el autor, lo central es concentrarse en las relaciones técnicas de la producción y ver las distintas funciones y divisiones existentes en el proceso colectivo del trabajo, con el "ojo de un ingeniero" o como si uno tuviera la misión de encontrar el mapa industrial trazado por un guerrero sindicalista para ubicar las posiciones estratégicamente claves o por un comité central comunista para decidir una maniobra. Estos argumentos serán reiterados hasta el hartazgo a lo largo de la obra.

Explicitado su concepto de posición estratégica en el trabajo, Womack se lanza a un ejercicio de reconocimiento del modo en que esa categoría fue prefigurada y sugerida o ignorada e incomprendida en las diversas tradiciones teóricas, intelectuales y políticas que tendieron a considerar las contiendas entre el capital y los obreros. En un primer recorrido se reconocen las observaciones de Marx y Engels, los distintos científicos sociales y economistas políticos decimonónicos, Marshall y los fabianos (el caso de los Webb), así como de los distintos estudiosos franceses, alemanes, austriacos y norteamericanos de los siglos XIX y XX que utilizaron metáforas marciales para referirse a las disputas industriales. De manera algo innecesaria, Womack también traza otro vasto itinerario, esta vez referido a la "sociología burguesa", pero sólo para descubrir allí la ausencia/disolución de los conceptos de estrategia o de poder técnico de los trabajadores, en un trayecto que arranca con Comte, Pareto, Weber y Parsons, sigue en la sociología industrial y la teoría de la organización características de la segunda posguerra, y concluye en la obra más reciente sobre el sindicalismo de los movimientos sociales. En cambio, sí resulta muy acertado el refinado abordaje que el autor realiza de la manera en que la posición estratégica de los obreros en su trabajo fue encarada en el espacio marxista. Lo empieza por el apasionante debate sostenido en torno a la socialdemocracia alemana acerca de la huelga de masas y su estrategia (especialmente, en Parvus, Kautsky y Luxemburgo). Lo continúa con una consistente indagación del modo en que la temática fue tramitada más

oblicuamente, desde el interés en las estrategias políticas, por parte de Lenin y los grandes referentes del marxismo ruso-soviético. Quizás, uno de los capítulos más logrados del libro, por su profundidad, es el dedicado enteramente a la estrategia de huelga propiciada por la Internacional Sindical Roja, en particular, cuando explora su congreso de 1924 y las elaboraciones de su secretario general, Lozovsky. Finalmente, es iluminadora la forma en que Womack analiza el impacto de estas posiciones y debates en el marxismo occidental: comenzando con la evaluación de los intelectuales y dirigentes comunistas y trotskistas sobre la estrategia industrial de los trabajadores; siguiendo por los olvidos o recuperaciones que de esa dimensión hizo la nueva izquierda intelectual pos-1956 y pos-1968 (en donde destaca los aportes de Braverman, Burawoy y el casi ignorado Perrone); y cerrando con el rastreo de una serie de autores en buena medida desconocidos en nuestro medio, que en los últimos veinte años encararon el asunto desde el estudio de las nuevas tecnologías o la teoría sociotécnica (Jones, Kelly, Walker, Kimeldorf y Lembecke).

En todo este inmenso recorrido analítico realizado por Womack, aparecen examinadas unas mil quinientas obras, de diferentes idiomas y múltiples procedencias, desde los títulos clásicos a los de aparición actual. El libro necesita 110 páginas para presentar el listado bibliográfico y otras 125 para las notas en las que se hacen referencias a los textos. La mitad de la obra termina operando, así, como una virtual "base de datos" en la materia. Sin embargo, este impresionante ejercicio de erudición de tipo panorámico en parte conspira en contra de un tratamiento más agudo o detenido de los autores y las obras, a pesar de la sólida red interpretativa en la que son entrecruzados sus objetivos, hipótesis y metodologías. La exigua bibliografía mencionada como proveniente de América latina también constituye un déficit del libro de Womack, aunque esto puede servir como un llamado de atención sobre la fragilidad y escasa visibilidad del campo de elaboraciones regionales referidas a la problemática obrera.

Para los que nos dedicamos al estudio de la clase obrera y del movimiento obrero, este libro se convertirá en una obra de consulta inevitable. Un libro que habilita fértiles reflexiones, adaptables a distintas situaciones: ¿cómo no encontrar semejanzas en las discusiones y decisiones sobre la posición estratégica de los obreros y los modos de ganar las huelgas que sostuvieron los comunistas europeos o norteamericanos entre los años veinte y cuarenta, que en sus páginas se examinan, con las existentes en nuestro propio país en aquella misma época? Eso no implica que no pueda establecerse una polémica acerca de cuál puede ser el alcance operativo del concepto de "posición estratégica" en distintas realidades o tiempos históricos. Por ejemplo: ¿cómo cambiaría su potencialidad explicativa al aplicarse a la etapa de la manufactura o a la de la gran industria?

En varios sentidos, es un escrito que atrae y a la vez incomoda. Es cierto que su mirada no alcanza a cubrir buena parte de las cuestiones teóricas implicadas en el estudio del mundo de los trabajadores. Incluso, nos parece inapropiado el subtítulo elegido en esta edición (sostenida, por otra parte, en una excelente traducción) y que no estaba presente en la publicación original en inglés. En verdad, con el libro de Womack no se alcanza a diseñar una “nueva historia de los movimientos obreros”. Para ello, es indispensable abordar otros elementos de la lucha de clases, de la conciencia, de la identidad y de la cultura de los trabajadores, que en varios pasajes de la obra aparecen excesivamente desatendidos o subvaluados, pero que son vitales en los procesos de constitución y reconstitución de los movimientos obreros. No obstante estos límites, se trata de un texto que trasluce un gran conocimiento, y también pasión, en el estudio de la clase obrera.

Omar Acha, *Las huelgas bancarias, de Perón a Frondizi (1945 - 1962). Contribución a la historia de las clases sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2008, 258 páginas + CD-ROM.

Roberto Izquierdo, *Tiempo de trabajadores. Los obreros del tabaco*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2008, 273 páginas.

Marcos Schiavi, *La huelga metalúrgica y las luchas obreras de 1954*, Buenos Aires, Editorial El Colectivo, 2008, 170 páginas.

**Gustavo Nicolás Contreras**

Universidad Nacional de Mar del Plata

La historia de los trabajadores durante el gobierno peronista (1946-1955) ha sido un tema recurrente de análisis. La tarea de su comprensión parece emprenderse con el afán de develar ciertas lógicas claves de la historia argentina de la segunda mitad del siglo XX. Sin duda clase obrera y peronismo son temas insoslayables para estos menesteres. En este sentido, el estudio de sus vínculos y del desarrollo de su relación ha recibido una gran atención por parte de los investigadores.

De todos modos, cada generación (re)escribe la historia. Los acontecimientos de diciembre de 2001 no podían dejar de tener sus consecuencias. Frente a la producción prolífera sobre el tema de los años 60's, 70's y 80's, la década del '90 esbozó la sentencia de que la cuestión estaba agotada. La ideología

neoliberal postulaba la desaparición del proletariado como sujeto histórico. El peronismo, en sus nuevas articulaciones, seguía marcando la política argentina pero la clase obrera parecía haber perdido centralidad.

Sin embargo, las luchas noventistas y la gesta popular que derrocó al presidente De la Rúa, no sólo mostraron que los trabajadores (ocupados y desocupados) seguían siendo un factor de primera importancia en los conflictos nacionales, sino que clase obrera y peronismo mantenían sus particularidades y se excedían recíprocamente. Los vínculos del peronismo con otras clases sociales y la presencia de la izquierda en el movimiento obrero eran innegables. La coyuntura citada repercutió de dos maneras en la historiografía. Por un lado, frente a la demanda de reconsiderar el tema, como primera reacción se reimprimieron tesis clásicas (M. Murmis y J.C. Portantiero, J.C. Torre, H. Del Campo, T. Di Tella, J. Horowitz, L. Doyon, D. James). Por otro lado, nuevas investigaciones que partieron de estudios de caso comenzaron a revisar este legado y a recorrer nuevos caminos.

Los nuevos trabajos post 2001 se destacan, tanto por la centralidad que cobra la clase obrera en el relato, como por la importancia que toma la observación de las luchas que emprendió.<sup>7</sup> Clara muestra de esta nueva corriente son los libros de Omar Acha, Roberto Izquierdo y Marcos Schiavi. Es significativo reconocer que frente a la mirada aséptica que reclaman hoy ciertos representantes de la academia, estos autores formados en la Universidad de Buenos Aires investigan con una subjetividad definida que les permite pensar la problemática desde una posición preocupada por los intereses de la clase obrera, situación que, sin embargo, no les impide construir críticamente su narrativa.

Omar Acha estudia el proceso de conformación como clase obrera que transitaron los empleados bancarios y del seguro en el periodo 1945-1962. Si originariamente, por sus características sociales y culturales, fueron reconocidos como gremios de "clase media", a través del análisis de las luchas sindicales que protagonizaron en los años 1948, 1950, 1958 y 1959, el autor recorre el proceso de su proletarianización y su transición hacia la pertenencia e identificación plena con el movimiento obrero. En este devenir de mediana duración Acha acentúa que la lucha de clases es decisiva en la construcción de las clases sociales, y desde esta perspectiva, analiza las transformaciones de orden técnico-económico, político, ideológico y cultural de este "sector transicional de una estructura de clases en fluencia".

<sup>7</sup> Pueden destacarse los trabajos de Leticia Guindi (gráficos), Laura Badalona (ferroviarios), Fabián Fernández (metalúrgicos), Gustavo Rubinstein (azucareros), Hugo Mengascini (ferroviarios), Gustavo N. Contreras (gráficos, marítimos, frigoríficos y ferroviarios) y Agustín Nieto (obreros del pescado).

Por su parte, Marcos Schiavi focaliza su atención en la huelga metalúrgica de 1954 y en el conjunto de conflictos sindicales contemporáneos en el que ésta se enmarcó. No es en vano aclarar que el metalúrgico era el gremio más importante de aquella época y que estaba claramente identificado con el peronismo. El interés del autor por el tema se inscribe, por lo tanto, en la necesidad de repensar la relación entablada entre los trabajadores y el gobierno de Perón. Recuperando las acciones autónomas de los trabajadores, Schiavi revisa dicho vínculo a partir del estudio de las luchas salariales y las resistencias obreras a los planes de racionalización productiva impulsados por la burguesía industrial y apoyados por el ejecutivo nacional, en el contexto de un giro en la orientación económica de su segunda gestión.

Roberto Izquierdo también aborda las luchas sindicales y las resistencias obreras a los planes de productividad, pero en la rama del tabaco y en un período que abarca desde 1950 a 1963. La sub-rama del cigarrillo resulta de particular interés para el autor, por ser el sector más concentrado y dinámico de la industria. Estos rasgos estructurales constituirían por lo tanto "la matriz en la que se asienta el sector obrero más conciente y combativo". La descripción de las características del modo de acumulación de capital y de las formas técnico-organizativas de la producción de la rama, así como la historización de su evolución, cobran una importancia sustancial en el relato, dado que se considera fue ésta la base material ineludible en la que se desarrollaban los obreros del tabaco, determinando la recurrencia y el sentido de sus luchas, sus modos de organización y su subjetividad. Sobre este trasfondo son analizadas las huelgas de 1954, 1958 y 1959.

Un primer punto a destacar refiere a la coincidencia de los tres textos en un concepto que subyace en las periodizaciones: la observación del proceso centrando la mirada en la clase obrera, y no en el peronismo, relativiza la radicalidad del corte político-institucional de 1955. El devenir de su formación como clase social, las resistencias a los cambios en el modo de acumulación del capitalismo argentino y las lógicas de la conflictividad proletaria exceden los cambios de gobierno y nos plantean la necesidad de reconocer ciertos procesos que deben leerse en una clave de continuidad. Esto es posible porque los autores se preocupan por rescatar la experiencia compleja y contradictoria de los trabajadores en cuanto clase, con sus múltiples determinaciones, evitando resumir todo a la dicotomía política peronismo / antiperonismo. Con esta orientación exceden el habitual recorte 1946-1955.

El cambio sustancialmente disruptivo en la historia nacional, ocurrido en los orígenes del peronismo, tradicionalmente motivó a su comprensión a partir del análisis de sus líneas de continuidad con la etapa anterior; contrariamente

estas nuevas investigaciones se preocupan por las perspectivas que inauguró la emergencia del gobierno peronista para la clase obrera y buscan sus continuidades allende el corte 1955. El interés de los autores ya no parece estar depositado en explicar por qué surgió el peronismo, sino en indagar los legados que dejó aquella experiencia para las luchas posteriores de la clase obrera argentina.

Así, por ejemplo, son relevadas las resistencias de los trabajadores a las políticas de productividad demandadas por la burguesía, las cuales nacieron a principios de los '50 y se prolongaron por lo menos hasta la presidencia de Frondizi, como señalan Acha e Izquierdo. Los cambios de gobiernos y de las direcciones sindicales no pudieron impedir la regularidad de ciertas prácticas que se generaban contra este proceso desde las bases obreras y sus cuadros dirigentes. Incluso Schiavi, que sólo analiza las huelgas de 1954, reconoce esta continuidad al señalar que aquellas luchas expresaban "la resistencia antes de la Resistencia". La articulación de reclamos salariales y de escalafón, el rechazo al aumento de la productividad a costa de mayor esfuerzo humano y las demandas de representatividad en las organizaciones obreras trascendieron, en tanto experiencia compartida de clase, el quiebre institucional de 1955 y la rigidez de las identidades políticas. Ciertas prácticas de estos años se proyectaron con fuerza hacia el futuro y seguramente por su influencia posterior en la lucha de clases de la Argentina despertaron el interés de los investigadores reseñados.

En este sentido, siguiendo con los ejemplos, observando la conflictividad sindical de la época, los autores también reconsideraron las conexiones entre las luchas económicas y la política. Tradicionalmente las luchas de la clase obrera durante el gobierno peronista (1946-1955) fueron resumidas a las acciones políticas aisladas de los minoritarios militantes antiperonistas, mientras que el resto remitía a burocratización y consenso pasivo por parte de los peronistas, quienes a lo sumo habrían emprendido luchas meramente económicas. Esta imagen va a ser cuestionada a partir del rechazo de la dicotomía establecida entre las luchas económicas y la política. En este sentido Izquierdo y Schiavi argumentan que si bien las huelgas de 1954 formalmente demandaban aumentos salariales, en su contenido profundo expresaban la resistencia de la clase obrera, incluidos muchos trabajadores peronistas, a los planes de productividad pretendidos por los industriales e impulsados por el gobierno peronista en su segundo mandato. En este marco las luchas obreras cobraban carácter político dado que discutían la capacidad unilateral del ejecutivo de definir la política económica del país. Izquierdo, por su parte hace extensiva esta tesis para el período postperonista. Pero, si bien son señaladas las implicancias políticas de estas acciones nacidas en los ámbitos de producción, no encontramos un abordaje de las características de un espacio propio de lo político.

Es Omar Acha quien avanza en la cuestión al postular que el desarrollo de la conflictividad se dio en la "sociedad política". Su formulación "cuestiona la nitidez de la escisión entre sociedad civil y Estado/política" e indica que para el peronismo las asociaciones civiles, como el sindicalismo, estaban atravesadas necesariamente por lo político, y entre 1946 y 1955 por el estado. De esta manera, la inclusión de la CGT en la sociedad política peronista implicó la pérdida de gran parte de su autonomía frente a un régimen político del que, sin duda, era parte. De igual modo, por un "automatismo indeseado para la doctrina peronista", las disputas civiles también se politizaron. Así, los conflictos que escapaban al control del gobierno eran descalificados y atribuidos a la oposición política, más allá del carácter gremial que pudieran tener los reclamos y más allá de que en ellos frecuentemente participaban trabajadores peronistas disconformes con ciertas decisiones de las cúpulas. Las proyecciones analíticas de la noción de sociedad política, en la que no podremos playarnos, replantean favorablemente el análisis de las luchas obreras del período sobre otros pilares. Aunque queda pendiente en el libro la aplicación de la categoría al nuevo escenario post-1955, donde el movimiento obrero peronista ya no estuvo atravesado por el estado. En conclusión, las luchas gremiales siempre estuvieron atravesadas por la política y las ideologías, y esta constante, compleja y contradictoria imbricación es la que hay que explicar en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX.

En términos políticos e ideológicos la peronización de la clase obrera fue uno de los hechos más sobresaliente del período, sin embargo este proceso no fue absoluto ni acabado. Los autores coinciden en dos aclaraciones al respecto. Por un lado, en palabras de Acha, revisan "el sentido común historiográfico" que sentenció que la relevancia de la izquierda en el movimiento obrero fue "clausurada" por su incompreensión tanto del peronismo como de la adhesión obrera al mismo. Contrariamente, las tres investigaciones coinciden en destacar la actuación de los militantes comunistas en la "activación" de las bases obreras. La decisión de acompañar a las masas peronistas en su desarrollo, aprovechando las contradicciones del régimen, les permitió ubicarse como prestigiosos organizadores gremiales de los conflictos, aunque ello no redundó en una construcción política propia. Los aciertos de la militancia comunista durante los años peronistas fueron capitalizados en los años posteriores a 1955, cuando logró avanzar posiciones en las organizaciones sindicales, como muestra particularmente el caso bancario. De allí la importancia del estudio de su devenir. A su vez, Marcos Schiavi rescató la influencia del trotskismo en algunas fábricas metalúrgicas, mientras que queda pendiente en los tres libros la reconstrucción de las militancias anarquistas y socialistas. Excediendo el

campo de la izquierda, la actuación de los radicales en el gremialismo sigue siendo una incógnita a develar.

Por otro lado, Acha, Izquierdo y Schiavi discuten los límites institucionales del proceso de peronización al cuestionar la imagen creada sobre la capacidad omnipotente de la burocracia sindical peronista para encuadrar a la clase obrera. En este marco, resaltan la importancia de las comisiones internas y de los delegados de fábricas, talleres y oficinas en la movilización de las bases trabajadoras. Estos espacios de activismo y democracia obrera, consolidados durante el gobierno peronista y sobrevivientes al golpe de estado de 1955, son considerados fundamentales en la construcción de una perspectiva autónoma de la clase obrera. En determinadas situaciones de lucha, en estos ámbitos de base, los trabajadores también forjaron movimientos unitarios en los que priorizaron su condición de clase por encima de sus heterogéneas identidades políticas, logrando experiencias significativas en el proceso de su constitución como clase obrera. Esta situación particular, que trasciende en términos clasistas la dicotomía peronismo/antiperonismo, demanda ser explicada. Acha, Izquierdo y Schiavi acometen la tarea.

Pese a compartir una visión general del proceso, los autores muestran su propia matriz interpretativa al momento de conceptualizar ciertos temas. Los tres consideran variables económicas, sociales, tecnológicas, organizativas, institucionales, políticas e ideológicas; sin embargo sus posicionamientos comienzan a diferenciarse a partir de la manera en que acentúan cada uno de los aspectos. Es imposible extendernos sobre la cuestión, pero podemos señalar que sus visiones particulares nos permiten problematizar temas relacionados al concepto de clase social; al rol de la burocracia sindical; la participación de las bases obreras; las diferencias etarias y de género; la geografía del conflicto; los vínculos entre lucha económica y lucha política; las definiciones de intereses de clase y su articulación con las identidades político-ideológicas; los balances posibles entre determinaciones económico-sociales, formas organizativas y subjetividad o conciencia; principalmente. La lectura de los tres libros reseñados, entonces, no sólo nos permite recorrer las características de la lucha de clases del periodo que se abre con el gobierno peronista y se cierra con el de Frondizi, sino que nos actualiza sobre ciertas discusiones vigentes y aún no saldadas en los estudios sobre el movimiento obrero.

James Brennan y Mónica Gordillo, *Córdoba rebelde. El cordobazo, el clasismo y la movilización social*, Buenos Aires, Editorial de la campana, 2008, 286 páginas.

Fernando Aiziczon

Universidad Nacional de Córdoba

Este año se conmemoraron en Córdoba los 40 años de la gran revuelta obrero estudiantil desatada a fines de mayo de 1969 y bautizada como el *Cordobazo*. Una incontable cantidad de actividades se realizaron durante todo mayo incluyendo charlas, debates, jornadas, exposiciones de testimonios con protagonistas de aquellos tiempos, y hasta visitas guiadas por los barrios donde transcurrieron los combates callejeros más intensos. Y mientras una inmensa gigantografía con la imagen de Agustín Tosco -líder del combativo sindicato de Luz y Fuerza de entonces y uno de los grandes protagonistas del Cordobazo- adornaba la fachada central del cabildo cordobés, un pequeño y casi imperceptible debate circulaba en el dossier del principal diario cordobés en torno a si las protestas que colmaron las calles locales eran espontáneas u organizadas. También reaparecieron o se reeditaron algunos pocos libros que combinan rasgos autobiográficos y entrevistas, pero ninguno de carácter académico.

*Córdoba Rebelde* se publicó un año antes, y es a la actualidad el único trabajo académico de gran envergadura sobre el tema. Basado en la síntesis de dos tesis doctorales escritas por el estadounidense James Brennan y la cordobesa Mónica Gordillo respectivamente, fueron publicadas el mismo año (1996) por separado: *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*, de Brennan, se editó por Sudamericana y *Córdoba en los '60. La experiencia del sindicalismo combativo*, de Gordillo, salió a la calle por la editorial de la UNC.

El libro de Brennan es ya un clásico. Su enorme corpus documental y su lograda narratividad (en especial a la hora de escribir sobre Tosco) constituyen un aporte invaluable, al igual que su interpretación que juega entre la cultura política, las condiciones específicas de la base fabril y la sociedad cordobesa de entonces. Por su parte, el libro de Gordillo, menos conocido y difundido, es otro gran aporte al tema que suma al estudio de Brennan un detallado estudio en base a las fichas del personal obrero en sindicatos como el SMATA, y un acercamiento a las percepciones de los protagonistas (su experiencia), los imaginarios presentes en el movimiento obrero, y la constitución de una cultura política contestataria específica del sindicalismo cordobés. Ambos trabajos, insistimos, son las más sólidas reconstrucciones académicas del surgimiento del

movimiento sindical militante, aunque también es extensivo a otros actores como el movimiento estudiantil, los Sacerdotes del Tercer Mundo, la izquierda más radicalizada y, en especial, cobra una fundamental importancia el abordaje del fenómeno del clasismo como corriente político sindical, que a nuestro entender no ha sido superado.

Es ineludible, por tanto, referir estos antecedentes pues *Córdoba Rebelde* es además un intento -tarea poco frecuente en la historiografía local- de fusionar, integrar y revisar ambas investigaciones, más allá de las publicaciones previas que estos autores realizaron en conjunto. ¿Cuál es, más allá de la comprensión de los dos trabajos, el aporte? En realidad *Córdoba Rebelde* es más que una síntesis: allí el lector podrá acercarse, según los autores, a “...una visión de conjunto de esos trabajos que, sin embargo, girará levemente su foco para centrarlo más nítidamente en la experiencia integral de radicalización vivida en la ciudad de Córdoba en esos años...”; pero también existe un cambio en el modo de interpretar lo que ocurrió entonces bajo la lupa actual de las teorías de la acción colectiva; es decir, hay una innovación en cuanto a los aparatos conceptuales que en adelante el lector encontrará bajo la forma de *oportunidades políticas* para la acción colectiva, *estructuras movilizadoras* (redes de los movimientos) y principalmente *marcos culturales* o “procesos de encuadre” (*cultural framing*). Con ellos se plantea cierto giro sociológico para estudiar fenómenos como la activación o la desmovilización social y las estrategias culturales que los actores elaboran sobre la situación que les toca jugar.

El Capítulo I, “Córdoba rebelde, Córdoba industrializada”, vuelve sobre las relaciones entre el crecimiento industrial que experimentó esta provincia, en especial el de la industria automotriz y sus consecuencias sociales. El Capítulo II, “Nueva tradición sindical y radicalización ideológica”, repasa la conformación de los sindicatos líderes de Córdoba y su politización de cara al contexto nacional y provincial, junto a otros actores como el movimiento estudiantil, la izquierda peronista, la “nueva izquierda” y los Sacerdotes para el Tercer Mundo. El Capítulo III, “Rebelión popular, protesta y radicalización obrera”, abarca desde el Cordobazo (1969) hasta el Viborazo (1971), trabajando sobre los significados del primero y dando cuenta del surgimiento del clasismo y su momento de esplendor con el Viborazo. El Capítulo IV, “La lucha debe continuar”, examina las definiciones identitarias de los trabajadores peronistas (las bases), la excepcional combatividad de Luz y Fuerza y el triunfo de René Salamanca en el SMATA. El Capítulo V “La patria peronista y el movimiento obrero de Córdoba”, es el que pone de mayor relieve el juego de las teorías de la acción colectiva sobre las oportunidades políticas para la acción y los marcos culturales de la resistencia obrera. El Capítulo VI, “El final de la

utopía”, reconstruye el enfrentamiento entre el proyecto de la “patria metalúrgica” vs. la “patria socialista” y la posterior política gubernamental y sindical de desmovilización y de “consenso de terminación” de las experiencias de radicalización política mediante la represión encarnizada hacia el movimiento y en particular sobre los lucifueristas de Tosco.

Al final, las conclusiones: hay que ubicarse en la complejidad del fenómeno de movilización política ocurrida en Córdoba entre los '60 y '70s para comprender la densidad de emprender tamaña tarea. Y este libro, creemos, lo logra ampliamente. Más aún, la intensidad de los temas tratados (los por qué de la acción colectiva) y la dimensión de sus actores hace que en realidad el balance del libro abra e invite a nuevas investigaciones de ese tenor: allí están la excepcionalidad del fenómeno (¿restringido?, ¿por qué?) en el ámbito nacional e incluso latinoamericano, la determinación que jugó la existencia de los sindicatos por empresa, el papel de las nuevas camadas de jóvenes que nutren el movimiento obrero cordobés, la autonomía de éste respecto de las centrales sindicales nacionales que favoreció la unidad entre legalistas y ortodoxos (¿un localismo que potenció la posibilidad de otra coloración política en su dirigencia?), la cuestión de la identidad peronista previa y las bases obreras respecto a los límites de la radicalización política (¿por qué los sindicatos clasistas no pudieron torcer la lealtad hacia el peronismo en sus bases?), y acto seguido, la relación entre la izquierda y esas mismas bases que se vuelven permeables a la retórica socialista generando y abriendo la posibilidad del clasismo con referentes sindicales de prestigio -y además no peronistas-, y ése mismo clasismo, sus rasgos tan poco explorados (limitados a la ecuación honestidad + eficacia = clasismo + combatividad), y todo aquello en una pequeña ciudad que por su tamaño reducido facilitó la conexión profusa entre dirigencias y el conocimiento de problemas fabriles similares entre los obreros... Se preguntan los autores: “*Pero, ¿por qué en algunos sindicatos, la militancia se complementó con un programa político radicalizado y a menudo revolucionario?*”, la respuesta dista de ser satisfactoria puesto que la simple “*coincidencia entre militancia y política*” esbozada por Gordillo y Brennan en un contexto que actúa como un “cóctel” propicio para que ocurran estos fenómenos bien puede resultar un ejercicio retrospectivo más que un modelo explicativo sólido; es decir, la acumulación de condiciones no es nada más que eso. Pero, insistimos, el libro, sus dignos antecesores de los que se nutre, y el *Cordobazo* en sí mismos son enormes desafíos que urgen debates y nuevos y profundos estudios como los que aquí se logran sintetizar.

Fernando Aiziczon, *Zanón, una experiencia de lucha obrera*, Buenos Aires, Herramienta-El Fracaso, 2009.

Esteban Vedia

Universidad Nacional del Comahue

*Zanón, una experiencia de lucha obrera*, es la reelaboración de la tesis de licenciatura que Fernando Aiziczon hiciera en la Universidad Nacional del Comahue. Pero el trabajo también es resultado de la experiencia política del autor, fruto de su encuentro, como estudiante, con la lucha de los obreros. Y es justamente de este cruce entre lo académico y lo político que la obra adquiere singularidad, ya que al tiempo que se propone una reconstrucción militante de esa lucha, tensiona conceptos y explicaciones que exceden la descripción, convirtiéndose en un análisis y una propuesta de explicación del proceso.

La obra toma el periodo que va desde el asentamiento de Zanón en Neuquén, allá por fines de los setentas, hasta la puesta en marcha del control obrero, a mediados de 2002. El libro se abre con una Introducción de índole teórica que precisa que Zanón es la experiencia de mayor radicalización política y organizativa en el espectro de las “fábricas recuperadas”. También discute la pertinencia o no de aplicar los conceptos de los teóricos de los *nuevos movimientos sociales* (NMS) y aclara que esta búsqueda está motivada por un “vacío teórico” en la tradición marxista: la carencia de una teoría de la acción. Finalmente, en este intento de cruzar los teóricos de los NMS y el marxismo, que Aiziczon mismo reconoce poco productivo, pone en tensión otros conceptos tales como campo de protesta, *habitus* y cultura política de protesta.

En el Capítulo I (Argentina 1976-2001: del Estado al Mercado) recorre las características de la acumulación del capital durante este periodo para detenerse en las distintas formas de protesta social que van emergiendo al calor del agotamiento del mismo. Es de destacar cómo reconsidera la especificidad de la protesta social durante este periodo (movimientos de desocupados, etc.) pero que asimismo enmarca dentro de las relaciones capitalistas de producción, indicando la *fragmentariedad* de la protesta y de sus actores.

En el Capítulo II (Neuquén: campo y cultura de la protesta) sistematiza y desarrolla la hipótesis de que en Neuquén ha devenido, en oposición al Movimiento Popular Neuquino, una cultura política de la protesta asentada en la acción directa. Ese *campo* está a su vez compuesto por un *habitus* militante, que pone en juego *capitales* políticos que se obtienen por medio de una práctica cultural compartida. Es de importancia meridiana el papel de los activistas de izquierda

(partidarios o no) en esta cultura de la protesta como organizadores, animadores, transmisores de prácticas, sin los cuales Zanón es inexplicable.

El Capítulo III (Zanón y las fábricas recuperadas. Un estado de la cuestión) se ocupa de un balance crítico de lo escrito hasta la fecha. Lo que destaca Aiziczon es que sin ubicar y ponderar *el papel del militante*, externo e interno, no se alcanza la *clave explicativa* para comprender la direccionalidad que toman los conflictos sociales.

En el Capítulo IV (Las raíces estructurales del conflicto en Zanón) hace un repaso de las políticas de 'promoción industrial' que beneficiaron a distintos grupos de capitalistas nacionales y que en Neuquén significó la instalación, con incontables ventajas, de Cerámicas Zanón.

En el Capítulo V (Cerámica Zanón antes del conflicto) reconstruye la cotidianidad de la vida obrera en la fábrica, incluyendo su dimensión política, desde la vuelta de la democracia en 1983 hasta el año 1996, antesala de del conflicto.

En Capítulo VI (La Lucha por la recuperación del sindicato) reconstruye la intrincada red de relaciones que se fue constituyendo alrededor del núcleo de activistas, en el que destaca a Raúl Godoy, militante del trotskista Partido de los Trabajadores Socialistas. Aparece así todo el peso del papel de los *activistas*. Relata las formas en la que esta red se fue articulando por medio de actividades sociales y culturales (asados, campeonatos de fútbol, etc.) y cómo a partir de estas pudo recuperar la Comisión Interna y luego el Sindicato (SOECN, que también agrupa a otras tres fábricas). Al mismo tiempo destaca el modo en el que los aportes de Godoy cristalizaron en nuevas prácticas basadas en la democracia obrera y la acción directa.

En el Capítulo VII (La recuperación del sindicato y la construcción del una tradición combativa, 1998-2002) relata los primeros pasos de esta gesta obrera, recuerda cómo la muerte del joven obrero Daniel Ferras, el sábado 15 de Julio del 2000, disparó la bronca contra la patronal, dando inicio a un ciclo de luchas que termina con la ocupación y puesta en funcionamiento bajo control obrero de la fábrica. Destaca la capacidad de los obreros de ganarse 'el apoyo de la comunidad' con una persistente actividad de difusión del conflicto.

En el Capítulo VIII (Antes del Control Obrero) analiza los ajetreados meses del año 2001, durante los cuales los obreros de Zanón fueron tejiendo redes de solidaridad política y social, regional y nacional, alrededor de su conflicto. Destaca entre estas redes la solidaridad militante con las corrientes de desocupados (especialmente el Movimiento de Trabajadores Desocupados del populoso barrio San Lorenzo) y el rol y el protagonismo de la cultura de la protesta en estas redes.

El libro termina con el Capítulo IX (Política y cultura en la construcción de la identidad ceramista). Allí sostiene que el proceso de luchas y resistencia de los

ceramistas se puede dividir en *dos momentos*, uno dirigido *hacia adentro*, de constitución y consolidación del núcleo afectivo de los ceramistas; y otro *hacia fuera*, de expresión de esa afectividad y de consolidación una identidad *clasista*. Identidad en la que mucho tuvo que ver, dice Aiziczon, la intervención del PTS y Raúl Godoy. Sin embargo, esta identidad no es homogénea ni esta exenta de contradicciones. Concluye planteando las condiciones que posibilitaron la emergencia de Zanón: primero, el despliegue de un activismo de base (alimentado y acompañado por nuevos dirigentes); segundo, la solidaridad de las organizaciones; y tercero, la presencia del arco militante.

Para finalizar, realizo unas breves consideraciones críticas sobre el trabajo de Aiziczon. La tesis más fuerte del autor es que el caso de Zanón no se puede explicar sin la presencia de *activistas* (sujetos militantes de la cultura de la protesta neuquina) tanto dentro de la fábrica como fuera de ella. Esta tesis se apoya en otra, más general, que sin ponderar el peso de los activistas no se puede comprender la *direccionalidad* de ningún conflicto. Pues bien, este es el punto más débil del trabajo de Aiziczon, ya que en el texto la *direccionalidad* esta subsumida, oculta, bajo las prácticas culturales de los activistas neuquinos. Así, la historia de Zanón que nos presenta Aiziczon es una historia *sin política* o mejor dicho, donde las estrategias políticas de los actores (sindicatos, movimientos de desocupados, partidos, etc. incluido el SOECN o el PTS) pierden su especificidad, su singularidad, quedan veladas detrás de las afinidades culturales. Así, por poner un ejemplo entre muchos, la política para “ganarse a la comunidad” queda inscrita como un acierto sin más cuando en realidad corresponde a una clara orientación de “hegemonía obrera” por parte del SOECN. Aiziczon acierta al plantear que la direccionalidad de cualquier conflicto debe ser comprendida en términos de la influencia de los *activistas*, pero la dimensión política (estratégica y táctica), el cómo, cuándo y porqué de esa direccionalidad debe salir a la superficie para que el análisis cultural no borre las intenciones y efectos no deseados de las orientaciones políticas.

Esta debilidad no debe hacer perder de vista el aporte que Aiziczon realiza, no sólo al campo de la historia en general, sino sobre todo a los *militantes* en particular, que encontrarán en este libro una fuente de reflexión e inspiración.



# Normas de Publicación

El envío de trabajos con pedido de publicación debe ser remitido por vía electrónica a: [revistanuevotopo@yahoo.com.ar](mailto:revistanuevotopo@yahoo.com.ar). Los mismos deben ser acompañados por una nota dirigida al Consejo Editorial de *Nuevo Topo*. El envío supone el conocimiento de las siguientes normas:

1. Los trabajos recibidos serán considerados por dos o más integrantes del Consejo Editorial locales o externos, quienes podrán oficiar como evaluadores o designar a especialistas que consideren pertinentes para el referato, el cual será estrictamente anónimo.
2. Se remitirá un archivo electrónico, Word o RTF, en hoja tamaño A4, interlineado doble, en letras Times New Roman 12, a esta dirección electrónica: [revistanuevotopo@yahoo.com.ar](mailto:revistanuevotopo@yahoo.com.ar).

La extensión máxima en caracteres con espacio (incluyendo notas y gráficos) será: 60.000 para "Artículos"; 40.000 para "Ensayos" y "Entrevistas", 20.000 para "Perfiles" y 8.000 para "Crítica de libros".

Cada artículo debe estar acompañado por un resumen de su contenido en español y, si es posible, en inglés. El resumen no puede superar las cien palabras.

3. Los trabajos deben ser inéditos en castellano.
4. Los textos no deberán ser presentados a otras revistas. *Nuevo Topo* acusará recibo del trabajo en un plazo máximo de un mes y de la evaluación de referato en un lapso no mayor a cuatro meses.
5. Las referencias bibliográficas se realizarán a pie de página, respetando las siguientes convenciones:

#### *Ejemplos de libros:*

- Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

- Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger, comps., *The Invention of Tradition*, Londres, Cambridge University Press, 1983. Lo mismo para el caso de coordinación, edición o dirección.

#### *Ejemplos de artículos:*

- Ernesto Laclau, "Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno", en Marcos Giménez Zapiola, comp., *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina (hasta 1930)*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975, pp. 19-57.
- Juan Carlos Torre, "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo", en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 28, n° 112, enero-marzo 1989, pp. 525-548.

*Abreviaturas e indicaciones bibliográficas utilizadas* (nunca utilizar cursiva): véase (en lugar de cf., cp., ver, etcétera).

ob. cit. y art. cit., para obras ya mencionadas; en caso de existir varias obras de una misma responsabilidad intelectual, se abreviará el título tomando las tres primeras palabras del mismo, seguidas de las abreviaturas adecuadas. Por ejemplo: S. Žižek, *El sublime objeto*, ob. cit., p. 134, para la obra *El sublime objeto de la ideología*, que fue citada con anterioridad.

Idem, para una referencia bibliográfica exactamente igual salvo la indicación de páginas. En ese caso se indicará Idem, p. x.

Ibidem, para referencia coincidente en datos bibliográficos y paginación.

Impreso por TREINTADIEZ S.A en septiembre de 2009  
Pringles 521 | (C11183AEI)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
Teléfonos: 4864-3297 / 4862-6294  
[editorial@treintadiez.com](mailto:editorial@treintadiez.com)

# Nuevo Topo

ISSN: 1669-8487



**Revista de Historia y Pensamiento Crítico**

Nº 6 - Setiembre/Octubre de 2009

**Dossier:** Pensar la relación entre intelectuales e izquierda en América Latina hoy.

*Escriben* Ariel Petruccelli, Miguel Mazzeo, Christian Castillo, Matías Maiello, Omar Acha y Eduardo Molinari

*Entrevistas a:* Elías Palti y "Beto" Pianelli.

**Artículo:** Hegemonía, lucha de clases y estado.

**Encuesta:** ¿Existe una dimensión étnica o racial desatendida en la investigación social?

*Responden* Julio Vezub, Mirta Lobato y Claudia Briones.

**Perfiles:** Nicos Poulantzas (1936-1979).

**Crítica de libros:** Teorías e historias del movimiento obrero.

prometeo  
libros